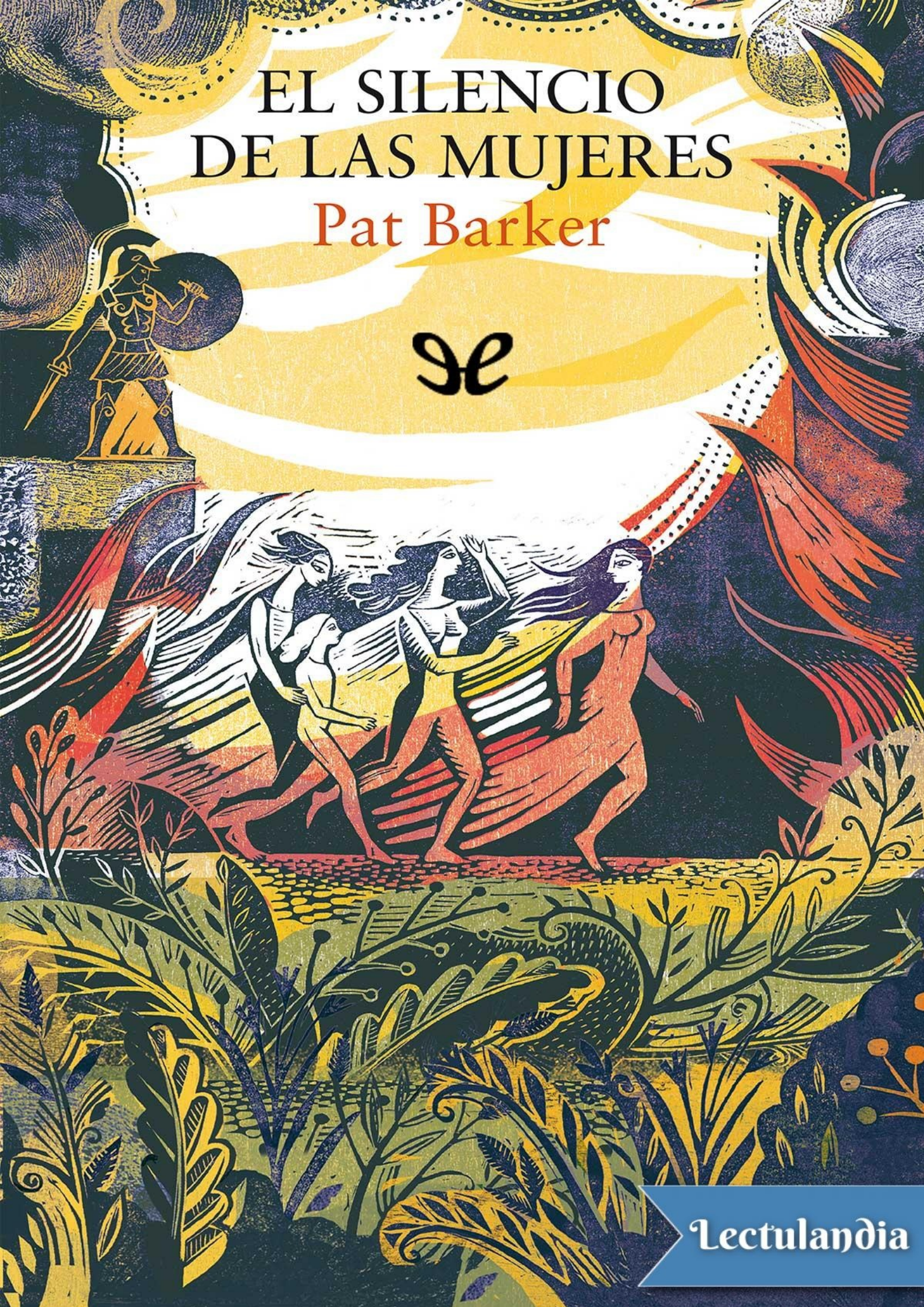


EL SILENCIO DE LAS MUJERES

Pat Barker

se



Lectulandia

LA GUERRA DE TROYA FUE SIEMPRE LA GUERRA DE LAS MUJERES

«Las que restañaron la sangre de las heridas y embalsamaron a los muertos, las que dentro y fuera de los muros proveyeron de vestido y alimento a los combatientes, las mismas que fueron presa, botín y moneda de cambio, todas a quienes opacó el vacuo fulgor de los héroes y silenció la ciega y salvaje masculinidad de la batalla... La guerra de Troya fue siempre la guerra de las mujeres».

La ganadora del Man Booker Prize Pat Barker ahonda en la leyenda intemporal de la Ilíada y narra las últimas semanas de la guerra de Troya desde la perspectiva de las no combatientes; una novela poderosa y memorable sobre el más grande de los mitos griegos.

La milenaria ciudad de Troya lleva una década soportando el sitio de los poderosos ejércitos aqueos, que continúan en guerra por una mujer raptada: Elena. En el campamento griego, otra mujer lo ve todo mientras espera a que la contienda se decante por uno u otro bando: Briseida. Aquiles, el guerrero más grande entre los griegos, saqueó su ciudad y mató a su marido y a sus hermanos, y la convirtió en su concubina. Botín de guerra, la joven deberá adaptarse para sobrevivir a una vida distinta a la que había llevado hasta entonces, la de las mujeres cautivas que sirven al ejército griego.

Cuando Agamenón, el rey que aglutina el mando de las tropas griegas, exige que le den a Briseida, la joven se ve atrapada entre los dos aqueos más poderosos. A modo de protesta, Aquiles se niega a luchar y los griegos empiezan a perder terreno frente al enemigo troyano. Briseida no se arredra ante los horrores cotidianos de la guerra. Desde esa posición privilegiada que nadie ha tenido antes, observa a los dos hombres al frente de las tropas griegas en lo que será su enfrentamiento final, que decidirá el destino no solo de Briseida, sino de lo que acabará siendo el mundo antiguo.

Pat Barker nos ofrece una obra maestra de dimensiones colosales, ambientada en el epicentro de la guerra más famosa de la literatura. El silencio de las mujeres se erige sobre su estudio de la guerra, al que ha dedicado décadas, y el impacto que tiene en la vida de las personas.

Pat Barker

El silencio de las mujeres

ePub r1.0

Titivillus 06-10-2019

Título original: *The silence of the girls*
Pat Barker, 2019
Traducción: Carlos Jiménez Arribas
Ilustración de cubierta: Sarah Young

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

*Para mis hijos, John y Anna,
y, como siempre, a la memoria de David*

—¿Sabéis cómo empieza la literatura europea? — preguntaba, tras haber pasado lista el primer día de clase—. Con una riña. Toda la literatura europea surge de una pelea. — Y entonces tomaba su ejemplar de la *Ilíada* y leía a la clase las primeras frases—: «Canta, diosa, del pelida Aquiles la aciaga cólera... desde que una querella hubo de desunir a Agamenón, rey de los hombres, y al divino Aquiles». ¿Y por qué se pelean esos dos violentos y poderosos personajes? Es algo tan básico como un altercado en un bar. Se pelean por una mujer, una muchacha, en realidad. Una chica robada a su padre, raptada durante una guerra.

PHILIP ROTH, *La mancha humana*

PRIMERA PARTE

1

El gran Aquiles. El genial Aquiles, el deslumbrante Aquiles, el divino Aquiles... Cómo se amontonan los epítetos. Pero nosotras no lo llamábamos así; lo llamábamos el Carnicero.

Aquiles el de los pies ligeros: ese epíteto no deja de tener su interés. Porque, más que nada, más que la grandeza y la genialidad, lo definía lo rápido que era. Se cuenta que una vez perseguía al dios Apolo por la llanura troyana. Cuentan que, cuando se vio por fin acorralado, Apolo dijo: «A mí no me puedes matar; soy inmortal». «Sí, sí», respondió Aquiles. «Pero los dos sabemos que, si no lo fueras, te podrías dar por muerto».

Tenía siempre la última palabra, hasta cuando hablaba con un dios.

Antes de verlo, ya lo había oído; oí su grito de guerra, que retumbó contra el perímetro de las murallas de Lirneso.

Nos habían dicho a las mujeres y, cómo no, a los niños, que buscáramos refugio en la ciudadela, con una muda y toda la comida y la bebida que pudiéramos acarrear. Como cualquier mujer casada que se preciase, yo casi nunca salía de casa —aunque es cierto que, en mi caso, la casa era un palacio—, así que, verme en la calle a plena luz del día era como estar de fiesta. O casi. Porque, entre las risas y los vítores y los chistes a voz en cuello, creo que todas teníamos miedo. Yo, por lo menos, sí que lo tenía. Todas sabíamos que los hombres estaban perdiendo la posición: el combate, que empezó en la playa y en las proximidades del puerto, se dirimía ahora a las mismas puertas de la ciudad. Nos llegaban los gritos y alaridos, el choque de las espadas contra los escudos. Y sabíamos qué nos esperaba si la ciudad caía. Aun así, el peligro no parecía real. Al menos, yo no lo sentía como tal, y no creo que las demás tuvieran una idea más aproximada de ello que yo. ¿Cómo iban a caer aquellas murallas tan altas que nos habían protegido toda la vida?

Pequeños grupos de mujeres venían por las estrechas calles de la ciudad, con sus hijos en brazos, o de la mano, hasta confluír en la plaza principal. El sol daba de pleno, el viento pulía las aristas de los edificios y la sombra de la ciudadela extendía sus negros brazos para acogernos. La claridad me cegó un instante y trastabillé al pasar de la luz intensa a la sombra. Las plebeyas y las esclavas quedaron hacinadas en el sótano, y las que pertenecíamos a la realeza

y a familias aristocráticas ocupamos la última planta. Subimos por la escalera que serpenteaba torre arriba, casi sin sitio donde apoyar el pie en los angostos escalones, dando vueltas y más vueltas, hasta que, al fin, salimos, sin transición alguna, a una sala grande que no tenía muebles. Las aspilleras arrojaban haces de luz sobre el suelo, a intervalos regulares, y dejaban los rincones en penumbra. Echamos un vistazo en torno, despacio, en busca de un sitio para extender nuestras pertenencias y crear algo que se pareciera, por poco que fuera, a un hogar.

Hacía fresco al principio, pero, según fue subiendo el sol, empezó el calor, y la atmósfera se cargó mucho. Nos quedábamos sin aire. A las pocas horas, casi no había quien aguantara con el olor a cuerpos sudorosos, a leche, a caca de niño y sangre menstrual. El calor alteraba a los bebés y a los niños pequeños. Sus madres los echaban en una sábana en el suelo y los abanicaban, mientras sus hermanos mayores correteaban de un lado para otro, incontrolables, sin entender muy bien qué pasaba. Había un par de niños, de unos diez u once años, que no estaban todavía en edad de luchar, asomados al hueco de la escalera, haciendo como que repelían a los invasores. Las mujeres no paraban de mirarse unas a otras; tenían la boca seca, no decían gran cosa. Fuera, los gritos y alaridos se hicieron más audibles, y empezaron a aporrear las puertas con gran estruendo. Era un grito de guerra que resonaba una y otra vez; no parecía humano, como el aullido de un lobo. Por un momento, las mujeres que tenían hijos envidiaron a las que tenían hijas, porque a estas les perdonarían la vida. A los chicos, tenían por costumbre matarlos, por poco que se acercaran a la edad de empuñar un arma. A veces mataban hasta a las mujeres embarazadas, les clavaban una lanza en el vientre, por si llevaban dentro un hijo varón. Me fijé en Ismene, a la que mi marido había dejado embarazada; estaba de cuatro meses y se apretaba fuerte el vientre con las manos, como si quisiera convencerse de que no se le notaba la gestación.

Últimamente, la había sorprendido varias veces mirándome —la misma Ismene que puso siempre tanto cuidado en evitarme—, y le había leído la expresión de la cara, mejor que si me lo hubiera dicho con palabras: «Ahora te toca mover ficha a ti. A ver cómo te sienta esto». Era una mirada que me hacía daño, fija y descarada. Yo venía de una familia en la que se trataba bien a los esclavos, y, cuando mi padre me entregó en matrimonio al rey Mines, seguí esa misma tradición en mi propio hogar. Había sido amable con Ismene, o eso creía yo, aunque, ¿quizá no es posible que exista la amabilidad entre ama y esclava, y haya solo distintos grados de brutalidad? Miré a Ismene, que estaba enfrente de mí, y pensé: «Sí que es verdad que ahora me toca a mí».

Aunque nadie mencionase la derrota, todas la esperábamos. Bueno, había una mujer mayor, la tía abuela de mi marido, que no paraba de decir que el repliegue contra las puertas era solo una estratagema; que Mines estaba jugando con ellos al gato y al ratón. Eso dijo: que iban de cabeza a la ratonera, que íbamos a ganar, a arrojar al mar a los griegos y sus ansias de saqueo; y creo que algunas de las mujeres jóvenes la creían. Pero se oyó otra vez el grito de guerra, y otra vez aun, cada vez más cerca, y todas sabíamos quién era, aunque ninguna dijo su nombre.

Sabíamos de antemano a qué nos tendríamos que enfrentar, y pesaba en el aire aquel presentimiento. Las madres abrazaban a las hijas que, pese a estar bastante crecidas, no estaban listas todavía para el matrimonio. No se salvarían ni las niñas de nueve o diez años. Ritsa se acercó y me dijo: «Bueno, por lo menos, nosotras no somos vírgenes». Lo dijo con una sonrisa irónica, y se le vieron los huecos de los dientes que le faltaban, por los muchos embarazos que había tenido, aunque todos los niños se le habían muerto. Asentí e hice un esfuerzo por sonreír, pero no dije nada.

Estaba preocupada por mi suegra, que no quiso que la trajeran en litera a la ciudadela y prefirió quedarse en el palacio. Y esa misma preocupación me sacaba de quicio, porque, de haber sido al revés, ella nunca se habría ocupado de mí. Llevaba un año en cama, aquejada de una enfermedad que le hinchaba el vientre y le arrancaba la carne de los huesos. Al final, decidí que tenía que ir a verla, asegurarme, al menos, de que no le faltaba agua ni comida. Ritsa me habría acompañado, incluso ya se había puesto en pie, pero negué con la cabeza. «No tardaré ni un minuto», dije.

Respiré hondo nada más salir. Aunque fuera en un instante como aquel, cuando el mundo estaba a punto de estallar y caerse encima, sentí el alivio de respirar aire no viciado. Lo notaba caliente y lleno de polvo, me quemaba en la garganta, pero, aun así, olía a limpio, después de la atmósfera fétida que se respiraba en aquel recinto en lo alto de la ciudadela. Lo más rápido era atravesar la plaza principal para ir al palacio, pero había flechas desparramadas por el suelo, y, en aquel preciso instante, una sorteó las murallas y se clavó con un temblor en un montón de tierra. «No, mejor no me arriesgo», pensé. Bajé a la carrera por una calle tan estrecha que las casas cernidas sobre ella no dejaban pasar casi nada de luz. Llegué al palacio y entré por una puerta lateral que debió de quedar abierta cuando huyeron los criados. A mi derecha, oí relinchos de caballos en los establos. Crucé el patio de armas y eché a correr rápidamente por un pasillo que llevaba a la sala principal.

Me pareció ajeno a mí aquel espacio imponente que albergaba, al fondo, el trono de Mines. La primera vez que entré allí fue el día de mi boda. Me llevaron en litera desde casa de mi padre, al caer la noche, escoltada por hombres que portaban antorchas. En aquel salón, me esperaba Mines, con su madre al lado, la reina Maire. Como el rey había muerto hacía un año y no tenía más hijos, era fundamental engendrar un heredero. Así que casaron a Mines, a una edad mucho más temprana que a la que suelen casarse los hombres, aunque no cabía duda de que ya había causado estragos entre las mujeres de palacio, sin hacerle ascos, de paso, a algún mozo de las caballerizas. Menuda decepción se tuvo que llevar cuando, por fin, salí de la litera, me puse delante de él, temblando, y las doncellas me quitaron el manto y los velos: una cosita esmirriada que era todo pelo y ojos y no tenía casi ni una sola curva que saltara a la vista. Pobre Mines. Su ideal de belleza femenina era una mujer tan gorda que, si le dieras un azote en el culo por la mañana, cuando llegaras a cenar, todavía estaría vibrando. Hizo lo que pudo, una noche detrás de otra, meses y meses, esforzándose entre mis más bien poco voluptuosos muslos, con la voluntad de un caballo enganchado al tiro. Pero cuando vio que no me quedaba embarazada, enseguida se cansó de mí y volvió con su primer amor, una mujer que trabajaba en las cocinas y que, con esa mezcla sutil de agresividad y cariño que tienen las esclavas, lo metió en su cama cuando él tenía doce años.

Ya desde aquel primer día, nada más mirar a la reina Maire, supe que habría pelea. Aunque no fue solo pelea, sino encarnizada guerra. Y, al cumplir los dieciocho, ya tenía a mis espaldas muchas y muy largas y hostiles campañas. Al parecer, Mines no era consciente de toda la tensión que había, aunque la experiencia me dice que los hombres están ciegos ante las agresiones que se infligen las mujeres. Los guerreros son ellos, que llevan cascos y armaduras, espadas y lanzas, y es como si no vieran nuestras batallas, o prefirieran no verlas. ¿Acaso si se dieran cuenta de que no somos las dulces criaturas que ellos creen que somos se les vendría abajo su pequeño mundo?

Todo habría cambiado si yo hubiera tenido un hijo, pero pasó un año y seguía con la cintura prieta, casi como un desafío; hasta que, al final, Maire, con unas ganas desesperadas de tener un nieto, señaló mi esbelto talle y se burló de mí sin ningún recato. No sé qué habría pasado si ella no hubiera caído enferma. Ya había elegido a una concubina, perteneciente a una de las principales familias; una chica que, aunque no estuviera legalmente casada, se habría convertido en la reina a todos los efectos. Solo que, entonces, a la que

le creció el vientre fue a Maire. Tenía edad todavía para dar pábulo al escándalo. «¿De quién será?», se preguntaba todo el mundo. Nada menos que ella, que no salía nunca de palacio, ¡a no ser para rezar delante de la tumba de su marido! Hasta que empezó a ponerse amarilla y a perder peso, y ya casi no abandonaba nunca sus aposentos. Y, como ella no pudo llevar a cabo las negociaciones para incorporar la concubina de dieciséis años a la familia, todo quedó en nada. Vi ahí mi oportunidad, la primera que se me brindaba, y no la desaproveché. Muy pronto, todos los funcionarios de palacio que le habían sido leales a ella pasaron a responder ante mí. A partir de entonces las cosas en palacio, lejos de empeorar, empezaron a funcionar mejor.

Estaba en mitad de la sala, recordando todo aquello, y el palacio, en el que había siempre muchos ruidos —voces, estrépito de cazuelas, correteo de pies—, se extendía delante de mí en absoluto silencio, igual que una tumba. Sí que llegaba todavía el estruendo de la batalla desde el otro lado de las murallas, pero era un ruido que, como el zumbido intermitente de una abeja una tarde de verano, venía solo a intensificar aquel silencio.

Me hubiera gustado quedarme en el salón del trono, o, mejor aún, ir al patio interior y sentarme debajo de mi árbol favorito, pero sabía que Ritsa se empezaría a preocupar, así que subí despacio las escaleras y fui por el pasillo que llevaba al aposento de mi suegra. Cuando abrí la puerta, la madera soltó un crujido. La habitación estaba en penumbra; Maire tenía bajadas las persianas, bien porque la luz le hacía daño a la vista, o porque quería hurtarle su propio aspecto a los ojos del mundo, no sabría decirlo. Había sido una mujer muy hermosa, y me di cuenta, hacía ya semanas, de que había desaparecido un espejo de bronce muy bonito que fue parte de su dote.

Algo se movió en la cama y, en la penumbra, vi una cara muy pálida que se volvía hacia mí.

—¿Quién es?

—Briseida.

Apartó la cara en el acto. No esperaba oír ese nombre. Se había encariñado de Ismene, que, en teoría, llevaba en sus entrañas al hijo de Mines —y puede que fuera cierto, aunque, con la vida que traen los esclavos, no siempre es posible saber de qué padre es cada hijo—. Sin embargo, en aquellas últimas semanas y meses, la desesperación había llevado a Maire a depositar en ese niño todas sus esperanzas. Porque, aunque Ismene era esclava, a los esclavos se los puede liberar, y si al final daba a luz a un niño varón...

Me adentré más en el cuarto.

—¿Os hace falta algo?

—No. —Lo dijo sin pararse a pensarlo. Solo quería que me fuera.

—¿Tenéis agua suficiente?

Posó la vista en la mesilla. Rodeé la cama y cogí la jarra, que estaba casi llena. Le colmé la copa y fui a rellenar la jarra a la tina de agua que quedaba en el rincón más alejado de la puerta. Era un agua estancada y caliente, cubierta por una capa de polvo. Hundí la jarra en lo más hondo y la llevé de vuelta a la mesilla. La luz entraba por las rendijas y formaba cuatro estrías que cruzaban las rayas rojas y moradas de la alfombra a mis pies. Era una luz tan brillante que me hacía daño a la vista, aunque la cama estaba casi sumida en la más completa oscuridad.

Maire hizo un esfuerzo por incorporarse. Le llevé la copa a los labios y bebió con ganas y con un espasmo de la garganta cada vez que tragaba. Levantó la cabeza al cabo, y pensé que ya no quería más, pero soltó un pequeño bufido, a modo de protesta, cuando fui a apartar la copa. Al acabar, se secó la boca con cuidado en una esquina del velo. Noté su rechazo, al darse cuenta de que yo había sido testigo de la sed que padecía y de su indefensión.

Ahuequé las almohadas en las que descansaba la cabeza. Al echarse hacia delante, me chocó que se le notara la espina dorsal, protuberante, bajo la pálida piel. Cuando limpias un pescado después de guisarlo, le sale la espina así. Apoyé su cuerpo en las almohadas despacio, y soltó un suspiro de alivio. Al alisar la ropa de cama, cada pliegue exhalaba olor a enfermedad, a vejez... y a orina también. Me enfadé. Hacía tiempo que odiaba a aquella mujer, con todas mis ganas, y razones para ello no me faltaban. Entré en su casa con catorce años, una chica sin madre que le sirviera de guía. Ella podía haber sido amable conmigo y no lo fue; me podía haber ayudado a encontrar mi lugar entre aquellas paredes y no lo hizo. Aunque no tenía motivos para quererla, me enfadé porque, al haberse dejado consumir hasta no ser más que un montón de carne arrugada y salientes huesos, no me quedaba ya casi nada que odiar. Sí, había ganado yo, pero bien magra fue mi victoria. Y no solo porque Aquiles estuviera aporreando las puertas de la ciudad.

—Hay algo en lo que sí me podrías ayudar —lo dijo en voz alta, clara y fría—. ¿Ves ese arcón de ahí?

Lo veía, pero no del todo. Era una pieza rectangular de roble macizo y labrado, envuelto en su propia sombra, a los pies de la cama.

—Quiero que saques una cosa de ahí.

Levanté la tapa, y salió un olor a cerrado, a plumas y a hierba seca.

—¿Qué tengo que coger?

—Hay un cuchillo. No, por arriba no...; más adentro... ¿Lo ves?

Me volví a mirarla: tenía la vista fija en mí; no pestañeaba ni bajaba los ojos.

El cuchillo estaba entre la tercera y la cuarta capa de ropa de cama. Al desenfundarlo, la afilada hoja lanzó un pérfido reflejo que me deslumbró un instante. Quedaba lejos de ser el cuchillo pequeño, de adorno, que yo esperaba hallar allí, como los que sacan las mujeres ricas para cortar la carne. Era tan largo como las dagas que los hombres emplean en las ceremonias, y seguro que había sido de su marido. Se lo llevé y se lo puse en las manos. Ella lo miró y pasó la vista por las joyas incrustadas en la empuñadura. Por un instante, pensé que me iba a pedir que la matara, y me pregunté cómo iba yo a reaccionar, pero no. Suspiró y dejó el cuchillo a un lado.

Se incorporó un poco en la cama y dijo:

—¿Te has enterado de algo? ¿Sabes qué está pasando?

—No. Sé que están a las puertas. —No me costó sentir pena por ella entonces: una mujer mayor, a la que la enfermedad había hecho todavía más vieja, que no se atrevía a preguntar si habían matado a su hijo—. En cuanto me entere de algo, tened por cierto que os lo diré...

Asintió, y deduje que podía retirarme. Al llegar a la puerta, me detuve, apoyé la mano en la aldaba y volví la vista atrás, pero ya se había dado la vuelta.

2

Ritsa estaba bañando a un niño enfermo cuando regresé, y tuve que pasar por encima de los cuerpos de los que dormían para llegar allí.

Al notar mi sombra proyectada sobre ella, se volvió.

—¿Cómo está?

—No está bien. No creo que dure mucho.

—Seguramente sea lo mejor.

La sorprendí mirándome con curiosidad. Todo el mundo sabía que mi suegra y yo no nos llevábamos bien. Quizá un poco a la defensiva, dije:

—Podía haber venido con nosotras; la habríamos traído hasta aquí, pero no quiso.

El niño soltó un quejido, y Ritsa le apartó el pelo de la frente mojada. La madre estaba a apenas unos pasos, tenía un bebé en brazos que no se estaba quieto —quería mamar pero no acababa de coger el pecho—. La mujer parecía agotada. Es muy posible que lo que se nos venía encima fuera más duro si una tenía otras vidas a su cargo. Yo solo llevaba mi propia carga y, mirando a aquella madre exhausta, sentí la libertad que eso me daba... y la soledad. Entonces pensé que había muchas formas de estar unida a los demás. Porque era cierto que yo no tenía hijos, pero también, que me sentía a cargo de todas las mujeres y niños que allí había, por no hablar de las esclavas hacinadas en el sótano.

Arreció el calor, y casi todas se echaron, para ver si podían conciliar el sueño. Algunas lo lograron, porque se elevó un coro de ronquidos y pitidos que duró un rato; sin embargo, la mayoría siguió allí, en el suelo, mirando al techo con apatía. Cerré los ojos y sentí con más fuerza el pulso que me latía en las sienes y debajo de la mandíbula. Entonces se oyó de nuevo el grito de guerra de Aquiles, tan cerca esta vez que algunas mujeres se incorporaron y miraron asustadas a uno y a otro lado. Todas sabíamos que se acercaba el fin.

Una hora más tarde, al oír el chasquido de la madera que se partía, subí corriendo a lo alto de la torre, me asomé al pretil y vi entrar guerreros aqueos a mansalva por una grieta abierta en la puerta. Justo debajo de donde me encontraba, un amasijo de brazos y hombros entrelazados ganó la posición y luego la perdió cuando nuestros hombres hicieron lo que pudieron para repeler a los invasores. Pero no servía de nada, porque no paraban de entrar a raudales por la raja de la puerta y de abrirse paso luego a mandoble limpio.

Muy pronto, el suelo de esa plaza recoleta en la que, cada semana, los agricultores y ganaderos montaban el mercado, estaba cubierto de sangre. De vez en cuando, sin razón aparente, se abría un espacio en las filas de guerreros, y en esos claros veía por unos instantes a Aquiles, que alzaba la cabeza emplumada y buscaba con la mirada a mi marido, en los escalones del palacio, flanqueado por mis dos hermanos. Luego lo vi abrirse camino con la espada e ir derecho hasta ellos. Cuando llegó al pie de los escalones, la guardia bajó corriendo para vedarle el paso. Vi cómo lanzaba una estocada de arriba abajo y le hundía la espada en el vientre a un guardia. Salían chorros de sangre y orina, pero el moribundo, con expresión impertérrita en la cara, acunaba los intestinos, que se le salían, con tanta delicadeza como una madre que amamantara a su recién nacido. Veía a los hombres abrir la boca, como una flor escarlata, pero no oía sus gritos. El estrépito de la batalla iba y venía; era ensordecedor unos instantes y enmudecía después. Me aferraba al pretil con tanta fuerza que me partí las uñas contra la rugosa piedra. Hubo momentos en los que juraría que el tiempo se detuvo. Vi morir a mi hermano pequeño, de catorce años, que casi no podía con la espada de mi padre. Vi el fregonazo de la lanza elevada en el aire, vi a mi hermano, retorciéndose en el suelo, espetado como un cerdo. Y en aquel instante, Aquiles volvió la cabeza y alzó la vista a la torre, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Me miraba a mí o, al menos, eso me pareció —di un paso atrás y todo—; sin embargo, como él tenía el sol de cara, no podía verme. Entonces, con meticulosa precisión —ojalá pudiera olvidarlo, pero no lo consigo—, plantó el pie en el cuello de mi hermano y desclavó la lanza. Salía sangre a borbotones de la herida; mi hermano estuvo un minuto entero boqueando y luego se quedó muy quieto. Cejó la mano en su agarre, y la espada de mi padre cayó al suelo.

Aquiles ya había avanzado para encarar a otro hombre, y luego a otro. Mató a sesenta ese día.

El combate más encarnizado se dirimió en los escalones de palacio, allí donde mi marido, el pobre tonto de Mines, luchó con valentía para defender su ciudad; él, que hasta ese día había sido un chico débil, grosero y vacilante. Murió aferrado con ambas manos a la lanza de Aquiles, como si creyera que era suya y que este se la iba a quitar. Tenía en la cara una expresión de pismo indescriptible. Mis dos hermanos mayores murieron a su lado. No sé cómo moriría el tercero, el de más edad, pero de una forma u otra, a las puertas de la ciudad o en los escalones del palacio, halló su fin. Por primera y única vez en mi vida, me alegré de que no viviera mi madre.

Aquel día murieron en combate todos los hombres de la ciudad, algunos, al pie de las murallas; otros, delante del palacio. A los que ya no tenían edad para empuñar un arma, los sacaron a rastras de sus casas y los mataron en plena calle. Vi que Aquiles, tinto en sangre desde el penacho del casco hasta las suelas de las sandalias, le echaba el brazo al hombro a otro joven, regocijándose con la victoria. Colgaba la lanza detrás de él, iba dejando un pequeño surco en la tierra roja.

Todo había acabado en cuestión de horas. Las sombras lamían casi por completo la plaza, y los escalones de palacio estaban llenos de cadáveres, aunque los griegos tuvieron tarea todavía una hora más —iban detrás de los descarriados, registraban casas y jardines que podían haber servido de escondite a los heridos—. Cuando ya no quedaba ninguno de los nuestros con vida, empezó el saqueo. Los hombres hacían fila, como batallones de hormigas rojas, y se pasaban nuestras posesiones de mano en mano, luego las amontonaban cerca de las puertas, listas para llevarlas a los barcos. Al final, les faltó sitio, y arrastraron los cadáveres a un lado de la plaza del mercado, los amontonaron contra las murallas de la ciudadela. Los perros soltaban cordones de baba, olisqueaban entre los muertos y proyectaban afiladas sombras sobre el fondo blanco de las piedras. Llegaron volando los cuervos, pendencieros. Se posaron en tejados y muros, y cubrieron todos los alféizares, como nieve negra. Muy ruidosos al principio, luego se aquietaron. Esperando.

Había más orden ahora en el saqueo. Bandas de hombres sacaban la pesada carga de los edificios (muebles labrados, fardos de paño grueso, tapices, armaduras, trípodes, calderos para guisar, barriles de vino y aceite). De vez en cuando, se sentaban a descansar, algunos en el suelo; otros, en las sillas y mesas que llevaban. Bebían todos a morro de la crátera de vino, se secaban la boca con el dorso de las manos manchadas de sangre —querían emborracharse y ponían en ello todo su empeño—. Y cada vez miraban con más insistencia a las aspilleras de la ciudadela, donde sabían que estaban escondidas las mujeres. Fueron los capitanes de grupo en grupo, diciéndoles que se levantaran, y al cabo lo lograron. Unos tragos más para apurar la crátera, y volvieron a la tarea.

Estuve horas viendo cómo esquilaban las casas y los opulentos templos que mi pueblo había tardado generaciones en atesorar; y se les daba tan bien, tenían tanta maña en el pillaje... El espectáculo recordaba un enjambre de langostas cuando cae sobre un campo sembrado, y sabes que no van a dejar ni una sola espiga a su paso. Asistí con impotencia al desvalijamiento del palacio, mi hogar. Ya no estaba sola en lo alto de la ciudadela, y muchas

mujeres se habían unido a mí, pero nos embargaban de tal manera el dolor y el miedo que no podíamos articular palabra. Poco a poco, fue cesando el saqueo —ya no había nada que coger—, y empezaron a beber con ganas. Trajeron grandes toneles en carros, y las cráteras iban pasando de mano en mano...

Entonces se centraron en nosotras.

Primero sacaron a rastras a las esclavas del sótano. Sin apartarme del pretil, vi cómo violaban varias veces a una mujer, un grupo de hombres que se pasaban una crátera de vino unos a otros, con toda naturalidad, mientras esperaban su turno. Los dos hijos de la mujer —de unos doce y trece años— yacían moribundos a escasos metros de ella, aunque lo mismo habría sido que estuvieran a varios kilómetros, porque quedaban totalmente fuera de su alcance. No paraba de estirar los brazos y de llamarlos por su nombre, mientras veía morir primero a uno y después al otro. Me di la vuelta porque no podía seguir mirando.

Ya estaban todas las mujeres en lo alto de la torre, apiñadas unas al lado de las otras, sobre todo las chicas jóvenes, que se abrazaban a sus madres. Nos llegaron las risas de los aqueos, que subían en tropel por la escalera. Arianna, prima mía por parte de madre, me cogió del brazo y me dijo con la mirada: «Ven». Se subió al pretil y, justo cuando asomaban por la escalera, saltó al vacío y dejó la estela de su manto blanco en la caída, flotando en el aire, como una falena chamuscada. Me pareció que tardaba mucho tiempo en llegar al suelo, aunque no pudo ser más que unos segundos. El grito que dio se desvaneció, y lo sucedió un repentino silencio en el que, despacio, abriéndome paso entre las otras mujeres, me volví para encarar a los hombres. Me miraban incómodos, molestos, como cachorros que no saben qué hacer con el conejo que han atrapado entre sus fauces.

Entonces, un hombre de pelo blanco dio un paso al frente y se presentó como Néstor, rey de Pilos. Hizo una gentil reverencia y pensé que, probablemente, sería la última vez en mi vida que alguien iba a verme como la reina Briseida.

—No tengas miedo —dijo—. Nadie va a hacerte daño.

Me entraron ganas de echarme a reír. Ya se habían llevado a rastras a los chicos que jugaban a defendernos delante de la escalera. Otro chico, uno o dos años mayor, pero que estaba menos desarrollado para su edad, se agarraba a las faldas de la madre, y uno de los guerreros fue hasta él y le abrió a la

fuerza los gordezuelos dedos. Se lo oía gritar, escaleras abajo: «¡Mamá, mamá!». Luego, silencio.

Puse buen cuidado en no mostrar expresión alguna en el semblante, miré a Néstor y pensé: «Te odiaré hasta mi postrer aliento».

Después de eso, lo tengo todo borroso. Hay cosas que sí me quedaron grabadas en la memoria, que me hieren con sus filos, igual que cuchillos. Nos sacaron de la ciudad, por las callejuelas laterales, como un rebaño pastoreado por hombres con antorchas. Las sombras proyectadas de todas nosotras juntas escalaban las murallas blancas que teníamos delante y desaparecían detrás de ellas. Hubo un momento en el que pasamos al lado de un jardín murado, y el olor de la mimosa nos acarició en el aire cálido de la noche. Más tarde, cuando tantos recuerdos se habían esfumado, todavía me llegaban retazos de aquel olor, me escarbaban en el corazón con el recuerdo de lo que perdimos. Luego desapareció, y seguimos, agarradas las unas a las otras, a trompicones, resbalando por las callejuelas empedradas con los cuerpos de nuestros hermanos.

Y, de allí, a la playa, donde el mar, oscuro y picado, rompía, cuajado de espumas, contra las negras proas de sus barcos. Nos subieron a empellones, escaleras arriba, aguijándonos con la parte roma de sus lanzas, y nos dejaron de pie en las cubiertas, todas apelotonadas, ya que las bodegas estaban colmadas de más perecedera carga. Miramos por última vez la ciudad. Casi todas las casas y los templos estaban ardiendo. Las llamas devoraban un ala del palacio. Ojalá mi suegra lograra sacar fuerzas de flaqueza para matarse antes de que el fuego la alcanzara.

Las naves se hicieron a la mar con un clamor de cadenas al levar el ancla. En cuanto salimos del abrigo del puerto, un viento endemoniado hinchó las velas y nos apartó a toda prisa de la amada costa. Nos apelotonamos en los costados del barco, deseosas de ver Lirneso por última vez. Llevábamos poco tiempo a bordo cuando el fuego ya se había extendido por toda la ciudad. Pensé en los cadáveres apilados contra las murallas y en que ojalá los alcanzara antes el fuego que los perros, pero, apenas se había formado esa imagen en mi cabeza, vi otra en la que mis hermanos acababan desmembrados y arrastrados de calle en calle. Al principio, los perros lanzarían sus dentelladas al aire y les enseñarían los dientes a los pájaros negros que los sobrevolaban en círculos, y a los grandes buitres de desgarrado aspecto, posados en lo alto, vigilantes. Las aves alzarían su

orquestrado vuelo para descender después muy despacio, como retazos de tela chamuscada, como esos restos calcinados de los grandes tapices que cubrían las murallas. Muy pronto, los perros se cebarían hasta acabar vomitando, saldrían luego de la ciudad con un aire furtivo, huyendo del avance del fuego, y empezaría el turno de los pájaros.

La travesía fue corta. Nos abrazábamos las unas a las otras en busca de consuelo con el vaivén de la cubierta. Muchas mujeres y casi todos los niños acabaron echando lo que tenían en el estómago, yo creo que de puro miedo, más que por el mareo con el oleaje. Me pareció que, en nada de tiempo, el barco enfilaba a estribor y se sacudía con el viraje a barlovento, buscando cobijo en una bahía muy ancha.

De pronto, los hombres empezaron a gritar y a lanzar maromas —una se deslizó por la cubierta como una serpiente y me dio contra los pies—, o se tiraron al agua y fueron caminando hasta la playa, vadeando las olas de espumosas crestas, con el agua por la cintura. Seguíamos aferradas las unas a las otras, empapadas, temblando de frío, porque una ola barrió la cubierta cuando el barco viró en redondo; muertas todas de miedo por lo que fuera a pasar a continuación. Llevaron la nave derecha contra la playa de gujarros, y más hombres, decenas de ellos, entraron en el agua con un chapoteo para llevarla a remolque hasta donde no llegara la marea. Entonces, nos bajaron a tierra una a una. Miré la curva que trazaba la ensenada y vi cientos de barcos negros, con espolones de bronce, listos para la rapiña. No había contemplado tantos barcos juntos en toda mi vida, más de los que jamás hubiera podido imaginar. Cuando estábamos ya todas en tierra, nos llevaron playa arriba, cruzando una explanada, a una hilera de barracones. Yo iba detrás de una joven muy guapa, de pelo negro, aunque los regueros de lágrimas le afeaban el semblante. La cogí del brazo desnudo y le di un pellizco. Ella se volvió, sorprendida, y le dije: «No llores». Me miró con la boca abierta, así que la pellizqué más fuerte esta vez. «Que no llores».

Nos pusieron en fila delante de los barracones y nos examinaron. Dos hombres que solo hablaban entre ellos pasaron revista a la hilera de mujeres. A una le tiraban del labio, a otra, del párpado, hincaban el dedo en los vientres, apretaban los pechos, nos metían la mano entre las piernas. Comprendí que era una primera inspección, para valorarnos y ver cómo nos distribuían. A unas cuantas nos apartaron y nos metieron a empujones en una especie de cobertizo; a las otras se las llevaron. Ritsa iba en este último grupo.

Quise sujetarla entre mis brazos, pero nos separaron. A las que estábamos en el cobertizo nos dieron agua, pan y un cubo, y nos dejaron allí encerradas.

No había ventana, pero, pasado un tiempo, se nos acostumbraron los ojos a la oscuridad; entraba la luz de la luna por las grietas de las paredes y así pudimos vernos las caras. Era un grupo muy reducido de mujeres jóvenes y de chicas, todas hermosas, de aspecto saludable todas; algunas, con niños de pecho. Busqué a Ismene, pero allí no estaba. Hacía calor en aquel espacio viciado y sin aire, los niños lloraban y, según fue avanzando la noche, aumentó el hedor a mierda del cubo que teníamos para hacer nuestras necesidades. Me parece que no dormí en toda la noche.

Por la mañana, los dos hombres de la noche anterior arrojaron por la puerta un fardo de túnicas y, sin ningún miramiento, dijeron que nos vistiéramos. La ropa que traíamos puesta estaba sucia, mojada y arrugada después de la travesía. Hicimos lo que nos ordenaron. Al tener los dedos entumecidos, tardamos en cambiarnos más de lo normal. Una chica que no tendría ni trece años se echó a llorar. ¿Qué podía decirle? Le froté la espalda, y apretó la cara húmeda y caliente contra mi costado.

—Todo va a ir bien —dije, aunque sabía que no era cierto.

Yo fui la primera en salir. Recordad que no había estado fuera de casa sin velo ni escolta desde los catorce años; por eso no alcé los ojos del suelo y dejé la mirada fija en el brillo que lanzaban, a la luz del sol, las historiadas hebillas de mis sandalias. Se levantó un coro de silbidos de admiración: «Oye, ¿has visto el par de tetas que tiene esa?». Casi todos eran bien intencionados, aunque hubo algunos que gritaron cosas horrendas, lo que me harían a mí y a todas las putas troyanas si ellos pudieran.

Néstor estaba allí. Néstor, el anciano, que, por lo menos, debía de tener setenta años. Se acercó hasta mí y me habló con ciertos aires, aunque fue amable.

—No pienses en la vida que llevabas antes —dijo—. Eso ya pasó, y, si empiezas a darle vueltas, sufrirás mucho. Así que ¡olvídalo! Tu vida ahora es esta.

Había que olvidar. O sea que ese era mi deber a partir de ahora. Entonces lo tuve bien claro, cristalino como el agua: haría todo lo contrario, recordaría todo lo que pudiese.

Cerré los ojos. La luz intensa me teñía los párpados de un color anaranjado, salpicado de manchas moradas que no paraban quietas. Los hombres gritaban más alto ahora: «¡Aquiles! ¡Aquiles!». Luego creció el estruendo, y comprendí que él estaba allí. Hubo aullidos, risas, chistes —

chistes que parecían amenazas y que de hecho lo eran—. Yo era una vaca, atada a un poste, a la espera de que la sacrificaran; y me tenéis que creer si os digo que en aquel momento hubiera abrazado la muerte con los brazos abiertos. Me tapé los oídos con ambas manos y saqué fuerzas de flaqueza para transportarme mentalmente a Lirneso. Atravesé las puertas, todavía intactas, volví a ver sus palacios y sus templos, libres del fuego, vi las calles, llenas de gente, las mujeres que lavaban ropa en el pozo, los campesinos y sus cargas de frutas y verduras, con las que acudían al mercado. Reconstruí la ciudad en ruinas, repoblé sus calles, le devolví la vida a mi marido y a mis hermanos; y le sonreí a la mujer que vi violar, según pasaba tan campante por la plaza, con un hijo a cada lado... Vaya que si lo hice. En el centro de aquella muchedumbre vocinglera, logré hacer que retrocedieran, los eché de la explanada central, de la playa, los obligué a subir a los barcos. Yo lo hice. Yo solita. A las flotas asesinas las mandé a su casa.

Arreciaron los gritos: «¡Aquiles! ¡Aquiles!». De todos aquellos hombres, el más odioso. Volví a verlo en el instante en el que mataba a mi hermano y se daba la vuelta para encarar la ciudadela —para fijar sus ojos en mí, según me pareció—, dejando a mi hermano allí, clavado al suelo; antes de volverse una vez más y arrancarle la lanza del cuello con aquel estilo pausado, sereno y elegante que él tenía.

Ni hablar, pensé. Y fui caminando a casa desde el mercado, por calles en paz y en sombra, franqueé las puertas de palacio, derecha a la penumbra del salón del trono, el primer lugar donde puse el pie el día de mi boda. De allí, fui sin más demora a mi rincón favorito. Había un árbol en el patio de dentro, un árbol de copiosas ramas que daba sombra hasta en los días más calurosos. Al anochecer, me sentaba allí y oía la música que llegaba del salón: liras y flautas rasgaban el aire de la noche, libre ya de todo cuidado, una vez acabado el día. Allí estaba ahora, y estiraba el cuello para mirar el árbol, ver la luna, atrapada cual pez de plata resplandeciente en la negra red de sus ramas...

Entonces, noté en la barbilla una mano de dedos ásperos, con restos de arena, que me giró la cabeza para un lado y para otro. Quise abrir los ojos, pero el sol me hacía daño a la vista y, cuando logré por fin separar los párpados, él ya se alejaba a buen paso de mí.

Se detuvo en el centro del ágora y levantó ambas manos por encima de la cabeza, hasta que cesó el griterío.

—Gracias, muchachos —dijo—. Me vale la moza.

Y todos, absolutamente todos los hombres de aquella vasta explanada, se echaron a reír.

3

Dos guardias aparecieron en el acto y me llevaron a la cabaña de Aquiles. Puede que el término «cabaña» se quedara corto, porque era una edificación de relativo porte, con una terraza en dos de sus flancos y un tramo de escalones que llevaba a la entrada principal. Atravesamos una sala grande para llegar a un habitáculo pequeño en la parte de atrás, algo mayor que un armario, sin ventanas que dieran al exterior. Y allí me abandonaron (me «abandonaron», esa es la palabra). Temblaba de frío y me senté en la estrecha cama, presa aún de la conmoción. Pasado un rato, noté por el tacto que la colcha era de lana, y me obligué a mí misma a mirarla de cerca. La urdimbre era delicada, tenía un motivo de hojas y flores muy elaborado, de procedencia claramente troyana, porque las telas griegas eran de mucha menor calidad que las nuestras, y llegué a preguntarme de qué ciudad la habrían arrebatado como botín.

Oí al otro lado de la pared ruido de platos y vajillas, y un olor a carne de vaca asada entró en el cuarto. Me dio un vuelco el estómago, noté cómo me subía la bilis y tuve que tragar y respirar hondo varias veces. Se me hacía la boca agua, notaba el picor de la garganta. Respiré largo y tendido, me tomé mi tiempo al inhalar el aire, y luego al soltarlo. Así, largo y tendido...

Oí ruido de pasos que se acercaban, y se alzó la aldaba de la puerta. Me quedé esperando, con la boca seca.

Entró un hombre alto que no era Aquiles y traía una bandeja con comida y vino.

—¿Briseida? —dijo.

Asentí. No me sentía como nada que tuviera nombre.

—Patroclo.

Se señalaba el dedo según hablaba, como si pensara que yo no lo entendía, y no me extraña que pensara eso, conmigo allí sentada, con la mirada perdida y bóvida. Pero reconocí el nombre. Llevábamos mucho tiempo en guerra, sabíamos bastante de los hombres que capitaneaban el ejército enemigo. Era la mano derecha de Aquiles, inmediatamente por debajo de él en jerarquía. Aunque aquello no tenía mucho sentido, porque ¿qué hacía un hombre tan poderoso sirviendo a una esclava?

—Bebe —me dijo—. Eso te hará bien.

Escanció el vino sin tasa y me ofreció la copa. La cogí e hice como que me la llevaba a los labios.

—Nadie va a hacerte daño.

Me lo quedé mirando, asimilé sus rasgos, hasta el más mínimo detalle — la altura, el pelo lacio, la nariz rota—, pero no podía articular palabra. Pasados unos instantes, torció la boca en una media sonrisa, dejó la bandeja encima de la mesilla y se fue.

Me costó comerme la comida. Estuve horas, o eso me pareció, masticando un trozo de carne, hasta que lo escupí en la mano y lo escondí debajo del borde del plato. Pensé que tampoco iba a poder con el vino, pero me obligué a tragarlo. No sé si me hizo bien; puede que sí. Beber tanto vino con el estómago vacío me dejó entumecidas la nariz y la boca, como entumecido estaba ya el resto de mi persona.

Llegó de la sala el rumor de las voces masculinas, ese bajo profundo, un rasgueo que acalla cualquier otro sonido. Olía más a asado de vaca ahora. Unas vacas que eran nuestras. Hacía tres días que nos habían robado el ganado, antes de que la ciudad cayera. Pasó una hora sin pena ni gloria. Más gritos y risas, canciones; cuando acababa la canción, daban golpes en la mesa y prorrumpían en aplausos. Afuera, entre las sombras, me pareció oír el llanto de un niño.

Al final, me levanté y fui hasta la puerta, que no estaba candada. Claro, ¿cómo iba a estarlo?, ¿para qué molestarse? Sabían que no podía ir a ninguna parte. La abrí con sumo cuidado, y el ruido de los cánticos y las risas subió de volumen. Me daba miedo salir, aunque sentía que tenía que verlo con mis propios ojos; tenía que saber qué estaba pasando. Me sentía enterrada en vida en aquel cuartucho. Así que fui de puntillas por el corto pasillo que llevaba al salón y me asomé a aquel espacio en penumbra.

Era una sala larga y estrecha, con un techo bajo de vigas, que olía a pino y a resina y estaba iluminado por hileras de lámparas humeantes, colgadas de escuadras, clavadas en las paredes. Dos mesas, izadas sobre caballetes, con bancos a los lados, cubrían el suelo de parte a parte. Los hombres, sentados muy juntos, hombro con hombro, se empujaban unos a otros cuando adelantaban el brazo para pinchar tajadas de carne roja con la punta de sus dagas. Vi hileras de rostros brillantes a los que les corría la sangre y la grasa por el mentón, y los círculos concéntricos de luz que las lámparas derramaban sobre ellos. Las sombras, agigantadas contra las vigas vistas del techo, se atenazaban unas a otras y empequeñecían a los hombres que las proyectaban. Incluso desde allí, me llegaba la fetidez del sudor, el sudor del día, recién

exudado; y debajo del mismo, el sudor rancio de días y noches anteriores que retrocedía al pasado y en las sombras se remontaba al primer año de esta guerra interminable. Yo todavía era pequeña y jugaba con muñecas cuando vinieron los primeros barcos negros.

Aquiles y Patroclo estaban sentados a una mesa más pequeña que miraba a la salida, en el centro de la sala. Los tenía de espaldas a mí, pero podía ver cuánto se miraban. Todo el mundo estaba de un humor excelente y alardeaba de sus hazañas en Lirneso. Hubo más canciones, incluida una sobre Elena, que subía de tono en las obscenidades según iban cantándola. Acabó con una explosión de risa por parte de todos los presentes. Siguió una pausa, y Aquiles apartó el plato y se puso en pie. Al principio, nadie lo vio, pero poco a poco la algarabía se fue apagando. Levantó las manos y dijo algo en ese dialecto suyo del norte, tan cerrado —en circunstancias normales, yo entendía bien el griego, pero me costó mucho con su acento los primeros días—. Decía que sentía tener que dar por terminada la fiesta, pero... —Y lo dejó ahí, con toda la intención.

No paraba de reír mientras hablaba, haciendo mofa de sí mismo. Hubo un coro de abucheos y silbidos, y entonces alguien gritó desde el fondo de la sala: «¡No, si ya sabemos que tienes que acostarte prontito esta noche!».

Empezaron a aporrear las mesas. Uno se puso a cantar una canción, y la corearon todos, llevando el ritmo con el acompasado golpeteo de los puños cerrados.

*¿Por qué nacería tan bello?
¿Por qué tuvo que nacer?
¡No vale ni para tomar por culo!
¡No vale para nada, el muy cabrón!
Su madre dirá que es una alhaja,
¡pero a mí me toca los cojones!*

Y continuaron en esa línea. Regresé con todo sigilo al cuarto y cerré la puerta, pero entonces, mientras continuaban los cánticos, volví a abrirla, solo unos centímetros, lo suficiente para poder atisbar el interior de la habitación de Aquiles y vislumbrar los gruesos tapices colgados en las paredes, un espejo de bronce y una cama, bien pegada contra la pared.

Pasó un minuto más o menos, y hubo un retumbar de pasos en el corredor. Se oyeron voces de hombres. Retrocedí, aunque sabía que no me podían ver. Patroclo entró en la habitación de al lado; Aquiles, justo detrás, y le echó un brazo al amigo sobre el hombro, sin parar de reír, aliviado, victorioso. Otro

ataque que había tenido éxito, otra ciudad destruida, hombres y niños asesinados, mujeres y niñas capturadas como esclavas; en definitiva, un buen día. Y, además, quedaba la noche por delante.

Hablaron de tomar la última —Patroclo tenía la mano en un asa de la cratera, listo para escanciar el vino—, pero, entonces, Aquiles señaló con la cabeza mi puerta y le brillaron los ojos.

Rio Patroclo.

—Ah, vale, que está ella ahí.

Di un paso atrás, me senté en la estrecha cama y tuve que juntar las manos para que no me temblaran. Quise tragar saliva, pero tenía la boca muy seca. Unos segundos más tarde, se abrió la puerta y la gigantesca sombra de Aquiles tapó la luz. No habló —a lo mejor pensaba que no iba a entenderlo—; solo apuntó con el pulgar en dirección a su cuarto. Me levanté temblando y lo seguí.

4

¿Qué puedo decir? Cruel no fue. Yo creía que sí iba a serlo, y hasta lo esperaba, pero para nada fue así y, por lo menos, acabó enseguida. Follaba con la misma rapidez con la que mataba gente, y así lo viví yo. Porque algo murió dentro de mí aquella noche.

Me quedé allí tumbada, lo odié, aunque tenía claro que no me estaba haciendo nada que no tuviera todo el derecho del mundo a hacerme. Si el premio de honor hubiera sido la armadura de un noble, no habría parado hasta tenerla puesta, alzar el escudo, coger la espada, probar cuánto pesaba, lo larga que era, lanzar unos mandobles al aire. Eso fue lo que me hizo a mí. ¡Ni más ni menos que probarme!

Me dije que no me quedaría dormida. Estaba agotada, pero también muy tensa, le tenía pánico a lo que me rodeaba y, sobre todo, a él. Así que cuando acabó y se dio la vuelta para dormir, me quedé allí, mirando las sombras, rígida como una tabla. Si cerraba los ojos, me escocían los párpados, de lo secos que los tenía. Y, aun así, no sé cómo, algo debí de dormir, porque, cuando volví a mirar el candil, casi se había gastado la vela. Aquiles dormía, tenía su cara casi encima de mí, respiraba fuerte, y el labio de arriba se le movía cada vez que echaba el aire. Quería alejarme a toda costa del calor que emanaba de su cuerpo, como una caldera. Me pegué lo que pude a la pared y volví la cabeza, para no tener que mirarlo.

Pasados unos minutos, oí algo. No es que fuera un ruido nuevo, porque en el duermevela ya había sido consciente de ello. A lo mejor era su respiración; pero luego pensé: «No, es el mar». Tenía que ser eso, porque estábamos a apenas cien metros de la playa. Me quedé escuchándolo, y dejé que ese flujo y reflujo que no cesa me aliviara (la embestida de las olas, el suspiro que daban, como un rasgueo, al retirarse). Era como estar apoyado en el pecho de alguien que te quiere, alguien en quien puedes confiar, por mucho que el mar no quiera a nadie y no pueda fiarse una de él. Fui consciente en ese instante del nuevo deseo que me embargaba, de ser parte de él y disolverme en él, de ese mar que ni siente ni padece.

Y, luego, imagino que volví a dormirme, porque, cuando desperté, él ya no estaba.

Inmediatamente, me entró la angustia. ¿Quizá tendría que haberme levantado antes que él, para tenerle listo el desayuno? No tenía ni idea de

cómo hacer la comida en aquella playa desolada ni si me correspondía a mí hacerla. Pero entonces pensé que Aquiles debía de tener muchas esclavas, y que a cada una le tocaría una labor (tejer, guisar, prepararle el baño, lavarle las sábanas y la ropa...). Ya me dirían lo que se esperaba que hiciera yo. Puede que fuera bien poco, aparte de lo que ya había hecho. Luego pensé en la concubina joven que se buscó mi padre cuando mi madre murió y recordé que la habían dispensado de todo deber.

La cama estaba fría. Me incorporé y vi que había dejado las puertas abiertas. Me costaba todavía orientarme. Había tres puertas (una, la del cuarto pequeño, que ya asociaba yo a un armario; otra que llevaba a un pasillo corto y, de allí, a la sala; y una tercera que se abría directamente a la terraza, para bajar a la playa). Era evidente que había salido por esta última, porque estaba abierta de par en par, y crujían los goznes.

Me eché el manto sobre los hombros y salí al vano de la puerta. Soplaban una brisa que venía del mar y enfrió las gotas de sudor que todavía me surcaban la piel. Era de noche, aunque un gajo de luna dejaba ver los barracones —cientos de ellos, me pareció—, que se extendían a lo lejos. Entre sus siluetas apelotonadas, alcancé a ver retazos de un mar atormentado. Volví la cabeza, para mirar tierra adentro, y vi un ligero resplandor en el cielo que me dejó perpleja al principio, hasta que comprendí que tenía que ser Troya. Troya, cuyos palacios y templos, cuyas calles incluso, estaban iluminados toda la noche. Mientras que, allí donde me encontraba, los senderos entre los barracones eran estrechos y negros como la sangre. Sentí que había llegado a un sitio horrible en el que reinaban la brutalidad y las sombras, justo lo contrario que en una gran ciudad.

Desde donde me encontraba, en el umbral de la cabaña de Aquiles, la embestida atronadora de las olas sonaba como el fragor de una batalla, igual que el choque de las espadas contra los escudos; pero es que tenía la sensibilidad a flor de piel, y todo me parecía un campo de batalla; todos los colores del mundo se fundían en uno solo para mí: el rojo. Con suma cautela, me aventuré a dar unos pasos por el suelo de madera de la terraza y, de ahí, gané la arena de un salto. Allí me quedé un instante, enterrando los dedos de los pies en la áspera humedad, aliviada de poder sentir algo, lo que fuera, después de pasar toda la noche entumecida. Entonces, descalza y sin más vestido que mi manto, fui al encuentro del mar.

Me abría paso con la vista más que con el tacto, y di con un sendero que se alejaba de los barracones, serpenteaba primero al borde de las dunas, para descender luego de manera abrupta hasta la playa. En los últimos metros, era

más un túnel que un sendero, ya que la arena de las dunas aparecía coronada de altos carrizos a ambos lados. Tuve que parar un momento a recobrar el aliento, porque aquel tramo tan angosto me cortaba la respiración. No me podía quitar el miedo de la cabeza. «¿Y si vuelve, tiene deseo otra vez de mí y no estoy en la cama?», pensaba. La luz de la luna se reflejaba en las briznas de hierba, mecidas por el viento. Llegué al punto de la playa en el que desembocaba un arroyo de aguas salobres que correteaba entre las rocas y los guijarros, más ancho a cada paso que lo acercaba al mar.

Ahora había otro ruido, y se hacía oír por encima de las olas (un rasgueo frenético que te ponía los nervios de punta). Me costó un rato averiguar que se trataba del aparejo de los barcos cuando golpeaba contra el mástil. Casi todas las naves quedaban fuera de la marca del agua, asentadas en picaderos, formando una masa oscura a mi izquierda. Otros barcos seguían anclados en la ensenada, pero eran embarcaciones de carga, más pequeñas, de proas chatas, y se parecían a los esbeltos navíos de guerra tanto como un pato podía parecerse a un águila pescadora. Sabía que la flota estaría alerta ante la posibilidad de un ataque troyano, así que volví a adentrarme en las dunas y atroché por una punta de tierra cubierta de matorrales para llegar al mar.

Allí predominaba un ruido por encima de todos: el del oleaje, ese choque de espadas contra escudos. Me llegué hasta el borde mismo del mar, con la esperanza de atisbar un retazo de Lirneso, pues imaginaba que los fuegos que habían destruido la ciudad continuarían ardiendo; pero, cuanto más me acercaba al agua, más densa era la neblina. Se diría que había salido de la nada: una niebla densa, fría y pegajosa, como los dedos de un muerto, que hacía de los barcos negros formas espectrales, irreales casi. Era raro que se formara una niebla así en noche tan ventosa, pero a mí tuvo el efecto de liberarme, de hacerme invisible hasta para mí misma.

Más allá del mundo y de las encabritadas olas, en ese punto en calma en el que el mar se olvida de la tierra, estaban las almas de mis hermanos muertos. Se les había negado todo derecho a un rito funerario y, por ese motivo, tendrían vedada su entrada al Hades, condenados a rondar a los vivos, no solo unos días, sino toda la eternidad. Cerraba los ojos y veía, una y otra vez, cómo moría mi hermano pequeño. Penaba por todos ellos, pero sobre todo por él. Después de morir nuestra madre, él se metía en mi cama cada noche; buscaba el consuelo que le daba vergüenza pedir de día. Y allí, en aquella playa barrida por el viento, lo oía llamarme. Estaba perdido, sin hogar y sin remedio, igual que yo.

Se me metió en la cabeza la idea de ir a buscarlo, como una obsesión, y fui andando mar adentro, dejando que el agua me cubriera los tobillos, las corvas, las rodillas, los muslos, hasta que una ola me embistió, súbita y fría, contra las ingles. Y allí, separando los pies, mientras sentía la migración de la arena debajo de las plantas, metí la mano entre las piernas y me lavé para sacarlo fuera de mí. Limpia o, al menos, todo lo limpia que podría volver a estar, me puse de pie, sentí que las olas tiraban de mí para arriba, hasta quedar de puntillas, que me volvían a bajar luego otra vez, y que subía y bajaba con el oleaje. Una ola más grande se apoderó de mí y estuve a punto de perder pie, de ser llevada en volandas, y pensé que por qué no, si, al fin y al cabo, mis hermanos estaban esperándome.

Pero oí una voz entonces. Por un momento, pensé que sería la voz de mi hermano pequeño. Agucé el oído por encima del rugido de las olas y la oí de nuevo, con toda certeza; una voz de hombre, aunque no distinguía sus palabras. Y, de repente, me entró miedo. Hacía varios días que tenía miedo, casi se me había olvidado ya lo que era no tenerlo; pero este miedo era distinto. Se me erizaron los pelos de la nuca, y noté la piel tensa en ese punto. Me dije que la voz tenía que venir del lado del campamento, que rebotaría en la pared de niebla, y por eso parecía que provenía del mar; pero entonces la oí otra vez, y ahora sí que supe que venía de allí. Alguien, o quizá incluso algo, batía el agua más allá de las olas que rompían contra la playa. Un animal, eso tenía que ser, un delfín o una orca. En ocasiones, se acercan mucho a la costa, llegan a vararse para atrapar un cachorro de foca escondido entre las piedras. Pero entonces, alzó la niebla un instante sus tenues velos, y vi brazos humanos y hombros, también el brillo de la luna sobre una piel mojada. Volvió el batir contra las olas, el chapoteo, y luego, de repente, el silencio (se había dado la vuelta y estaba tumbado bocabajo con la cara hundida en el agua, mecido en el vaivén de la marea).

En esta costa, los hombres no aprenden a nadar. Son marinos y saben que nadar solo sirve para prolongar la muerte y que, si no se opone resistencia, el fin puede ser rápido y relativamente incruento. Pero aquel hombre jugaba con el mar como un delfín o una marsopa; se sentía en él como en su casa. Allí estaba ahora, con los brazos abiertos, igual que un águila, y llevaba tanto tiempo en esa posición que llegué a pensar que respiraba en el agua. Hasta que, de repente, alzó la cabeza y los hombros, y se quedó flotando, erecto, como las focas cuando duermen de pie en el agua y asoman solo la cabeza. Me llevé un susto al verle la cara, aunque ya me había imaginado quién era y no debería haberme cogido por sorpresa.

Eché a caminar a toda prisa, con el agua por la cintura, para volver a la cabaña y secarme —a ver si no cómo iba a explicar yo aquello—. Sin embargo, cuando el agua ya me llegaba a las rodillas, tuve que andar con más cuidado para que el chapoteo no lo alertase. Nada más pisar en seco, noté una punzada de dolor en el pie derecho, como un latigazo. Se me había clavado algo en la planta, un trozo de roca o alguna concha rota, y tuve que agacharme para arrancármelo. Al levantar la cabeza, vi a Aquiles, que ya había dejado de nadar y volvía a la playa con el agua por las rodillas. Me agaché, contuve el aliento, pero pasó de largo y, como estaba quitándose la sal de los ojos con ambas manos, no me vio. Volví a respirar otra vez con normalidad, porque pensé que seguiría hasta el campamento, pero el peligro no había pasado todavía, ya que se quedó en la línea que marcaba la marea, mirando al mar.

Empezó a hablar, y pensé que se dirigía a mí; por eso abrí la boca, aunque no tenía ni idea de qué decir. Pero él continuó hablando, y le salían las palabras como burbujas en el postrer aliento de un ahogado. No entendí nada de lo que dijo. Era como si discutiera con el mar o le suplicara algo... Solo entendí la palabra «mamá», pero eso no tenía ningún sentido. ¿Cómo que mamá? No, no podía ser. Entonces lo repitió: «Mamá, mamá», igual que un niño pequeño que llora para que lo cojan. Tenía que significar otra cosa, aunque «mamá» se dice igual en muchos idiomas. Fuera lo que fuera, yo sabía que no debía estar ahí oyéndolo, pero es que no me atrevía a moverme, así que me agaché aún más y esperé a que acabara. Siguió todavía un buen rato y, al final, aquel viscoso parlamento con el mar se lo tragó el silencio.

Iba saliendo el sol y fundía los cúmulos de niebla. Vi cómo prendían los primeros rayos de luz en sus brazos mojados y en sus hombros, cuando se dio la vuelta y fue caminando por la playa, hasta desaparecer en la sombra de sus negros barcos.

En cuanto estuve segura de que ya no me veía, salí corriendo todo lo aprisa que pude y atravesé las dunas, pero, al llegar al campamento, me perdí. Estaba allí de pie, empapada, con el pelo revuelto, muerta de miedo, sin saber qué hacer ni adónde ir. Entonces, una chica salió a la puerta de uno de los barracones y me hizo señales para que entrara. Me dijo que se llamaba Ifis. Cuidó de mí esa mañana, hasta el punto de llenar la bañera de agua caliente para lavarme el pelo y quitarme la sal. Dejé a un lado el manto y, ya me iba a meter en la bañera, cuando noté que algo caía al suelo, entonces me di cuenta de que había traído clavada la piedra desde la playa y que sangraba por la herida de la planta del pie. Sostuve la piedra en la palma de la mano y me quedé mirándola, como le pasa a veces a la gente que ha sufrido una

conmoción y no puede apartar los ojos de cualquier nimiedad. Era verde, de ese verde bilioso del mar embravecido, pero la cruzaba en diagonal una veta blanca. Aunque no era nada del otro mundo, estaba muy afilada. Me la llevé a la nariz —olía a agua de mar y a polvo—. La lamí —tenía la textura áspera y sabía a sal—. Luego pasé el dedo por el borde dentado y comprendí por qué el corte había sido tan profundo. Cuando me la pasé por la muñeca, sin apenas hacer presión sobre la piel, dejó una pequeña herida y un reguero de gotitas de sangre. Eso me alivió, sentir el fluido vital en la piel entumecida. Cuando estaba a punto de hacerme un corte más incisivo, solo para ver si eso acentuaba la sensación de alivio, algo me detuvo. No sabía por qué el mar me había ofrecido aquel regalo, pero sí sabía que no era para que me hiciera daño con él. Para eso ya tenía el campamento, lleno de cuchillos. Así que volví a dejarla en la palma de la mano y la estuve mirando, sin pensar en nada, solo en el color que tenía, y sopesándola. Había tantos guijarros en aquella playa, ¡millones!, piedras pulidas por la muela incesante del mar. Pero a este en concreto no lo había afectado. Este seguía con todos sus filos intactos.

Me importaba aquella piedrecita obstinada y me sigue importando. La tengo aquí ahora, en la palma de la mano.

Cuando Ifis me trajo ropa limpia y seca y me la puse —para ser exactos, la que me la puso fue ella; yo seguía allí parada con los sentidos embotados, como un bloque de madera—, metí la piedra en el cinto, para sentirla con cada paso que daba. No era muy cómodo, pero sí me daba consuelo, me recordaba el mar y la playa, también la chica que yo había sido y que nunca más volvería a ser ya.

5

De lo que más me acuerdo, aparte de ese pánico terrible que me atenazaba y me obligaba a abrir los ojos de par en par los primeros días, es de la curiosa mezcla de riqueza y miseria. Aquiles comía en plato de oro, ponía los pies cada tarde encima de un escabel con labor de taracea en marfil y dormía debajo de colchas bordadas con hilos de plata y oro. Cada mañana, se peinaba el cabello y se hacía trenzas —y no hubo nunca una doncella que se vistiera con más primor para su boda que el que empleaba Aquiles en prepararse para el campo de batalla—, y contemplaba su imagen en un espejo de bronce que debía de valer lo mismo que el rescate de un rey. De hecho, yo misma podía haber sido el rescate de un rey. Y, aun así, si le entraban ganas de cagar después de la cena, se veía obligado a coger un pedazo de paño basto de un montón que había en la entrada y salía en dirección a una letrina que olía como la madre que lo parió y estaba cubierta por una capa de moscas negras que no paraban de zumbar. De camino allí, y a la vuelta, tenía que pasar por un vertedero muy grande; en teoría, lo quemaban cada cierto tiempo, pero en realidad seguía intacto y se había convertido en un nido de ratas.

De eso también me acuerdo, de las ratas. Había ratas por todas partes. A lo mejor caminabas por el sendero que había entre dos hileras de barracones y, de repente, el suelo que ibas a pisar se levantaba y echaba a andar... —que sí, que sí, ¡tal y como lo cuento!—. También en teoría los escuálidos perros medio asilvestrados que merodeaban por el campamento estaban allí para tener a raya a las ratas, pero por alguna razón no cumplían con su cometido. Mirón, encargado de la limpieza en el recinto de Aquiles, solía organizar torneos de caza de ratas entre los guerreros más jóvenes y al ganador le daba una barrica de vino fuerte. Veías a los muchachos pavoneándose con la lanza llena de pequeños cadáveres ensartados (kebab de rata). A pesar de ello, aunque mataban muchas, la sensación era que cada vez había más.

Mi intención —puede que un poco a la desesperada— es transmitir mis primeras impresiones en el campamento, aunque no estaba yo en condiciones de asimilar nada. En cierto sentido, era un paraje de lo más simple: estaba el mar, la playa, las dunas, un terreno lleno de matojos, y, luego, el campo de batalla, que llegaba hasta las mismísimas murallas de Troya. Eso era lo que se veía; pero, claro, las mujeres cautivas no salíamos del recinto. En aquella franja de tierra, se hacinaban cincuenta mil guerreros y los esclavos a su

servicio. Los barracones no eran muy grandes, y los senderos entre ellos, estrechos; tanto que no se cabía, y, sin embargo, era un espacio que se nos antojaba infinito, porque el campamento era todo nuestro mundo.

El tiempo también nos jugaba malas pasadas. Se expandía, se contraía, abría túneles en sí mismo que llevaban al pasado y constituían recuerdos más vívidos que la vida de todos los días. Había momentos concretos —como cuando me quedé mirando la piedra unos minutos— que daban de sí y parecían años; pero a esos los seguían días enteros, unos detrás de otros, en nublosa sucesión de penas y disgustos. No sabría decir qué pasó en ninguno de aquellos días.

Poco a poco, sin embargo, se fue imponiendo una rutina. Mi única labor consistía en servir a Aquiles y sus capitanes en la mesa, a la hora de la cena. Es decir, que estaba a la vista de todos, una noche detrás de otra, y ni siquiera llevaba velo. Eso me afectaba, pues yo había llevado siempre una vida recluida, lejos de las miradas de los hombres. Al principio, no entendía muy bien por qué quería que yo estuviera allí, pero luego recordé que yo era su premio de honor, en reconocimiento a la proeza de matar sesenta hombres en un solo día, es decir, era normal que quisiera exhibirme delante de sus invitados. Porque no te dan un trofeo para que lo tengas escondido en el fondo de un armario. Hay que ponerlo bien a la vista, para ser la envidia de otros hombres.

Lo de servir la bebida en la cena era superior a mis fuerzas, aunque, como es lógico, a Aquiles le traía sin cuidado que me gustara o no, y, curiosamente, muy pronto, a mí tampoco me importó. Eso es lo que no entiende la persona que es libre: que una esclava no es una persona a la que tratan como si fuera una cosa. Una esclava es una cosa, y punto, por tal se tiene a sí misma y la tienen los demás.

Así que allí estaba yo, cubriendo sin parar el espacio que mediaba entre las mesas alzadas en caballetes, escanciando vino en las copas de los hombres, y con la sonrisa siempre en los labios. Todos los ojos estaban clavados en mí, y, aunque tenía que inclinarme por encima de sus hombros, nadie me metía mano ni me decía al oído cosas obscenas. Estaba tan segura allí como en el palacio de mi marido; o más, si cabe, porque todos sabían que, si se pasaban de la raya, tendrían que rendir cuentas delante de Aquiles (en otras palabras, tendrían que morir).

Aquiles se sentaba con Patroclo a la mesa que ambos compartían. Se sumaban a los brindis y a las risas, hasta que la conversación bajaba de volumen y se volvía un rumor de fondo, momento que aprovechaban ellos

para hablar de sus cosas. Si saltaba alguna chispa —y saltaban; claro que saltaban; porque a aquellos hombres los instruían desde pequeños para no perdonar la más mínima afrenta a su honor—, Patroclo se ponía enseguida de pie y calmaba las aguas, sujetaba al dolido, y convencía a los combatientes de que se dieran la mano, echaran unas risas y, por fin, volvieran a sentarse como amigos. Luego volvía con Aquiles y seguían hablando otra vez sin más demora. No era la suya una relación entre iguales, aunque Aquiles siempre ponía sumo cuidado al dar las órdenes; por lo menos, delante de los hombres, y llamaba a Patroclo «príncipe», o «señor». No obstante, Patroclo era el segundo al mando, su subordinado. Solo que había algo más. Una vez, los vi caminando juntos por la playa, y Patroclo tenía la mano apoyada en el cuello de Aquiles, el gesto que tiene un hombre a veces con su hermano pequeño o su hijo. Ningún miembro del ejército podría haberle hecho eso a Aquiles y vivir para contarlo.

«Ni que estuvieras todo el rato mirándolo».

Sí, lo miraba. No pasaba un minuto despierta que no lo mirara; y no me permitía a mí misma el lujo de quedarme dormida delante de él muchos minutos. Qué raro porque, nada más pensarlo, he estado a punto de decir que me lo comía con los ojos, pues eso es lo que suele decirse, ¿no? Eso decimos cuando miramos a alguien con intensidad, sin pestañear. Solo que no era para nada así, porque era Aquiles el único que estaba en condiciones de comerme viva a mí. Yo era su esclava y estaba totalmente sometida a su santa voluntad. Podía hacer conmigo lo que le viniera en gana. Si se hubiera despertado una mañana con ganas de matarme a palos, nadie habría intervenido. Pero lo que se dice mirarlo, vaya si lo miraba, aunque no clavándole los ojos, sino con miedo a que me clavara él cualquier cosa.

Después de la cena, yo pasaba el resto de la velada con Ifis. Esta era la chica de Patroclo (se la dio Aquiles). Nos sentábamos en la cama del cuarto estrecho a la espera de que nos llamaran. Patroclo mandaba por Ifis casi todas las noches. Y es lógico, si una piensa en la belleza pálida y delicada de la joven. Era como una anémona, que tiembla con su tallo esbelto y parece tan frágil que nadie diría que pueda sobrevivir al zarandeo de los vendavales, aunque sobrevive a todos. Hablábamos mucho, pero nunca del pasado, de la vida que llevábamos antes de llegar al campamento, o sea que puede decirse que no sabía mucho de ella. Así eran las cosas: poner el pie allí fue como volver a nacer. Ifis sabía que tenía que dar gracias de que le hubiera tocado Patroclo, que era siempre muy amable. Saltaba a la vista lo bien que se

portaba con ella, aunque yo creo que la prefería a otras chicas sobre todo porque Ifis era un regalo de Aquiles.

Aquellos primeros días, no me fiaba de la amabilidad de Patroclo porque no la entendía. Para mí, tenía mucho más sentido la cruel indiferencia de Aquiles, que casi no me había dirigido ni dos palabras. Con Patroclo, sin embargo, cuando empecé a perderle el miedo, hablaba a menudo. Recuerdo una vez, muy al principio, que me vio llorando y me dijo que no me preocupara, que él podía hacer que Aquiles se casara conmigo. Qué cosa más extraordinaria, decir algo así. Yo no supe qué responder, negué con la cabeza y miré para otro lado.

Mi momento de asueto eran los paseos por la playa antes del amanecer. Me metía en el agua hasta donde me cubría por la cintura, iba de puntillas, y sentía el tirón que daban las olas en su retroceso. Muchas veces entraba la niebla, de la mano del mar, y a menudo era tan densa que te cegaba. Envuelta en ella como en un sudario, hurtada a la vista de cualquiera que pasara por la playa, estaba en paz conmigo misma, o en algo parecido a la paz. Era como si mis hermanos, cuyos cuerpos insepultos debían de estar ya reducidos a fragmentos de roído hueso, se reunieran allí conmigo. Aquel era al cabo nuestro punto de encuentro, la franja de guijarros al borde del agua, un espacio del que se apropiaban, alternativamente, la tierra y el mar. Esa era también la naturaleza liminar a la que pertenecían mis hermanos, que no era ni de los vivos ni de los muertos. Y sentía que lo mismo valía para mí.

Puede que estuviera envuelta en el sudario de la niebla y eso me hiciera invisible, pero sola no estaba. Todas las mañanas, antes del amanecer, Aquiles salía a nadar, aunque íbamos cada uno por nuestro lado, bien porque no me viera, o porque prefiriera no verme. No sentía por mí nada de curiosidad; no me veía como a una persona. Jamás levantó la vista en la cena cuando le servía a la mesa. Yo era invisible para él; solo me veía en la cama, y ni siquiera ahí estaba segura de que llegara a verme. Yo creo que él vería más bien tronco, brazos y piernas, que era de lo que más sabía, de las partes de un cuerpo, su punto fuerte. Creo que la única vez que me vio fue aquel día que me examinó de cerca, cuando me hicieron desfilar delante de él. Ahí sí que me miró, pero solo para comprobar que el ejército le daba un premio a la altura de sus logros.

No hablaba conmigo, no me veía, pero me mandaba llamar todas las noches. Pude soportarlo porque me decía a mí misma que en cualquier momento, antes o después, las cosas iban a cambiar. Se acordaría de Diomeda, su favorita antes de mi llegada, y mandaría a buscarla a ella. O,

mejor aún, sometería a otra ciudad —saben los dioses que su pasión por el saqueo no tenía límites—, y el ejército le daría otro premio, otra chica atónita y temblorosa. Entonces, la exhibiría a ella delante de sus hombres, con alarde, y a mí me dejarían enterrarme en vida en algún oscuro rincón de los barracones de las mujeres.

Y cambiaron las cosas —las cosas siempre cambian—, pero no como yo esperaba. No sé cuánto tiempo llevaría en el campamento (puede que unas tres semanas). Ya digo que allí era prácticamente imposible llevar la cuenta del tiempo; sentía que estaba en una burbuja, sin pasado ni futuro, sometida a una repetición sin límites del ahora. Aunque puede que el cambio se operase primero en mí. El entumecimiento fue evaporándose, y lo reemplazó un dolor tan intenso que no podía quedarme quieta ni de pie ni sentada. Hasta aquel momento, fui bastante pasiva y tuve los ojos bien abiertos, de manera casi enfermiza, pero es curioso que no sintiera nada. Por el contrario, a partir de dicho momento, había muchas veces en que se apoderaba de mí la falta de esperanza y hasta la desesperación. Cuando estábamos en lo alto de la ciudadela y mi prima Arianna me tendió la mano, antes de saltar al vacío para hallar la muerte, yo preferí vivir; pero, si tuviera que elegir ahora, en este momento, sabiendo lo que sé..., ¿habría tomado la misma decisión?

Una noche, después de la cena, en lugar de ir a sentarme con Ifis en el cuarto de la cama, bajé hasta el mar. Por lo general, las mujeres comían cuando habían terminado los hombres, echaban mano de alguna rápida tajada, pero me dolía el estómago y no soportaba ni siquiera pensar en comida. Fui por el sendero entre las dunas, salpicándolo de sedosa arena con mis pasos. A veces, si pensaba en mis hermanos, sentía una especie de euforia. Porque, mientras siguiera viva y tuviera para mí el recuerdo, ellos no morirían del todo. Y quería estar viva el día que crepitara el cuerpo de Aquiles en su pira funeraria. Pero esos momentos no duraban mucho, entonces se imponía el convencimiento de que esto era lo que había, que así sería mi vida a partir de entonces. Compartiría el lecho de Aquiles por las noches, hasta que se cansara de mí, luego acabaría como la última de las esclavas, acarreando cubos de agua, o cortando juncos con los que trenzar esterillas para cubrir el suelo. Y, cuando acabara la guerra, me llevarían a Ftía; porque la guerra iban a ganarla los aqueos —estaba convencida de ello—; solo hacía falta ver cómo luchaba Aquiles. Troya sería destruida, tal y como Lirneso lo fue. Más viudas, más jóvenes atónitas con sangre entre las piernas. No quería vivir para ver aquello.

Cuando llegué a la playa, me metí derecha en el mar, como hacía siempre, pero, esta vez, seguí caminando hasta que el agua me cubrió la cabeza.

Debajo de mí, rielaban los rayos de luna en las estrías de arena blanca, con brillo intermitente. Hice un esfuerzo para tomar aire, pero parece mentira lo que le cuesta al cuerpo aferrarse a esta vida cuando el alma se dispone a partir. No acababa de sacar la cabeza a la superficie para respirar y, al cabo de unos instantes, sentí como una presión metálica en el pecho y no pude aguantar más. De manera involuntaria, me impulsé para arriba y succioné el aire con avidez al salir a flote.

Cuando llegué al recinto de Aquiles, hecha una sopa, con el alma a los pies, Ifis estaba esperándome. Como yo no paraba de temblar, me puso una túnica limpia y seca y me recogió el pelo en un moño bajo para que no se notara demasiado que estaba empapado. No paraba de decir entre dientes que la tenía muy preocupada, ni de alisar la tela en los hombros y pasarme las manos por la cara para que estuviera presentable, pero en aquel momento la llamó Patroclo y tuvo que irse.

Yo seguí sentada allí. En la habitación de al lado, Aquiles tocaba la lira, como solía hacer a aquella hora por las noches. Había una pieza en concreto que acababa en una secuencia de notas muy parecidas a las últimas gotas de lluvia que caen cuando ha pasado la tormenta. Me sonaba aquella canción, como si la conociera de toda la vida, pero no acabara de ubicarla; y lo que no recordaba era la letra. Seguí escuchando, y entonces dejó de tocar —el momento que yo más temía—. Oí que depositaba la lira en la mesa que había al lado de la silla, un minuto más tarde, abrió la puerta y, con un movimiento brusco de la cabeza, me dijo que entrara.

Me despojé de la túnica, que cayó al suelo, sacudí con las manos la humedad que aún tenía en los brazos, y me metí entre las sábanas. Él no tenía prisa, le dio los últimos tragos al vino, cogió la lira y volvió a tocar las mismas notas de antes. Tumbada en la cama, me puse a escuchar, a odiar la delicadeza con la que aquellos dedos discurrían entre las cuerdas. Me sabía de memoria cada gesto de aquellas manos de manicura que, sin embargo, tenían sangre incrustada en las cutículas, porque ni el baño más perfumado puede borrar todas las manchas. Como llevaba días mirándolo —a causa del miedo, no por otra cosa—, sentía que lo sabía todo de aquel hombre, más que sus lugartenientes, más que nadie, con la excepción de Patroclo. Lo sabía todo y no sabía nada. Porque no podía llegar a imaginarme ni por un momento lo que era estar en su pellejo. Mientras que él, por su parte, no había aprendido nada de mí. Cosa que me venía al pelo. Porque lo que menos quería era ser comprendida.

Al final, se metió en la cama. Cerré los ojos, pensando que ojalá apagara la lámpara, aunque sabía que la dejaría encendida, porque era lo que hacía siempre. Noté cómo se ponía de lado y me rodeaba los pechos con esas manos terribles suyas. Tuve que contenerme para no ponerme toda tensa, no apartarlo de mí...

Y, entonces, dejó de tocarme.

—¿A qué hueles?

Fueron prácticamente las primeras palabras que me dirigió. Me separé de él, sé que cometí un error al hacerlo, pero no pude evitarlo. Se inclinó sobre mí, me olió la piel y el pelo. Fui consciente de lo que tuvo que pensar al notar la costra de la sal en mis mejillas, el olor a descomposición del mar en mi pelo. Y estaba convencida de que me echaría a patadas del lecho, o me pegaría (aquella violencia que bullía a flor de piel caería al fin sobre mí).

Lo que hizo fue todavía más impactante.

Lanzó un gemido y enterró la cara en mi pelo, luego me la pasó por la piel, sin dejar de morderme y lamerme hasta que llegó a mis pechos. Cuando empezó a succionarme los pezones, me retorcí del susto, porque aquello no era un hombre haciéndole el amor a una mujer; era un niño hambriento, un niño que mama con tanta desesperación que pierde la teta y se pone él solo hecho una furia. Me aporreó el pecho con el puño cerrado, y entonces, haciendo un esfuerzo por contenerse, empezó a llevarse a la boca mechones de mi pelo. Luego bajó otra vez a mis pechos, se metió todo el pezón en la boca y cerró con fuerza las mandíbulas. Vais a pensar que por qué me asusté tanto. Solo puedo decir lo que ya he dicho antes: que aquello no era un hombre; era un niño. Cuando por fin se separó de mí, tenía esa mirada velada, ebria de leche, que tiene un niño saciado al pecho. Una expresión que no había visto nunca antes en la cara de un hombre; ni volvería a verla.

Al acabar, me miró con expresión perpleja, afligida casi. Me puse tensa porque pensé que me iba a pegar, no por nada que hubiese dicho o hecho, o que no hubiese dicho o hecho, sino solo por ser testigo de aquello. Por ser testigo de su carencia. Pero se dio la vuelta y fingió que dormía.

6

Todo cambió a partir de aquella noche, y no precisamente para mejor. Porque al usufructo al que Aquiles había sometido mi cuerpo hasta entonces, brusco, certero y sin miramientos, solo para aliviarse, lo sucedió una pasión inmensa; digo pasión, y no ternura. Me hacía el amor —¡uf!— como si quisiera matarme con cada polvo que me echaba. Ora me follaba hasta desintegrarme, ora se agarraba a mí como si tuviera miedo de que me desvaneciese. Hubo noches que pensé que me iba a estrangular.

Ifis no hacía más que preguntarme si me encontraba bien. Yo movía afirmativamente la cabeza y seguía con la faena que fuera que me ocupara en ese momento. Cada vez me aventuraba más lejos de los barracones de las mujeres; iba primero a las hogueras que habían prendido en las proximidades, donde siempre había por lo menos un par de mujeres que conocía de Lirneso. Estaba al aire libre, la luz del sol me daba en la piel; había sobrevivido. Vamos, si a eso se le podía llamar sobrevivir. Porque había mujeres en el campamento, a las que les mataron a los hijos en sus mismas narices, que no habían recuperado todavía la facultad del habla; iban dando trompicones, de un lado para otro, con la mirada perdida, presa de la conmoción. Ya podías dar palmadas delante de su cara, que ni pestañeaban. Lo sé porque lo hice más de una vez.

Pero las cosas no son siempre así de sencillas, ¿a que no? Aunque parezca mentira, había mujeres a las que la vida les cambió para mejor. Una chica que había sido esclava en Lirneso, y, además, de las de la cocina, que no se puede caer más bajo, era ahora la concubina de un hombre muy poderoso, mientras que su señora, una mujer insulsa de carnes flojas que se acercaba al final de sus años fértiles, tenía que andar buscando comida raspándola de los leños, en los restos que quedaban en el fuego. Juventud, fertilidad, belleza, eso era ahora lo único que importaba.

Lo llevaba cada una como podía. Me acuerdo sobre todo de dos mujeres que me parece que eran hermanas. Se pasaban el día en los barracones de las tejedoras, no salían nunca; solo para dar un paseo muy corto a última hora de la tarde. Y entonces iban siempre las dos juntas, agarradas del brazo, tan tapadas con el velo que no sé ni cómo veían por dónde iban. Como si albergaran la esperanza de que, cumpliendo con los hábitos restrictivos

propios de una mujer decente, fueran a volver al pasado y a dejar de ser lo que ahora eran. Me las quedaba mirando y pensaba: «Qué locas estáis».

Se podría decir que yo hacía justo lo contrario. Salía todas las mañanas, sola y sin velo, a dar una vuelta por el campamento. En alguno de esos paseos, tomaba por la línea de la costa, dejaba atrás los recintos de unos y otros, y llegaba al promontorio en el que incineraban a los muertos. Desde allí, la vista abarcaba kilómetros y kilómetros. En un día sin nubes, se veían las torres de Lirneso, pasto del fuego y la ruina. Otro paseo me llevaba tierra adentro, cruzaba por las dunas y salía a la franja de matojos, surcada por senderos encharcados y llenos de barro que desembocaban en el campo de batalla. Desde allí, se veía ya Troya, y hasta lograba a veces captar el brillo del sol en la corona de oro del rey Príamo. Casi siempre estaba en el antepecho, con la vista fija en el campo de batalla, a sus pies; y con él, hasta donde se atrevía a asomarse, el punto blanco que era Elena.

Costaba creer que la guerra durase tanto. Llevaban nueve años luchando en la llanura troyana. El frente se desplazaba a un lado y a otro, nunca avanzaba ni retrocedía gran cosa, ninguno de los dos bandos lograba abrir brecha. En su día, aquello fueron tierras de labranza, sin embargo ahora era un descampado lleno de barro; porque los dos ríos que cruzaban la llanura con sus meandros solían inundarse a menudo, tanto en otoño como en invierno. Los árboles habían desaparecido; los talaron el primer invierno para levantar barracones y reparar los barcos. También habían desaparecido los pájaros. Daba miedo pensar en qué pocos se veían; solo algún ratonero solitario abarcaba con su vuelo tanta desolación.

No tiraba por ese camino muy a menudo. Porque me dolía ver Troya, donde pasé en su día dos años muy felices.

Poco a poco, fui conociendo a los otros «premios» —las mujeres que el ejército había regalado a los distintos reyes—. Nos reuníamos en el recinto de Néstor, porque era el que quedaba más cerca de la explanada central y le venía bien a todo el mundo. Hecamede, el regalo que recibió Néstor cuando Aquiles saqueó Ténédos, mezclaba vino fuerte en cráteras y luego pasaba los cuencos de mano en mano, con bandejas de pan, queso y aceitunas. Yo le echaba unos diecinueve años, más o menos la misma edad que tenía yo; su pelo era sedoso, su piel morena, se movía con soltura y destreza, y me recordaba a algún pájaro, un reyezuelo. Néstor se hizo acreedor de tal regalo por la estrategia que pensó para ese día, porque ya no tenía edad para entrar en liza.

—Espero que ni para entrar en liza ni para entrar en nada —dije yo.

Uza, que también era de Ténedos, soltó una carcajada y respondió:

—¡Eso que te lo crees tú! Los viejos son los peores, porque se creen que, si te esmeras un poquitín, un poco más de lo que ya te estás esmerando, se la pondrás dura como una piedra. Qué va; a mí que me den los jóvenes, vamos; ya te lo digo yo.

Uza era el premio de Odiseo. Y ahí no había problemas, al parecer. Era llegar y besar el santo. Y, cuando acababa, se quedaba mirando al techo y empezaba con la perorata de cuánto se acordaba de su mujer, Penélope, a la que amaba con devoción.

—De la mujer te hablan todos —dijo Uza, y se tapó la boca escondiendo un bostezo.

Nunca tuvimos claro a qué se dedicaba Uza antes de que cayera Ténedos, aunque yo creo que no costaba mucho adivinarlo.

Ritsa se volvió y preguntó:

—Y, Aquiles, ¿qué?, ¿cómo es?

—Rápido —contesté, y lo dejé ahí.

Estaba contenta de volver a ver a Ritsa. Se la habían regalado a Macaón, el médico de mayor rango en el Ejército. No tuvieron en cuenta el aspecto físico de la chica —eso saltaba a la vista—, sino lo bien que se le daba curar a los enfermos. Era viuda, de más edad que el resto de nosotras y, en circunstancias normales, yo no habría consentido que una mujer casada hablara así delante de chicas jóvenes.

Con tan solo quince años de edad, Criseida era la más joven de todas nosotras. Hija de un sacerdote, todavía vivía en casa de su padre cuando cayó Ténedos. La había escogido Agamenón, nada más verla en una fila de cautivas que le pusieron delante para que echara un ojo. Al ser el jefe del ejército, siempre elegía el primero, aunque el que llevase todo el peso de la contienda fuera Aquiles. Criseida era un encanto, como lo son casi todas las chicas a esa tierna edad en que florecen. Parecía muy tímida al principio, pero luego comprendí que no era timidez, sino que era muy reservada. Su madre murió cuando ella era muy pequeña, o sea que había sido el ama de casa en el hogar paterno desde muy chica, y ayudaba en el templo también. Esa doble carga la había hecho madurar antes de tiempo. Casi no dijo nada la primera vez que la vi, ya fuera por timidez, cautela o puro remilgo, pero era el centro de atención. Abandonó la concurrencia la primera de todas, y nos pusimos a hablar de ella en el acto, aunque no eran comentarios maliciosos. Las tenía a todas preocupadas. Aunque, según apuntó Uza, en cierto sentido, estaba

mejor que la mayor parte de nosotras, porque Agamenón no se cansaba de ella.

—No manda por ninguna más —dijo—. Me extraña que no esté ya embarazada.

—Es porque le gusta dar por donde amargan los pepinos —respondió Ritsa.

Y seguro que hablaba con conocimiento de causa, porque tenía un tarro de grasa de ganso mezclado con raíces y hierbas machacadas que le pesquisaban las otras mujeres cuando se reunían alrededor de la hoguera si habían pasado una noche toledana. Ritsa era muy discreta, y no iba a delatar a Criseida en caso de que hubiera necesitado sus servicios, pero nos quedaba claro a todas dónde quería ir a parar.

—¿De veras? —se interesó Uza—. Claro, como es tan delgadita.

Y se echó para atrás, con las manos detrás de la cabeza, para que pudiera apreciarse la opulencia de sus curvas.

—Es porque la ama —opinó Hecamede.

Uza soltó un resoplido por la nariz.

—Ya, hasta que se canse de ella. Os acordáis de aquella (¿cómo se llamaba?). Joder, sé que empieza por uve doble. En teoría, a esa también la amaba, pero eso no le impidió entregársela a sus hombres. Y lo mismo con aquella otra...

—¿Eso hacen? —pregunté.

—¿El qué?

—Entregarles el premio a sus hombres.

Uza alzó los hombros con indiferencia.

—Se ha dado el caso.

—Pues no se dará con ella —replicó Hecamede—, porque está encoñado.

—Por el bien de Criseida, ojalá tengas razón —sostuvo Uza.

Ritsa se estiró y bostezó.

—Lo único que tiene que hacer es darle un hijo varón y ya está, a tumbarse a la bartola.

—Difícil lo tendrá, ¿no? —pregunté—. Si le gusta lo de los pepinos.

Hubo un coro de risas. Cuando lo pienso ahora, echando la vista atrás, cuesta creerlo, pero nos reíamos a menudo. Imagino que porque ninguna había perdido un hijo en aquella guerra.

Tecmesa, el premio de Áyax, también venía a aquellos encuentros, aunque menos que el resto. Llevaba cuatro años en el campamento y tenía un bebé varón al que Áyax adoraba, al parecer. Como el recinto de Áyax quedaba al

lado del de Aquiles, a la vuelta, yo hacía con ella parte del camino. Era una mujer grande y le costaba caminar a pleno sol, por lo que solíamos ir a paso lento y habríamos tenido mucho tiempo para hablar; solo que a mí Tecmesa no me acababa de caer bien, y mis sentimientos por ella iban de la pena a la exasperación. Áyax mató a su padre y a sus hermanos, y, esa misma noche, la violó. Aun así, había llegado a amarlo, o eso decía ella. Yo no acababa de creérmelo. O quizá fuera, lo reconozco, que no quería creerlo. Vi una amenaza en lo bien que se había adaptado esta mujer a la vida en el campamento, y una vergüenza también. No hay que olvidar que tenía un hijo varón, y ese bebé era para ella toda su vida.

Su otra pasión era la comida. Hecamede ponía muchas veces de postre un plato a base de fruta, frutos secos y miel, y era tan empalagoso que casi ninguna podíamos con más de dos cucharadas. Pero Tecmesa se metía entre pecho y espalda una bandeja entera, y nos dejaba a todas boquiabiertas, mirándonos las unas a las otras, aunque nadie decía nada.

Hubo un par de veces que Tecmesa me sacó de quicio con un comentario bien intencionado pero muy irritante sobre cómo aprovechar al máximo la situación. Dijo que tenía que hacer todo lo posible para que Aquiles me amara. «No está casado, ¿sabes? Solo tiene un hijo, pero eso no es nada para un hombre de su posición. Pudo haberse casado con la madre, pero no quiso». Al parecer, el hijo se llamaba Pirro, y Aquiles no lo veía desde que el niño era pequeño. Lo criaba la familia materna. «Pero no es lo mismo», decía Tecmesa. «No es igual que tener un hijo y verlo crecer». Estaba bien claro el mensaje que quería transmitirme: que había un puesto libre y que, si yo no lo tomaba, sería una tonta. «Fíjate en mí: Áyax besa el suelo por donde piso».

Pensé: «Vale, sí, te miro. Pero, si te va tan bien en la vida, ¿por qué no paras de masticar a dos carrillos?».

Un día apareció envuelta en un manto grueso, pese al calor que hacía. Y, cuando se agachó a recoger del suelo el barquito de guerra de juguete de su hijo, se abrió el manto y vimos que tenía marcas negras de dedos en la garganta. Ella se dio cuenta de que lo habíamos visto, entonces sucedió un largo silencio.

Luego, Uza dejó caer, así como si hablara consigo misma:

—Hay problemas en el paraíso.

Ritsa se lo recriminó con un gesto de la cabeza, pero ya era tarde. Tecmesa se había puesto toda roja.

—No lo hizo adrede —dijo—. Tiene unas pesadillas horribles, y se despierta y cree que soy de Troya.

—Es que tú eres de Troya —sostuve.

—Me refiero a un guerrero troyano —aclaró Tecmesa.

De camino a casa —y eso de «casa» fue una palabra que salió de boca de ella, porque yo nunca lo habría llamado así—, se explayó sobre los acontecimientos de la pasada noche, sobre cómo tuvo que liarse a puñetazos con Áyax para que dejara de estrangularla.

—No lo puede evitar. —Pobre mujer, estaba claro que tenía que contárselo a alguien, sin embargo la menos indicada era yo...—. ¿Aquiles tiene pesadillas?

Yo no dije nada; solo negué con la cabeza.

—Ya las tendrá. Antes o después, todos las tienen. Una noche se despertará y creará que eres el enemigo.

—Y hará bien en creerlo.

—No dirás eso cuando te quedes embarazada.

Me di cuenta de que había dicho «cuando», no «si».

Hasta ese momento, yo pensaba que no me podía quedar embarazada. No en vano, cinco años de matrimonio no habían bastado para darle a mi marido el hijo que tanto ansiaba. Pero también es cierto que a veces las yeguas horras se quedan preñadas si las cubre otro semental. Empecé a preocuparme. Allí estaba Tecmesa con su bebé, y el campamento se iba llenando de mujeres con el vientre hinchado, o con bebés en brazos, que no paraban de lloriquear. Las que llevaban más tiempo, tenían hijos que ya se defendían solos en los corros, alrededor del fuego. Y, sin embargo, yo estaba convencida de que a mí no me pasaría eso. Hay que reconocer que hacía lo que estaba en mi mano para evitarlo, porque me lavaba todas las mañanas para expulsarlo de entre mis piernas, y lo hacía, como habría dicho Ritsa, contra mi propio beneficio. Y eso que había una parte de mí que comprendía perfectamente la verdad que encerraban las palabras de Néstor («Tu vida ahora es esta»). Nada ganaría aferrándome a un pasado que ya no existía. Pero vaya si me aferraba, porque en aquel mundo fui alguien, una persona que tenía un papel en la vida. Y me parecía que, si me olvidaba de eso, ya no quedaría ni rastro de mí misma.

Me despedí de Tecmesa a la puerta del recinto de Áyax y recorrí sola los últimos cien metros. Notaba la presencia de las mujeres que vivían con la tropa. Las vi atender el fuego y llevar cazuelas y sartenes, listas para el regreso del guerrero. Eran las más desgraciadas de todas las mujeres que había en el campamento. Muchas lucían los moratones circulares característicos, provocados por el extremo romo de las lanzas. Vivían en torno a las hogueras, dormían debajo de los barracones por la noche; las más

jóvenes tendrían nueve o diez años. Yo pensaba que sus vidas estarían totalmente desligadas de la mía, pero acababa de enterarme de que Agamenón daba a veces a una de sus concubinas a la tropa, para que la compartieran entre todos. A lo mejor lo hacía cuando se había cansado de ella, o cuando había hecho algo que no había sido de su agrado, o solo porque le parecía que sus hombres se merecían un capricho. ¿Habría hecho eso alguna vez Aquiles? No tenía ni idea. Solo sabía que una amenaza más se cernía sobre mí en el campamento.

Al entrar por las puertas del recinto, que de día estaban siempre abiertas, me entró miedo a la noche que se avecinaba. Había que preparar el agua para Aquiles y Patroclo, que se daban un baño caliente y perfumado al acabar cada día la contienda, y tenerles lista la primera de las muchas bebidas. Yo no tenía que hacer ninguna de ambas tareas, porque eran las mujeres del servicio las que calentaban el agua y llevaban los pesados calderos, pero supervisaba siempre que el baño de Aquiles estuviera listo a tiempo, porque eso repercutía en su estado de ánimo, y lo que regía todo allí era el estado de ánimo de Aquiles.

Cuando sentíamos que se acercaba su cuadriga, todos callábamos. Y siempre, incluso antes de quitarse el casco, hacía una ronda por los establos para ver si les habían cepillado el pelo a los caballos y tenían agua suficiente. Solo entonces se quitaba la armadura y se la daba a sus escuderos para que la limpiaran. Muchas veces, en vez de sumergirse en el baño caliente que le habían preparado con tanto mimo, se tiraba de cabeza al mar. Sorteadas las olas que rompían contra la playa, flotaba bocarriba más adentro en el mar, mientras se le enfriaba el baño en el campamento que había dejado a sus espaldas. Casi siempre, Patroclo lo seguía hasta la playa y se quedaba en la arena, mirándolo con cara de preocupación, aunque a mí no me entraba en la cabeza que hubiera nada de lo que preocuparse, porque un hombre que nadaba así no cabía temer que fuera a ahogarse.

Finalmente, Aquiles volvía despacio a la playa con el agua por la cintura, asentando la planta del pie con dificultad, mientras las olas le daban en las rodillas, hasta que pisaba en suelo seco. Allí parado, se sacudía, y su pelo largo, que estaba negro de toda la sangre con la que se había empapado, le caía lacio y llenaba la superficie de la arena de puntitos más oscuros, formando un círculo a su alrededor. Entonces, lavada la sangre enemiga que lo cubría, se quedaba así un rato, quitándose el agua de los ojos, antes de ingresar en la luz, pestañeando. Era como si hubiera vuelto a nacer. Luego le echaba un brazo al hombro a Patroclo, y subían los dos juntos por las rampas

de guijarros y de arena, tomaban las copas de vino que les servían y entraban en la cabaña para disponerse a cenar.

Yo rezaba para que ocurriera algo bueno, lo que fuera; cualquier cosa que cambiara aquella vida que llevaba. Por aquel entonces, los días pasaban implacables, uno detrás de otro; y una detrás de otra se sucedían las noches, sin progresión aparente. Sin embargo, cuando ahora echo la vista atrás, veo que hubo cambios, aunque me parecieran nimios entonces. Por ejemplo, una noche, cuando Ifis y yo estábamos esperando en el cuarto, entró Patroclo a por más vino y, como nos viera allí sentadas, dijo: «¿Por qué no entráis?».

Nos quedamos mirando la una a la otra. No lo esperábamos y, cuando sucedía lo inesperado, nos echábamos a temblar; pero no quedaba otra que obedecer, así que nos levantamos y fuimos con él a la habitación de al lado. Una vez allí, me senté en una silla todo lo lejos que pude de Aquiles, y le di unos sorbitos al vino dulce de la copa que me ofreció Patroclo. Casi no me atrevía ni a respirar. Aquiles mostró cierta sorpresa al principio, pero luego no nos prestó la más mínima atención.

Cuando Patroclo se fue con Ifis, yo me metí en la cama como hacía siempre. Ya había deducido que lo que le alteraba el ánimo a Aquiles era que me oliera el pelo a agua de mar. Hacía lo posible por no bajar a la playa, pero no podía evitarlo. Necesitaba sumergirme en las profundidades insondables, sentir el frío y la sal, y, según pasaba el tiempo, cada vez me hacía más falta. Así que seguía acudiendo a su lecho con el hedor a descomposición del mar en el cabello y una capa de sal pegada a la piel, y me preparaba para sentirlo: lleno de deseo, airado y carente, muerto de miedo, un miedo del que no hablaba con nadie, y que me dejaba completamente perpleja.

Eso se convirtió en la rutina de todas las noches: a Ifis y a mí nos invitaban a la habitación de Aquiles al final de la velada. Había veces en que Aquiles y Patroclo seguían hablando de lo que los había ocupado en la cena, repasaban el combate de ese día y pensaban en qué había que hacer más hincapié en la arenga de la mañana siguiente, antes de la batalla. Si todo había ido bien, la conversación no se alargaba mucho. Si había ido mal, Aquiles estallaba y soltaba por la boca todo tipo de invectivas contra Agamenón (que era un incompetente, que no se ocupaba de sus hombres, ni de ellos ni de nada que no fuera su propia avaricia. Y lo peor de todo: que era un cobarde y se hacía el remolón en retaguardia, con que «para vigilar los barcos», mientras otros llevaban todo el peso de la contienda).

—Y, además —dijo Aquiles, y levantó la copa para que le sirvieran más vino—, es que bebe.

—Todos bebemos.

—Pero no como él. —Aquiles le sostuvo la mirada a Patroclo—. Venga, hombre, ¿tú cuándo me has visto a mí borracho?

Por fin, después del buen hacer de Patroclo para aplacarlo, Aquiles cogía la lira y se ponía a tocar.

En cuanto lo veía absorto con la música, me sentía libre para mirar todo a mi antojo (los gruesos tapices, la vajilla de oro, un cofre con taracea de marfil...). Imaginaba que parte de ello lo habría traído de su tierra, pero casi todo era saqueado de palacios en llamas. Un espejo de bronce de cuerpo entero —a saber de dónde había venido eso—. Lo que sí sabía era de dónde salió la lira, porque la había cogido del palacio de Eetión, cuando saqueó Tebas. Mató a Eetión, mataron a sus ocho hijos, pasaron a cuchillo a los hombres y a los niños, sometieron a esclavitud a las mujeres y a las niñas, y solo quedaba la lira. Me parecía que no había visto nunca nada tan hermoso.

Él tocaba, le caía en pleno rostro la luz de la antorcha, y yo le veía las manchas tan extrañas que tenía en la cara. Las placas de hierro del casco le tapaban la frente y las mejillas, y esas partes de la cara las tenía más pálidas que la piel expuesta alrededor de los ojos y la boca, casi como si el casco fuera ya parte de su anatomía y se le hubiera incrustado en la piel. Puede que esté exagerando el efecto, porque cuando se lo dije a Ifis, y aunque comprendió en el acto a qué me refería, respondió que a ella no le había llamado tanto la atención. Para mí, lo más llamativo era ese aspecto atigrado de su piel. Una vez me dijeron que yo nunca hablaba de su aspecto físico. Y es cierto que no lo hago, porque me cuesta. Puede que por aquel entonces fuera el hombre más bello sobre la faz de la tierra; pero también era el más violento, con diferencia, y ahí radicaba el problema. ¿Cómo separar la belleza de un tigre de su ferocidad? ¿O la elegancia del guepardo de la celeridad de su ataque? Así era Aquiles: la belleza y el terror eran dos caras de una misma moneda.

Aquiles tocaba, y Patroclo lo escuchaba en silencio, con la barbilla apoyada en las manos entrelazadas, y la mirada perdida, en ocasiones; mientras le acariciaba las orejas a su podenco favorito, sentado a su lado, con los ojos puestos en el amo, o echado a sus pies. Si el perro dormía, a veces lanzaba en sueños un mordisco al aire, como si persiguiera un conejo imaginario, entonces Patroclo esbozaba una sonrisa, Aquiles alzaba la vista y reía, antes de volver a concentrarse de nuevo en la lira.

Todas las canciones hablaban de la gloria inmortal, de héroes que morían en el campo de batalla o, rara vez, de su regreso a casa, triunfantes. Muchas me las sabía de memoria, de cuando era pequeña. De niña, en casa de mi padre, me asomaba al patio sin ser notada, en vez de estar en la cama, dormida, para escuchar a los bardos que tañían y cantaban en el salón. Puede que a esa edad pensara que historias tan conmovedoras sobre el valor y la aventura me abrirían las puertas de mi propio futuro, aunque unos años más tarde, cuando tenía diez, once años, más o menos, mi mundo empezó a ser más limitado, y me di cuenta de que aquellas canciones eran patrimonio de mis hermanos, no mío.

Las cautivas salían de los barracones de las mujeres y se sentaban en la terraza para escuchar cantar a Aquiles. Era una voz que se oía desde bastante lejos, y llegarían retazos de uno a otro extremo del campamento. Al final, la canción se desvanecía en el aire calmo de la noche, y nadie movía un músculo, ni decía nada. Entonces, si un leño en el fuego se desplomaba con un chisporroteo, Aquiles buscaba a Patroclo con la mirada y le sonreía.

Era la señal. Todos nos levantábamos, y Patroclo e Ifis se despedían hasta el día siguiente. Los oía hablar entre susurros en el salón, y me preguntaba cómo lo viviría ella. Se había quedado sin familia, sin hogar, y Patroclo había participado en esa pérdida. ¿Cómo podía amarlo?

Aquiles se quitaba la ropa entonces, sin prisa, y le daba algún que otro rasgueo a la lira. Yo ya estaba en la cama, con los ojos cerrados y el oído atento, aspirando el olor a resina de la pared que tenía al lado, hasta que notaba, a través de los párpados, que la luz se apagaba, y era él, que estaba echándole ceniza al fuego. Luego, pasado un instante, notaba que cedía la cama bajo de su peso.

No sé, quizá si hubiera podido acercarme a él, hablarle, todo habría sido distinto. Aunque también es posible, o más que posible, que cualquier referencia por mi parte a la situación hubiera provocado en él un ataque de cólera. Porque era un ritual tan íntimo e intenso que había que llevarlo a cabo en silencio, a oscuras. Y así me vi, una noche detrás de otra, debajo de aquel hombre que no tenía nada de hombre y era un niño enfurecido; así, rezando para que pasara pronto. Y, después, me estiraba lo que me daban de sí las piernas, como un cadáver en la pira funeraria, y esperaba el momento en el que su respiración indicara que ya dormía, entonces yo me podía liberar y darme la vuelta para quedar de cara a la pared.

Y rezaba para que hubiera un cambio. Todas las mañanas y todas las noches, rezaba para que me cambiara la vida.

8

Creo que fui la primera persona en el campamento que vio al sacerdote.

Había bajado a la playa, iba caminando por la arena, hasta que llegué a los barcos de Odiseo, alzados en picaderos, justo detrás de la explanada que servía de ágora. Me detuve y eché la vista atrás para ver el camino que traía, y allí estaba él, el sacerdote, que venía a buen paso hasta mí y dejaba un reguero de pasos en la arena reluciente, igual que un caracol. Tenía el pelo gris, estaba sucio y agotado, como si llevara días andando, o semanas, incluso. Según se acercaba, miraba a un lado y a otro, y los faldones de su manto ondeaban al viento. Al principio, lo tomé por un marinero; pero, entonces, lo tuve más cerca, vi el báculo engalanado con las ínfulas rojas del culto a Apolo, y me fijé en la ropa, que estaba sucia y arrugada, pero era de lana de primera calidad.

Cuando estaba a apenas unos pasos de mí, dudó por un momento, como si no supiera qué trato tenía que darme al dirigirse a mí. Me hacía cargo de la situación —él tenía delante a una mujer joven, bien vestida, que no llevaba velo y caminaba sola...—. De haberme visto en una ciudad, enseguida habría sabido a qué atenerse. Se me ensombreció el semblante y lo miré, sañuda, pensando: «Pues sí, viejo; eso es lo que soy, aunque no por mi propia voluntad».

—Hija mía —empezó a decir, como tanteándome—, ¿dónde se aloja Agamenón? ¿Me puedes indicar el camino?

Me volví y señalé a mi izquierda, pero, en ese momento, salió de entre los barcos uno de los hombres de Odiseo y le preguntó qué hacía allí. Había venido, dijo, a pedirle al gran Agamenón que aceptara un rescate por su hija. Supuse que sería el padre de Criseida. El hombre entró en el barracón de Odiseo para dar novedades, y, al poco, salió Odiseo en persona.

Fui corriendo a toda prisa al recinto de Néstor y hallé a Hecamede en uno de los cobertizos de las tejedoras. Poco a poco, según le iba contando lo que había visto, fue cesando el ajetreo en los telares, y todas las mujeres acabaron rodeándonos para dar su opinión sobre la llegada del sacerdote.

—Tendrá que dejar que se vaya —dijo Hecamede.

—Eso no te lo crees ni tú —repuse—. Es Agamenón, no está obligado a hacerlo.

La noticia de la llegada del sacerdote corrió de barracón en barracón. Cuando llegué al ágora, ya lo sabía todo el mundo, y una muchedumbre de hombres se congregaba allí, entre empujones y ampulosos gestos. Estaban todos muy nerviosos.

Era la primera vez que acudía a la explanada central, desde que el ejército me entregó como premio a Aquiles, y los recuerdos de aquel día me hacían tanto daño que estuve a punto de darme la vuelta, pero aguanté allí. No era yo la única mujer. Vi a Ritsa, debajo de la estatua de Zeus, con los fornidos brazos cruzados sobre el pecho. Le hice señas, pero estábamos demasiado lejos para hablarnos. La multitud crecía, la noticia de la llegada del sacerdote había corrido, y los hombres estiraban el cuello para ver qué pasaba, o lanzaban vítores ante la llegada de Agamenón. Rodeaban la explanada las estatuas de los dioses, pulidas por los vientos inclementes que soplaban del lado del mar y les habían desconchado la pintura. Todas clavaban la vista en los mortales congregados a sus pies, con los ojos vacíos, implacables.

Yo miraba a todas partes, buscaba un punto que me permitiera ver por encima de las cabezas de la muchedumbre, y algo se movió y me llamó la atención: era Criseida, en lo alto de las dunas, debajo de un árbol encanijado al que los vendavales habían dado forma de arco. Fui corriendo a reunirme con ella. Cuando ya estaba a punto de llegar a su altura, vi que tenía un lado de la cara rojo, y que ese ojo le lloraba mucho. Se lo enjugaba constantemente con una esquina del velo, pero no hizo mención alguna a ello, y yo tampoco le pregunté. Lo único que hice fue abrazarla, y allí nos quedamos las dos, mirando el ágora, desde una altura que nos permitía ver por encima de la multitud. Ella me cogió del brazo y soltó un pequeño gemido al ver a su padre, que esperaba a un lado de la entrada.

Entonces me clavó los dedos en el brazo, porque el sacerdote de Apolo se dirigía al centro de la explanada, con el báculo en alto, luciendo las ínfulas rojas del dios. La multitud enmudeció al instante. Se había levantado un viento que formaba remolinos de polvo en la arena; duraban un par de segundos, luego se desvanecían con igual celeridad. Vino un golpe más fuerte de viento, y el pelo gris del sacerdote ondeó justo cuando empezaba a hablar. Saludó primero a Agamenón, con toda cortesía, rogándoles a Apolo y a todos los dioses que le concedieran la victoria, que pudiera saquear la ciudad de Príamo y llevarse a casa en sus barcos las riquezas de Troya...

—Solo te pido que me devuelvas a mi hija —dijo.

Aquel ruego causó conmoción, después de lo formales que habían sido sus palabras iniciales. Porque estábamos de repente en otro mundo, uno en el

que el amor de un padre por su hija importaba más que el saqueo de todas las riquezas. Pero Agamenón había sacrificado a su propia hija para obtener un viento favorable que lo llevara a las costas de Troya. Temí por el anciano y por Criseida. Nada más decir aquello, al sacerdote lo pudo una pena muy honda; pero cuando pasaron unos minutos sacó fuerzas para seguir. Traía un rescate muy cuantioso, en las bodegas de un barco mercante que había anclado en la playa, a la vista de todos. Le suplicó a Agamenón que lo aceptara, a voz en cuello esta vez:

—Por favor, gran Agamenón, por favor, deja que me la lleve a casa.

Las lágrimas del anciano dejaron conmovidos a todos los que estaban en el ágora (eso y la suma del rescate que había traído). Allí había sentimiento y avaricia, y los griegos se perdían por una historia llena de sentimiento; casi tanto como por el oro. «¡Acepta el rescate!», gritaban. «¡Dale a este pobre infeliz su hija!». Y luego, como si cayeran en la cuenta de algo: «¡Haz honor a los dioses!». Muy pronto, la muchedumbre era un clamor de guerreros que se zarandeaban unos a otros y entonaban un canto unánime: «¡Devuélvesela! ¡Devuélvesela!».

Agamenón estuvo unos instantes consultando con sus consejeros; luego se levantó. El griterío continuó enardecido un par de segundos, hasta que la gente que estaba más cerca de él vio que se había puesto en pie. Entonces, hubo uno o dos gritos aislados, y los cánticos cesaron por completo.

—Viejo —dijo Agamenón, así, sin otorgarle título alguno, despreciándolo—; viejo, coge tu rescate y vete de aquí. Esta vez saldrás vivo, pero, si te vuelvo a ver por el campamento, no va a salvarte ni ese báculo encintado que llevas. —Paseó la vista por las hileras de hombres que tenía delante, todos callados—. No la pienso devolver. Se pasará la vida entera en mi palacio, lejos de su tierra; trabajará en los telares por el día y dormirá en mi cama por la noche. Me dará hijos, hasta que sea una vieja viejísima y no le quede ni un diente sano en la boca. Y ahora, fuera. No se hable más: fuera, he dicho. Y da gracias de que te vas con vida.

El sacerdote se alejó de allí, en silencio, arrastrando el báculo, que iba dejando a su paso una línea grabada en la arena, hasta la misma salida. Allí, volvió a mirar una última vez a Agamenón, y movió los labios, aunque tenía tanto miedo que no pronunció palabra alguna. Agamenón ya le había dado la espalda y volvía a sus aposentos. Hablaba con los que lo seguían, todo sonrisas y risas; disfrutaba de aquel instante victorioso a costa de un anciano débil y vulnerable. La muchedumbre se disolvió con pocas ganas, diseminada en grupos de a dos, o de a tres, e iban murmurando de vuelta a sus barracones.

A nadie le gustó aquello. Me pareció ver a dos o tres que hacían el signo contra el mal de ojo.

Casi no me atrevía a mirar a Criseida, pero sí sabía lo que tenía que hacer.

—Corre. —Ella me miró, con la boca abierta, sin dar crédito a sus ojos, presa de la conmoción—. Venga, sal corriendo. Vuelve a su barracón. Puede que mande por ti.

Sabía que lo haría. No podría resistirse a follársela para celebrarlo. Bien poco le importaba el dolor que sentiría Criseida al ver partir a su padre.

Salió corriendo, rauda entre las cabañas, como una cierva joven, y yo eché a andar de vuelta al recinto de Aquiles. Disuelta la reunión, el campamento estaba lleno de hombres que volvían a sus barracones, así que atroché por la playa. Y allí vi al sacerdote: se abría camino entre marañas de algas secas, iba con los pies a rastras y levantaba nubecillas de mosquitos que revoloteaban a su alrededor. Avanzaba despacio, lloraba y le rezaba a Apolo. Empecé a seguirlo, no aposta, sino solo porque iba en la misma dirección que él. Cuanto más se alejaba de Agamenón, más alzaba la voz en sus plegarias; llevaba en alto el báculo encintado del dios, por encima de su cabeza, casi como si estuviera en las escaleras del altar de su propio templo.

Dios de la luz, ¡oye mi ruego!

Dios del arco de plata, ¡oye mi ruego!

La cantinela subió de volumen y al final acabó gritándola a los cielos.

Me conmovía aquel anciano, pero también me irritaba profundamente. Porque, si clamar a los dioses sirviera para algo, Lirneso no habría caído. Y sabe el cielo que nadie rezó más que nosotros.

Pero lo seguí en su tambaleo por la playa, sin perderlo de vista ni dejar de escuchar el canturreo de sus plegarias.

Señor de Ténedos, ¡oye mi ruego!

Señor de Escila, ¡oye mi ruego!

*Por los corderos y las cabras que sacrifiqué en tu altar,
¡venga a tu sacerdote!*

Yo ya no tenía ninguna esperanza de que mis plegarias fueran atendidas. No sé de dios alguno que escuche las plegarias de los esclavos, y, aun así, aquel viejo me tenía cautivada. Por donde pasaba, el cielo y el mar se oscurecían, y, con todo, no cesaba en sus cánticos, aunque yo ya no conocía los apelativos del dios.

Apolo Esminteo, ¡oye mi ruego!
Dios que hieres de lejos con tus flechas, ¡oye mi ruego!
Señor de los ratones, ¡oye mi ruego!

¿Señor de los ratones? Se me había olvidado, si es que alguna vez lo supe, que Apolo era el dios de los ratones. Y, de repente, supe adónde conducían estas plegarias. No es que Apolo sea señor de los ratones por la ternura que le inspiran estos animalitos peludos, ni porque sienta por ellos cierta debilidad... No, es señor de los ratones porque estos, como las ratas, transmiten la peste; y Apolo, señor de la luz, señor de la música, señor de la curación, es también el dios de la peste.

La plegaria amplificada del sacerdote pidiendo venganza ascendía a los cielos, y me vi a mí misma rezando con él.

Señor de los ratones, ¡oye mi ruego!
Dios del arco de plata, ¡oye mi ruego!
Dios que hieres de lejos con tus flechas, ¡oye mi ruego!

Hasta que, por fin, salieron de mi boca las palabras prohibidas, como un vómito de bilis o de sangre:

Dios de la peste, ¡oye mi ruego!

9

No pasó nada. ¡A ver qué iba a pasar! Cuando le pides algo a los dioses, ¿no es eso lo que pasa: nada de nada?

A la mañana siguiente, los hombres formaron como siempre, antes del alba. Hubo un golpeteo de espadas contra escudos que sonó atronador, Aquiles subió de un salto a la cuadriga y dio la señal de avance. Se fueron, llevándose consigo el aporreo de los escudos, y el campamento volvió a tomar el aspecto que tenía siempre: como sorprendido en mitad de algo, desaliñado, desierto, salvo por las mujeres, los niños y el puñado de hombres de pelo gris que quedaban a cargo de los barcos.

Hallé a Criseida aplicada a la labor en el telar, aunque dejó la tarea cuando me vio entrar, y me ofreció una copa de vino. Al ver cómo se movía por el barracón, me pareció que andaba más rígida que el día de antes. La pobre Criseida no conocía ninguna de las técnicas que empleaban mujeres más experimentadas, como Uza, para ejercer su control sobre el apetito sexual de los hombres. Había muchas que yo tampoco sabía, pero ella era completamente ajena a todo eso, puesto que llegó virgen al lecho de Agamenón, cuando era casi una niña. Aunque, a decir verdad, se las iba apañando, gracias a la devoción que le tenía a Apolo y a alguna que otra visita al tarro de grasa de ganso.

Cuando Ritsa dijo que le daba pena Criseida, Uza resopló por la nariz, haciéndole mofa.

—A mí pena no me da ninguna —declaró—. Que, si una mujer sabe arreglárselas, el hombre acaba antes de que le acerque siquiera la polla.

—¿Cómo va a saber «arreglárselas»? —adujo Ritsa—. ¡Si solo tiene quince años!

—Doce tenía yo.

Pobre Criseida, de quien Agamenón no conseguía apartar las manos. Y ¿a cuántas chicas, al sentirse amadas, o deseadas por el hombre más poderoso de Grecia, no se les habría subido el orgullo a la cabeza? Pues a Criseida no se le subió. Desolada a todas horas, su único sueño era volver con su padre. Me dijo que quería ser sacerdotisa, que el padre la estaba iniciando, y que se le habría dado muy bien. Era muy devota y rezaba cuatro veces al día (a la salida del sol, a mediodía, con el ocaso y otra vez antes del alba), para rogar por la vuelta del dios. Apolo, el que aniquila las sombras; Apolo, el dios de la

curación, que era, además, el dios de la peste. Una vez me pidió que hiciera con ella la oración del mediodía, pero me inventé una excusa. Yo sí que le rezaba a Apolo, cada vez más, pero eran plegarias que una no anda compartiendo con nadie.

Señor de los ratones, oye mi ruego...

Volví caminando al recinto de Aquiles por la franja de arena endurecida que quedaba entre los barcos montados en picaderos y el mar.

Dios de la luz, ¡oye mi ruego!

Esa plegaria no sonaba creíble en mis labios, porque cada vez me sumía más en la sombra —me había adentrado demasiado en ella como para celebrar en Apolo la divinidad de la luz—. Más que eso, lo que estaba haciendo era repiquetear de manera machacona con el puño cerrado contra la palma de la mano.

Señor de los ratones, ¡oye mi ruego!

Dios del arco de plata, ¡oye mi ruego!

Dios que hieres de lejos con tus flechas, ¡oye mi ruego!

Aquel día el mar estaba liso y en calma, cosa rara; y tenía un brillo pulido y lechoso que le daba a la superficie el aspecto de la piel que recubre una ampolla. Se hinchaban las olas en los confines de la bahía, antes de romper en arcos concéntricos de espuma amarillenta, con un borboteo furioso entre el detritus, para luego estrellarse contra la arena y desaparecer. Era una calma que tenía algo de amenazador, como esos últimos minutos antes de que estalle la tormenta. Miré a los barcos en sus picaderos, a los barracones y a las hogueras humeantes, y se me erizó la piel con un presentimiento.

Acorté por la explanada, donde la mirada vacía de los dioses me siguió los pasos, fui andando por un sendero entre las dunas que bordeaba todo el perímetro del campamento, y que, en un punto, ceñía las faldas del enorme vertedero. No era aquel un sitio ideal en un día de calor sofocante porque, aunque el cielo estaba nublado, cada vez subía más la temperatura. Me eché a temblar de puro asco al sentir el hedor, la miríada de moscas negras que no paraban de zumbiar, el sudor que me recorría los costados, todo ello a la vez. Y, sin embargo, algo en mi interior agradecía la proximidad con lo pútrido y descompuesto. De hecho, pensé que aquel era mi sitio; allí, rodeada de basura, porque así era como yo me sentía, como basura. En aquel momento,

no le eché la culpa a Aquiles ni al ejército griego por haberme convertido en eso. Me culpé a mí misma.

Nada más pasar el basurero, vi una rata que correteaba entre montones de comida en estado de descomposición. Se tiraba mucha comida en el campamento, porque a nadie le había costado lo suyo cultivar las cosechas ni cuidar del ganado. Y eso explicaba, sin duda, el tamaño de las ratas. Para mí era inaudito ese brillo en la piel que delata un estómago satisfecho. Las veías con el rabillo del ojo. Por lo general, salían corriendo en cuanto te acercabas. Pero esta no lo hizo. Es más, tenía un comportamiento extraño (trastabillaba y no hacía más que dar vueltas). Al acercarme, vi que tenía el pelo erizado, de punta, muy distinto al lustre negro que solían lucir otras. Pasé de largo, pero, entonces, miré instintivamente para atrás, y, en ese momento, la rata soltó un chillido. Le salió un chorro de sangre por la boca, cayó de costado, estuvo un minuto entero retorciéndose. En plena agonía, volvió a chillar y quedó allí muerta.

Entonces vi que había más ratas y que no huían de mí ni salían corriendo para ponerse a cubierto. Cuanto más miraba, más veía. Había cuerpos hinchados desperdigados aquí y allá entre la basura. A una casi la pisé y, cuando me fijé con más detenimiento, vi que tenía gusanos debajo de la piel. Llevaban muertas bastante tiempo; no era algo reciente. Reculé, eché a correr para dejar atrás el vertedero lo antes posible y los últimos cien metros que me separaban de las puertas del recinto los recorrí casi sin aliento. Entré de sopetón en el barracón de las mujeres, sin poder dar crédito a lo que había visto. Aunque, una vez dentro, no le dije nada a nadie, porque ¿qué iba a decir?, ¿que había visto un puñado de ratas muertas? Eso no era ninguna novedad, ¿o sí?

Sin embargo, no pude dejar de pensar en ellas mientras me preparaba para la cena. Puse el mismo mimo que ponía siempre en cuidar mi apariencia. La obsesión que le había entrado a Aquiles con mi pelo y con mi piel no hacía que me sintiera más segura, sino al revés. Había surgido de repente, y con la misma rapidez podía volverse pura repulsa. Así que puse todo mi empeño en ser, al menos en público, exactamente lo que él quería: la viva imagen de algo que viniera a confirmar lo que Aquiles siempre había afirmado ser, el más grande de los aqueos.

A la hora de la cena, hacía tanto bochorno en el salón que me escocía la nariz por dentro al respirar. El calor emanado de los cuerpos, de las antorchas encendidas...; hasta el olor de las bandejas de carne de vaca asada formaba una tupida mezcla que espesaba el aire. Seguía hablándose de lo mal que

Agamenón había tratado al sacerdote. A nadie le gustó aquello. Y nadie lo entendía. ¿Cómo rechazar un rescate de aquel porte, nada menos que por una quinceañera? ¿Es que estaba loco? Hasta Aquiles, cuando me incliné para servirle el vino, estaba hablando de la renuncia de Agamenón a aquel rescate.

—Pero ¿por qué no lo quiso, si es el hombre más avaricioso que pisa la tierra?

—A lo mejor es que está enamorado de ella —respondió Patroclo.

—¿Amor, dices? Pero si ese macho cabrío no sabe lo que es el amor.

«¿Y tú sí lo sabes?», pensé yo, y pasé al siguiente comensal.

Ya iba viendo a aquellos hombres como lo que cada uno de ellos era: un ser individual. Y casi todos eran gente con la que se podría hablar, aunque había uno o dos que no soportaba. Mirón era un hombre de mediana edad, entrado en carnes, de pelo hirsuto y negro que ya teñía de gris alguna cana. Imagino que en sus tiempos sí entraba en combate, pero ahora no luchaba. Se encargaba del mantenimiento de los barcos. No era una misión baladí porque Aquiles salía en frecuentes incursiones a ciudades enemigas a lo ancho y largo de la costa, y la flota tenía que estar en condiciones de zarpar a todas horas. Vi aparejos podridos en los barcos de algunos reyes, y hasta daños en el casco que no habían reparado, pero en el campamento de Aquiles una no veía nada por el estilo —podría hacerse a la mar con sus barcos en cuestión de horas—. Mirón era escrupuloso en el cumplimiento de su deber. Si no me caía bien, si me desagradaba como persona, era solo porque las miradas que me lanzaba eran más atrevidas que las de los otros hombres, como si calibrara mis atributos sin recato alguno. Nunca dijo nada porque, como es lógico, no se habría atrevido, pero me miraba los pechos cuando me inclinaba sobre él y chasqueaba los labios, como si estuviera deseando catar el vino que yo le iba a escanciar.

Aquella noche le serví vino, a toda prisa, como hacía siempre, porque no soportaba estar cerca de él, y entonces, al dar un paso atrás, me fijé en la túnica que llevaba puesta. Era una que yo le tejí a mi padre. Es más, se la acabé días antes de que me llevaran en litera a casa de mi recién estrenado esposo, el viaje que ha de hacer toda chica que se precie. No me había salido demasiado bien el bordado de la parte de atrás, porque no me preciaba yo de ser buena con la aguja, pero sí que di con todo mi amor cada una de esas puntadas. Y era cierto también que no era la primera vez que sentía una punzada de dolor porque había reconocido alguna de mis pertenencias. Al día siguiente de mi llegada al campamento, vi una bandeja de oro del palacio de mi marido en una mesilla que había en el salón. Pero esto era algo íntimo y

personal. Me quedé mirando el pestorejo de Mirón, los pliegues de grasa que tenía en el cuello, y resonó una vez más la plegaria dentro de mi cabeza, sin querer, casi como si fueran las palabras las que me estuvieran pronunciando a mí, y no al revés:

Señor de los ratones, ¡oye mi ruego!

Dios del arco de plata, ¡oye mi ruego!

Dios que hieres de lejos con tus flechas, ¡oye mi ruego!

Dios de la peste, ¡oye mi ruego!

10

El calor ponía a todo el mundo nervioso. Había rencillas en el salón, y una desembocó en pelea. Hasta Patroclo, que siempre era tan conciliador, cuando logró separar a los que se estaban pegando, le dio un puñetazo a uno, y al otro lo tiró de cabeza contra la pared. Sucedió un hosco silencio, y el banquete se disolvió sin que hubiera lugar para los cánticos de siempre.

Hasta de noche, el cielo se teñía de un amarillo que acogotaba el campamento y atrapaba dentro el calor, como la tapa de una olla puesta al fuego. Acabada la cena, retiraron los platos, y yo esperaba en el cuarto a que él me llamara. Ifis había caído enferma esa mañana con un andancio que recorría el campamento y afectaba al estómago. Todo estaba en calma, cosa rara —no se oía nada en la habitación de al lado, ni música ni voces—. Al cabo de un rato, cansada de estar encerrada en aquel espacio candente y sin aire, salí afuera y me encontré con Patroclo, que estaba sentado en los escalones de la terraza, él solo.

Nada más verlo, me dispuse a entrar otra vez dentro, pero hizo señas para que me sentara a su lado. Dijo que Aquiles estaba nadando en el mar. Hubo algo en el tono de voz que me llevó a fijar la vista en él. Le veía el blanco de los ojos y el brillo de los dientes cuando sonreía, pero poco más. El campamento estaba sumido en las sombras —no había luna, ni estrellas—. Estaban todavía encendidos los fuegos en los que habían preparado la cena, desperdigados aquí y allá, pero, con tanto calor, no había nadie sentado a la lumbre. Visibles en la lejanía, como un vestigio de otro mundo, las luces de Troya resplandecían en el montículo.

Lo que debería haber sido un auténtico placer, estar sentada al aire libre una noche cálida, era un suplicio: se sudaba de cada pelo una gota, y no soplaba brisa alguna que pudiera aliviarte. Unos insectos muy grandes de color negro que no eran polillas —no sé lo que eran— te revoloteaban por la cara, y había que apartarlos a manotazos. El olor a podredumbre del vertedero se había extendido por todo el campamento, no había rincón que se librara de él y llegaba un momento en el que se hacía pastoso en la boca. Qué envidia el baño en el mar que se estaba dando Aquiles; pero yo no podría hacer lo propio de ninguna de las maneras, con Patroclo allí sentado. Aunque me inquietaba un poco pensar por qué no se había unido a él. A lo mejor Aquiles

había dejado claro que quería estar solo. No dijo nada en la cena, algo raro en él; solo despotricó una vez contra Agamenón con especial ahínco.

Seguimos allí sentados, uno al lado del otro, sin hablarnos, porque ¿qué se iban a decir el príncipe Patroclo, nada menos, y la chica con la que se encamaba Aquiles? (y eso era lo menos ignominioso que se podía decir de mí). Pasamos un rato así, pero luego el calor, el silencio, la oscuridad de la noche, todo ello hizo que lo imposible quedara al alcance de la mano, y me oí a mí misma decir:

—¿Por qué eres siempre tan amable conmigo?

Al principio pensé que no me iba a responder, que me había extralimitado en mi condición de esclava. Pero entonces dijo:

—Porque sé lo que es perder todo y que te entreguen, como un juguete, a Aquiles.

Me cortó la respiración tanta franqueza. Pero, a la vez, no paraba de pensar: «¿Y tú qué vas a saber? Si no tienes más que privilegios; con todo el poder que ostentas, ¿tú qué vas a saber lo que es estar en mi situación?». ¿Se lo pregunté a él? No creo, pero puede que esa pregunta tomara forma en el espacio que mediaba entre nosotros. O que él tuviera ganas de hablar.

—Cuando tenía diez años, maté a un chico —dijo—. Fue sin querer; era mi mejor amigo, pero nos peleamos por una baza jugando a los dados. Dijo que estaba haciendo trampas, yo dije que no, una cosa llevó a otra y le pegué. Cayó al suelo, y ya está, pensé que ahí acababa todo. Ya me iba a marchar, cuando se levantó de un salto, me dio un cabezazo y me partió la nariz. —Se llevó una mano al puente achatado—. Dolía tanto que me ofusqué, cogí una piedra y le di con ella. Creí que solo le había dado un golpe, eso es lo que recuerdo, pero no lo que pasó. Había otros chicos delante que dijeron que le golpeé una y otra vez. Y tuvo que ser verdad porque le dejé la cara aplastada. Cuando quisieron separarme de él, estaba muerto. Y, claro, fue un asesinato. Su padre tenía mucho poder. Así que me desterraron y fui confinado en un barco rumbo al reino de Peleo, padre de Aquiles. Pero no por unos meses, sino para siempre. Y allí lo conocí. —Miraba al fondo oscuro de la noche, con expresión indefinida en el semblante—. Me parece que no había visto nunca a un chico más desgraciado que él; bueno, solo cuando me miraba al espejo. Lo acababa de dejar la madre. —Ahí dudó un instante—. ¿Sabes que es una diosa del mar?

Dije que sí con la cabeza.

—No era un matrimonio feliz. Un día, ella se levantó, echó a andar y se metió en el mar. Lo había hecho antes, lo hacía una y otra vez; pero, de esta,

ya nunca volvió. Aquiles no quería comer, se negaba a jugar con otros niños, creo que hasta dejó de crecer. Parece mentira, pero no era más que un renacuajo cuando lo conocí. Peleo ya no sabía qué hacer, así que le vine al pelo y no tuve más remedio que hacerme amigo de Aquiles. —Se echó a reír—. Aunque a mí también me vino bien.

—¿En qué sentido?

—Hizo que me calmara.

—¿Peleo?

—No, Aquiles. Sí, ya sé que cuesta creerlo.

De repente a lo lejos sonó un canto que acabó en una risotada. Más que verlo, sentí que Patroclo se volvía y me miraba.

—Nos vigilas a todos, ¿a que sí?

Dije que no con la cabeza.

—Sí que lo haces.

No era plato de buen gusto saberse observada mientras una observa a los demás.

—Y hay veces que te oigo llorar...

—Porque no lo podemos evitar, por lo menos, las mujeres. Seguro que tú no llorabas nunca.

—Estuve un año entero llorando, una noche detrás de otra.

Lo dijo como a la ligera, y costaba saber si iba en serio o no. Hice un gesto con la cabeza, en dirección a la playa, y añadí:

—Lleva mucho rato nadando.

—Puede que esté con ella.

Al principio, no comprendí.

—¿Te refieres a su madre?

—Sí.

—Porque ¿todavía viene a verlo?

—Pues claro que viene.

Lo decía otra vez con un tono que yo no acababa de encajar. ¿Era resentimiento? Me vino a la memoria la imagen de Aquiles en la playa, la forma de hablar tan rara que tenía, como un burbujeo que no era humano, aquella palabra repetida una y otra vez, la única que entendí o creí entender: «Mamá, mamá». ¿Cómo sería sentir amor maternal por un hombre así?

—¿Estás dolido por ello?

—¿Por qué, por haber crecido siendo el hermano adoptivo de Aquiles? En absoluto. A ver, lo que más siento es haber matado a mi amigo, como es lógico, pero... La verdad es que fueron muy cariñosos conmigo. —Siguió allí

sentado un par de minutos; luego se dio de pronto un golpe con la mano en la rodilla—. Me parece que voy a bajar a la playa, a ver qué hace.

—¿Por qué te preocupas tanto por él?

—Es por costumbre. —Se puso en pie—. Imagino que sabes que él...

Estuve esperando a ver si decía algo más, pero no dijo nada, sonrió y se alejó.

Me pareció que ya podía volver al barracón de las mujeres, pero quedé intranquila después de aquella conversación. Decidí caminar un trecho del camino que llevaba al mar. El corazón me daba saltos, y no sabía por qué. Di vista a la playa en aquel punto en el que el arroyo se abría paso, por un lecho pedregoso, hasta el mar. Aquiles y Patroclo estaban en el otro extremo, cerca de la línea de pleamar. No los oía porque estaban muy lejos, pero me pareció por los gestos que estaban discutiendo. Hubo un momento en el que Aquiles se dio la vuelta, y Patroclo le tiró con fuerza del brazo para volver a encararse con él. Por un instante, se quedaron así, uno enfrente del otro, sin hablar. Luego, Aquiles se acercó y posó la cabeza en la frente de Patroclo. Y así estuvieron un buen rato, sin moverse ni hablar.

Di un paso atrás y busqué el abrigo de las sombras. Sabía que había presenciado algo muy íntimo que no tenía que haber visto. Siempre hubo, entonces y después, quien creyó que Aquiles y Patroclo eran amantes. Tenían una relación que invitaba a pensarlo. Agamenón estaba todo el rato con esa matraca, y Odiseo también. Y a lo mejor eran amantes, o lo habían sido en algún momento, pero lo que yo vi en la playa era algo que iba más allá del sexo, puede que incluso más allá del amor. Entonces no lo entendí, y no sé si lo entiendo ahora, pero sí que vi toda la fuerza que tenía.

11

A la mañana siguiente, cuando atravesé las dunas para ir a ver a Hecamede, había cuarenta y siete ratas muertas. Las conté una a una.

Seguía aquel calor que era como un castigo. Una tarde, los hombres volvieron lívidos del campo de batalla, agotados; parecían dispuestos a pagarlo unos con otros a la primera de cambio, o con las esclavas, como hacían las más de las veces. Hubo que prepararles a toda prisa el baño tibio, la bebida y la cena. Yo iba sirviendo las mesas con cara inexpresiva, llena de odio contra ellos. Evitaba hasta el contacto visual con Patroclo, porque me daba vergüenza que me cayera bien. Lo que hice fue centrar toda mi atención en los hombres que ocupaban las mesas y que caían sobre el plato como los cerdos cuando meten el hocico en el comedero para atiborrarse. Mirón también llevaba puesta la túnica de mi padre ese día —al parecer, le había cogido cariño—. Cuando me incliné por encima de su hombro para escanciarle el vino, sacó la lengua grande y pastosa y se repasó con ella los labios. Poco a poco, una súplica empezó a tomar forma dentro de mi cabeza: «Señor de los ratones, oye mi ruego; dios del arco de plata, oye mi ruego...». No sé cómo aguanté aquella noche, pero sobreviví.

A la mañana siguiente, cuando pasé por el vertedero, había tantas ratas muertas que me fue imposible contarlas.

Sabíamos que el campamento estaba infestado de ratas. ¿Cómo no iba a haberlas, con toda la carne y el grano que se echaban a perder; con tanta comida a medio comer que se tiraba? Por la noche, las oíamos arrastrarse debajo del suelo, nos llegaban sus gruñidos. Antes, los perros que vagaban por el campamento las mantenían a raya, pero ya no. Ahora habían perdido el miedo y salían de debajo de los barracones para morir reventadas a plena luz, siempre con ese chillido horripilante y la súbita flor de sangre roja que culminaba su agonía. Los perros estaban de suerte, con todo el campamento lleno de ratas, sin tener que cazarlas... Pero enseguida fueron tantas que los

perros no podían comérselas todas, y los senderos quedaron atestados de sus negros cuerpecillos sin vida. Los que pasaban por allí las mandaban de una patada debajo de los barracones, y allí crecían en número y pestilencia.

A Mirón lo llevaban los demonios al verse en tamaña situación. Estaba a cargo del mantenimiento de los barcos, pero también del recinto de Aquiles. Cuando moría una rata a plena luz, lo consideraba una afrenta contra unos senderos que consideraba suyos; o, peor todavía, contra alguna de sus terrazas. Claro estaba que no le faltaban cuadrillas para quitarlas de en medio, pero muchas veces no esperaba y las recogía del suelo él mismo, como si no soportara verlas allí tendidas ni un instante más. Y siempre, después de meterlas en el saco que llevaba a todas partes, se limpiaba los dedos con sumo cuidado en la túnica de mi padre, para limpiarse luego la nariz con el dorso de la mano.

Al poco, empezaron a morir los perros y las mulas. A diferencia de las ratas, no se los podía echar en un montón, fuera de la vista, ni dejar que se consumieran: había que quemarlos. Y pronto empezó el baile de fuegos. También las miradas que se lanzaban los hombres unos a otros, con el rabillo del ojo, aunque nadie decía nada. A la hora de la cena, puede que la risa sonara un poco forzada; pero luego corrían los cuencos de vino, y todo el mundo perdía cuidado. Y hay que ver, ¡dios mío, cómo bebían! Se levantaban todas las noches de la mesa dando tumbos, con la cara roja, la boca llena de pompa y alardes, y de miedo también... Y Aquiles, que bebía menos que el resto, no dejaba de mirar a unos y a otros, vigilante, para ver en qué estado de ánimo se hallaban sus hombres.

Hubo una noche en concreto en que yo acababa de escanciar el vino en la copa de Mirón. Lo hacía siempre todo lo rápido que podía, y no me acercaba mucho, porque no soportaba oírlo chasquear los labios, ni el empeño que ponía en mover el brazo como si tal cosa, para rozarme el pecho. En aquella ocasión, calculé mal, y cayó vino encima de la mesa. Un detalle sin importancia. No hacía falta más que recorrer las mesas con la mirada para ver manchas de vino por todas partes. Pero Mirón cogió tal cabreo que se le hincharon las venas de la frente, porque era de los que llegaban a las manos por un quítame allá esas pajas. Nada más verterse el vino, se puso de pie y empezó a empapararlo con un trapo, y a decir cosas entre dientes. Ya se iba a sentar otra vez, cuando hubo algo que le llamó la atención. Como yo estaba justo detrás, miré donde miraba él y vi una rata que se abría paso por el suelo entre las dos mesas corridas.

Nadie la había visto hasta ese momento. Pero empezó a ladearse en su trayectoria, luego soltó un terrible chillido y cayó de costado, vomitando sangre. Ya había varios comensales que se habían percatado y no apartaban la vista de allí. El silencio se extendió como una ola, de mesa en mesa, mientras los hombres dejaban de comer y estiraban el cuello para ver qué pasaba. ¿Una rata muerta? Pues a buena parte. Lo que era a ellos, una rata no iba a aguarles la fiesta ni el banquete. Ya estaba cada uno con la vista fija de nuevo en el plato, cuando Mirón se puso en pie trastabillando y me señaló con el dedo.

—Tú —dijo—. ¡Tenías que ser tú!

Era de cajón que la culpa de la rata muerta y el vino derramado la tenía que tener yo. Y era, también, algo superior a sus fuerzas. A la rata ya no se la veía, sepultada como estaba entre las esterillas de juncos, pero daba igual, porque él sabía que estaba allí, y no apartaba la vista de la mesa más pequeña, que ocupaban Aquiles y Patroclo. El primero de ellos no daba muestras de haberse percatado de la presencia de la rata muerta, pero se daría cuenta enseguida; y, para Mirón, eso era del todo inaceptable. Así que torció el gesto, dio unos pasos, cogió la rata por la cola, la llevó hasta la puerta y la tiró fuera. Los hombres lo jalearon con un deje de burla; y un repiqueteo en la madera lo acompañó de vuelta a la mesa. «¿Por qué nacería tan bello...?», cantaban. Mirón estaba sudando y se limpió la mano en la túnica de mi padre; los hombres cantaban a voz en cuello y prorrumpieron en un vítor irónico cuando por fin se sentó Mirón.

Seguí sirviendo vino deprisa y me alejé cuanto pude de él. El día acabó como todos: escuché a Aquiles tocar la lira, lo tuve encima de mí esa noche en su cama y apreté fuerte los dientes cuando me mordió los pechos y me tiró del pelo. Luego, sumida en las sombras, cerré los ojos y elevé mi plegaria: «Dios del arco de plata, dios que hieres de lejos con tus flechas, venga a tus ratones...».

A la mañana siguiente, cuando salí a la terraza, pisé algo blando. «Vaya —pensé—, la rata». Pero cuando miré al suelo vi que había muchas, por lo menos diez o doce ratas. A saber qué las empujaba a salir de sus oscuros agujeros y las llevaba a morir de aquella manera, a plena luz.

Vi más ese día. Los hombres de Mirón le daban patadas a una muy gorda en la playa. En los estrechos pasillos que mediaban entre los barcos, el suelo estaba negro, infestado de cuerpos de ratas muertas. Mirón se pasaba el día de arriba abajo entre los barracones y metía la lanza lo que daba de sí en los

cimientos. Las esclavas huían de él despavoridas. Porque, de alguna manera, por mucho que las ratas hubieran invadido el campamento, había que tenerlo limpio, sobre todo, la cabaña de Aquiles; y cepillar las mesas, cortar juncos frescos para las esterillas del suelo, luego preparar los baños y la comida. Y todo bajo la supervisión de un hombre que parecía trastornado. Jamás vi a ninguno que trabajara tanto y tan a la desesperada. Pero, aunque se esforzó, lo derrotaron las ratas. Aquiles salió a la terraza ajustándose las hebillas del peto, pisó una rata muerta, puso el grito en el cielo con una expresión de asco y, de una patada, la echó fuera. La cara que se le puso a Mirón en ese momento le habría ablandado el corazón a cualquiera que lo tuviera menos duro que yo.

En la cena, cuando los tuvo a todos sentados, Mirón se levantó y cerró las puertas —medida descabellada, teniendo en cuenta el calor que hacía—, pero nadie protestó. Yo creo que todo el mundo vio a las claras que había perdido los estribos. Serví el vino como todas las noches, pero le pedí a Ifis que atendiera el extremo de la mesa que ocupaba Mirón. Cuando acabé de servir, me enderecé y lo miré. No paraba quieta la vista de un lado para otro, como si pensara que no había cerrado la puerta a tiempo, que las ratas se habían colado dentro y correteaban por todo el suelo de la cabaña. ¿Sería verdad? Me pareció oír algo, pero puede que fuera el ajetreo de mis propios pasos al pisar los juncos. Mirón encaraba las sombras y fijaba la vista en un punto o en otro. Pensé: «Eso es que ha visto alguna», pero, cuando yo miraba, no veía nada allí.

No llevarían ni diez minutos cenando, cuando Mirón, empapado de sudor, empezó a rascarse la garganta y los sobacos. Los otros se metían con él. «¿Qué pasa, que tienes pulgas, Mirón?». Era una broma, porque todo el mundo tenía pulgas; el campamento estaba infestado de ellas. Pero Mirón no estaba para bromas. Se levantó y fue hasta la puerta. Uno de los hombres pensó que se había sentido ofendido y le gritó:

—¡Hostia puta, Mirón, siéntate y echa un trago!

Para mí que no lo oyó. No paraba de rascarse la garganta y los sobacos; hasta se llevó la mano a la ingle por encima de la túnica. Hubo un par de hombres que se removieron inquietos en el asiento. Estaba claro que pasaba algo.

—¿Te encuentras bien? —gritó alguien.

Mirón trastabilló y tuvo que apoyarse en la pared.

—Mirad, mirad; nos invaden —repetía una y otra vez—. Mirad, ¡que vienen, que vienen!

Los que estaban en los extremos de las mesas guardaron silencio y estiraron el cuello para ver qué pasaba.

—Mirad, ¡mirad!

Los hubo que se volvieron, esperando ver, quizá, un tropel de guerreros troyanos por la puerta. Yo sabía que se refería a las ratas, pero no había rata alguna en la cabaña.

Aquiles ya estaba en pie. Mirón se separó de la pared y empezó a perseguir algo que solo él veía; y no había dado ni media docena de pasos cuando se estampó de bruces contra el suelo. No fue una caída grácil, ni hincó primero la rodilla en tierra: cayó como cae un árbol.

Hubo un pequeño silencio. Luego, Patroclo se agachó, le dio la vuelta y pidió a gritos que no se le echaran encima.

—Apartaos, que le falta el aire.

El corro se abrió para que pasara Aquiles. Él también se agachó y le puso la mano a Mirón debajo de la mandíbula.

—¿Notas eso? —dijo, sin alzar la voz, dirigiéndose a Patroclo, que palpó el cuello de Mirón y dijo:

—Está duro.

Aquiles metió la mano debajo de la túnica de Mirón y le tocó el sobaco. Luego miró a Patroclo y, de manera casi imperceptible, asintió con la cabeza.

—Es mejor que lo lleven a su cabaña.

Hicieron falta cuatro hombres para levantarlo del suelo, y un quinto que le sujetara la cabeza. Pasaron a trompicones por mi lado, y noté un olor, como el agua de un jarrón con azucenas cuando estas empiezan a pudrirse. Aquiles se asomó a la puerta para ver cómo la pequeña procesión lo llevaba hasta la cerca. Mientras, Patroclo iba por las mesas y tranquilizaba a los hombres, decía que sí, que Mirón había caído enfermo, pero que estaba en buenas manos, que lo cuidarían bien... Que no se preocuparan; ya conocían a Mirón; era fuerte como un toro, y haría falta mucho más que un desvanecimiento para acabar con él. En menos que canta un gallo, estaría otra vez en pie, cagándose en todos ellos.

Patroclo en persona tomó la jarra de manos de una de las chicas y empezó a escanciar vino en las copas de los hombres, animándolos a que bebieran a la salud de Mirón. No le quitaba ojo nadie en el salón, y, poco a poco, volvieron a reinar la risa y la conversación, igual que antes.

12

La mañana siguiente, muy temprano, le llevé a Mirón una poción contra el dolor que había preparado Aquiles en persona. Vi cómo molía las hierbas y majaba las raíces esa misma noche. Corrían varias leyendas sobre Aquiles; entre ellas, que era muy buen curandero. No sé si tenía poderes o no. Lo que sí sé es que la poción no curó a Mirón, aunque hay que reconocer que le alivió el dolor.

Hallé a Mirón en el hospital de campaña, recostado entre almohadones, despeinado y sudando, sin dejar de rascarse el cuello, los sobacos y la ingle. Cuando lo tocabas, tenía la piel caliente, y el tejido tumefacto ya olía mal. Haciendo de tripas corazón, me obligué a tocarle el cuello, entonces me agarró de la muñeca y tiró de mí para que me tumbara con él. Por eso supe que había perdido la cabeza. No apartaba la vista de las sombras y decía entre dientes que había ratas, aunque yo no veía ninguna. Tenía momentos de lucidez entre el delirio, y, en uno de ellos, le pregunté cómo se sentía.

—Si yo enfermo no estoy —dijo, con cara de pocos amigos—. Son las putas ratas, que me han comido la moral.

—Esta mañana no había tantas.

Lo dije solo para que no se pusiera más nervioso. Pero, nada más decirlo, me di cuenta de que era cierto. Se le iluminó un poco la cara y apuró lo que quedaba de poción, que soltaba un olor amargo. Me dispuse a salir y le prometí que volvería con otra copa de aquello. Le hacía bien, al parecer, aunque yo creo que era porque la había preparado Aquiles, y él lo sabía. En el vano de la puerta, me volví. Se lo veía bastante más tranquilo; hasta metió el cuerpo entero debajo de las sábanas y cubrió con ellas la mata de pelo negro que le nacía en el pecho.

Pasadas unas horas, le llevé otra dosis, y me quedé asustada al ver el deterioro que había sufrido. Zafado de las mantas, tenía medio cuerpo encima de la cama y el otro medio, en el suelo, y la túnica, arrebujaada a la altura de la cintura. Las tumefacciones de las ingles le brotaban entre el vello negro, como higos pasos, con un aspecto horripilante. Tenía el pecho y el cuello llenos de vómito, en el que se mezclaban hilos de mocos y bilis. Me di cuenta de que no había nada sólido en el vómito, pero es que no había comido nada aquel día, ni gran cosa el anterior. Tenía una mano en la ingle, la otra en el cuello, y, cuando lo toqué, le ardía tanto la piel que retiré la mano

involuntariamente. Dijo algo entre dientes. Imaginé que se refería a las ratas, aunque lo oí hablar del «fuego». Como si dijera «El fuego me arde», pero tenía la garganta llena de flemas y no alcanzaba a pronunciar las palabras. Le ofrecí la copa, mas vi claramente que no iba a poder cogerla con la mano, así que me incliné sobre él y dejé que le cayera un chorrito del brebaje oscuro en la boca. Lo vomitó casi en el acto. Entonces le di agua, pero eso también lo echó. Por lo menos, se había enjuagado la boca y mojado los labios, y eso ya era algo, porque estaba ardiendo.

Pese a la debilidad que lo embargaba, intentó enderezar el cuerpo cuando entró Aquiles, casi como si quisiera ponerse firme, aunque estaba sentado; y estiró el cuello, para distanciarse del amasijo sudoroso y maloliente en el que se había convertido su cuerpo. No hacía más que decir:

—Lo siento. Lo siento tanto.

—No hay nada que sentir —dijo Aquiles—. Las ratas han desaparecido.

A los pocos minutos, salió, en dirección al mar, sin duda, para darse un baño antes de la cena. Sonó un portazo y entró un soplo de aire más limpio, pero apenas me rozó la piel y ya había desaparecido. Seguí con Mirón un rato más, y logré que tomara otro poco de poción, aunque ya se le estaban cerrando los ojos. Cayó enseguida en un sueño muy profundo, y pude salir del hospital de campaña y volver al barracón principal, en el que habían convocado a los capitanes. Cogí una jarra del aparador, y ya iba a empezar la ronda, sirviendo primero a Aquiles, como hacía siempre, cuando Patroclo me tomó la jarra de las manos y dijo que fuera a descansar un rato.

Aquella noche, cuando fui a ver de nuevo a Mirón, de verdad que pensé que había mejorado; porque se lo veía más lúcido y volvía a hablar de forma coherente. Pero, a la mañana siguiente, estaba peor, mucho peor, no paraba de dar vueltas en la cama, había empapado las sábanas de sudor y decía cosas entre dientes todo el rato, cosas sin ningún sentido. Llamé a más mujeres, y lo bañamos. Olía tan mal que una de las chicas tuvo que darse la vuelta para ahogar una arcada.

Aquiles entró a verlo en cuanto volvió del combate, antes incluso de quitarse la armadura. Se quedó parado en el vano de la puerta y, por la cara que puso, se diría que le conmocionó verlo. Mirón tenía costras blancas en los labios, como esos hongos que se ven en los árboles caídos, y se le agrietaban las comisuras de la boca cada vez que iba a decir algo. Patroclo llegó, minutos más tarde, y buscó con la mirada a Aquiles, situado al otro lado de la cama, que dijo que no con la cabeza.

—Me quedaré a su lado —se ofreció Patroclo.

—Ni hablar —replicó Aquiles—. Tienes que comer algo.

—Y tú también. Venga, vete cagando hostias, que ya me quedo yo.

Pero Aquiles se sentó a los pies de la cama y puso las palmas de las manos en la planta de los pies de Mirón. Me chocó un gesto de tanta ternura para quien no la merecía, pero estaba claro que Aquiles lo veía de forma diferente. No dejaban de ser camaradas, al fin y al cabo.

—Trae un poco de agua, haz el favor —dijo Aquiles.

Al parecer, se dirigía a mí, así que llené una jarra en la tina que había al lado de la puerta. Aquiles me la tomó de las manos y obligó a beber a Mirón, que decía entre dientes algo sobre las ratas y que, al reconocer a Aquiles en un instante de lucidez, repitió:

—Lo siento.

—No es culpa tuya.

Pero bien poco le importaba ya a Mirón de quién fuera la culpa. Tuvo un final tan repentino que nos pilló a todos por sorpresa. Nos quedamos esperando a que cogiera aire otra vez, pero, al ver que no se le movía el pecho, Aquiles le puso la mano en el cuello para tomarle el pulso, palpó un lado y luego el otro...

—Ya está, se acabó. —Le cerró los ojos a Mirón, se quedó allí de pie, respiró hondo y se volvió para mirar a Patroclo—. Cuanto antes sea incinerado mejor. Que quemen todas sus pertenencias.

—Un poco tarde ya para eso.

—Ya lo sé, pero ¿a ver qué otra cosa podemos hacer?

La tradición de que fuera labor de las mujeres amortajar los cadáveres se remontaba a muy antiguo, tanto en Grecia como en Troya. Los que llevaron el cuerpo de Mirón al barracón que hacía las veces de lavandería fueron hombres, y allí lo dejaron, encima de una mesa de piedra. Pero enseguida salieron, para que las mujeres hicieran el resto.

Yo sabía que tenía que estar presente, porque Mirón era paisano de Aquiles. Llené un cubo de agua en una tina que había en un rincón, eché dentro una mezcla de hierbas —romero, salvia, orégano y tomillo— y me puse manos a la obra. Tres de las mujeres que trabajaban en la lavandería me secundaron, y fue cada una con su cubo lleno a la mesa de piedra, todas descalzas, chapoteando al pisar en el suelo de madera. Las lavanderas solían ser mujeres corpulentas, se movían con parsimonia, tenían los pies anchos y deformes; en la cara, pálida, les rezumaban los poros abiertos y lucían en las

yemas de los dedos esas estrías que delatan la exposición constante al agua. Las había visto en los lavaderos que había a la puerta, con las faldas remangadas hasta la cintura. Hollaban la ropa en charcos de pis que les llegaban por las rodillas, horas y horas. La sangre seca no sale fácil, y el pis es una de las pocas cosas que la quita. Como consecuencia, les apestaban siempre las piernas. Me llegaba ese olor, aunque yo creo que ellas ya hacía tiempo que habían dejado de olerlo.

Estas mujeres no sentían ningún tipo de afecto por Mirón, que siempre las había atado muy corto y, además, se había desahogado sexualmente con ellas, pero era trabajo y había que hacerlo. Le quitamos la ropa, manchada de sudor, y una mujer soltó una exclamación de asco al verle las ingles inflamadas.

—Pobre hombre —dijo, y dio un paso atrás.

Pero otra apretó los dientes y dijo:

—Se le está bien empleado, al muy cabrón.

Yo estaba escurriendo un paño, iba a empezar a lavar el cuerpo, cuando se abrió la puerta y entró Aquiles, seguido de cerca por Patroclo. Los edecanes de mayor jerarquía que tenía Aquiles, Alcimo y Automedonte, ocuparon el escaso espacio que quedaba detrás de sus superiores. Las mujeres no se movieron del sitio, y así quedó el barracón, dividido entre Aquiles y sus hombres, a un lado de la mesa de piedra, y una hilera de mujeres descalzas, al otro.

Di un paso al frente y quedé justo delante de Aquiles, al otro lado del cadáver.

—No tardaremos mucho —dije.

No tenía ni idea de qué había ido a hacer allí Aquiles.

Dijo que sí con la cabeza, pero permaneció allí de pie. Patroclo carraspeó.

—Hemos traído ropa para vestirlo. —Me la acercó por encima de la mesa mojada—. Ah, y también monedas para ponérselas en los ojos.

Aquiles no me quitaba ojo de encima. Nadie se movió ni habló. Creo que en ese momento, por breve que fuera, nos vio como realmente éramos, mujeres y esclavas, sí, pero también troyanas (nos vio como el enemigo). Había algo salvaje y combativo dentro de mí que disfrutaba con que nos viera así, con que me viera así. Por fin, después de lanzarme una última mirada que me atravesó, se dio la vuelta y salió, abriendo la comitiva, que lo siguió en el acto.

Sabía lo que se le pasaba por la cabeza: que, con nosotras, Mirón estaba en buenas manos. Más nos valía, porque, si no teníamos bastante con el castigo aquí en la tierra, por pura obediencia a los dioses teníamos que tratar

su cuerpo con respeto. La devoción que sentían las mujeres por los dioses era de sobra conocida.

Esperamos hasta que salieron. Entonces, una de las lavanderas le cogió el pene flácido e inerte a Mirón con el índice y el pulgar y lo blandió delante del resto. Las mujeres estallaron en una sonora carcajada y se llevaron por instinto la mano a la boca, para sofocar la risa. Pero fue imposible contenerla y subió de volumen, cada vez más aguda, hasta que estalló en un alarido histérico que tenía por fuerza que oírse fuera. La que le había cogido el pene a Mirón chillaba y casi no podía respirar de la risa. Tuvieron que oírnos según se alejaban; Aquiles tuvo que oírnos, pero ni uno solo de ellos volvió para pedirnos cuentas. Y así nos quedamos, a solas con el muerto.

13

Mirón era paisano de Aquiles y, como tal, le hicieron un funeral de lo más digno. Llevaron la carroña que era su cuerpo a la pira, lo rodearon de todos los sacrificios al uso, himnos, ceremonias y plegarias. Iba ungido y perfumado, vestido con la túnica de mi padre. Antes de encender la yesca, un sacerdote hizo libaciones a los dioses. Eso sí, concluidas las exequias, según se dispersaban, los guerreros iban hablando de otros que habían caído enfermos, cinco de ellos, el mismo día que murió Mirón.

Muy pronto, las flechas de Apolo empezaron a caer sin tregua ni demora. El hospital de campaña estaba lleno de hombres que no paraban quietos entre sábanas sudorosas. Los pocos valientes que se atrevían a ir a ver a sus amigos llevaban limones en los que habían clavado ramitas de romero y laurel, pero no había manera de evitar que la ponzoña se te metiera en los pulmones. No era la peste neumónica, y sobrevivieron muchos de los que cayeron enfermos, pero hubo muchos que no vivieron para contarlo. En la primera semana, los hombres morían en tal número que los funerales dejaron de ser ritos dignos para celebrar a los muertos. Lo que se hacía era llevar los cuerpos en carretas a una parte poco transitada de la playa, al abrigo de la noche, y allí los quemaban todo lo aprisa y en secreto que podían. Las piras funerarias se veían desde Troya, y no querían que los troyanos supieran cuántos griegos estaban muriendo, así que muchas veces, quemaban cinco o seis cuerpos en una misma hoguera. Esto tenía como consecuencia que, a la mañana siguiente, quedara un montón de restos calcinados, todavía reconocibles. Había veces que los compañeros del difunto cantaban a voz en grito con un chocar de espadas contra escudos, como si fueran de banquete. En algunos casos especialmente desafortunados, había peleas entre grupos de deudos, por un sitio en la pira para el amigo muerto que cada uno llevaba a incinerar.

A la hora de la cena, seguían los cánticos y el aporreo en las mesas, pero había huecos en los bancos que ni el vino más fuerte ayudaba a olvidar. El mismo Aquiles iba de un lado para otro, haciendo bromas y riéndolas, copa en mano, aunque solo se mojara los labios. Y yo seguía haciendo lo que había hecho siempre: sonreír y escanciar, escanciar y sonreír, hasta que me daban ganas de vomitar. Creí detectar un ligero cambio en el ambiente, por cómo miraban los hombres a las mujeres que les servían. Ifis fue la que dio con ello: «Es porque no hay muertes entre nosotras», dijo. No era del todo cierto,

habían muerto algunas del servicio, se metían debajo de los barracones y morían con los perros, pero tenía razón en una cosa: moríamos en proporción mucho menor que la de los guerreros aqueos. Y las pocas mujeres que de hecho morían no llamaban casi la atención. Después de todo, ¿quién va a fijarse en un puñado de ratones muertos entre los chillidos de tantas ratas agonizantes?

¿Qué sentía yo esos días? La verdad es que cuidar de los enfermos me quitaba tanta energía que sentir, no sentía mucho. Aunque eso sea irse por las ramas. Porque sí, sí había veces que veía morir a un hombre joven y recordaba entonces mis plegarias, pidiendo venganza. ¿Me arrepentía de haber implorado así al dios? No. Mi pueblo estaba en guerra, habían matado a mi familia. Y, además, no conviene olvidar que era una guerra que había caído involuntariamente sobre nosotros. Así es que no, no me arrepentía de aquellas plegarias; aunque era verdad que sufría al ver morir a tantos jóvenes, si bien jamás me sentí responsable de ello. Sí que es cierto que había rezado pidiendo venganza, pero no me lo tenía tan creído como para pensar que eso tuviera algo de peso en la consideración del dios. A Apolo lo habían insultado y se tomaba cumplida y temible venganza, como solía hacer.

Al noveno día, Aquiles y Patroclo volvieron de una incineración que les dolió especialmente, y el pelo y la ropa les apestaban a leña y sebo quemados. Aquiles pidió más vino, uno más fuerte, y salí corriendo a buscarlo. Al volver, vi a Patroclo hecho un guiñapo en la silla, con las manos exánimes entre las rodillas. Me relajé un poco en cuanto les llené las copas, pero entonces Aquiles se puso en pie de un salto y echó a andar de un lado para otro.

—¿Por qué no convoca una asamblea? ¿Se puede saber a qué espera?

Patroclo alzó los hombros con indiferencia.

—A lo mejor le parece que la crisis no es para tanto.

—Y ¿qué más tiene que pasar? O ¿será porque los que están muriendo no son sus hombres?

—Sí lo son. Me he informado, y el hospital está lleno de ellos.

—Nos tendría más cuenta irnos a casa. —Aquiles se dejó caer en la silla, para levantarse otra vez inmediatamente—. Vale, pues, si no la convoca él, la convocaré yo.

Patroclo meció el vino en la copa, luego se la llevó a los labios y bebió. Aquiles se lo quedó mirando.

—¿Qué pasa, a mí qué me miras?

—Pues que es él el que tiene que convocar la asamblea y no lo ha hecho.

—No lo ha hecho, no, y todos sabemos por qué. No quiere que le digan que tiene que devolver a la chica.

—A lo mejor es que no ve que una cosa lleva a la otra.

—Pues será el único que no lo ve. Porque, cuando insultas a un sacerdote de Apolo, estás insultando al mismo Apolo.

—Va a costar convencerlo.

—Ya, pero seguro que encontramos un adivino que le diga lo que ya sabe todo el mundo.

Acababan de tomar la decisión. Para algunos hombres, con eso valdría, pero no para Aquiles, que empezó a despotricar, a dar puñetazos al aire y lanzar escupitajos, presa de un ataque de cólera cercano a la locura. Agamenón era un puto desastre, un rey al que le importaban una mierda sus hombres, un avaro entregado a la rapiña, un cobarde, y eso de aferrarse a la chica con uñas y dientes... Hasta un perro en celo, cuando iba por ahí oliendo coños, tenía más sentido común que él. Aquiles, en ese trance, me recordaba a un niño pequeño que está morado del cabreo que tiene, que grita hasta quedarse sin aliento... y sabes que solo se le pasará con un buen bofetón. Así era la cólera de Aquiles. Pero a ver quién le daba el bofetón.

Finalmente, la diatriba tocó a su fin. Cuando quedó claro que no habría más voces, Patroclo cambió de postura en la silla. Hasta ese momento, no había movido un músculo, ni abierto la boca, limitándose a mirar al fuego. Quien lo viera de lejos diría que parecía relajado; pero, de cerca, el rictus de la mandíbula no paraba de latirle.

Después de un breve silencio, Aquiles cogió su manto.

—Creo que voy a dar un paseo. —Fue como si no hubiera advertido mi presencia hasta ese momento—. Esta noche no me harás falta. —Le tocó a Patroclo en el hombro, apenas un roce, cuando pasó al lado de su silla. Y salió, dando un portazo.

Me levanté con intención de irme. Patroclo se dio cuenta y dijo:

—Siéntate, ¡joder! Y toma vino, que parece que estás hecha polvo.

—Gracias.

Ya habíamos cogido confianza. Tantas horas moliendo hierbas, sin apartar la vista de Aquiles, atentos a la más mínima alteración en su estado de ánimo, habían logrado crear un vínculo entre nosotros. Empezaba a confiar en él, hasta tal punto que tenía que hacer un esfuerzo para que no se me olvidara que también había participado en el saqueo de Lirneso.

Se levantó, echó más vino en su copa y me dio a mí otra.

—¿Lo vas a esperar despierta?

—Imagino que sí, es lo que suelo hacer.

No sabría decir por qué Patroclo sentía pavor las noches que Aquiles veía a su madre. Solo sé que era un pánico cierto.

El fuego había perdido fuste. Echó otro leño que soltó humo unos instantes, antes de prender la llama. Sucedió un silencio, solo roto por el ruido que hacía un perro al rascarse el cuello. Llegaba de lejos, apenas perceptible, el murmullo de las olas al deshacerse en espuma contra la playa. Nada interrumpía aquella calma tan antinatural, ya que, ni siquiera con la marea alta, llegaba el mar a disputarle su espacio a la tierra. Miré las paredes, sentí detrás la inmensidad opresiva del mar y del cielo, la presión de la oscuridad candente, y pensé lo fácil que sería barrer de un plumazo todo esto: la cabaña, construida con sólidos maderos, y el hombre y la mujer que la ocupaban, sentados al amor del fuego.

—Una vez lo oí —dije—, cuando estaba hablando con su madre. No entendí lo que decía. —Me quedé como a la espera, pero, cuando no hubo respuesta por su parte, añadí—: ¿Ella le responde?

—Huy, sí.

—¿Están muy unidos?

—No sabría decir. Se fue cuando él tenía siete años. —Hubo una pausa—. Por lo visto, parece hasta más joven que él.

Me abría paso a tientas en aquella conversación.

—Tuvo que ser duro abandonar a un niño de siete años.

—No lo sé, puede. Lo que pasaba era que no soportaba el lecho marital, no lo había elegido ella, nadie le preguntó... Creo que le daba un poco de asco. Y es algo que él heredó de ella. —Se me quedó mirando—. En fin, que tienes que haberte dado cuenta. ¿No has notado que lo hace con cierta..., no sé, repugnancia?

Sí que lo había notado, y era bastante evidente, pero no quise abundar en el tema. Me pareció que estaba contando demasiadas cosas y que luego podía arrepentirse.

Me sonrió.

—Tú le recuerdas a ella.

—¿Que yo le recuerdo a su madre?!

—Deberías sentirte halagada: es una diosa.

—Lo intento.

Seguía sonriendo. No sé por qué pero, cuando sonreía, se le notaba más que tenía la nariz rota. Cada vez que se mirara al espejo, debía de acordarse del peor día de su vida.

—Yo puedo hacer que se case contigo. Lo sabes, ¿no?

Negué con la cabeza y añadí:

—Los hombres no se casan con sus esclavas.

—Se han dado casos.

—Él podría aspirar a casarse con la hija de un rey.

—Podiera ser, pero es que no le hace falta. La madre es una diosa; el padre es un rey. Puede hacer lo que le plazca. —Quedó en el aire un suspiro —. Podríamos echar los barcos a la mar y volver a casa todos juntos.

Yo quería decir: «A mi casa le prendiste fuego tú».

Aquella noche, en el jergón que compartía con Ifis en uno de los barracones de las mujeres, no paraba de darle vueltas a lo que me había dicho Patroclo. Los hombres no se casan con sus esclavas. Aunque puede que a veces sí, cuando ella ha dado a luz a un hijo varón y él no tiene legítimo heredero; pero ¿cuántos casos hay de esos? No valía la pena darle más vueltas; era algo absurdo. Sin embargo, me vino a la memoria aquella imagen de Aquiles, apoyado en Patroclo en la playa, y comprendí que no exageraba cuando decía que tenía mucha influencia sobre él.

«¿De verdad te habrías casado con el hombre que mató a tus hermanos?».

Pues, en primer lugar, no me habría quedado otra. Pero sí, es posible que lo hubiera hecho. Sí. Era esclava, y una esclava haría lo que estuviera en su mano con tal de dejar de ser una cosa y volver a ser una persona.

«Pues es que no me cabe en la cabeza que fueras capaz hacerlo».

Claro, pero porque nunca has sido esclava.

Poco después del alba, Aquiles mandó a sus heraldos por todo el campamento. Le habría bastado dar una voz desde la proa del barco. Con que hubiera llamado a gritos, lo habría oído todo el ejército; pero en eso se parecía a todos los generales, en que era meticuloso en el cuidado de las formas. Estaban todos a la que saltaba por si alguien no les reconocía el rango de sus muchos méritos, y, cada vez que había reunión, mimaban los detalles.

Me pasé medio día en el barracón que hacía las veces de hospital, sin parar de echarles gotas de calmante en la boca a los agonizantes. Ingresaron a tres mientras estuve allí, y uno de ellos venía tan desmejorado que sus amigos lo llevaron en una camilla. La volcaron en el suelo, lo dejaron allí y salieron de inmediato, con la cota subida hasta el cuello para taparse la boca. Lo atendí lo mejor que pude y salí a la antesala, donde Alcimo y Automedonte se habían congregado con otros guerreros del círculo de Aquiles, para compartir una crátera de vino. No hablaban de otra cosa que no fuera la asamblea, donde Aquiles iba a exigir —no ya a pedir, sino a exigir— que mandaran a la joven Criseida de vuelta con su padre.

—Y esta vez sin rescate —dijo uno de ellos, y se le llenó la boca al decirlo.

Un rumor general vino a indicar que todos estaban de acuerdo.

—Que dé gracias si no tiene que pagar al final por quitársela de encima.

A media tarde, los caminos que conducían a la explanada estaban atestados de guerreros. Yo misma estaba a punto de salir para allá, cuando vi venir a una niña a todo correr. Le parecía tan importante lo que tenía que decirme que casi no podía respirar. Habló atropelladamente:

—Dice Hecamede que si puedes venir a la cabaña del gran Néstor.

No esperó respuesta, me cogió la mano y tiró de mí para que la siguiera por el estrecho sendero que llevaba al recinto de Néstor.

Cuando llegamos, Néstor y su hijo Antíloco, seguidos de su séquito de nobles, ya se habían ido a la asamblea. Hecamede salió a la puerta a recibirme, jarro de vino en mano. Nada más entrar, vi a Criseida, blanca como la cal, con un temblor que le recorría todo el cuerpo. Uza llevaba un rato intentando convencerla de que comiera algo, y, al verme entrar, me miró y dijo que no con la cabeza. Sin más dilación, le toqué la frente a Criseida, porque, por aquellos días, cuando alguien mostraba el más mínimo indicio de

estar enfermo, lo primero que pensabas era: «la peste». Pero no tenía fiebre, aunque sí le noté húmeda la piel. Pude comprobar que, afortunadamente, tampoco tenía heridas recientes.

La cabaña de Néstor estaba muy cerca del ágora. Desde la terraza, veíamos con nitidez las estatuas de los dioses y los tronos de los reyes. La multitud allí reunida bullía sin parar de hablar, pero el zumbido daba paso a un respetuoso silencio cada vez que un rey, precedido por sus heraldos y rodeado de un corro de consejeros, ocupaba su trono. Formaban un semicírculo muy amplio enfrente del trono vacío de Agamenón, puesto debajo de la estatua de Zeus, de quien, en última instancia, Agamenón derivaba su poder. Como cada día desde que empezó la peste, ocultaba el sol una fina gasa de neblina. Las estatuas pintadas de los dioses no proyectaban casi ninguna sombra en la arena.

Hubo un estruendo de tambores y trompetas que anunciaba la entrada de Agamenón, el último de los reyes en llegar, que se sentó en su trono. Aquiles ocupaba el suyo justo enfrente, y parecía relajado a primera vista —con las manos entrelazadas encima del regazo—, aunque, incluso desde aquella distancia, noté todo el caudal de energía turbulenta y atormentada que encerraba aquel hombre. Se reía de algo que le había contado Patroclo, o hacía que se reía; mas, de repente, dejó de reír y se volvió para ver a los rezagados, que ya ocupaban la parte posterior del ágora. Por fuera se lo veía sereno, pero bullía de ira por dentro y, cuando se puso en pie, le salió aquella tensión en la forma que tuvo de afirmar el peso en las plantas de los pies, como haría alguien que está a punto de lanzarse sobre el enemigo, o de huir de él; aunque no creo que esto último se le pasase nunca a Aquiles por la cabeza. Todo el mundo tenía los ojos puestos en él, y eso que solo se dirigía a Agamenón.

—Bueno, pues —empezó a decir— tenemos a los troyanos, por un lado, y a la peste, por otro. Contra los dos no podemos combatir, o sea que más nos valdría irnos a casa. —La sonrisa irónica le dejó los colmillos al descubierto—. ¿Verdad que sí?

No hubo respuesta por parte de Agamenón.

—O también... —Aquiles alzó una mano para acallar los murmullos que se hacían eco de sus palabras— podemos averiguar por qué nos pasa todo esto. Tiene que haber alguien, un adivino, que nos diga qué hemos hecho que haya ofendido a Apolo. Porque se trata de Apolo (eso está claro). Él es el que nos ha enviado la peste. Y, si sabemos lo que hemos hecho, o lo que no hemos hecho, podremos enmendarlo.

Se sentó. Cierta movimiento en las primeras filas abrió paso al adivino Calcante, que daba evidentes muestras de nerviosismo, al verse en aquel brete, rodeado por la multitud. Calcante no componía, ni en el mejor de los casos, una figura de mucho atractivo: era de tez pálida y aspecto lánguido, y tenía el cuello muy largo. Su laringe prominente, que recortaba su propia sombra, visible desde donde nos encontrábamos, subía y bajaba con un espasmo mientras buscaba las palabras, y, cuando por fin logró hablar, lo hizo con un graznido. Por lo que pude entender, venía a decir que, en caso de que su profecía implicara a un hombre en concreto, un hombre con muchísimo poder, ¿podría el adivino contar con la protección de Aquiles?

Aquiles alzó medio cuerpo desde su asiento.

—Adelante, cuéntanos. Nadie te hará daño mientras yo viva. —Hizo una pausa, pero no pudo resistirse a añadir—: Ni aunque te refieras a Agamenón, que se tiene a sí mismo por el más grande de los aqueos.

Ya lo había dicho; había desafiado la autoridad de Agamenón con todas las de la ley, delante de dioses y hombres, a la vista de los miles de guerreros de Agamenón, allí congregados.

Entonces Calcante profetizó, con todo lujo de detalles, lo que todos sabían: que Apolo había mandado la peste para castigar a Agamenón por haber insultado a su sacerdote; y que Agamenón solo aplacaría a los dioses si devolvía la hija a su padre, con el sacrificio de cien toros. Y, como es lógico, sin el rescate...

No había acabado de hablar Calcante, cuando ya lo señalaba con el dedo Agamenón. Canalla redomado, que daba más pena que otra cosa (¿cuándo había profetizado algo bueno ese adivino ruin?). Y el adivino volvía a la carga y gritaba a los cuatro vientos —aunque no fuera esa una descripción muy precisa del balbuceo que acababa de emitir Calcante— que la peste era culpa de Agamenón, porque se había negado a devolverle la joven Criseida a su padre.

—Cosa que es del todo cierta —dijo—: que no quiero perderla.

En el barracón que tenía a mis espaldas, le oí decir a una desesperanzada Criseida:

—Ahí lo tenéis, ¿no veis?

—Si he de ser sincero, la prefiero a ella antes que a mi mujer. Se da mucha más maña en el telar, y la supera con creces en muchas otras cosas: su altura, su belleza..., ¡su cuerpo! —Al oír aquello, la multitud soltó, divertida, un murmullo de asentimiento—. Pero que conste que, como comandante en

jefe, acepto toda la responsabilidad; no quiero ver morir a mis hombres... O sea que sí, que quede claro que sí, que la devuelvo.

Hecamede soltó un grito de júbilo. Me di la vuelta, porque esperaba ver un cambio en el rostro de Criseida, pero estaba todavía más pálida.

—No lo dice en serio. —Tenía los puños apretados, y le noté un tono apocado y fiero en la voz—. Es un truco.

—Pues a mí me parece que sí va en serio —dijo Hecamede.

Uza extendió ambas manos, sin dejar de mirarnos a todas a la cara.

—¿Qué pasa, que soy la única aquí con un poco de sentido común? ¡Dice que la prefiere a su mujer! Lo que tenía que hacer Criseida es pedirle, por favor, que no la devolviera.

—¡Hostia puta, Uza! —exclamé—. ¿Te quieres callar?

—Vaya, pido perdón por lo que he dicho.

Volví a centrar la atención en la explanada. Agamenón seguía hablando, aunque sus palabras quedaban ahogadas por los vítores de los hombres. Por fin, cuando cesó el estruendo, dijo:

—Solo que eso nos plantea un pequeño problema. Y es que yo me quedo sin premio. Todo el mundo conserva el suyo, menos yo. Quiero que me lo sustituyan por otro.

Aquiles se levantó.

—Y ¿dónde vamos a encontrarlo? ¿Sabe alguien de algún lote del tesoro que no haya sido todavía distribuido? Porque yo no. Lo que sacamos de Lirneso lo compartimos todo hace ya semanas. Tendrás que esperar a que tomemos Troya.

—No, Aquiles; a mí no se me trata así. No pienso quedarme sin nada... y, si os empeñáis en no darme ningún premio, me cobraré uno. ¿Qué me dices del tuyo, Odiseo?

Uza dio un puñetazo al aire.

—¡Di que sí!

Ella tampoco fingía. A mí Uza me caía bien, pero le traía sin cuidado quién le metía la polla, con tal de llevar una vida cómoda. Y ser el premio de Agamenón... No había vida más cómoda que esa.

Pero Agamenón ya señalaba a otro rey, iba apuntando con el dedo a todos los que formaban la media luna delante de él.

—O del tuyo —decía—. O del tuyo. —Era todo un número que había montado, porque ya tenía la vista puesta en un hombre, y el dedo índice no tardó en señalarlo—. O del tuyo, Aquiles.

Por un instante, creí enloquecer, pensé que no había oído bien, porque yo era el premio de Aquiles (no se podía estar refiriendo a mí). No me atreví a mirar a las demás mujeres. Me quedé allí, con los ojos clavados en la explanada.

—Pero eso sería para el futuro. Primero tengo que devolver a Criseida y convencer a su padre de que emplee toda su influencia con Apolo para que nos quite la maldición. A ver, ¿en quién puedo confiar para una misión tan delicada? ¿Será Idomeneo, rey de Creta, respetado donde quiera que va? ¿O el gran Néstor, famoso por su sabiduría? ¿Odiseo, tal vez, listo, elocuente, avezado negociador? ¿O tú, Aquiles, el hombre más violento que pisa la tierra?

Me traían sin cuidado los insultos que dirigían los unos contra los otros, los empujones que se daban a todas horas, sus luchas de poder. Solo quería saber qué iba a ser de mí.

Hecamede me puso una mano en el brazo.

—No te preocupes —susurró—. Ya verás como no lo hace.

Dije que no con la cabeza.

En la explanada, Aquiles dio unos pasos en dirección a Agamenón; apenas ganó unos metros, pero daba la sensación de que el espacio que mediaba entre ambos quedaba reducido a nada.

—Yo luché por esa chica —dijo—. Es mi premio. Me lo entregó el ejército en reconocimiento por mis servicios. No tienes ningún derecho a llevártela. Pero siempre se repite la misma historia: yo cargo con el peso de la contienda y tú arramblas con la parte del león de lo que tomamos. Para mí siempre las sobras, la piltrafa, cuando soy el que vuelve agotado a sus barracones, mientras tú te quedas aquí tocándote los cojones, «guardando las naves».

Uza rompió a reír detrás de mí.

—¿O sea que las sobras? —dijo—. ¡La piltrafa!

Hasta a Hecamede se le escapó una sonrisa, aunque la borró en cuanto vio la cara que puse. Criseida vino a mí corriendo y me abrazó.

—No lo hará —aseguró—. Está todo el rato así, poniéndole trampas a la gente, pero no lo hará.

Agamenón gritaba:

—Iré yo mismo a por esa chica del demonio. No pienso mandar que vaya nadie. Iré en persona; y, entonces, ¡ya vais a ver lo que le pasa a todo el que se cree a mi altura!

—No pienso pelearme por ella —dijo Aquiles—. El ejército me la dio y el ejército me la quita, porque no hay nadie aquí... —y, en este punto, paseó la vista por el semicírculo de reyes—, no hay nadie que tenga el valor de levantar el culo del asiento y decirle que no tiene razón. Vale, pues que se la lleve, pero no esperéis de mí que siga luchando. ¿A cuento de qué voy a arriesgar la vida, o las vidas de mis hombres, por esa caca de vaca todavía humeante que ocupa el trono?

Después de eso, quedó abandonado todo asomo de respeto mutuo. Hubo un momento en que casi llegan a las manos —Aquiles tenía media espada desenvainada, pero en el último segundo la envainó otra vez—. Entonces, Néstor se puso en pie para convencerlos de que hicieran las paces, pero yo ya no estaba escuchando, ya nada me importaba. Me cubrí la cara con las manos, froté con los dedos la carne gomosa, entumecida; quise recomponerme, mostrar una expresión que no delatara lo que sentía por dentro, aunque no sé para qué me esforzaba. Hecamede me abrazó en silencio, y recordaré siempre que lloró lo que no pude llorar yo misma.

Uza fue la única que intentó animarme.

—Estarás bien —sostuvo—. Yo sé lo que le gusta a ese. Además, cuando la cosa apriete, siempre puedes echar mano del tarro de manteca.

Todo quedaba dicho después de aquello. Se disolvió la reunión, y los guerreros quedaron cariacontecidos. Vi miradas de preocupación, cosas que decían entre dientes y, casi siempre, silencio. Aquiles se retiraba de la contienda, la coalición quedaba rota, y, además, no habían solucionado nada, al menos por el momento. Porque los barracones dedicados a los enfermos seguían llenos de hombres asolados por la peste.

Los heraldos ya le abrían a Agamenón un camino entre el gentío, pero él quedaba rezagado mientras hablaba con Odiseo, elegido para encabezar la delegación que llevaría a Criseida de vuelta a casa.

Hecamede tomó a Criseida por el brazo.

—Corre, venga, corre. Que irán enseguida a buscarte.

Criseida se había quedado de un aire. No se podía permitir el lujo de albergar esperanzas. Incluso ahora seguía teniendo miedo de que todo acabara en agua de borrajas. Cuando llegó al vano de la puerta, se dio la vuelta y vino hasta mí corriendo.

—¡Cuánto lo siento, Briseida!

—No tienes que sentirlo; estaré bien. Venga, vete.

Volví al recinto de Aquiles con el alma por los suelos. No pensaba luchar por mí, eso lo había dejado meridianamente claro. Huy, sí, por cualquier otra

de sus posesiones lucharía a muerte —la muerte de Agamenón—, pero por mí no. Según cruzaba el campamento, me fui fijando en las mujeres del servicio; veía labios partidos aquí y allá, moratones. Una chica joven y bonita, si no fuera por la marca que tenía en la frente: lucía la cicatriz en forma de estrella, allí donde le habían estampado el extremo romo de una lanza. ¿Sería una de las chicas de Agamenón, una de las que echó de sus barracones cuando se cansó de ellas?

Ni Patroclo ni Aquiles habían vuelto de la asamblea. Alguien dijo que estaban de paseo por la playa, dándole vueltas, sin duda, a lo que iban a hacer —o a lo que iban a dejar de hacer— cuando llegara Agamenón, exigiendo que me entregaran a él. Fui como un alma en pena por los aposentos. No lloraba porque no podía llorar; cogía una cosa, luego la soltaba y cogía otra y así. Llegué hasta el espejo y me incliné para ver mi imagen reflejada. Por un momento, empañé la superficie reluciente de bronce con el aliento, pero luego esa nubecilla se desvaneció, y sentí que mi existencia entre aquellas paredes era así de volátil y etérea. Entré en el cuartucho y me senté en la cama. Al rato, vino Ifis y me cogió la mano. Ninguna dijo nada. Por fin, oímos pasos en la entrada —Aquiles y Patroclo volvían del paseo—.

Aquiles entró de sopetón en sus aposentos, enfrascado todavía en la lucha interna que se traía consigo en la explanada.

—Entonces está claro, ¿no? Cuando venga, no lo dejes entrar. Lo paras a la puerta. Coges a Briseida y se la das ahí. Yo no quiero verlo, porque, como lo vea, lo mato.

—No va a venir.

—Dijo que vendría.

—Ya oí lo que dijo.

—Yo es que lo mato.

—Sí, ya lo sé. Y él también lo sabe. Precisamente por eso no va a venir.

A Patroclo se lo notaba cansado. Supuse que llevaban un buen rato encerrados en ese bucle. Veía la imagen una y otra vez en mi cabeza, casi como si la pared que me separaba de ellos fuera transparente: Aquiles no paraba quieto en la sala; Patroclo se había sentado y juntaba las manos, en una calma aparente que desmentía el latido del rictus de su mandíbula.

—Será mejor que te sientes —sugirió Patroclo, después de una pausa—. Tardarán horas en venir.

—¡Ya! Ese no puede esperar.

—Primero tiene que devolver a Criseida a su padre. Y reunir cien toros; no creo que los tenga ahí, todos juntos, esperando a la puerta. Y luego, si hay

suerte, puede que espere a que la nave vuelva. Por lo menos, eso es lo que debería hacer.

Yo lo oía todo y sentía que nacía en mí cierta esperanza. El barco que devolviera a Criseida tendría que pasar la noche allí. El sacrificio ritual de cien toros llevaría su tiempo, a lo que había que sumar las plegarias e himnos a Apolo, seguidos de un gran banquete. Tardarían toda la noche. Y, luego, quedaba el viaje de vuelta. No iban a salir a primera hora, después de la resaca que tendrían... Con todo ese tiempo para la reflexión, ¿no cabía la posibilidad de que Agamenón cambiara de idea? ¿De verdad iba a romper con Aquiles y arriesgarse a perder la guerra? ¡¿Y todo por una chica?!

Oí más pasos en la habitación de al lado. Por fin, me llegó el crujido que hacía la silla de Aquiles cuando se dejaba caer en ella.

Patroclo carraspeó.

—¿Quieres que vaya a por Briseida?

—¿Para qué, para echarle un polvo de despedida? No, gracias.

Silencio. Imaginé que Aquiles pasaba un poco de vergüenza.

—No, déjalo —dijo, al fin—. Ya se enterará ella a su debido tiempo.

15

No cabía temer que me mandaran llamar aquella noche. Como estaba libre, aproveché la oportunidad para salir sin que se notase. Quería despedirme de Criseida y desearle suerte, porque las buenas noticias que le atañían a ella habían quedado ensombrecidas por lo que me iba a pasar a mí, y sentía que no era justo.

Se iba haciendo de noche según cruzaba a la carrera la curva de la bahía, para llegar al punto del que iban a zarpar los barcos de Agamenón. Ya había pequeños grupos de mujeres que no perdían de vista los preparativos y miraban el azaroso paso de los toros en las naves. Bramaban, al notar el suelo semoviente debajo de las patas, y, presa del miedo, embadurnaban las cubiertas con el verde de sus cagadas. Los hombres que los llevaban a bordo iban cantando himnos de alabanza a Apolo, pero me pareció oír una nota de desesperación en sus cánticos. Como si temieran que aquello no fuera suficiente.

En el último momento, cuando todo estaba ya listo, trajeron a Criseida de la cabaña de Agamenón. Llevaba un manto blanco sin bordados, no lucía ninguna joya, y le habían atado el pelo en dos tupidas trenzas, prendidas a la cabeza como una corona. Parecía una reina, de lo pálida y serena que iba, como si hubiera envejecido de repente. Agamenón no salió; era Odiseo el que la llevaba de la mano por la plancha para subir al barco. La joven ocupó la popa y se quedó mirando el recinto de Agamenón y, luego, las hileras de barcos negros que ocupaban toda la bahía. Tenía los ojos muy abiertos en aquel barrido ocular con el que recorrió la playa, como si se forzara a no cerrarlos. Vi que estaba aterrorizada, pese a aquella serenidad aparente (la devoraba por dentro el pánico a que Agamenón cambiara de idea en cualquier momento y todo desapareciera de un plumazo).

No parábamos de dar saltos y gritos:

—¡Buena suerte! ¡Que llegues sana y salva a puerto!

Al principio, pensé que no iba a responder, de lo tensa que iba y lo mucho que se esforzaba en mantener la calma. Pero entonces, sacó una manita y dijo adiós con un movimiento imperceptible de los dedos.

Eché la vista en torno y sentí que me invadía una oleada de afecto, de puro amor, más bien, por todas aquellas mujeres que habían venido a

despedirla. No le escatimaron parabienes, aunque todas habríamos dado un brazo por que nos dejaran volver a casa y por tener una casa a la que volver.

De repente, Odiseo apareció al lado de Criseida en la popa del barco. Y, en el acto, todo fue bullicio y ajeteo: izaron velas, levaron anclas y la quilla se fue separando de la playa, hasta dejar una ancha estela de limosa espuma. Al principio, los hombres remaban, siguiendo el ritmo que les marcaba el tambor; pero, cuanto más adentro bogaba el barco, más se henchían las velas, y, de un tirón, se alejó de golpe, como si le hubieran entrado las mismas ganas de partir que tenía Criseida. Vimos que el barco desaparecía a lo lejos, y se apoderó de nosotras el silencio y el desconsuelo. No puedo hablar por boca de las otras, pero yo sé que, en aquel momento, me sentí más desolada que nunca.

La multitud empezó a dispersarse, y sentí sobre mí la mirada que me lanzaban las otras mujeres con el rabillo del ojo. Ya sabría todo el campamento cuál iba a ser mi sino a partir de entonces. Una de ellas, una mujer cuya opinión no se me daba un ardid, me miró con una mueca de desprecio.

—Seguro que te venderás bien cara tú ahora.

No creo que ninguna de las otras envidiara mi ascenso, si es que eso era.

Volví caminando por la playa, con la cabeza gacha y la mirada fija en nada que no fuera el chapoteo de mis pies sobre la arena húmeda. Estuve a punto de chocar con alguien en una o dos ocasiones, de lo absorta que iba en mis cavilaciones, pero una especie de instinto me llevó a alzar la vista en el último instante. Tenía a Agamenón a apenas cien metros. El rey miraba cómo se empequeñecía su barco a lo lejos, con Criseida a bordo, hasta que se convirtió en un punto negro contra el cegador rojo del ocaso.

Me guarecí en el hueco comprendido entre dos barcos y esperé. La playa se llenó de hombres que entraban en el mar hasta que el agua les llegaba a la cintura; allí se frotaban la piel para quitarse el aceite y la mugre, y metían la cabeza debajo de las olas. Se purificaban y cantaban, todos sin excepción, un himno de alabanza a Apolo: «Recordaré a Apolo, el que hiere de lejos. Cuando monta el arco plateado, hasta los dioses tiemblan delante de él...». Y plegarias, innúmeras plegarias en las que le suplicaban que los librara de la peste. Muy pronto, su presencia ennegreció el rompiente de las olas, y la tierra quedó prácticamente desierta. Supe que había sido testigo de algo extraordinario: vi cómo un ejército entero entraba andando al mar.

Algunos estaban tan enfermos que no se tenían en pie y había que meterlos en el agua en camilla. Cabe pensar que esa inmersión repentina de

un cuerpo recalentado en el agua salada, fría y voraz bastaría para matarlo. Pero, que yo sepa, no murió ninguno; y sí que vi a uno que al entrar casi se desmaya y volvió caminando a la playa.

Perforaban ya las estrellas un cielo verduzco. Habían encendido los fuegos para preparar la cena por toda la playa; y, según volvían los hombres, empapados, recién salidos del mar, les pusieron copas de vino caliente y especiado en las manos, y todos ofrecieron una libación a Apolo antes de beber. Al poco tiempo, estaban sentados alrededor de las hogueras, tiritando, y se pasaban de mano en mano jarras de vino fuerte. Agamenón había ordenado que mataran para la ocasión cabras y ovejas, y circulaban ya entre los hombres bandejas de carne asada, aunque no oí la risa ni las bromas que solían acompañar un banquete. El campamento seguía bajo la maldición de Apolo hasta que el dios aceptara el regreso de Criseida, sana y salva, y fuera oficiado el sacrificio de los toros, y eso pesaba todavía en la conciencia de todos ellos.

Desde el abrigo de las sombras, vi a Agamenón, que seguía de pie en la playa y componía una figura solitaria, silente. Seguro que, con todo lo que estaba pasando, se olvidaría de mí. Y me dije a mí misma: «Haz lo que hacen todos; cógete una buena curda y trata de olvidar». Todos menos Agamenón, eso también lo sabía yo. Aunque no tuviera ningún sentido, ni para mí ni para nadie más, que el hombre más poderoso de los aqueos se peleara por una chica.

Cuando volví a la cabaña de Aquiles, me fui derecha al estrecho cuarto, en el que esperé a que mandaran por mí. Ifis no apareció. Puede que por indicación de Patroclo, que no querría que viniera a verme aquella noche.

Pasó una hora que se me hizo eterna. Estuve casi todo el rato plisando con los dedos el dobladillo de la túnica, para alisarlo luego otra vez. Es lo que se les ve hacer a las viejas; recuerdo que mi abuela lo hacía, y es señal de que empiezan a estar cansadas de la vida. Y allí estaba yo, que tenía solo dieciocho años y ya lo hacía. Me obligué a mí misma a dejar quietas las manos.

A la derecha de la puerta, vi una jarra de vino encima de una mesa. Sabía que a nadie le iba a importar si me servía una copa, y eso hice, aunque me temblaban tanto las manos que derramé parte del líquido y tuve que buscar un paño para limpiarlo. En ello estaba, cuando oí voces en la sala. Pensé primero que sería Agamenón, que venía a por mí sin más demora, e inmediatamente

me sentí traicionada. Yo contaba con que hubiera un retraso y resulta que no lo había. Aquiles tenía razón: Agamenón querría ponerme las manos encima cuanto antes.

Me levanté, alisé la túnica y me froté los labios con mi propia saliva para lavarme la mancha morada del vino. No tenía ninguna intención de que me llevaran a rastras; iría con la cabeza bien alta, sin mirar atrás. No pensaba darle a Agamenón el gusto de que me viera muerta de miedo.

Pero, entonces, oí que Patroclo anunciaba la llegada del gran Néstor y de su hijo Antíloco. Néstor. Pensé en el acto que tenía que ser una misión de paz, que Agamenón había cedido, porque Néstor era precisamente el intermediario que había elegido él. Abrí un poco la puerta para oír mejor y ver por lo menos una fracción de lo que estaba pasando.

Néstor entró en la sala. Alto, con el pelo blanco, vestido sin que le faltara detalle, llevaba detrás a Antíloco, su hijo pequeño, desgarrado y tímido hasta decir basta, que sentía tal adoración por Aquiles que casi perdía el aliento en su presencia. Llevaban sendas capas porque, aunque la noche no era fría, soplaba un viento impregnado de la humedad del mar. Traían los hombros salpicados de gotitas de lluvia, como diminutas púas luminosas. Aquiles se había puesto en pie para recibirlos. Néstor, despojándose de la capa, se la dio a Patroclo; luego se pasó ambas manos por los cabellos, que llevaba revueltos. Al sentarse en la silla que le ofreció Aquiles, vi que empezaba a escasearle el pelo en la coronilla —le asomaba el cuero cabelludo, sonrosado entre las hebras blancas—. Una vez lo vio sentado, Aquiles le pidió a Patroclo que trajera un vino con más cuerpo. «Esto es pipí de virgen», dijo, y soltó una risa forzada. Mientras, Antíloco, que se había quedado de pie y buscaba dónde sentarse, vio la cama y avanzó con paso torpe en dirección a ella. Sabía que Aquiles lo estaba mirando, o se lo imaginaba quizá; por eso tropezó con una alfombra y estuvo a punto de caerse.

Patroclo mezclaba el vino para Néstor, y los distintos tonos de rojo intenso daban vueltas en el fondo de un cuenco de oro. Cuando acabó, fue hasta el fuego y ofreció una generosa libación en honor de Apolo. Crepitó la rejilla metálica con un chisporroteo. Néstor alzó la copa a modo de brindis y luego se quedó mirando fijamente a Aquiles.

—Veo que no has cargado tus naves todavía.

—Él no ha venido a por la chica. Todavía.

Néstor sonrió y dijo que no con la cabeza.

—No te irás. Puede que seas muchas cosas, pero desertor no eres.

—Yo no lo veo como una deserción. Esta no es mi guerra.

—Pues entraste con ganas en ella.

—Porque tenía diecisiete años. —Aquiles inclinó el cuerpo para acercarse más a Néstor—. Mira, lo de hoy no tiene nombre; ha sido intolerable. Todo el mundo lo ha visto, y nadie ha alzado la voz para impedirselo.

—Yo sí. La alcé y la sigo alzando.

—¿Ah, sí?, pues yo me digo: a tomar por culo. ¿Quiere Troya? Pues que la tome... pero sin mí. Lo que pasa es que tú y yo sabemos que no puede.

Néstor guardó silencio un instante. Luego dijo:

—Aquiles, a mí se me suele escuchar.

—Pues habla, te escucho.

—No puedes dejar que otros vayan a la guerra por ti mientras tú te quedas aquí sentado y te enfurruñas. Sí, señor. —Néstor alzó una mano—. Te enfurruñas.

La respuesta de Aquiles sorprendió por su mesura:

—Lo que ha hecho hoy va contra las reglas. Yo luché en combate por esa chica. Me la dio el ejército, y él no tiene ningún derecho a quitármela. Vale, que se la lleve... pero por mí se ha acabado, me voy. No pienso arriesgar mi vida, ni las vidas de mis hombres, por un rey débil, avaricioso, incompetente y cobarde.

Creí que Néstor iba a salir en defensa de Agamenón, pero se limitó a sonreír.

—Seguro que es todo eso que dices, me da igual. Me da igual que tú seas mejor guerrero, más valiente, más fuerte, lo que tú quieras... Porque no se trata de eso. Tiene más hombres que tú, más barcos que tú, más tierra que tú... y por eso es el comandante de todos los ejércitos, y tú no.

—Nada de eso le da derecho a llevarse el premio de honor de otro. No le pertenece, por la sencilla razón de que no se lo ha ganado.

Siguieron hablando, pero yo ya no prestaba atención. El honor, el valor, la lealtad, la reputación; todas esas palabras tan altisonantes salieron a colación, pero para mí solo había una palabra, una palabra muy pequeña: «lo». No le pertenece, no se «lo» ha ganado.

Cuando volví a concentrarme en la conversación, Néstor estaba diciendo:

—Pues solo espero que...

Pero nos quedamos con las ganas de saber lo que esperaba Néstor. Llegó el ruido de unos pasos en el pasillo y, al instante, Alcimo, con la cara regordeta llena de sudor, entró de sopetón donde estaban los otros.

—Vienen los heraldos de Agamenón.

Se me cayó la copa de entre los dedos, y se mancharon de vino los faldones de la túnica.

—¿Está Agamenón con ellos? —preguntó Aquiles.

Alcimo negó con la cabeza. Vi que Aquiles le lanzaba una mirada de soslayo a Néstor, y noté el brillo fugaz en aquellos ojos, pero, cuando habló, se dirigió a Patroclo:

—Mira a ver si Briseida está lista, haz el favor.

A Néstor se lo veía apurado.

—No sabía que estuvieran en camino.

Aquiles le tocó el brazo, dando a entender que se hacía cargo.

Los heraldos de Agamenón llegaron despacio hasta el centro de la sala. Venían resplandecientes, de escarlata y negro, con ínfulas doradas ceñidas en los bordones. En teoría, debían ofrecer una imagen imponente, no bajar la cabeza y transmitir el mensaje de Agamenón, en voz clara y altisonante. Pero lo que hizo el de más edad fue dar un paso al frente e hincarse de rodillas. Nada más verlo, Aquiles se levantó y, con toda amabilidad, ayudó al anciano a ponerse de pie.

—No temas —dijo—. No voy a pagarlo con vosotros, no tenéis la culpa.

Se abrió de par en par la puerta del pequeño cuarto. Patroclo entró y fue a echarme un brazo sobre los hombros, pero me lo quité de encima.

—¿Todavía te ves capaz de hacer que se case conmigo?

No tuvo tiempo de responder. Lo llamó Aquiles:

—Patroclo, ¿está ya lista?

Patroclo me ofreció la mano. La tomé porque sabía que no tenía más remedio y dejé que me llevara hasta la sala. Los heraldos ya salían de la cabaña. Me arriesgué a lanzarle una mirada a Aquiles y, para mi sorpresa, vi que sendas lágrimas le surcaban las mejillas. No sollozaba ni nada que se le pareciera, solo era aquel reguero que, por no darle importancia, ni siquiera se limpiaba.

Aquiles lloró cuando me arrancaron de él. Fue él el que lloró, no yo. Ahora, años más tarde, cuando ya nada de eso importa, sigo orgullosa de ello.

Aunque aquella noche sí lloré, vaya si lloré.

SEGUNDA PARTE

Desde que llegó a luchar a Troya ya se sabe —aunque no siempre se recuerda — que no volverá a casa. No le será dado asistir a bienvenidas jubilosas, al abrazo ni al banquete. Ni le será dado engendrar, en la monotonía de los años venideros, niños y más niños con una mujer tediosa; ni pasarse horas dando audiencia a labradores que se quejan del vecino, ni arbitrar en disputas de poca monta, hasta que, con el paso de los años, llegue la decadencia física, la vejez, la decrepitud y la muerte. Una muerte en la cama, en un cómodo aposento caldeado por un fuego generoso, rodeado de sus hijos y sus nietos. Para pasar después, por unos años, a ser un nombre en boca de todo el mundo, la gente que lo conocía de toda la vida, los hombres que lucharon a su lado en Troya. Pero la memoria de la gente no dura mucho —tres generaciones, a lo sumo—, y luego empieza el número lento, inabarcable, de los siglos, crece alta la hierba sobre su túmulo, y no le cabe en la cabeza que la gente que pasa en carro se detenga y diga: «¿Tú qué crees que será eso? Parece obra del ser humano».

Nada de todo eso lo aguarda. Y la verdad es que no le importa; es más, le resulta más fácil aceptar que llegará pronto la hora, ya sea al alba o al ocaso, o en pleno mediodía, en la que lo abata una lanza o una espada, y muera, como ha vivido, en una luz deslumbrante, sin una sola sombra. Entonces, su historia no morirá nunca, porque así fueron las cosas, ese fue el trato que le han prometido los arteros dioses: gloria eterna a cambio de una muerte temprana delante de la amurallada Troya.

Conoce el ánimo cambiante de este mar; o, al menos, eso pensaba él hasta hace dos semanas, pero la oscilación de las mareas ha sido tan rara últimamente que no se parece a nada que haya visto antes. Cada día, bajo el cielo plomizo, las olas se hinchaban más y más, sin llegar a romper en espuma, como una amenaza que tomaba cuerpo contra la playa y no tenía fin. Ya sintió la ira del dios en la piel tensa, días antes de que cayeran los primeros dardos de la peste.

Lo que duró la peste no subió nunca la marea, pero el mar reclama ahora su terreno. Cada ola que sube por la playa con su cortejo de babas deja un arco de espuma sucia que borbotea plácida un instante, antes de hundirse en la

arena; y la siguiente ola llega todavía más arriba, y más arriba todavía la que a esa sigue. La marea alcanza a partes de la playa que llevan años secas, acarrea espesas matas de sargazos, conchas rotas, huesos blancos de gaviotas, y los deja por encima de lo que fue la línea del agua.

La noche que se llevaron a Briseida, una de las naves rompió amarras y quedó al paio. Patroclo lo despertó sin miramientos, y bajaron los dos corriendo a la playa, y allí empezaron a dar órdenes a gritos y a hacer gente para que arrastraran el barco lejos de la marea. El alba halló el barco escorado sobre la arena; los percebes pálidos pegados al casco le daban el aspecto de un monstruo marino antediluviano y verrugoso. La marea no ha vuelto nunca a llegar tan alto, pero no desoyeron el aviso; y, desde entonces, pasan revista a las amarras de todos los barcos y montan los picaderos todavía más tierra adentro.

La inmensidad del cielo y el mar lo empequeñece. Detrás de él, se alzan las dunas, y la alta hierba que las corona mece sus tallos y arroja sombras negras sobre la arena pálida. Pero empieza a entrar la niebla de la parte del mar, como suele pasar a esta hora. A los pocos minutos, lo envuelve y ya no le hace falta ver nada; solo oír cómo rompen las olas, solo sentir el cosquilleo de los remolinos de agua entre los dedos de los pies. De pequeño, dormía con su madre en una habitación que daba al mar. Cuando ella lo dejó, se despertaba por la noche y hacía como que las olas eran la voz materna que lo acunaba para que volviera a dormirse.

La memoria nos juega malas pasadas. Uno de sus más vivos recuerdos es que se asoma a la ventana de la habitación y ve a su madre meterse en el mar. Le llegaba la cascada de pelo negro al agua, flotaba en ella como un manojito de algas, y entonces vino la siguiente ola y se la tragó. Aunque sabe que no puede haber visto eso, porque desde la habitación en la que dormía de niño no se veía el mar. Sin embargo, nada de lo que imaginó más tarde podía borrar aquel recuerdo de estar a solas en la habitación, ni el dolor provocado por la ausencia de la madre. Su padre probó con todo: trataba de engatusarlo con la comida, le compraba juguetes caros; por la noche, le ofrecía sus propios brazos a modo de consuelo. Él lo rechazaba o, lo que era peor, se dejaba abrazar, pero, al igual que su madre antes que él, permanecía rígido, insensible a aquel abrazo. Consultó a sacerdotes, a adivinos, a las mujeres de la familia, a nodrizas, y ninguno supo qué hacer. Traían a los hijos de la aristocracia para que fueran sus amigos, o lo intentarían, al menos, aunque enseguida se daban cuenta, como es normal que hagan los niños, de que algo le pasaba, y, después de algunos intentos sin muchas ganas, acababan jugando

entre ellos. Tuvo problemas de crecimiento. Y entonces, cuando se había quedado convertido en un gusanillo pálido de pelo pajizo al que se le notaban las costillas, llegó Patroclo. El mismo Patroclo que había matado a un niño, dos años mayor que él, en una pelea por una partida de dados.

El día que llegó Patroclo, Aquiles oyó ruido de voces y, con la esperanza de que fuera su madre, que había vuelto a hacerle una de sus raras visitas, entró de golpe en la sala. Pero se paró en seco, al ver que su padre estaba hablando con un desconocido. Cerca de él, había un niño grande y desgarbado con la cara amoratada y la nariz rota, aunque no eran heridas recientes, porque los cardenales estaban amarillentos. ¿Otro amiguito de aquellos?

Patroclo asomó la cabeza por detrás del costado del padre de Aquiles, y los dos niños se miraron. Y Aquiles no sintió en aquel momento aquella sensación extraña que lo invadía cuando le traían eso que llamaban amigos, sino algo mucho más inquietante: se reconocía en aquel chico, y un temblor frío le recorrió todo el cuerpo. Pero había sufrido mucho, demasiado tiempo, y, cuando el otro niño le dio la mano, a instancias de su padre, Aquiles no hizo otra cosa que alzar los hombros con indiferencia y alejarse de allí.

En cuanto se supo que Patroclo había matado a alguien, que había hecho con sus propias manos lo que a todos les enseñaban a hacer, hubo cola para retarlo. Se convirtió en el enemigo a batir. Por eso estaba siempre peleándose, como un oso encadenado, que no puede esquivar la lucha, tiene que plantar cara una y otra vez, aprovecha la noche para soltar algún quejido y lamerse las heridas, y al ser de día es arrastrado una vez más al pozo en el que se enfrentará a los perros. Cuando por fin Aquiles hizo acopio de valor para acercarse a Patroclo, el forastero ya hacía tiempo que se había ganado la fama de matoncito violento que todo el mundo creía que era.

¿Cómo acabaron juntándose? No lo recuerda; pero es que no recuerda casi nada de los dos años que siguieron a la partida de su madre. Sabe que peleaban, jugaban, discutían, se reían, ponían cepos para los conejos, cogían zarzamoras, volvían a casa con la boca amoratada, le miraba el uno al otro las costras de las rodillas, caían en la misma cama y allí dormían, desnudos y asexuados, como dos judías de la misma vaina. Patroclo le había salvado la vida cuando no se habían acercado ni de lejos a un campo de batalla. Pero, entonces, Aquiles hizo lo propio y peleó a su lado siempre que lo atacaba alguno de los otros chicos, hasta que dejaron de atacar y reconocieron que tenían madera de capitanes. Al cumplir Aquiles los diecisiete años, Patroclo y él ya estaban más que preparados para la guerra, preparados para enfrentarse al mundo entero.

Se convirtieron en compañeros de armas, el colmo de la virilidad.

La verdad era que Patroclo había reemplazado a la madre de Aquiles.

Allí estaría ahora, esperándolo en la cabaña. No se sabe muy bien por qué, pero Patroclo ha aborrecido siempre esas visitas nocturnas de Aquiles al mar. A lo mejor tiene miedo de que una noche Aquiles se meta de cabeza en él, como hizo su madre cuando no pudo soportar más el aire denso que respiraba.

Por muy preocupado que esté Patroclo, tendrá que esperar. Porque todavía no está en condiciones de volver, no puede enfrentarse aún a una cama vacía. Aunque no tendría por qué estar vacía —sabe Dios que hay montones de chicas—. Pero es que el problema no es ese. El problema es que no quiere ni atado a ninguna de las otras chicas, quiere a esa chica en concreto, y no la puede tener. Y por eso no para de darle vueltas al dolor de la pérdida, como si quisiera así alisarlo, igual que los guijarros que pisa, pulidos todos. La verdad es que la echa de menos. No debería ser así, pero así es. Y ¿por qué? ¿Porque una noche volvió a la cama, y le olía el pelo a la podredumbre del mar? ¿Porque la piel le sabe a sal? Si fuera por eso, entonces que las echen a todas al mar sin dejar ni una; que vuelvan todas oliendo a sal.

Es porque es su premio —ya está—; su premio de honor, ni más ni menos. No tiene nada que ver con la chica en sí. Y ese dolor que siente no es más que la humillación de ver cómo le han robado el premio —«robado», sí—; se lo ha quitado un hombre que es inferior a él en lo que de verdad importa. El sitio a las ciudades, los guerreros muertos, la muela de la guerra que todo lo muele y nunca cesa... Y llega él y se la lleva, así, sin más. Eso es lo que duele: no la chica, sino el insulto, la mella en su amor propio. Vale, pero ya está. Él ya no forma parte de eso. Que tomen Troya sin él, que lo intenten. Qué poco van a tardar en venir a rastras para que los ayude, en cuanto vean que no pueden. Hace lo que está en su mano por aferrarse a esa idea, intenta extraer de ella una forma de consuelo, pero es inútil. ¿Quizá tenía que haber seguido aquel primer impulso e irse a casa? Patroclo estaba a favor, y Patroclo, por mucho que le duela reconocerlo, casi siempre tiene razón.

No halla respuestas, o no las alcanza a ver en esta playa envuelta en bruma. No va a venir su madre esta noche. Así que se envuelve en la capa y emprende el regreso a la cabaña, donde sabe que Patroclo lo estará esperando.

Va caminando entre las naves, izadas en sus picaderos, y se le llena la mente de tareas nimias, listas de cosas que tiene que hacer. Si vuelve a subir tanto la marea, a lo mejor hay que cambiar los almacenes de sitio, llevarlos más tierra adentro. Construyeron las cabañas hace ocho o nueve años, después

de pasar un pésimo invierno al abrigo de las carpas. Tienen ahora ese color gris perla de la madera expuesta a la lluvia y al viento, y seguro que, si escarbaran un poco, hallarían las tablas de los cimientos podridas. ¿Habría que pensar en reconstruirlas? Eso les daría algo que hacer a sus hombres y dejaría claro que está dispuesto a aguantar hasta el final, sea lo que sea ese final. «Sí, darles algo que hacer», piensa, y se siente otra vez un hombre práctico, con los pies en la tierra, se siente un guerrero de nuevo, con lo que hay que tener; alguien sólido, sin una sola fibra etérea en toda su persona. Eso piensa y pasa como una sombra por un flanco de sus naves espectrales.

Aunque aquella noche sí lloré, vaya si lloré.

¿Que qué me hizo para que fuera tan terrible? Pues supongo que nada del otro mundo o, al menos, nada que no me esperara. Pero entonces, cuando pensaba que ya había acabado y era libre por fin de marcharme, me tomó la barbilla entre el pulgar y el índice y acercó mi cara a la suya. Hubo un momento de locura en el que pensé que me iba a besar; pero, entonces, metió un dedo entre mis dientes para separarme las mandíbulas, formó un gran gargajo de flema dentro de su boca, con toda la calma del mundo, y lo escupió dentro de mi boca abierta.

—Hala —dijo—: ya te puedes ir.

Iba dando pasos de ciego en plena noche, por un recinto que no conocía, hasta que al final llegué a trompicones a los barracones de las mujeres. Todo se me volvía frotarme la boca con el borde de la túnica, tan fuerte que me dieron arcadas y acabé vomitando en la arena. Cuando se abrió la puerta y Ritsa asomó la cara, todavía estaba limpiándome la boca. Caí rendida en sus brazos y tardé en poder hablar. Ella me mecía, susurraba palabras de consuelo, eso que le dices a los niños cuando despiertan de una pesadilla, y más mujeres hicieron corro y me frotaron la espalda. No fui capaz de contarles lo que había pasado, aunque puede que no hiciera falta, puede que ya lo supieran, o que se lo imaginaran. Casi todas se habían acostado alguna vez con Agamenón, antes de su obsesión por Criseida, cuando la pobre chica pasó a relevarlas de sus deberes en el lecho del rey. Ritsa fue muy amable conmigo, pero, pese al efecto balsámico de sus cuidados, tardé todavía bastante en calmarme y poder dormir.

Me desperté de madrugada y dejé vagar la vista en la penumbra. Estaba petrificada. Sabía que, en cuanto Agamenón se cansara de mí —y no tardaría, porque ya se había encargado de decirme que no le llegaba a Criseida ni a las suelas de las sandalias—, me entregaría a sus hombres, para desahogo de la tropa. Aunque la mañana siguiente, cuando le conté mis temores a Ritsa, ella dijo que no haría eso, que no podía hacerlo, porque yo era el premio de Aquiles. Yo solo dije que no con la cabeza. Pensé que lo haría precisamente por ese motivo, que sería el colmo del insulto dirigido contra un hombre que

se había atrevido a desafiar su autoridad. Sí que lo hará, pensé para mis adentros, me poseerá todavía unas cuantas noches en las que se recreará en humillarme, y luego tendré que ir a gatas a buscarme un sitio debajo de las cabañas para pasar la noche.

No pasó nada de eso. Después de la primera noche, no volvió a mandar llamar por mí; no por mucho tiempo, al menos. Pero tenía que escanciarles el vino a sus invitados todas las noches. ¿Por qué lo hacía, os preguntaréis, cuando estaba claro que no quería verme ni en pintura? Supongo que porque le era útil; porque le servía para algo en concreto. Los hombres ven labrado, en el rostro de las mujeres, todo tipo de significados; mensajes que les hablan a otros hombres. En el recinto de Aquiles, el mensaje era: «Fijaos en ella. Es el premio que me ha otorgado el ejército, la prueba de que soy lo que siempre he dicho ser: el más grande de los griegos». Aquí, en los barracones de Agamenón, el mensaje era: «Fijaos en ella. Es el premio de Aquiles. Se la quité, igual que os podría quitar a vosotros vuestro premio. Me puedo quedar con todo lo que tenéis».

Así que yo sonreía y escanciaba, escanciaba y sonreía, hasta que me dolía la cara de tanta mueca. Y entonces, cuando se habían ido todos, volvía arrastrándome a las cabañas de las mujeres, me echaba una manta encima y procuraba dormir. La cabaña estaba llena de cuerpos dormidos; el aire, viciado con el olor del sudor. Había encontrado un sitio contra la pared, al lado de un resquicio entre dos tablas que dejaba entrar la brisa marina. Había noches que aplicaba la boca a aquella grieta y succionaba el aire frío y salado.

Dormíamos en jergones, tendidas entre los telares. Durante el día, los guardábamos debajo de las cabañas y los sacábamos a la rastra cuando acababa la jornada porque ya no se veía para trabajar. Presidían nuestro sueño los mismos lienzos de paño que estábamos tejiendo, llenos de rojos profusos, verdes y azules, aunque hasta los colores más vivos parecían oscuros a la luz de las velitas que dejábamos desperdigadas por el suelo. Las caras de las mujeres, arracimadas en torno a esas velas, brillaban como pálidas alas de polillas. Incluso a la luz del sol, las mujeres estaban siempre pálidas, y muchas tenían una tos perruna causada por las diminutas partículas de lana que inhalaban en los telares. Había días que flotaban tantos hilos de tela en el aire que parecía una sopa. En el palacio de mi marido, los telares ocupaban salas que daban directamente al patio interior, de tal manera que no faltaba nunca el aire fresco, y se veía pasar a la gente. Pero estas cabañas estaban cerradas a cal y canto, echábamos muchas horas, y rara vez salíamos. Hacíamos más llevadera la labor cantando canciones que nos sabíamos desde

pequeñas, canciones que nos enseñaron nuestras madres. Pero, apenas mediada la tarde, acabábamos agotadas, y se desvanecían los cantos. Llegaba la hora entonces de picar algo, pan y queso, una copa de aloque; y, si había suerte, vislumbrábamos un retazo del mundo afuera, antes de que se hiciera de noche.

Y así un día detrás de otro. Por lo general, llegaba bastante tarde a mi cabaña; a veces, muy tarde. Le contaba a Ritsa algún detalle que hubiera logrado rescatar de la conversación de la cena, luego me quitaba mis galas y buscaba aprisa el duro lecho en que dormía. Iban apagando las velas, una a una, aunque la presencia de los telares se hacía notar hasta con las luces apagadas. Poco a poco, los ojos se acostumbraban a la penumbra, y alcanzábamos a ver los patrones tan elaborados que habíamos estado tejiendo todo el día. O sea que nos pasábamos la noche como una araña, acurrucada en el centro de su tela. Solo que no éramos la araña, éramos la mosca.

A veces, antes de la cena, aprovechaba un momento y bajaba a la playa a echarle un vistazo al mar, aunque tenía que volver corriendo nada más llegar a la orilla, para vestirme y servir el vino. En una de esas breves incursiones, vi a Aquiles, que corría por la playa parapetado detrás de su armadura, sin que le faltara pieza, solo que con los pies descalzos, chapoteando entre las primeras olas. Él no me había visto. Al cabo de un rato, se detuvo e inclinó la espalda, para apoyar las manos en las rodillas y recobrar resuello. Entonces alzó la cabeza y me vio. No dijo nada, ni saludó con la mano, no se hizo eco de mi presencia en modo alguno; dio la vuelta y empezó a correr por donde había venido, hasta convertirse en una figurita encanijada por la vasta extensión del cielo y el mar.

Agamenón no cabía en sí de gozo las primeras noches que siguieron a su disputa con Aquiles. Estaba claro que la peste ya había pasado, porque no hubo ningún caso más desde que Criseida fue devuelta a su padre, aunque seguían cumpliendo a rajatabla con el ritual de plegarias y sacrificios a Apolo, al despuntar el día y al atardecer. Motivo de mayor contento todavía fue que el ejército de Agamenón había avanzado varios cientos de metros en el barrizal que era la llanura. Así que el traidor del mierdecilla aquel no tenía razón, y claro que podían tomar Troya sin él. Podían y lo harían. Aquellas noches, en el transcurso de la cena, Agamenón se levantaba varias veces de la

mesa de un salto y prorrumpía en varios brindis, hasta que al final ya casi ni se tenía en pie.

Más tarde, en sus aposentos, rodeado de los pocos que merecían algo parecido a su confianza, la conversación rozaba la calumnia. ¿A qué demonios se dedicaba Aquiles? A vivir enfurruñado en su cabaña, a qué si no, desesperado al no poder luchar. ¿Y de quién era la culpa?! Se daba a la bebida, a llenarse tanto el buche que tenía que vomitar para que le cupiera más; y luego, a la cama con Patroclo, para luego no amanecer hasta bien entrada la mañana. Si seguían así, acabarían fofos como eunucos. Los invitados de Agamenón se reían, aduladores, aunque por fuerza tenían que saber que nada de eso era verdad. Seguro que todos habían visto en algún momento del día a Aquiles, armado de pies a cabeza, a la carrera por la bahía; y habrían oído a Patroclo, seguro, formando a los mirmidones, sometiéndolos a sesiones agotadoras en el campo de instrucción. Y, sin embargo, nadie contradecía al rey. A Aquiles solo le quedaba un amigo de verdad, Áyax, y este evitaba estar presente.

Pero entonces, de manera gradual, noche a noche, los ánimos se fueron viniendo abajo. El terreno que les había costado ganar, luchando a brazo partido, lo volvieron a perder al poco tiempo, y empezó a aumentar la cifra de los caídos en combate. No cesaron los brindis y canciones, cómo iban a parar, pero ya no se mofaban tanto de Aquiles. Una tarde, Agamenón recordó que la armadura de Aquiles fue un regalo que le hicieron los dioses a su padre, con motivo de su boda con Tetis.

—La armadura divina —dijo Agamenón—. Lo cual viene al caso, porque ¿es la armadura o es el hombre lo que es divino?

—Pues nada —dijo Odiseo—, no tienes más que retarlo a una pelea a puñetazo limpio, y bien pronto lo averiguarás...

Sus palabras dejaron en el aire un silencio un poco tenso. El mero hecho de que se hubiera atrevido a desafiar a Agamenón, aunque fuera sutilmente, indicaba un cambio en el ambiente.

Cada vez me daba más miedo atender las mesas en las noches de curda. Notaba que mi presencia, mientras pasaba de uno a otro escanciando vino, provocaba ahora una reacción distinta. Yo ya no era la prueba fehaciente del poder de Agamenón, ni de la humillación de Aquiles. No, me había convertido en algo mucho más siniestro: era la chica por la que habían discutido. Sí, sí, yo era el motivo de la discusión; igual que un hueso lo es de una pelea de perros. Y, por culpa de aquella riña o, lo que era lo mismo, por culpa mía, habían bajado al Hades las almas de muchos valientes guerreros

griegos; martirizada juventud y derribada hombría. ¿O eran los dioses los que habían hecho eso? No lo sé, andaba muy confundida. Solo sé que, cuando no les echaban la culpa a los dioses, me la echaban a mí.

Sentía sobre mí las miradas cuando me desplazaba por el comedor, y no eran miradas de discreta admiración como fueron antes. Me acordé de un suceso que presencié cuando era niña, en Troya. Un hombre había dado un paso al frente para saludar a Elena, sin faltarle en ningún momento al respeto; solo le dijo algo, esbozó una sonrisa y luego inclinó la cabeza para reclinarse. Elena y yo seguimos caminando, pero me di la vuelta y lo vi escupir en la sombra de ella.

Sentí que mi presencia empezaba a provocar la misma hostilidad, el mismo desprecio. Ahora, Elena era yo.

Cuando era una niña ya mayor, demasiado para andar con muñecas, inmadura todavía para tomar marido, me mandaron con mi hermana casada, que vivía en Troya. Mi madre había muerto, yo no podía soportar a la concubina joven que la había reemplazado, y mi padre acabó desquiciado con tanta discusión como provenía de las dependencias de las mujeres. Era mejor para todos mandarme fuera.

Mi hermana Yante y yo nunca habíamos tenido mucho trato. Cuando nació, ella estaba en plenos preparativos de su boda con Leandro, uno de los hijos de Príamo. No era un matrimonio feliz. Leandro se cansó enseguida de ella y tomó una concubina, de la que tenía ahora tres hijos varones, así que a mi hermana no la llamaba mucho para cumplir con sus deberes maritales. Había acabado convirtiéndose en una mujercita sosa y regordeta, y la cara de amargada le echaba diez años más a su persona. Cómo pudo una mujer así hacerse amiga de Elena es un misterio; pero la verdad es que eran muy amigas. Se pasaban las horas hablando de cotilleos, mientras compartían un cuenco o dos de vino. Creo que eran dos mujeres que estaban muy solas.

Yo acompañaba a Yante en esas visitas, me sentaba con ellas y las oía hablar, aunque casi nunca participaba en la conversación. Pero entonces, un día, a mi hermana la llamaron porque había algún problema doméstico en casa, y me quedé a solas con Elena. Estuvo hablando un rato conmigo, con cierta timidez, como le pasa a la gente que está muy segura de sí misma, que hay veces que se vuelve tímida con los niños. Luego dijo que fuéramos a dar un paseo. Yo tenía doce años, los muros de la prisión ya estaban cerrándose en torno a mí. Las chicas en el umbral de la edad de merecer no salían; solo para visitar a otras mujeres de la familia, y con el velo puesto, siempre acompañadas. Con eso y todo, a Elena no le pareció fuera de lo normal subir a las almenas, dando un paseo. No le dio ninguna importancia, agarró decidida el velo blanco y me cogió de la mano, como el que emprende una gran aventura. Cruzamos la plaza del mercado por todo el centro, con la única compañía de una criada. Imagino que yo pondría cara de asombro, porque ella dijo: «¿Y por qué no?». ¿Cómo iba a preocuparle lo que pensara la gente, si las troyanas, «las señoras», como las llamaba siempre, ya se habían formado de ella la peor opinión posible? Y, por lo que respecta a los hombres..., pues, en fin, que ya se imaginaba ella lo que estaban pensando: lo mismo que

pensaban desde que cumplió los diez. Huy, sí, esa historia también llegó a mis oídos: la de que la violaron en la orilla de un río cuando no tenía más que diez años, la pobre. Yo, por supuesto, la creí. Me chocó bastante descubrir, más tarde, que nadie más la creía.

Desde las murallas, podías asomarte al campo de batalla, aquella llanura, feraz en su día, que las pezuñas de los caballos y las ruedas de las cuadrigas habían reducido a un erial, en cuyo barro no crecía nada. Había dos cornejas negras dando vueltas en el cielo, justo encima de nuestras cabezas. Recuerdo que pensé que las plumas de las alas parecían dedos extendidos. Elena fue hasta el borde del parapeto. Yo no tuve más remedio que seguirla, aunque me guardé de mirar abajo. Lo que hice fue levantar la vista al cielo; luego, con sumo cuidado, la bajé hasta la bahía y vi los brillos que el sol le sacaba al mar en calma.

Justo debajo de nosotras, todo era violencia y confusión. Oí el relincho de un caballo, los gritos de los heridos, pero seguía decidida a no mirar. Noté que a Elena se le aceleraba la respiración al asomarse por encima del antepecho. La noté desesperada; no, «desesperada» no es la palabra, ávida, ávida de ver todo lo que pudiera. No sabía qué pensaba en aquel instante, ni me lo puedo imaginar ahora. Cuando la escuchabas, solo hablaba de cuánto sufría y de que se sentía culpable por ser la causa de aquella matanza, pero ¿era eso de verdad lo que sentía? ¿No miraría allí abajo y pensaría: esto es todo por mí?

Puede que lleváramos allí una media hora cuando llegó Príamo. Alguien le acercó una silla, y él le dijo a Elena que se sentara a su lado. La trataba siempre con mucha cortesía, aunque debía de saber que la gente de Troya, sobre todo las mujeres de su propia familia, la odiaban.

—Esta ¿quién es? —dijo, mirándome.

Yo me puse toda roja, mientras Elena se lo explicaba. Pero entonces, acosado por tantas preocupaciones como tenía, con lo mal que iba la guerra, las acusaciones de cobardía que le hacía Héctor a su hermano Paris, con más muertos cada vez entre sus filas y menos dinero en sus arcas, Príamo sacó una moneda de plata y se la puso en la palma de la mano. Pasó la otra mano por encima con rápido gesto, dijo unas palabras mágicas y la moneda desapareció. Yo me lo quedé mirando, porque comprendía que era un truco, pero no sabía cómo lo había hecho. Él se palpó la ropa, como buscando entre los pliegues de la túnica.

—¿Dónde ha ido? Ay, pero no me digas que la he perdido. ¿No la tendrás tú?

Negué con la cabeza. Entonces alargó una mano, me tocó detrás de la oreja y sacó la moneda. A mis doce años, estaba dispuesta a defender mi dignidad, porque era ya muy mayor para que me hicieran trucos de magia; sin embargo, estaba fascinada, pues seguía sin saber cómo lo había hecho. Me regaló la moneda, luego se puso a mirar la batalla, y le cambiaron los rasgos de la cara en el acto: adoptó una expresión de profunda tristeza.

Después, volvimos andando a casa de Elena. Se quitó el velo y pidió vino y pastel, un pastel dulce, con sabor a limón, que solo hacen en Troya. Elena estaba siempre dándose golpes en el pecho en público, se recriminaba a sí misma el papel que había tenido al provocar aquella ruina de guerra. A lo mejor creía que, si estaba todo el día con la palabra «puta» en la boca, referida a sí misma, les quitaría a los demás esa idea de la cabeza. Pero andaba muy desencaminada, si ese era el caso. Eso sí, de puertas para adentro, la cosa era muy distinta. Se reía de las troyanas, de «las señoras», y sabe Dios que le daban multitud de razones para ello. Que si se copiaban el peinado unas a otras de forma estúpida, el maquillaje, la ropa... Parecía mentira la cantidad de mujeres inteligentes que creían que, si marcaban la sombra de ojos rebasando la comisura del párpado y torcían un poco el trazo para arriba, tendrían los ojos de Elena. O que, si ceñían el cinturón igual que lo llevaba ella, tendrían los pechos de Elena. Y todo por emular a una mujer a la que en teoría odiaban... No me extraña que se riera de ellas.

Y allí estábamos, sentadas, dándole a la lengua y bebiendo vino — bastante vino—, con lo que yo me sentía muy mayor, muy halagada. Cuando mi hermana vino a por mí, puso el grito en el cielo, pero eso fue la guinda que coronaba el pastel.

Después de aquella vez, iba a ver a Elena yo sola muy a menudo, aunque escoltada, como es lógico, por una de las criadas de mi hermana. Elena me llevaba casi siempre a las murallas, se asomaba por el parapeto y absorbía cada detalle de la batalla, y Príamo me sacaba dulces y monedas de detrás de las orejas. A veces también estaba Hécuba, la reina, acompañada siempre de su hija pequeña, Políxena, agarrada a sus faldas, rebotante de ese orgullo que una niña siente por su madre. Elena quería congraciarse con ella, pero Políxena no lo consentía (su madre le había transmitido el odio a Elena). A veces, la veía en los jardines de palacio; iba corriendo detrás de sus hermanas mayores, diciendo: «¡Esperadme! ¡Esperadme!», lo que suelen gritar los hermanos pequeños en todo el mundo.

Hécuba y Elena intercambiaban unas pocas palabras tensas, pero ya había comprobado que no nos quedábamos mucho rato si la reina estaba presente. Elena prefería tener a Príamo para ella sola. Echaba una última mirada indagatoria desde el parapeto, entonces volvíamos a su casa a tomar vino y pastel de limón. Mis visitas acababan todas de la misma manera; dejaba de sonreír de golpe y me decía: «En fin, habrá que volver a la faena». Y era la señal de que tenía que ponerme el manto y esperar a que viniera la criada para que me acompañara a casa.

Había veces que Elena se retiraba incluso antes de que me marchara, y yo oía la charla del telar, el traqueteo de la lanzadera en su vaivén. Según una leyenda que circulaba entonces, y que es bastante reveladora, la verdad, cada vez que Elena cortaba un hilo en su labor de costura, un hombre moría en el campo de batalla. Ella era la responsable de todas las muertes.

Y por fin, un día, me enseñó su labor. He conocido a grandes tejedoras en mi vida, algunas de ellas, en el campamento. Las siete chicas que Aquiles capturó cuando tomó Lesbos eran muy buenas; no hay otra palabra, ¡buenísimas! Pero Elena las superaba. Yo iba por el taller mirando los tapices, y ella se sentaba en el telar y bebía vino a sorbitos. Una media docena de escenas bélicas cubría las paredes y formaba una secuencia que, tomada en su conjunto, contaba la historia de la guerra hasta aquel momento. Había combate a cuerpo, hombres decapitados, abiertos en canal, empalados, partidos en dos, destripados. Y, a bordo de sus relucientes cuadrigas, bien visibles por encima de la carnaza, estaban los reyes (Menelao, Agamenón, Odiseo, Diomedes, Idomeneo, Áyax, Néstor). Yo sabía que Menelao había sido el marido de Elena, antes de que esta se escapara con Paris, pero a Elena no se le quebró la voz cuando dijo su nombre. ¿Señaló a Aquiles aquel día? Supongo que sí, pero la verdad es que no me acuerdo.

También estaban los troyanos, como no podía ser de otra manera: Príamo, asomado a las murallas, y debajo de él, en el campo de batalla, su hijo mayor, Héctor, que defendía las puertas. Pero Paris no estaba; como si él la guerra la librara desde la cama. En las raras ocasiones en las que los vi juntos, saltaba a la vista que Elena prefería a Héctor antes que a Paris, a quien yo creo que había llegado ya a despreciar. Era bien conocida la aversión que le tenía Paris al campo de batalla; y el desprecio de Héctor por la cobardía de su hermano.

Cuando llegué al último tapiz, volví sobre mis pasos porque quería comprobar algo que no acababa de entender.

—Ella no sale —le dije a mi hermana aquella noche, después de la cena—. No sale en los tapices. Príamo sí que está, pero ella no.

—Pues claro que no. No sabrá dónde ponerse hasta que no vea quién gana la guerra.

Lo dijo con tanto rencor, con una malicia que no era la que se traslucía siempre en los comentarios de las otras troyanas, sino algo más enquistado. Echando la vista atrás, me pregunto si mi sosa y regordeta hermana no estaría un poco enamorada de Elena. Puede que hasta yo misma estuviera también un poco enamorada de ella.

Aquella noche, me quedé despierta, pensando que ojalá le hubiese dicho algo más a Elena, aunque solo fuera hacerle llegar mi admiración por su labor. ¿Por qué no lo había hecho? Supongo que me quedé obnubilada. Pero, qué va, fue algo más que eso... Creo que era demasiado pequeña para comprender, y había algo que se me escapaba. Lo que me quedó fue la sensación de que Elena tomaba las riendas de su propia historia. Estaba tan aislada en aquella ciudad, tan atada de pies y manos. Hasta yo me daba cuenta de ello con lo niña que era, de que esos tapices eran su manera de decir: estoy aquí. Soy yo. Una persona, mucho más que un objeto que se contempla y por el que hay que luchar.

Circulaba una historia que venía del primer año de guerra. Menelao y Paris, los dos rivales, se habían puesto de acuerdo para batirse en combate ellos dos solos, y dejar que fuera el resultado lo que decidiera cuál había de quedarse con Elena. Los dos ejércitos se congregaron para ser testigos de la ocasión; no cabía un alma en lo alto de las murallas; nadie quería perderse la pelea, aunque Elena no salió. Porque nadie se había molestado en decirle lo que estaba pasando. O sea que su destino se decidió sin que ella lo supiera. Yo creo que los tapices fueron su forma de lucha a partir de aquel momento. Ya, ya sé que no sale en ellos, que se hizo invisible aposta, pero de alguna otra manera, quizá la única que importe, estaba presente en cada puntada.

No sé si me hizo mucho bien pararme a recordar tantas cosas de Troya. Porque, la verdad, ¿de qué le vale a una esclava, que no puede conciliar el sueño en una cabaña maloliente, recordar que un día el rey de Troya hizo trucos de magia para divertirla? ¿No sería mejor, más fácil, aceptar la triste rutina en que se ha convertido tu vida?

Pero entonces pienso: «Pues no, claro que no es mejor». Aquella noche, al recordar la hostilidad que sentí que me dirigía Agamenón en su cabaña, cuando me venía a la boca, como cada noche, el sabor de su viscosa flema, me arrojé en la amabilidad del rey Príamo, como en una manta que me ayudó a quedarme dormida.

19

Una noche, después de cenar, Aquiles y Patroclo fueron a ver las grandes fortificaciones que Agamenón había empezado a construir entre el campamento y el campo de batalla. Encaramado a la proa de su nave, Aquiles celebró con vítores el éxito en el contraataque de los troyanos, como si no le importara el número creciente de caídos en el bando aqueo. Lo que lo movía ahora era la curiosidad por ver cómo se esmeraba Agamenón en reforzar sus defensas.

Cuando llegaron a pie de obra, ya estaba oscureciendo, pero pudieron hacerse una idea aproximada de cómo iban los preparativos. Habían excavado una trinchera de gran tamaño en la franja cubierta de matojos que mediaba entre las dunas y el campo de batalla. Cientos de hombres empujaban carretillas llenas de tierra, estaban cubiertos de tierra ellos mismos, como si los hubieran esculpido en ella; otros cavaban más hondo en la arcilla encharcada. Nunca antes había quedado tan patente la naturaleza de aquel paraje: era una llanura de aluvión seccionada por dos caudalosos ríos que se desbordaban en sendas crecidas todos los otoños, cuando llegaban las tormentas. La trinchera se llenaba de agua, y los hombres no daban abasto con sus picos y sus palas. A escasos metros, había otro grupo que apilaba sacos de arena para ponerle freno al agua. Las pasaderas cubrían el fondo de la trinchera; pero ni con esas, porque, en algunos sitios, el agua les llegaba a los que allí se afanaban a la altura de las rodillas. Un parapeto de gran tamaño corría en paralelo a la trinchera. Cada ciertos tramos, había una garita y, en estas, pálidas caras asomadas al caos de abajo.

—Vaya —dijo Aquiles—, está claro lo que piensa: que se le están echando encima.

Patroclo se dio la vuelta y encaró la playa, repleta de hileras de naves varadas en la arena. Eran barcos negros, con espolones en la proa, listos para el pillaje, diseñados para sembrar el terror allí donde navegaban. Sin embargo ahora, izados en sus picaderos, no eran más que innúmeros montones de leña seca. Cayeron algunas flechas en llamas sobre las cubiertas, y habría sido suficiente con que soplara el viento y sacara chispas para prender fuego a toda la flota... ¡en cuestión de minutos!

No podía soportar estar allí parado, sin hacer nada.

—Sabes que podríamos ser de gran ayuda. Solo dijiste que no lucharías, no que te quedarías de brazos caídos.

—Puede que no lo dijera, pero era lo que tenía intención de hacer. ¿Quién tiene la culpa de que se vea en semejante caos? Él y nadie más que él.

—Pero en el caos están todos ellos también. —Patroclo blandía el dedo en dirección a los esforzados hombres—. Y no tienen ninguna culpa.

—No, pero yo tampoco.

Se creó un silencio tenso. Patroclo miró a sus pies y se acordó de una colonia de hormigas que había visto cuando era pequeño, de esas que portan hojas verdes cortadas en triángulos y parecen veleros diminutos. Intentó fijar con más detalle aquel recuerdo pero no pudo. Sin decir palabra, despacio, Aquiles y él se abrían paso en aquel silencio hasta volver a estar en sintonía. Cuando intuyó que ya podía hablar sin provocar la ira del otro, dijo:

—¿Crees que los detendrá?

Aquiles negó con la cabeza.

—No, lo que hará será dificultarle la retirada al propio Agamenón. — Señaló el monte bajo que crecía al otro lado de la trinchera—. Eso es una trampa mortal.

Patroclo respiró hondo.

—¿O sea que ya está, se acabó?

—Depende de lo que se entienda por «acabarse». Creo que tardará todavía en mandar recado.

«Pero no eres tú solo el que está implicado en esto».

Se conocían tan bien que quedaba en el aire hasta el eco de lo que no decían. Entonces Patroclo fue claro con él.

—Sabes que, si rompen el cerco de estas fortificaciones, vas a tener que luchar de todas formas. No van a respetar tus naves solo porque no estés peleando.

Aquiles alzó los hombros con indiferencia.

—Si me atacan, lucharé. —Se dio la vuelta para salir de allí—. Venga, vámonos, que ya he visto lo que tenía que ver.

Sabíamos que la guerra iba mal para los aqueos. La batalla ya no era un rumor lejano que, más o menos, podías pasar por alto; se había convertido en un rugido ensordecedor y lo oíamos perfectamente, por encima del traqueteo de los telares. Era ese ruido lo que nos decía que los troyanos estaban acercándose. Pero es que, aunque estuviéramos sordas, habría bastado con ver las caras largas de nuestros captosres para sacar esas mismas conclusiones. Todos sin excepción tenían los nervios a flor de piel, y lo pagaban a patadas con cualquier cosa o persona que se pusiera en su camino. Hacíamos un gran esfuerzo por fingir que nos daba igual de qué lado se inclinaría la victoria; aunque, de todas formas, tampoco les importaba un pimiento lo que pensáramos nosotras. A algunas chicas sí que les daba igual (las que habían sido esclavas en su vida de antes). Nada perderían ganara quien ganara la contienda; ningún final haría que fuesen más felices. Pero quienes habíamos sido libres, dotadas de seguridad y estatus, nos debatíamos entre la esperanza y el miedo. Las había que estaban convencidas de que, si los troyanos rompían las barreras, así, en modo condicional, nos recibirían como a sus hermanas, largo tiempo desaparecidas. Pero ¿de verdad lo harían? ¿O nos verían más bien como las esclavas de sus enemigos, botín suyo, por lo tanto, y del todo a su merced? Yo tenía claro cuál podría ser nuestro destino. Y eso, suponiendo que sobreviviésemos a la batalla. Lo más seguro era que atacaran por la noche, y que lanzaran flechas ardiendo para que cayeran dentro del campamento y así crear el máximo caos y confusión. En unos minutos, las cabañas serían pasto de las llamas, y, por la noche, a las mujeres nos encerraban con llave.

Así que nos dejábamos llevar por esa corriente de esperanza y miedo mientras aguardábamos, y los troyanos avanzaban día a día. El campamento se vaciaba de hombres por la mañana, ya que todo el que pudiera tenerse en pie y caminar había de sumarse a la lucha. Por lo menos, nos librábamos de tenerlos encima a todas horas, un auténtico fastidio cuando vivías en el recinto de Agamenón. Seguíamos trabajando de sol a sol, pero hacíamos paradas a intervalos regulares, nos sentábamos al sol a comernos el pan con aceitunas, a escuchar la batalla, aguzando el oído por ver si estaba más cerca o se había alejado un poco.

Una mañana, nos encontrábamos sentadas en los escalones, cuando vi que se acercaba Ritsa. Llevaba días sin verla porque trabajaba mucho, y tenía que dormir en el hospital. Pensé que tenía aspecto demacrado y noté una punzada de temor, ya que no podría vivir sin Ritsa.

—Estoy bien —dijo—. Estos dos últimos días han sido muy duros... Por eso he venido, de hecho. Le he preguntado a Macaón si podría contar con tu ayuda, y me ha dicho que sí.

Me puse loca de contento, aunque enseguida pensé: «No caerá esa breva».

—Él no dejará que me marche.

—Sí lo hará. Macaón ya se lo ha preguntado.

El barracón que albergaba el hospital estaba cerca del ágora, a veinte minutos andando del recinto de Agamenón. No me atreví a mirar atrás, ni bajé la guardia hasta que no traspuse la puerta, entonces empecé a caminar más despacio, parando la mirada en todo, como si lo viera por primera vez: el vaho de calor en una olla puesta al fuego, el brillo iridiscente en las plumas del cuello de un gallo joven que picoteaba granos en el suelo, el tufo ácido a orina al pasar al lado de la cabaña que alojaba la lavandería. Todo era nuevo y milagroso, y solo por el mero hecho de haber dejado atrás las cabañas de los telares.

Al volver la esquina y darnos de bruces con el recinto de Néstor, me chocó ver unas tiendas de campaña muy grandes que habían montado delante de los barracones en los que se ubicaba el hospital. La lona estaba manchada y olía que apestaba, por los muchos años que llevaría guardada en la bodega de los barcos. Debían de ser las mismas tiendas en las que se alojaron los aqueos el primer invierno de la guerra, cuando aún creían, en su arrogancia, que solo duraría meses o semanas. Ahora, nueve años después, volvían a montar las tiendas para dar cobijo a los heridos. Agaché la cabeza y seguí a Ritsa, que ya se adentraba en la carpa más próxima por una abertura en la lona. A pesar del fragor de la batalla y del signo aciago que habían tomado las conversaciones que me llegaban mientras servía la cena, yo creo que hasta aquel momento no me había percatado de lo mal que iba la guerra. El hedor de la sangre era nauseabundo allí dentro.

Seguí a Ritsa por el estrecho corredor, entre dos hileras de camas, hasta llegar a la altura de Macaón, que cosía una herida, sentado en una bala de paja. Levantó la vista.

—Cuánto has tardado —le dijo a Ritsa, en tono cortante. Y a mí—: Bienvenida a bordo.

Me caía bien Macaón, a quien llegué a conocer un poco porque vino un día al recinto de Aquiles para contarnos cómo había que tratar la peste. A muchos de los hombres que conocí en el campamento los he olvidado, pero de Macaón me acuerdo bien. Era un hombre orondo de edad madura, aunque me da la sensación de que era más joven de lo que parecía; con el pelo blanco y entradas dibujadas en una frente pronunciada, ojos de un verde claro, rodeados de una maraña de arrugas, con un sentido del humor sarcástico y un arraigado escepticismo acerca de la capacidad de la medicina para alterar el curso de la naturaleza; escepticismo, dicho sea de paso, que aqueja por igual a todos los médicos. Allí de pie delante de él, con la mirada clavada en los movimientos de sus dedos al tensar el hilo, me sentí a salvo por primera vez desde que llegué al campamento. No sé por qué. Acabó de atar el nudo, felicitó al hombre sudoroso por lo valiente que había sido y salió, pasillo adelante, a atender al próximo paciente. Ritsa le dio agua al enfermo, porque tenía prohibido el vino, y lo recostó para que procurara dormir. Se dio la vuelta con cuidado del lado sano, cerró los ojos y, en cuestión de minutos, ya estaba dormido. No me cabía en la cabeza que nadie pudiera dormir allí. Los moscardones zumbaban por doquier en la luz verduzca y mortecina, y no cesaban los gritos y chillidos de los pacientes que querían arrancarse los vendajes, cosa que hacían muchos, en su delirio, y había que impedirselo por la fuerza.

Ritsa me llevó al fondo de la carpa y se sentó conmigo a una mesa larga. Me sentía bien allí, a su lado, en el banco, delante de la mano y el mortero y unos tarros llenos de hierbas. Teníamos encima de la cabeza un tendedero del que colgaban ramos de plantas secas, mecidos por la corriente de aire. La mesa estaba llena de hatos de hierbas recién cortadas en las inmediaciones del campamento, además me llegaban sus aromas dulces, acres y penetrantes, un reclamo para las abejas que entraban por un faldón abierto en la carpa. Muchas hierbas, aquellas que supe reconocer, eran para calmar el dolor; pero otras valían para limpiar las heridas. Morían más hombres a causa de las infecciones, según Ritsa, que desangrados. «Si te fijas en Macaón cuando examina a un paciente, verás que no se limita a mirar la herida, sino que la escucha».

Más tarde aquel mismo día, vi a Macaón inclinado sobre un hombre que acababan de traer por la mañana. Al principio estuvo un rato largo mirando la herida con atención, pero luego empezó a palpar, apretando los dedos con cuidado una y otra vez, y es cierto lo que decía Ritsa: por la cara que ponía el médico, se veía que tenía el oído atento. Entonces lo oí yo también, un crujido

débil pero inconfundible debajo de la piel. Macaón sonrió y dijo unas palabras de consuelo, pero apenas había pasado una hora cuando llevaron al paciente a la cabaña del promontorio, donde enterraban a los muertos. Lo llamaban «la cabaña hedionda» porque el tufo se te agarraba a la garganta cada vez que abrían o cerraban la puerta. Los que entraban en la cabaña hedionda ya no salían nunca.

—Es la tierra —dijo Ritsa—, se mete en la herida, y en cuanto suena ese crujido... —Negó con la cabeza.

Confieso que había algo en eso que me llenaba de contento, el que fuera la fértil tierra de Troya lo que matara a los invasores. Pero, igual que cuando llegó la peste, también sentía un desgarró por dentro, porque muchos eran muy jóvenes; algunos, casi unos niños; y, si bien a algunos les iba la marcha y estaban deseando entrar en combate, había tantos o más que no querían estar allí. Aunque, casi a mi pesar, me daba pena ver a aquellos hombres con puntos en las heridas, tirando con sus propias manos para quitarse los vendajes por el calor insoportable que hacía allí dentro; los odiaba a todos y no sentía por ellos más que desprecio. Se lo dejé caer a Ritsa, quien se encogió de hombros y dijo que claro, que claro, y siguió extendiendo la pomada que iba a poner en una cataplasma.

Notaba que se le acababa la paciencia conmigo, pero también creí que era importante dejar claras algunas cosas. En cierto modo, más fácil habría sido engañarse, pensando que estábamos todos en el mismo barco, todos aprisionados en una franja estrecha de terreno entre las dunas y el mar; más fácil habría sido, pero más falso también. Ellos eran hombres y estaban libres. Yo era mujer y esclava. Y entre nosotros había un abismo que no iba a desaparecer por mucha charlita sentimental sobre las condiciones comunes de hacinamiento.

Todas las tardes, antes de la cena, los reyes y capitanes venían a ver a los heridos, pasaban de una cama a otra, los animaban a todos: «Tú no te preocupes, que muy pronto te tendremos otra vez peleando». Los hombres reían siempre, daban vítores y les seguían la corriente, sin embargo, en cuanto salían los mandos, volvían a mostrarse quejumbrosos. Que yo sepa, los reyes nunca iban a la cabaña hedionda, porque, hasta en las carpas del hospital, solo visitaban a los heridos leves.

A pesar de todo eso, los días que estuve en el hospital trabajando codo con codo con Ritsa los recuerdo como una etapa feliz de mi vida. «¿Cómo que una etapa feliz?». Pues sí, a mí también me sorprende oír eso. Pero la verdad es que me encantaba la tarea, y lo que implicaba. Hay un refrán que dice: «Al

que ama los instrumentos de la labor que sea lo han llamado los dioses». Y yo amaba la mano y el mortero, amaba la oquedad pulida, y cómo encajaba perfectamente el mango de madera en la palma de mi mano, como si siempre hubiera estado allí. Amaba los tarros y bandejas que tenía delante, encima de la mesa, amaba el aroma de las hierbas recién cortadas, amaba el tendedero colgado del techo, los ramitos de plantas secas y mustias mecidos por la brisa. Se me pasaban allí las horas muertas y no habría sabido decir en qué empleaba el tiempo. Absorta en la tarea, aquella era también una forma de hallarme a mí misma. Aprendía tanto, de Ritsa, pero también de Macaón, quien, en cuanto vio que me interesaba lo que hacía y tenía algún conocimiento, no escatimó su tiempo conmigo. Va en serio que llegué a pensar: «Se me da bien esto». Y tomar conciencia de ello me alejó un poco más de lo que había sido: la chica con la que se acostaba Aquiles, o la escupidera de Agamenón.

Llegó un día en el que creció tanto el fragor de la batalla que todos los que estábamos en la carpa del hospital levantamos al unísono la cabeza, pensando que los troyanos entrarían en cualquier momento. Hubo una afluencia mayor de heridos, seguida al cabo de otra, una hora más tarde. Yo iba de cama en cama, suministraba dosis de calmantes, notaba cómo se hacía cada vez más ardua la tarea, ayudaba a limpiar y a vendar heridas. Macaón nos tenía enseñadas a lavar las heridas con agua salada, pero no con agua de mar, sino con agua dulce recién sacada de los pozos, a la que le añadíamos sal; y eso les dolía horrores, aunque no paraban de reír y hacer bromas cuando nos poníamos a ello. Para los hombres, era cuestión de honor, y no gritaban. Me refiero, claro está, a los heridos leves. A los que entraban casi inconscientes, moribundos, a esos no les importaba lo que les hiciéramos.

Cuando les habíamos vendado las heridas, los que podían tenerse en pie salían al fresco. Yo les pasaba jarras de aloque, iba de corro en corro, repartiendo platos de carne fría y pan. No hablaban de otra cosa que no fuera la derrota. Estaban enfadados con Aquiles, que se negaba a luchar, pero la culpa se la echaban a Agamenón, por haberlo consentido.

—Lo que tenía que hacer era devolverle a la chica, coño —dijo un hombre, cuando yo estaba ayudándolo a servirse vino—. Por eso empezó todo.

—Ellos se quedan tan campantes —comentó otro hombre—. A ver, ¿a cuántos generales ves tú aquí?

Lo secundó un murmullo de asentimiento.

—Qué va, ellos pierden el culo por dirigir al ejército desde la retaguardia.

Aunque eso estaba a punto de cambiar. Primero entró herido Odiseo, seguido, casi de inmediato, de Áyax, y luego, un par de horas más tarde, el mismísimo Agamenón. Puede que este último se hubiera librado hasta ahora de participar en los ataques, pero ya no podía evitar entrar en combate. Se jugaba demasiado. Su misma supervivencia era lo que se jugaba. El propio Macaón fue quien le limpió y le vendó la herida, aunque no era más que un rasguño. Pero, aun así, se hacía raro ver a Agamenón sentado allí; y el color que se le había pegado de estar al sol no lograba ocultar la cara pálida. Eso sí, de lejos, seguía teniendo un porte imponente. De repente, me di cuenta de a quién me recordaba: a la estatua de Zeus en la explanada (aunque luego me enteré de que la habían esculpido a imagen suya, y eso hacía que el parecido llamara menos la atención).

Cundió el ánimo el tiempo que él estuvo ingresado, pero era falso; porque en cuanto salió pitando de allí, por el pasillo que le habían abierto entre dos hileras de camas, empezó otra vez el murmullo de descontento. Y era una queja que se oía también en boca de los hombres que venían a visitar a los amigos, aunque los que más ponían el grito en el cielo eran los heridos que ocupaban las camas, allí encerrados horas y horas, dando vueltas en el lecho, sofocados de calor, haciendo un esfuerzo por no rascarse la irritada piel debajo de las vendas. Poco a poco, si prestabas atención, veías cómo el murmullo acababa cuajando en un solo nombre. Venía de todos los escalafones de mando, lo imploraban los soldados de a pie, los oficiales, hasta los mismos lugartenientes de Agamenón, todos decían lo mismo: «Sobórnalo, suplícale, bésale el culo si hace falta, ¡hostia!, pero, por lo que más quieras, ¡haz que luche ese cabrón!».

Me quedaba rezagada para oír lo que decían, apuraba el tiempo al máximo, rayando en la osadía, pero enseguida tenía que volver al banco para hacer más emplastos, pronta al quite por si teníamos otra afluencia de heridos. Pero es que, incluso desde allí, se oía ese solo nombre; al principio era un susurro e iba convirtiéndose en un clamor. Lo oías una y otra vez, según iban pasando las horas y venían más hombres heridos que ya no cabían en aquella carpa atestada de gente: «Aquiles», «Aquiles» y, otra vez, «¡¡Aquiles!!».

21

—¡Que no, que no y que no!

Agamenón giró sobre los talones para encarar a Néstor, y la manga se le enganchó en una jarra de vino que, al darse la vuelta, derramó un aluvión de color rojo oscuro por toda la mesa. Acudí al instante y empecé a empapar el líquido derramado como pude, pero me despacharon con un gesto de impaciencia. El vino goteaba por el borde de la mesa y formó un charco rojo en el suelo, mientras se hacía cada vez más denso y prolongado el silencio que siguió al arrebató de Agamenón.

Entonces, midiendo mucho las palabras, Agamenón dijo:

—No pienso ir a gatas a suplicarle a ese cabrón.

—Pues manda a alguien —replicó Néstor—. Que vaya otro a gatas. No creo que espere que seas tú en persona el que vaya a pedirselo.

—Huy, yo creo que no te haces idea de lo arrogante que es.

Hubo un aporreo de pasos en las tablas de la terraza y, al instante, Odiseo entró tambaleándose, sin aliento casi, con una venda ensangrentada en el brazo.

—Como traigas malas noticias... —dijo Agamenón.

—Hay que ver cómo vienes, hombre de Dios... —Néstor se volvió y me pidió por señas que me acercara—. Dale vino.

Serví una copa y se la llevé a Odiseo, que bebió con avidez. Era un vino fuerte, el de más graduación que tenía Agamenón, y podría hacer que sangrara más, pero quién era yo para decir nada. La venda estaba ya tinta en sangre.

Néstor se inclinó sobre él y le dijo:

—Sin prisa, tómate tu tiempo.

—Tiempo es precisamente lo que no tenemos —replicó Agamenón, como con un resorte.

Odiseo se pasó el dorso de la mano por la boca para limpiarse.

—Sí que son malas noticias, me temo. Están acampados justo al otro lado de la trinchera; prácticamente se los puede oír hablar. Y no exagero, nos llegan conversaciones enteras (así de cerca los tenemos). Nueve años, nueve años, maldita sea, y tiene que acabar así.

Néstor se puso derecho.

—Todavía no ha acabado.

—Lo puedes dar por concluido.

—Pues yo pienso salir a luchar mañana.

—Con el debido respeto, Néstor, tú ya estás mayor. Siento decírtelo, pero lo estás.

A Néstor, aquello le cayó como una afrenta.

—Nos hacen falta todos los hombres que podamos reunir.

—De eso nada: lo que nos hace falta es un único hombre.

—Ahórrate el sermón —dijo Agamenón—. Néstor ya ha dicho lo que tenía que decir. —Se sentó, abrumado por el peso de la situación—. A ver, vamos al asunto. ¿Cuánto costará convencerlo?

Odiseo torció la boca en una mueca de dolor o de aversión; era difícil saber de qué.

—No nos saldrá barato hacer que venga.

—Si es que viene —dijo Néstor.

Agamenón dio un manotazo al aire, como quitándole importancia.

—Mirad, esto es lo que estoy dispuesto a ofrecer. —Fue contando con los dedos de una mano mientras enumeraba—: Siete trípodes que no han sido puestos nunca al fuego, diez barras de oro, veinte calderos, una docena de garañones, todos ganadores..., ah, y las siete mujeres que me disteis cuando tomamos Lesbos. —Señaló con el dedo a Odiseo—. Que fueron privilegio mío...

Néstor había tomado asiento junto al fuego y le daba vueltas al anillo que tenía en el pulgar de la mano izquierda. La piedra era un rubí, lo recuerdo, de tal tamaño que le bañaba la mano en un reflejo rojo. Levantó la cabeza.

—¿Y la chica?

—Pues claro, eso también... La chica.

Volvieron todos la cabeza para mirarme a mí, y yo di un paso atrás, buscando el abrigo de las sombras.

—Si es que todavía la quiere —dijo Odiseo. Miró a uno y luego a otro—. Porque ¿no está un poco deteriorada? A mí me parece que sí.

Agamenón, todo tieso, replicó:

—Más deterioro no tiene que el que trajo. Yo ni le he puesto la mano encima.

Néstor y Odiseo me buscaron con la mirada. Noté que me subía toda la sangre a la cara, pero me negué a levantar la vista del suelo.

—Y eso ¿estás dispuesto a afirmarlo bajo juramento? —preguntó Néstor, con expresión impertérrita en el semblante.

—Por supuesto.

Un leño se partió en el fuego, hizo más denso el silencio que se había creado y soltó un chisporroteo en el aire.

—Bien, pero que muy bien —dijo Néstor.

—Y espera, no, espera... porque eso no es todo. Si tomamos Troya, no, nada de si la tomamos, cuando tomemos Troya, se puede quedar con la que prefiera de mis hijas, lo haré yerno mío, igual a mi hijo a todos los efectos. A ver si no es generoso eso; dime si no es generoso. Pero, claro, hay un precio. A cambio, tiene que reconocer mi autoridad como comandante en jefe. En última instancia, tiene que obedecerme a mí.

—Generoso sí que es —sostuvo Odiseo, midiendo las palabras—. ¿Irás tú mismo a ofrecérselo?

—Ni de coña. No pienso suplicarle al capullo ese. Faltaría más. Mandaré... (huy, pues no sé...) a ti; imagino que te acabaré mandando a ti.

—A Odiseo tienen que curarle la herida —objetó Néstor.

—Bah, es solo un rasguño. No faltaría más: iré.

—Y ¿quién más? —preguntó Agamenón—. ¿Tú también, Néstor?

—No, no creo. Si voy yo, tendrá que mostrarse comedido... y me parece que no nos conviene eso. Lo más seguro es que quiera despotricar un poco, poner el grito en el cielo, antes de ceder. Eso en el caso de que ceda. ¿Por qué no va Áyax?

—¿Cómo que Áyax? —dijo Odiseo—. Si no sabe casi ni decir esta boca es mía.

—No, pero Aquiles lo respeta. Como combatiente, a eso me refiero. Y son primos.

—Eso sí que es verdad.

A Agamenón le entraron de repente los nervios, y miró a unos y a otros.

—Entonces, ¿qué?, ¿quedamos en eso?

—Le tienen que ver esa herida —insistió Néstor—. Todavía le sangra.

—Miel sobre hojuelas —dijo Agamenón—. Así, si ve que le mancha la alfombra de sangre, a lo mejor se da cuenta de lo mal que están las cosas.

—Sabe de sobra lo mal que están —declaró Néstor.

Podía comprender que Néstor no quisiera formar parte de la embajada. Era un viejo zorro y no quería que se asociara su nombre a ningún fracaso; porque fracasar, fracasaría. Yo no me atrevía a esperar otro resultado que no fuera aquel. La idea de volver al recinto de Aquiles era... (no sé) como un milagro. Creo que hasta aquel momento no había caído en la cuenta de lo mucho que echaba de menos la amabilidad de Patroclo.

—Ah, y la chica —añadió Agamenón—, lleváosla con vosotros. —Entrecerró los dedos y se llevó ambas manos al pecho—. Que vea lo que se está perdiendo.

A Odiseo le salió una sonrisa forzada.

—Vale. Nunca se sabe, a lo mejor acepta por eso.

—Y dile que yo no me la he... ya sabes.

—¿Que no te la has follado?

—Pero hasta ahí llego; no más. Nada de pedir perdón. —Señaló con el dedo—. De pedir perdón, ni hablar.

Néstor se volvió y me miró.

—Ve por tu manto.

Con la venia que tenía para salir de allí, fui corriendo a la cabaña de las mujeres, donde hallé a Ritsa, sentada en el suelo, con una manta echada a los hombros. Me quedé parada en el vano de la puerta; estaba tan nerviosa que no me acordaba de a por qué había ido, y empecé a rebuscar por todas partes, con la mirada perdida y cara de tonta. Al abrir la puerta, había entrado un poco de corriente, y las velitas proyectaron por el suelo un temblor de sombras grises.

Ritsa alzó la vista y me miró con las pupilas dilatadas y negras, del esfuerzo que hacía para leerme la expresión de la cara.

—¿Qué pasa?

—Me manda de vuelta.

Mientras hablaba, no paraba de atusarme el pelo, morderme los labios y pellizcarme las mejillas. Me calcé un par de sandalias más gruesas, porque tendría que ir caminando por la playa; luego fui a gatas hasta un cofre que había en un rincón. Abrí la tapa y, confiando solo en el sentido del tacto, tiré del mejor manto que tenía.

Ritsa me preguntó, con un hilo de voz:

—Pero ¿qué pasa?

Sin alzar la voz, le dije:

—Quieren comprar a Aquiles para que vuelva a luchar. Las chicas de Lesbos. —Señalé con la cabeza el rincón más alejado mientras decía esto—. Ellas también forman parte de lo que le ofrecen, pero no les digas nada, no sea que al final no acepte.

Me envolví en el manto y me lo ceñí al cuerpo, como hacen las madres con los niños para que no lloren. Oí voces de hombres que se acercaban. Ritsa me empujó en dirección a la puerta.

—Vamos, venga, vete.

A unos tres o cuatro metros, esperaban Áyax y Odiseo, uno al lado del otro. Odiseo componía una figura esbelta y oscura, como un hurón; Áyax, el gigante de huesos grandes y pelo rubio, le sacaba una cabeza. También estaban allí los heraldos de Agamenón, luciendo en la media luz las túnicas ceremoniales, del color de la sangre de toro. Al acercarme, oí que Odiseo bromeaba con aquello de que Agamenón no me había puesto la mano encima. «No es la mano lo que me preocupa», dijo con una risita tonta. Luego me vio y, en tono cortante, soltó: «¿Dónde has dejado el velo?».

Ritsa entró corriendo a la cabaña y volvió al minuto, con un velo blanco y reluciente que me echó por la cabeza y los hombros. A mí me entró un escalofrío, solo de acordarme de Elena. Estaba rodeada de hombres que portaban antorchas encendidas, y debía de parecer una joven que sale de casa de su padre por última vez. Aunque yo me sentía más como un cadáver que llevan a enterrar. Seguía negándome a albergar esperanzas. Miré a mi alrededor, pero con el velo no veía casi nada; solo cuando miraba al suelo y me veía los pies.

Odiseo sacó algo de entre los pliegues de su túnica. «Toma, ponte esto».

Me quité el velo de la cara y vi que tenía en la mano un collar de ópalos, cinco piedras grandes, con un aspecto lechoso al principio, pero dotadas de un fuego interior que temblaba cada vez que movía la mano. Me dio un vuelco el corazón, porque era el collar de mi madre, regalo de mi padre en su día de bodas. Agamenón debió de reclamarlo como su parte del botín cuando cayó Lirneso. Lo cogí con mano temblorosa y me lo puse alrededor del cuello; Ritsa vino corriendo para ayudarme con el broche. Me entró un mareo, de la conmoción —aquello era peor que ver a Mirón con la túnica de mi padre—, pero, entonces, el collar fue cogiendo la temperatura de mi cuerpo, y se me pasó. Era como sentir, con aquellas cinco piedras, los dedos de mi madre, tocándome.

Emprendimos camino, detrás de los heraldos, que abrían la comitiva con sus báculos dorados. Yo los seguía, arrastrando los pies, ajustándome los pliegues del velo para ver por dónde iba. Miré por encima del hombro y vi que Ritsa, de pie en las escaleras, decía adiós con la mano, aunque muy pronto se la tragaron las sombras, entonces me di la vuelta y seguí caminando.

En el recinto de Agamenón, la arena era negra, compactada por todos los pies que la habían hollado; pero, en la playa, era más limpia y suave, además estaba mojada. Caminaba siguiendo la estela de Odiseo y Áyax, y veía el agua que rezumaban sus huellas. Nadie se daba la vuelta para vigilarme, así que, pasados unos minutos, me tomé la libertad de levantar el velo y mirar al mar.

Apareció la luna brevemente, lo justo para crear un sendero de luz en el agua, antes de que unos nubarrones negros arrastrados por el viento la engulleran de nuevo.

Los heraldos iban a buen paso, sin perder la compostura. Notaba que Odiseo estaba impaciente (quería llegar y quitárselo de encima, fuera lo que fuera lo que acabara resultando). No creo que confiara demasiado en el éxito de la misión, pero no lo sé; a lo mejor sí. Iba hablando con Áyax, mas no oía lo que decían, porque los golpes de viento se llevaban sus palabras apenas les salían de la boca. A mi izquierda, unas olas gigantes rompían contra las rocas y llenaban el aire de nubes de espuma. A mi derecha, traídos por el viento que lamía los tejados, llegaba el canto de voces troyanas. Parecía increíble que estuvieran tan cerca; se oían casi dentro del campamento. Al volver Odiseo y Áyax la cabeza en aquella dirección, vi sus caras pálidas y afiladas a la luz de la luna.

Los muros del recinto de Aquiles eran más altos de lo que yo recordaba y estaban acabados en estacas en punta. No se trataba ya solo de demarcar la sección de la playa que correspondía a los mirmidones; aquello era una fortificación en toda regla, y no precisamente contra Troya. Odiseo lanzó a Áyax una mirada repentina, como diciendo «¿Te has fijado en eso?». Había una guardia apostada a la puerta, pero no tuvimos ningún problema —enseguida reconocieron a Odiseo y a Áyax y nos franquearon el paso—.

Para mí, atravesar aquella puerta fue un momento emocionante. La música flotaba en el aire de la noche; Aquiles estaba cantando, acompañado de la lira. Y, como siempre, muchas de las cautivas habían salido a las terrazas a escucharlo. Busqué a Ifis, sin embargo no la vi.

Cuando llegamos a la cabaña de Aquiles, Odiseo me dijo que esperara fuera. Estuvieron debatiendo cómo entrar. Los heraldos querían hacerlo en procesión, atravesando la entrada principal, con toda formalidad, pero Odiseo hizo valer su rango y no lo consintió. Quería que fuera una visita amistosa, informal, de dos amigos de toda la vida que pasan a ver a un tercero... Los heraldos se escandalizaron, pero Odiseo tiró de galones y tuvieron que ceder. Así que ya estaba decidido: entrarían por la puerta que daba directamente a los aposentos de Aquiles, y los heraldos los dejarían solos. «Podéis iros, o esperar a la puerta», dijo Odiseo. «Me es indiferente. Pero ahí no entráis».

Como no sabía qué hacer, me senté a esperar en las escaleras y metí las manos en las mangas para calentarlas. Oí la voz de Aquiles, que denotaba sorpresa, me pareció, pero también amabilidad de buen anfitrión, y puede que algo de cautela, aunque eso era de esperar. Agucé el oído por si oía la voz de

Patroclo, pero sabía bien que se quedaría allí sentado, en silencio, como hacía tantas veces. Un viento frío soplaba entre las cabañas. Pensé en ir a buscar a Ifis, pero tenía miedo de que me mandaran llamar. Se suponía que lo harían en algún momento —para eso había ido—.

Paseé la vista por la terraza. Aún había antorchas encendidas aquí y allá, aunque estaban ya en las últimas. Flotaba en el ambiente el denso olor de la grasa fría de vaca. Dentro de la tienda seguía el rumor de las voces. Me hubiera gustado bajar al mar —puede que incluso meterme de cabeza en él, como hacía cuando vivía allí—, pero, como es lógico, no me atreví. Me quedé allí sin más, igual que una cabra atada a un poste, consciente de que mi destino se dirimía al otro lado de aquella puerta. Me llevé la mano al collar de mi madre y acuné los ópalos entre los dedos, piedra a piedra. Era como tener un huevo en la mano, recién puesto, caliente todavía. Dejé vagar la mente con toda la intención hasta un día en Lirneso en que me senté en la cama de mi madre y la vi prepararse para un banquete. Tenía que ser una ocasión especial —la boda de mi hermano mayor, quizá—, porque estaba poniéndose el collar de ópalos. A veces, si no tenía mucha prisa, me dejaba que le cepillase el pelo...

Envuelta en el halo cálido del recuerdo, perdí la noción de dónde estaba, hasta que, de repente, se abrió la puerta y apareció Odiseo, que me pidió por señas que entrara.

Aquiles llevaba horas en la proa de su nave, viendo cómo discurría la batalla, dividido entre la frustración y el triunfo. La trinchera era un puto desastre — bien lo sabía él desde que empezaron a construirla—. La lucha se había estancado, casi de manera literal, porque los hombres avanzaban a duras penas por el barro. Era casi como mandarle un mensajero a Príamo, diciendo «Tú, tranquilo, viejo, que sabemos que no vamos a ganar».

Pues nada, que siga la fiesta: ¡vino, comida y a celebrarlo...! Iban de culo. El ambiente a la hora de la cena era fúnebre, no podía definirse de otra manera. Al parecer, más personas habían presenciado la batalla, aunque no todas estaban tan contentas como él al ver la inminencia de una derrota aquea. Patroclo estuvo callado toda la velada. Llevaba una semana así, de hecho, sin decir gran cosa, y eso ya era decir bastante. ¡De callado nada! Eran un clamor en el cielo aquellos silencios.

Después de la cena, Aquiles sacó algún tema de conversación, pero no obtuvo respuesta, así que cogió la lira y empezó a tocar. Como pasaba siempre, en cuanto sonaron las primeras notas, se sumergió en la música. Crepitaba el fuego, el perro que tenía la cabeza apoyada en la rodilla de Patroclo soltó un suspiro de satisfacción, la canción tocaba a su fin, las últimas notas se desvanecían en la calma... Aquiles iba a decir algo, pero Patroclo alzó una mano. Había oído un ruido en la terraza —suelas de sandalias sobre la madera sin desbistar—. Se miraron. Nadie venía a verlos a aquellas horas; es más, nadie venía ya nunca a verlos. Aquiles dejó la lira a un lado; justo en aquel momento, la puerta se abrió de golpe y entró una bocanada de aire frío que hizo que temblaran las antorchas y proyectaran un reguero de sombras sobre las paredes. Los perros enseñaron los dientes y rodearon la entrada, hasta que Patroclo, que acababa de reconocer a los dubitativos hombres en el vano de la puerta, dijo: «¡Son amigos!», y los perros retrocedieron, ahogando un gruñido en lo más hondo de sus gargantas.

Odiseo avanzó hasta el círculo de luz que emanaba del fuego, seguido de cerca por Áyax. Allí quedaron los dos: Odiseo, bajo, fibroso y musculado; Áyax, altísimo, con una línea de pecas en la nariz, como picaduras de insectos, y una sonrisa de oreja a oreja que dejaba ver la dentadura, dispareja y blanca.

—Pasad, pasad. —Aquiles se puso en pie de un salto y empezó a arrimar sillas al fuego—. Siéntate, Áyax, que vas a darte en la cabeza.

Patroclo forcejeó para cerrar la puerta, empujada por el viento. Al instante, arreciaron las llamas en el fuego, cesó el batir de los tapices, y, en la pausa que sucedió a las palabras de Aquiles, se hizo todavía más rara la presencia de Odiseo y de Áyax allí.

—¿Os preparamos algo para comer? —propuso Aquiles, que seguía sonriendo, pero con un deje de cautela en la voz que no tenía hacía un instante.

Áyax se frotó las rodillas y contestó:

—Por mí no, gracias.

—Yo estoy bien —respondió Odiseo, y tomó asiento con cuidado en una silla.

—Estás herido —observó Aquiles.

—Es solo un rasguño.

Aquiles miró primero el brazo vendado y después a la cara de Odiseo.

—Algo más que eso. A ver...

Alargó la mano, como con intención de quitarle el vendaje, pero Odiseo se la retiró.

—Que no, de verdad; no es nada. —Con el manto, se tapó el brazo herido—. ¿Hace mucho que no ves la batalla?

—Me asomo de vez en cuando.

—Están acampados al otro lado de la trinchera.

—¿De verdad? ¿Tan cerca...?

—¡Hostia puta, Aquiles, si hasta se los oye hablar!

—Pues, ahora que lo dices, me pareció oír algo hace un rato.

Patroclo acabó de servir el vino en las copas. Aquiles levantó la suya, Odiseo y Áyax hicieron lo propio... y a nadie se le ocurría por qué brindar.

Pasado un instante de duda, Odiseo dejó la copa en la mesa que tenía al lado.

—Venga, Aquiles, sabes de sobra a qué he venido.

—Me temo que no. El listo eres tú, Odiseo. Áyax y yo estamos aquí por estar.

Al oír que salía a relucir su nombre, Áyax alzó la vista, pero no se le ocurrió qué decir. Odiseo se reclinó contra el respaldo de la silla, porque le dolía más de lo que quería hacer ver, y soltó una risa forzada.

—¿Has engordado?

Aquiles se encogió de hombros.

—Yo creo que no.

—¿Estás seguro? —Odiseo señaló la cintura del otro con los dedos apuñados—. Yo diría que por lo menos un cuarto de kilo.

—La armadura me encaja bien.

—Ah, porque te la pruebas, ¿no? —Le dirigió a Patroclo una mirada fugaz—. El *dolce far niente* os sienta bien a los dos, porque tenéis pero que muy buen aspecto.

—Y tú tienes un aspecto de puta pena, así que ¿por qué no vas al grano?

—He venido en nombre de Agamenón.

—¿Qué pasa, que está herido de las dos piernas y no puede andar?

—¿Es que esperas que venga él en persona?

—Lo espero, sí.

Odiseo dijo que no con la cabeza.

—Lo que no entiendo es cómo puedes quedarte aquí sentado sin hacer nada cuando a unos cientos de metros, y no exagero, nada menos que el ejército troyano al completo se prepara para atacar. Vale, pongamos que es verdad que no ves el combate (a lo mejor es que no te lo permite tu propia conciencia), pero no me irás a decir que no sabes lo que está pasando.

—Mi conciencia bien, gracias.

Patroclo echó el cuerpo para delante.

—Espero que no...

Aquiles blandió una mano en el aire, como quitándole importancia a sus palabras.

—Huy, no te preocupes, si no estamos discutiendo. Odiseo y yo nos conocemos de hace mucho tiempo y nos entendemos la mar de bien. —Miró a Odiseo—. ¿A que sí?

—Eso pensaba yo.

Aquiles alargó la mano para alcanzar el vino.

—Entonces, venga, oigamos lo que tienes que decirnos.

—Estoy autorizado para hacerte una oferta. Si mañana por la mañana entras en combate al frente de tus mirmidones, recibirás a cambio...

—¿¡Cómo que mañana por la mañana!?

—¡Puede que a mediodía ya sea demasiado tarde! A ver, ¿quieres oír lo que te ofrece o no?

Odiseo empezó a enumerar una larga lista de enseres, con las debidas pausas para acomodar la espalda: trípodes, tejidos, oro, caballos de carreras, mujeres... Aquiles lo escuchaba con toda la intención, aunque cuando Odiseo acabó de hablar, dio a entender que esperaba otra cosa. Otra cosa más.

—¿Y bien? —dijo, por fin, Odiseo.

—¿Ya está?

—Me parece que es bastante.

—Mi vida vale más que todo eso.

Puede que Odiseo no se esperara aquello.

—Ya lo sé... pero es que ¿cuándo has luchado tú por cosas materiales? Tú luchas por la gloria, la reputación.

—Pues ya no. He tenido mucho tiempo para pensar, Odiseo. Esta no es mi guerra; no quiero tener ninguna parte en ella. ¿A mí qué me han hecho los troyanos? ¿Acaso me han robado ganado, han quemado mis cosechas..., se han llevado mi premio de honor? No, nada; la respuesta es que no me han hecho nada.

—Anda, venga ya, que estás que te mueres de ganas.

—¿Cómo? Perdona, pero ¿de qué me «muero de ganas»?

—De pelear. No te cansas nunca de ello; lo sabes de sobra. Es lo que eres: la guerra la vives, la respiras, la comes, la sueñas.

—Ya no.

Odiseo apoyó la espalda contra el respaldo. Tenía el labio de arriba salpicado de gotas de sudor; le estaba costando controlarse.

—Mira, tú estuviste de acuerdo en entrar en la contienda, te enrolaste... No veías que llegara el día. Había que sujetarte, menudo eras.

—Tenía diecisiete años.

—Me da igual. Aceptaste ser parte de esta coalición; y ahora no puedes echarte atrás solo porque has cambiado de parecer. No es honorable, Aquiles.

—No me he echado atrás porque haya cambiado de parecer. Lo he hecho porque fue un escándalo cómo se portó. Y a mí no vengas a hablarme de honor, cuando estás aquí en representación de una caca de vaca.

Patroclo carraspeó, rompiendo el silencio que se había creado.

—¿Y Briseida?

—¡Ahí le has dado! —dijo Odiseo.

Hizo un esfuerzo por ponerse en pie. Aquiles adelantó una mano para ayudarlo, pero luego la dejó caer. Odiseo fue dando tumbos hasta la puerta y, allí, se volcó con todo su peso en ella para abrirla y contrarrestar la fuerza del viento. Volvió el relampagueo de antorchas, las sombras fugitivas que proyectaban sobre la pared. Llegó un murmullo sordo, y volvió al cabo, trayendo de la mano a una mujer envuelta de tal manera en un manto blanco que parecía un cadáver. La empujó para que quedara a la vista, a la luz del fuego, y, con ademán de prestidigitador, le quitó el velo.

—¡Aquí está!

La chica miraba a unos y a otros, aturdida, como un conejo deslumbrado por una luz repentina. Aquiles apretó tanto la copa que se le pusieron blancos los nudillos, pero no dijo nada. A Odiseo lo pudo el desconcierto. Era obvio que esperaba una respuesta mucho más dramática. No en vano era aquel el momento culminante: le devolvían a Aquiles su premio de honor, la chica, la dichosa chica que había originado todos los problemas. Acompañada del rescate de un rey. ¿Qué más se podía pedir? Pero allí seguía, sentado como si tal cosa, sin abrir la boca.

Odiseo sacó fuerzas para seguir.

—Y está dispuesto a jurar con solemnidad delante de todo el ejército que no la ha tocado. La chica ha estado viviendo en sus barracones con las otras mujeres sin que le hayan tocado un pelo de la ropa.

—¿Que no la ha tocado?

—Así es. Y está dispuesto a jurarlo.

Aquiles se levantó y fue adonde estaba Briseida. La tenía tan cerca ahora que le daba el aliento de la joven en la cara, aunque no alzaba la vista. Cogió uno de los ópalos, lo notó cálido por el contacto con la piel de ella, lo sostuvo en la palma de la mano, haciéndolo rodar de un lado para otro, y le arrancó un centelleo a la piedra lechosa. La dejó caer de golpe, le puso el dedo debajo de la barbilla y le alzó la cara hasta que Briseida no tuvo más remedio que mirarlo a los ojos.

Al instante, él se volvió para encarar a Odiseo.

—Dile que se la folle hasta que le tronche la cintura. Total, ¿a mí qué más me da?

Briseida se tapó la boca con una mano, y, al instante, tenía al lado a Patroclo, que le echó un brazo sobre los hombros y la llevó por el pasillo hasta la entrada.

—Está bien —dijo Odiseo, y tomó aliento—. Puede que no haya sido buena idea, pero escucha al menos lo que tengo que decirte.

—Ah, pero ¿es que hay más?

—Cuando tomemos Troya...

—¿Cómo que «cuando»?

—Veinte mujeres, las que tú elijas... bueno, todas menos Elena, pero, de las demás, la que sea; siete ciudades fortificadas, todo el oro y el bronce que quepa en la bodega de tus barcos... no, y, espera, hasta la hija de Agamenón, para que te cases con ella. Te aceptará como yerno, igual a su propio hijo a todos los efectos...

—A ver, aguarda un minuto, a ver si me he enterado bien. ¿Que voy a ser igual a su propio hijo a todos los efectos?

—Eso dijo.

—¿Igual a todos los efectos a un chico de quince años que jamás ha blandido una espada presa de la ira? —Aquiles acercó tanto la cara a Odiseo que los separaban apenas unos centímetros—. ¿Eso qué es, un halago?

—Y la hija viene con una dote inmensa; eso sumado a todo lo demás. No irás a decir que no es generoso.

—¿De dónde saldrá todo eso?

—Pues, de sus almacenes, claro está.

—Sí, pero ¿cuánto de todo ello viene de las ciudades que yo tomé? Mientras él se quedaba sin hacer nada, tocándose los cojones.

Odiseo volvió a tomar asiento y se pasó una mano por los ojos.

—¿Qué quieres entonces, Aquiles?

—Lo quiero a él, aquí, en mi cabaña. Quiero que me pida perdón, que reconozca que se equivocó.

Odiseo se volvió para mirar a Áyax.

—Vámonos, que aquí estamos perdiendo el tiempo. —Cogió el manto, y entonces, como si acabara de ocurrírsele, se dio la vuelta—. ¿No estarás insistiendo tanto para conseguir algo más? Porque si es así, hombre de Dios, escúpelo, que no tenemos tiempo para andarnos con jueguecitos.

—Quiero que me pida perdón. Tan sencillo como eso. Y así de barato.

—¿Y qué hago yo ahora, volver y decirle eso?

—Huy, puedes decirle algo todavía mucho mejor. Le dices que, como tuviera que elegir entre casarme con su hija o follarme a una marrana muerta, me quedaría siempre con la marrana. Hala, con eso valdrá.

Odiseo ya había vuelto grupas para retirarse, cuando, de improviso, habló Áyax:

—Están muriendo hombres ahí fuera, y no son troyanos, no son el enemigo; son de tu bando, hombres que te tenían por modelo, hombres que casi te veneraban, pero a ti eso te da igual, ¿a que sí? Todo te da igual, solo te importa el honor; eso y que te pidan perdón. Están muriendo como moscas, Aquiles. Podrías salvarlos y no quieres. ¿Qué honor hay en eso? —Estaba a punto de echarse a llorar—. Me avergüenzo de ser primo tuyo. Me avergüenzo de haberte tenido por amigo.

Arrambló con el manto, se limpió las lágrimas y los mocos en el dorso de la mano, y lo engulló la noche.

Patroclo me dijo que tenía que volver con Aquiles.

Yo asentí y seguí sentada a la mesita en la que me había dejado él. Pasados unos minutos, saqué fuerzas para echar la vista en torno. Levantado el servicio de la cena, en el suelo había una cama limpia de juncos, pero quedaban bandejas y jarras de vino en el aparador, al fondo del salón. Fui hasta allí entre los dos largos tableros, miré dentro de las jarras hasta que encontré una llena hasta la mitad y me serví una copa. El vino se había oxidado y tenía un ligero sabor ácido, pero era lo que había. Eché un demorado trago, me limpié la boca y volví a escanciar.

Todo había sido tan rápido... Me sentí arrancada de las sombras para comparecer a plena luz, privada del velo que me cubría, expuesta a cara descubierta, como una puta en el mercado... Como volver a pasar por la explanada aquel primer día. Y todo para vivir un instante de turbadora intimidad, cuando Aquiles me miró a los ojos, para sentir que no había nadie más allí que él y yo, para saber que no podía mentirle.

«Dile que se la folle hasta que le tronche la cintura».

Más vino. Hallé otra jarra y eché las heces en la copa. Sonó un portazo, y me quedé de piedra, con la copa a escasos centímetros de los labios. Esperaba que fuera Odiseo, pero, cuando salí a la terraza, al que vi fue a Áyax, que no paraba quieto en el sitio, a unos veinte o treinta metros de la cabaña, y estampaba un puño contra la palma de la otra mano, una y otra vez. Salió Patroclo y fue a hablar con él, pero Áyax dijo que no con la cabeza y siguió con su deambular inquieto. Pasado un rato, Patroclo lo dejó por imposible y volvió a la cabaña. Cuando me vio allí de pie, tomó la copa de mis manos, la olisqueó y dijo:

—¡Puaf! Dios santo, tiene que haber por ahí algo mejor que esto.

Me llevó de vuelta al salón, abrió un compartimento en el aparador, sacó un jarro de vino del mejor, el que solía servirle para cenar a Aquiles. Llenó dos copas hasta el borde y me dio una. Nos sentamos a una mesa pequeña que ofrecía una vista privilegiada de todo el salón. Yo le dije:

—Me diste vino la noche que vine al campamento. Estaba sentada en el cuarto de atrás, muerta de miedo. —Lo miré de soslayo—. No acababa de comprender por qué hacías eso por una esclava.

—Ya sabes por qué.

No lo sabía, a no ser que se refiriera a cuando estaba él solo en el palacio del padre de Aquiles y tenía miedo, sin futuro, ni esperanza, ni amigos. Ojalá fuera a aquello a lo que se refería, porque cualquier otra cosa me lo habría puesto muy difícil.

—Lo siento —dijo.

—¿Por qué, si tú no has hecho nada?

—Hizo mal Odiseo en traerte.

«Es verdad», pensé. «Se podía haber decidido todo sin mí». ¿Habría sido mejor así? Quizá. De no haberle descubierto yo el pastel cuando me miró a los ojos, puede que Aquiles hubiera creído a Agamenón. Porque había mucho en juego: nada menos que un juramento delante de los dioses. Seguro que habría pensado que Agamenón no podía mentir en una situación así.

Oímos voces en la habitación de al lado.

—¿Tú sabes qué está pasando?

—Pues que siguen hablando... Pensé que Odiseo iba a irse hace un rato, pero no se fue.

Las voces se acercaban. Nos pusimos de pie, y Odiseo entró al salón, con aspecto de haber envejecido de repente.

—Te acompañaré hasta la puerta —se ofreció Patroclo.

—No hace falta. —Su tono fue cortante, desdeñoso.

—Sí, es lo que hubiese querido Aquiles.

Odiseo se acercó y no tuvo reparo en mostrar todo su despecho cuando dijo:

—¿Es que haces siempre lo que él quiere o qué?

No esperó respuesta, giró sobre los talones y salió a buen paso por la puerta. Yo sabía que tenía que seguirlo.

Había empezado a llover, esa lluvia fina que parece niebla, pero que te cala en cuestión de segundos. Odiseo y Áyax echaron a andar en dirección a la puerta —los heraldos de Agamenón ya hacía rato que habían vuelto a su recinto—, y Patroclo y yo íbamos a trompicones detrás de ellos. Patroclo cogió una antorcha de la argolla que la sujetaba a la pared de una cabaña y la sostuvo en alto para que viéramos. Como íbamos uno al lado del otro, a veces, su manto rozaba el mío, pero ese fue todo el contacto físico que hubo entre nosotros. Tampoco hablamos mucho. Yo creo que no hablamos nada, de hecho. Puede que otro hubiera ensayado un esbozo de consuelo («No te preocupes, no será por mucho tiempo, ya verás cómo se nos ocurre algo...»), ese tipo de cosas que se dicen. Pero él no lo dijo, y yo se lo agradecí.

Lo dejamos atrás a la puerta del recinto. Me volví para ver la alta figura que recortaba en la luz, pero Odiseo me llamó por mi nombre, sin miramientos, como quien llama a un perro para que acuda a su lado presto, entonces supe que tenía que volver a mirar al frente. Formábamos una pequeña avanzadilla que volvía cabizbaja, en patente desaliño, y así recorrimos el perfil curvado de la bahía. Las olas rompían contra la playa en rápidos empujones, formaban arcos de espuma, montados unos sobre otros, y se nos enredaban en los pies; en ningún momento dejó de caer aquella lluvia fina y persistente. Avanzaba con dificultad por la arena húmeda, hasta que me quité las sandalias y fui descalza, sin más. Qué más daba ya el aspecto que pudiera tener yo. Ni Odiseo ni Áyax paraban mientes en mí. Había dejado simple y llanamente de existir.

Tenía miedo. No se me había quitado desde que cayó Lirneso. No, ¡desde hacía años! Empecé a tenerlo cuando toda la llanura troyana sucumbió al ataque de Aquiles; porque, con cada saqueo y cada ciudad en llamas, la guerra se acercaba un poco más a mi mundo. Pero el miedo que me entró aquella noche era de índole completamente distinta, más acusado de lo que había sido antes. Sabía que mi presencia en el recinto de Agamenón no lo dejaba bien parado. Más bien, al contrario: servía para recordarle una y otra vez la riña que llevó al ejército griego al borde de la derrota. Yo no tenía otra utilidad, no tenía más valor para él —dado que de ninguna manera me quería en su lecho— que el de moneda de cambio para futuras negociaciones con Aquiles. Y ahora esa posibilidad se había esfumado también.

«Dile que se la folle hasta que le tronche la cintura...».

Nada impedía ya que Agamenón me entregara a la tropa para desahogo de sus hombres. Había visto cómo vivían esas mujeres. Un día espí a dos ancianas en el vertedero. Les disputaban las sobras a las ratas. Hasta los perros de Patroclo vivían mejor que ellas.

Cuando volví al recinto de Agamenón, no sabía qué hacer. Me hubiera gustado desaparecer en los barracones de las mujeres, sin embargo no me atreví, no hasta que Odiseo no me diera permiso. Entre otras cosas, porque todavía llevaba puesto el collar de ópalos. Se arregló la situación cuando Odiseo pidió que le trajera un calmante de la botica de Macaón. Fui corriendo al hospital, en una jarra de vino añejo, mezclé una dosis que ya estaba preparada, a base de hierbas recién cortadas, y regresé corriendo otra vez.

Odiseo ocupaba una silla al amor del fuego de Agamenón. Me quitó la jarra de la mano y la dejó casi vacía de un solo trago. A su lado estaba Áyax, que tiraba de uno de los extremos del vendaje para quitárselo. Agamenón no

hacía más que ir de un lado para otro y no decía nada. Imaginé que Néstor había dejado las preguntas para más tarde, cuando le hubieran curado la herida a Odiseo. Fui a ver si podía ayudarlos, pero Agamenón me llamó para que le rellenara la copa. Se había puesto todo rojo y dos arrugas profundas le surcaban el entrecejo, como si no diera crédito a sus ojos...

Al final, Áyax acabó de ponerle la venda limpia a Odiseo y se levantó.

En ese preciso instante, Agamenón dijo:

—¿Se hace siquiera una idea de lo que estoy ofreciéndole?

—Sí —respondió Odiseo, con gesto de cansancio.

—¿Lo del matrimonio con mi hija?

—Sí. —Sucedió un áspero silencio—. Por supuesto, dijo que era un honor para él...

Néstor fulminó con la mirada a Áyax, que alzó los hombros con indiferencia.

—¿Y aun así dijo que no? ¿Tuvo el detalle de daros un motivo?

—Que esta no es su guerra, que no tiene nada contra los troyanos, que nunca le han robado ganado, no le han quemado sus cosechas, ni le han... robado a su mujer.

—¡Si ni siquiera está casado!

Odiseo me señaló a mí con un movimiento brusco de la cabeza.

—Habla de ella como si fuera su mujer.

—¿Ah, sí? —dijo Néstor—. Vaya.

—Sí, y antes creía en el honor y la gloria y todo el rollo ese, pero ahora no. Para él, no hay nada por lo que merezca la pena dar la vida.

—No parece el mismo Aquiles de antes —observó Néstor—. ¿No os equivocaríais de cabaña?

—Y se vuelve a casa.

—¿Otra vez? —dijo Néstor, y soltó un resoplido.

—Irse no se va a ir —apuntó Agamenón—. Al menos, no hasta que no me vea de rodillas delante de Príamo.

Odiseo gruñó y dijo:

—Querrás decir delante de él, ¿no?

—¿Y no le importa cuántos aqueos mueran? —preguntó Néstor.

—No.

—No es humano —soltó Áyax, de repente.

—Pues claro que no lo es —dijo Agamenón—. Su madre es un pez.

A Néstor se le dibujó una leve sonrisa en el rostro.

—Una diosa marina, tengo entendido.

—Puf. —Agamenón me quitó la jarra de las manos y se sirvió otra copa —. ¿De qué coño va? «No hay nada por lo que merezca la pena dar la vida». Es lo que pasa cuando una mala bestia como Aquiles se pone a pensar.

—Buena gana de darle más vueltas —dijo Néstor—. Ha dicho lo que tenía que decir y no va a cambiar de opinión. La cuestión es: ¿qué hacemos ahora?

—¿No podemos levar anclas esta misma noche? —preguntó Agamenón.

Áyax se lo quedó mirando con la boca abierta.

—¿A qué te refieres, a huir?

Néstor hizo como que no lo había oído.

—No, porque nos atacarían. Y habría que fletar los barcos y, a la vez, repeler su ataque. No, no nos queda otra: hay que quedarse y aguantar hasta el final.

—¡Luchar! —exclamó Áyax.

—Sí —asintió Néstor, con gesto de fastidio—. ¡Luchar!

Sucedió un largo silencio. Agamenón miraba a unos y a otros, como si esperara que a alguno se le ocurriera la solución.

—Siempre nos quedarán los mirmidones —sugirió Néstor.

Agamenón lo miró como si el viejo hubiera sucumbido a un ataque de demencia senil.

—No sé si sabes que esos van donde vaya Aquiles.

—Yo no diría tanto —aseguró Néstor—. No están conformes con la situación. A ver, cuando Aquiles dijo que se sentía insultado y que emprendían el regreso a casa, eso sí que lo entendían, pero esto no. Están a cientos de kilómetros de sus familias, ¿y todo para quedarse aquí, sin hacer nada?

—Sienten adoración por Aquiles —dijo Áyax—. No darán un paso sin él.

—Tiene razón —replicó Odiseo—. El que los dirige es Aquiles.

—No —dijo Néstor—, Aquiles es el que los inspira, que no es lo mismo.

Agamenón quedó pensativo.

—Y a Patroclo, ¿lo seguirían?

—Yo no lo tengo nada claro —discrepó Odiseo.

—Pues yo sí —dijo Néstor—. No es malo en la contienda: como auriga es un fuera de serie (con ese sí que montaría yo). Y lo respetan.

—Sí, pero hay un pequeño inconveniente, ¿no? —dijo Odiseo—. Porque hasta para limpiarse el culo tiene que contar con el permiso de Aquiles.

—¿Tú cómo lo sabes? —questionó Néstor—. ¿Qué sabemos nosotros de lo que pasa de puertas adentro? Eso nadie lo sabe.

Odiseo esbozó una sonrisa irónica.

—Dentro de esa puerta yo creo que sí sabemos lo que pasa.

—Sea como sea —expuso Agamenón—, podría redundar en favor nuestro. Patroclo es hijo de un rey. ¿Y qué quiere, que la historia lo recuerde como el mancebo que se enculaba Aquiles? Porque va derecho a ese final...

Áyax se sonrojó, hasta la raíz del pelo.

—Yo de eso no sé nada. Pero sí sé que Patroclo por nada del mundo le haría daño a Aquiles.

—Ya, pero ¿no te das cuenta —dijo Néstor— de que no le estaría haciendo daño alguno? De hecho, a lo mejor le hacía un favor, porque no creo que Aquiles quiera estar en esta situación, ni que viva a gusto así, lo que pasa es que se ha acorralado él mismo.

—Sí, soy de la misma opinión —convino Odiseo—. Si os digo la verdad, cuanto más lo pienso, más creo que merece la pena intentarlo.

—Supongo —concedió Agamenón, a regañadientes—. Néstor, ¿por qué no lo tanteas tú?

—Eso será si logras verlo a solas —dijo Odiseo—. Porque están como cosidos por la cintura.

—Bueno, pues haré lo que esté en mi mano —prometió Néstor.

Agamenón le dio una palmadita en la espalda.

—Así se habla. En fin... —paseó la mirada por toda la concurrencia—, hoy ya poco más se puede hacer; y mañana tenemos un día duro por delante.

Yo estaba justo detrás de la silla que ocupaba él, atenta a la más mínima posibilidad de escapar. Me había quitado el collar de ópalos de mi madre y lo había dejado en el arcón labrado, al lado de la cama. Sentía huérfana la piel después del contacto con las piedras calientes. Los huéspedes de Agamenón enfilaban hacia la puerta según iban despidiéndose, y yo buscaba también con sigilo la salida. Pero al final, en el último instante, justo cuando Odiseo cerró la puerta a su espalda, Agamenón dijo:

—No, tú quédate.

Meforcé por borrar toda expresión del semblante, volví grupas y fui a la habitación.

Mucho tiempo llevaba Patroclo fuera, demasiado si había ido solo a acompañar a Odiseo y Áyax a la puerta.

Aquiles cogió la lira, volvió a soltarla, se sirvió una copa de vino, no lo probó. Los perros estiraban las orejas, atentos a la posible llegada de pasos a la entrada de la cabaña, y soltaban ya algún gemido. Se agachó y les acarició la cabeza, mientras pensaba: «Sí, vosotros, y yo también, todos».

Cuando por fin entró Patroclo, el pelo mojado le caía en una cascada lacia sobre el rostro, parecía una fiera salvaje a la que, sorprendida un instante entre las dunas, se le marcan los ojos rojos en la noche. De repente, fue como si ocupara todo el espacio en la cabaña azotada por el viento, llena de corrientes, según se dirigía al amor del fuego, sin parar de frotarse los brazos, exagerando la sensación de frío para poder acercarse a la lumbre y no tener que mirar a Aquiles.

—Has tardado.

Patroclo disimulaba como podía el enfado, pero era un esfuerzo inútil.

—Hay que reconocer —dijo, por fin— que te has ensañado.

—¿Por lo de la marrana muerta? Bah, no tengas cuidado; no se lo dirá con esas palabras.

—No, Aquiles. Lo de Briseida: ese fue el ensañamiento.

Aquiles cambió su apoyo en la silla.

—Por lo menos, ella no me ha mentado.

—¡Pero si ni siquiera ha hablado! —Patroclo apartó los perros de un empujón—. Aquiles, ¿se puede saber qué quieres?

—Quiero que reconozca que no tenía razón.

—Pero no puede. Odiseo sabía que querías que te pidiera perdón, lo que pasa es que no estaba en su mano ofrecerte eso.

—Pues podía haberse ahorrado el paseo.

Patroclo tomó asiento, y los perros se echaron a sus pies.

—Supongo que tuvo su gracia, en cualquier caso.

—¿Ah, sí? Pues debí de perderme esa parte.

—Sí la tuvo, sí... ver a Odiseo, tan listo y con tanto don de palabra, y tan...

—Artero.

—Pero el que te lo echó todo en cara al final fue Áyax.

—De echarme en cara a mí, nada.

Patroclo lo miró.

—Vaya si lo hizo.

Aquiles estuvo buscando en la leñera una astilla que no hacía falta y la echó al fuego.

—¿Y ella cómo estaba?

—¿A ti qué te parece?

—No me quedó más remedio que rechazarla.

Patroclo siguió empecinado en su silencio.

—Vale, venga, suéltalo.

—Teníamos que habernos ido a casa. Sí, escucha, ¡escúchame! Hasta hace bien poco, criticabas a Agamenón porque les dije a sus hombres que la guerra había acabado y que se iban a casa...

—Vale, sí, lo hice, porque me pareció la gilipollez más grande que había oído en mi vida.

—¿Y no te das cuenta de que tú has hecho exactamente lo mismo? «Me han insultado, hala, no tenemos nada que hacer ya aquí, vámonos a casa». Todos los hombres lo entendieron. Solo que, de repente, vamos y nos quedamos donde estamos. Les habían entrado ganas ya de ver a sus mujeres y a sus hijos. No ha sido fácil. No es fácil convencerlos para que salgan a hacer instrucción una mañana detrás de otra, preparándose para intervenir cuando luego tú no los dejas.

—Ya sé que no es fácil, y que tú estás portándote como un campeón. ¿Crees que no me doy cuenta de eso? —Aquiles se llevó una mano a la nuca y deshizo la coleta en la que llevaba recogido el pelo—. A ver, cuéntame, ¿qué van diciendo?

—Bah, lo de siempre... que no hay quien pueda contigo. Que te dieron de mamar bilis negra.

—Bueno, eso es verdad.

—No, pero escucha. No saben por qué siguen aquí, sentados a la puerta como un montón de vejstorios, mientras los hombres de verdad van al combate.

—Vendrá a mí a gatas al final.

—No, Aquiles, no lo hará.

—Sí lo hará, si la otra alternativa es perder la guerra.

Patroclo resopló y se le hincharon los carrillos.

—Yo me rindo.

—¿Más vino?

—No, gracias. —Se levantó y echó mano del manto.

—Y ahora, ¿qué pasa?

—¿A qué te refieres con que «ahora, ¿qué pasa?»? Pues que me voy fuera...

—Si acabas de entrar. —Se quedó mirándolo mientras Patroclo metía el cuerpo entre los pliegues del manto—. ¿Quieres compañía?

La duda duró solo una décima de segundo.

—No, pero ven si quieres.

«Como vengas, no sé quién estará más encantado», pensó Aquiles, «si los perros o yo».

Por todo el campamento, Aquiles vio corros de hombres alrededor del fuego, demorando la hora de entrar a las cabañas e intentar conciliar el sueño. Agamenón tendría que ir de corro en corro, a ver si así les metía a los hombres en el cuerpo las ganas de luchar, pero no se lo veía por ninguna parte. Qué va, estaría rezongando en su cabaña, emborrachándose, o en la cama con Briseida; menudo cabrón, que se pasaba la vida mintiendo, cagando, engañando y follándose a todo el mundo.

Patroclo no había abierto la boca desde que salieron de la cabaña. Aquiles lo miró de soslayo y esbozó un amago torpe de reconciliación, echándole un brazo al amigo por el hombro. Patroclo no se lo sacudió, aunque Aquiles sí notó un impulso involuntario de rechazo.

Dejaron atrás el campamento y echaron a andar por el sendero que atravesaba las dunas. Sus sombras alargadas abarcaban todo el trecho de arena pálida que tenían delante. Les llegaban los cantos de los guerreros troyanos, acampados alrededor de sus hogueras, pero no vieron lo que ocupaba el campamento troyano hasta que no dejaron atrás las dunas y otearon el campo de batalla, al otro lado de la franja de matorral. Aquiles apoyó la espalda contra un olivo de tronco sarmentoso, dejó perderse la vista en la vastedad de la llanura troyana y soltó una exclamación para sus adentros. Qué cerca estaban, más de lo que le había parecido, encaramado a la proa del barco. Oía hasta los caballos masticando el pienso. ¡Y cuántos fuegos! Tantos como estrellas en una noche sin luna, cuando te tumbas en la hierba alta y dejas la mirada perdida en el cielo, hasta que se te va la cabeza. Aguzó la vista, escudriñó las sombras salpicadas de llamas, vio la luz roja del fuego reflejada en las caras sudorosas, el brillo del blanco de los ojos, algún bronceo destello, luego una lluvia de chispas que quedó flotando en el aire

cuando uno de los guerreros troyanos atizó la hoguera, también a Aquiles le llegó hasta el olor del humo, de lo cerca que estaban.

—¿Has visto ya suficiente? —dijo Patroclo, con gesto serio.

Dijo que sí con un movimiento de la cabeza, porque no le salían las palabras.

Regresaron, cruzaron las puertas y los recibió la parcela de tierra que había delante de la cabaña. Patroclo seguía callado, distante. Cuando Aquiles insinuó que podían tomar la última, él dijo que no con la cabeza.

—No, me parece que me recojo. Nunca se sabe, puede que mañana tengamos que luchar.

—Qué va. Mañana no tendremos que luchar.

—A lo mejor sí, si prenden fuego a tus naves.

Aquiles se picó, al notar el estallido de algo muy parecido a la insubordinación. Fue a abrir la boca para aplicar un correctivo urticante, pero Patroclo ya había cerrado la puerta.

A la mañana siguiente, como sabía que sería imposible lograr que los mirmidones pusieran los seis sentidos en las maniobras de instrucción, les dio el día libre para que vieran la batalla. Se apelotonaron en la proa de las naves y recortaban una línea de cabezas y hombros negros contra el cielo, en silencio, a la espera de que diera comienzo la contienda. Cuando por fin llegó el estallido metálico de las espadas contra los escudos, y ellos comenzaron a dar saltos, animando al bando griego, parecían la viva imagen del público de una carrera de cuadrigas. Patroclo sintió que se le revolvían las tripas y no pudo continuar mirando. ¿Desde cuándo era la guerra un juego para que hombres jóvenes fuertes y sanos se quedaran allí, mirando, sin hacer nada?

Cuando ya no pudo soportarlo más, bajó de la proa, se metió en la cabaña y hundió la cabeza en una tina de agua fría. Al sacarla, goteante, se quedó observando la imagen que le devolvía el espejo de bronce, como si quisiera anclarse a cualquier cosa que quedara fuera de él, incluso a la visión de su propia cara. Al menos allí, lejos de los hombres, no tenía que velar la expresión de lo que verdaderamente sentía.

Se echó en la cama de Aquiles —no había dormido ni dos horas aquella noche—; pero fue rozar la almohada, y le llegó el olor de la piel y el pelo de Aquiles, que no era desagradable, pero sí muy fuerte, salvaje casi. Fuera, seguían el estruendo y los vítores. Cerró los ojos, notó que le nacía el sueño de dentro y se quedó dormido enseguida, como si flotara debajo de la superficie del mar y notara las luces que se mecían encima de su cabeza; las sombras, deslizándose por el fondo blanco del mar.

—¡Patroclo!

Despertó al oír el grito, le temblaban las piernas cuando se levantó de la cama y puso los pies en el suelo. Aquiles volvió a gritar. Por un instante, sopesó la posibilidad de no acudir a su llamada, pero eso era impensable, cómo no iba a ir, así que cogió impulso para ponerse en pie y salió fuera. Aunque había dormido poco, la enorme sombra de los barcos se había alargado más sobre la arena. Hizo con la mano de visera y vio a Aquiles, que parecía recamado de azabache y oro contra la luz cegadora.

—¿Qué quieres? —Le salió demasiado brusco, pero no pudo evitarlo.

—Creo que han herido a Macaón. Acabo de verlo en la cuadriga de Néstor..., o eso me pareció. ¿Podrías, por favor, ir a interesarte por él?

«¿Podrías, por favor...?». Siempre que había gente delante, Aquiles daba las órdenes precedidas del correspondiente ruego y, casi siempre, con el título delante. Príncipe Patroclo... Señor Patroclo..., ¿podrías, por favor? Aunque nada de eso era óbice para mandar al hijo de un rey de recadero, pero hacía tanto tiempo ya que esto era así que Patroclo ni se lo tomaba a mal.

Echó a correr y tuvo que sortear los grupos de heridos que regresaban cojeando al barracón en el que se encontraba el hospital. A otros, más graves, los llevaban en carretas, y cada tumbo y sacudida de las ruedas les arrancaba gritos de dolor. Había visto todo eso antes, muchas veces. Lo que lo sorprendía ahora era el ambiente de derrota que se respiraba. La derrota latía en los hombros caídos, en la forma de arrastrar de los pies; sobre todo, se adivinaba la derrota en las miradas opacas, carentes de curiosidad, que lo seguían cuando pasaba corriendo.

Se salió del sendero en cuanto pudo, atajó por estrechos pasadizos, hasta que llegó a la cabaña de Néstor. Allí, en las escaleras, se detuvo para recuperar el aliento y luego entró. Macaón estaba echado en un diván al fondo, y Hecamede le oprimía el hombro con un paño blanco. Macaón era un hombre corpulento de pelo blanco, de cara sebosa, regalona, y una expresión cínica reflejada en ella, y no pintaba nada en el campo de batalla, pero, aun así, había salido a luchar. Patroclo se arrodilló a su lado.

—¿Cómo estás?

Macaón torció la cara con gesto de dolor.

—Saldré vivo de esta. Parece más de lo que es. —Buscó con la mirada a Hecamede—. Aprieta más; tienes que volcarte con todo tu peso encima, muchacha.

—¿Quieres que pruebe yo?

—Hostia, no, que me quedo sin hombro. Pero pásame esa copa...

Patroclo olió el contenido.

—Esto es fuerte. ¿Tú crees que es lo que más te conviene?

—Pues claro que no. No me conviene nada de nada. Solo es para pasar el mal trago. —Vio un brillo en sus ojos cuando levantó la copa—. ¡Salud!

Miró con el rabillo del ojo la herida de Macaón —incisa, profunda, pero limpia— y luego se dirigió a los aposentos, donde halló a Néstor sentado al hogar, rodeado de las piezas de la armadura que se había desabrochado y dejado que cayeran al suelo. Pensó sorprendido en los años que tendría. ¿Setenta? Alguno más, quizá. Patroclo, que era joven, fuerte y avezado en la lucha, se quedó parado en el vano de la puerta, como si quisiera que se lo tragara la tierra.

—¡Patroclo! ¡Pasa!

Néstor se aupó de la silla, estrechó la mano de Patroclo y tiró de él hasta llevarlo a otra silla que había al lado de la suya.

—No, no me puedo quedar. Aquiles me ha mandado a preguntar por Macaón, pero ya veo que está en buenas manos. —Bajó la voz y dijo con un susurro—: ¿Se pondrá bien?

—Huy, yo creo que sí, ¿no ves que tiene al mejor médico del mundo a su servicio? ¡Él mismo! Los demás hacemos lo que él dice y ya está. Venga, siéntate.

—No, que se preguntará dónde estoy.

Se sonrió Néstor.

—Tan tirano no creo que sea...

—¿Que no?

—Si apenas acabas de llegar.

Patroclo dudó un instante.

—Bueno, venga, vale.

Patroclo se relajó un poco y aceptó la copa que Néstor le tendía. Él se llevó la suya a los labios y bebió un sorbo largo. Tenía la nariz más puntiaguda y se le notaban más los capilares en las mejillas de lo que Patroclo recordaba. Empezaba a tener cierto aspecto... desmejorado.

—Así que Aquiles se preocupa por Macaón —dijo Néstor.

—Pues claro, no faltaría más...

—¿Cae herido un hombre y Aquiles, de repente, empieza a preocuparse? ¿Tú sabes cuántos han muerto hoy? Mientras él estaba ahí en su barquito, mirando.

Patroclo abrió la boca.

—Y no se te ocurra decirme que estás de acuerdo con él, porque sé que no lo estás.

—Creo que es mejor que me vaya.

—No te vayas, por favor. —Néstor dio unos golpecitos encima de la silla contigua—. Soy un hombre mayor. Anda, dame ese capricho.

Patroclo se sentó a regañadientes.

—Tú sí que podrías hacerlo, ¿sabes?

—¿Hacer qué?

—Ponerte al frente de los mirmidones.

—¿Sin Aquiles, quieres decir?

—Sí, ¿por qué no?

Patroclo negó con la cabeza.

—No caerá esa breva.

—Claro que sí, pero tienes que ser tú quien se lo proponga.

—No merece la pena; jamás diría que sí.

—Y ¿cómo lo sabes, si no se lo has preguntado nunca? Hace mucho que conozco a Aquiles, no tanto como tú, pero sí lo suficiente. No me creo que esté tan campante, no me creo que duerma por las noches...

—Ya te digo yo que sí.

—Yo creo que se ha arrinconado él solo y no ve la salida.

—¿Estás diciendo que es culpa suya que...?

—Lo que digo es que no importa de quién sea la culpa. Eso ya es agua pasada. Creo que ahora está buscando una salida. Nunca se sabe; a lo mejor hasta le hacías un favor.

—Y a lo mejor acabo con su cuchillo clavado en las tripas.

Néstor sonrió.

—Tú no.

—Estás muy seguro tú de eso, ¿no? Ojalá lo estuviera yo también. Pero es que sé lo que es matar a un amigo y pasarte el resto de tu vida lamentándolo.

—Lo sé, me acuerdo de aquello. Pero, fíjate, al final te has convertido en un hombre hecho y derecho.

Macaón gritó en la estancia contigua. Los dos miraron allí, y Néstor hizo amago de incorporarse en la silla.

Al instante, les llegó la voz del herido, que gritó:

—Pido disculpas. Es que me acaba de poner el emplasto.

—Así te haces una idea de lo que sufren tus pacientes. —Néstor volvió a sentarse, y un gesto de dolor se le dibujó en el rostro—. Estoy ya viejo —dijo, y se dio golpecitos en las rodillas.

—No sé qué decir.

—A lo mejor así logramos que retrocedan un poco. Si eso no lo consigue, no sé qué pueda hacerlo. ¿Sabes que ya han prendido fuego a uno de los barcos de Agamenón?

—No, no lo sabía.

—Falta esto... —Néstor sostuvo en el aire el pulgar y el índice, uno enfrente del otro, y se tocaban casi—. Así de cerca están. —Aguardó un instante; luego, de repente, perdió la paciencia—. ¿Qué tiene que pasar para que entre en combate?

—Que quemem uno de sus barcos.

—Ya, pero puede que entonces ya sea demasiado tarde. Claro, que es lo que pasa cuando traicionas a tus camaradas, que acabas luchando solo.

—Le gusta jugar sin ventaja.

Néstor sonrió.

—Sí, ya lo sé.

Patroclo se pasó una mano por los ojos. Cuando volvió a alzar la vista, notó que Néstor estaba mirándolo, y que había mudado la expresión de simple cálculo y manipulación por una de verdadera curiosidad.

—¿No te gustaría quitártelo de encima, aunque solo fuera un rato?

—Crecí con él encima; estoy acostumbrado.

—Pero eso en realidad no es una respuesta, ¿o sí?

Patroclo se encogió de hombros.

—Podrías aprovechar para...

—No. Que no, te digo; por ahí no sigas. Si hiciera esto, lo haría por él.

Sucedió un largo silencio. A Néstor solo se le notaba la tensión por cómo retorció los dedos, unos entre otros. Al final, Patroclo dijo:

—Vale, tú ganas: voy a proponérselo. No te puedo asegurar más que eso. Y ahora sí que tengo que irme.

Se lo veía victorioso a Néstor, y tuvo que hacer un esfuerzo para contenerse cuando lo acompañó a la puerta.

—Solo una cosita más —dijo—. Pídele que te deje su armadura.

—¿Cómo?! Ahora sí que veo que estás loco.

—Si lo ven en el campo de batalla, incluso aunque solo les parezca que es él, eso valdrá como un millar de hombres.

Néstor dio un paso atrás. Casi podía ver las cábalas que iba haciendo el joven, como si fueran larvas que le anduvieran debajo de la piel. Había dicho todo lo que tenía que decir.

—En fin, haz lo que puedas. —Le puso la mano un instante a Patroclo en el hombro—. Nadie puede hacer más que tú.

26

De vuelta al recinto de Aquiles, Patroclo oyó que lo llamaban y reconoció a su viejo amigo Eurípilo, que venía cojeando por el mismo camino que traía él, con una flecha incrustada en el muslo. Patroclo echó a correr hasta él y se abrazaron, con cuidado, porque Eurípilo casi no se tenía en pie.

—Qué mala pinta tiene eso —observó Patroclo, y dio un paso atrás.

—Los hay que están mucho peor.

—Venga, vamos a que te vean... —tomó impulso y se cargó el peso del amigo herido, echándose un brazo sobre los hombros. Así salieron en dirección al hospital—, cuanto antes te lo limpien, mejor.

Según iban de impedidos, avanzaban muy despacio. Cuando por fin llegaron a las tiendas del hospital, Patroclo le buscó a Eurípilo un sitio pegado a la lona y lo echó con cuidado encima de la manta. Buscó algo que pudiera servirle de torniquete, y encontró una tira de tela ensangrentada. Luego se agachó, agarró el asta de la flecha y empezó a tirar. Eurípilo gritó. Patroclo hizo como que no lo oía, porque flaco favor le haría si dejaba sin hacer lo que no tenía más remedio que ser hecho. Agarró con más fuerza la flecha y tiró de ella sin aflojar. Comprobó que no había quedado nada dentro, luego enrolló la tira alrededor de la pierna de Eurípilo, unos centímetros por encima de la herida. Eurípilo ladeó la cabeza y vomitó. Ya se les había acercado cojeando un herido leve, a ver qué pasaba. Era de baja estatura, tenía una mata de pelo pelirrojo y rizada, y lucía limpia la frente, al llevar el pelo peinado para atrás, quizá para aparentar más estatura. Patroclo sabía que lo conocía, pero no le venía el nombre a la cabeza, por más que se devanaba los sesos.

—¿Te encargas tú ya? —dijo.

El hombre le quitó a Patroclo la venda de las manos.

—¿Estás bien, amigo? —le preguntó al herido. Eurípilo quiso responder, pero tiritaba tanto que no podía hablar.

—Voy a por un poco de agua —indicó Patroclo.

Se cubrió la nariz y la boca con la mano para aguantar el hedor, se levantó y miró a su alrededor. Muchos heridos pedían agua a gritos, otros dormían o estaban inconscientes. Unas camas más a su izquierda, había uno que estaba a todas luces muerto. Vio a una mujer de mediana edad dándole agua a uno que había perdido un ojo.

—¿Agua? —le preguntó Patroclo a la mujer.

Le dio a entender por gestos el acto de beber, porque había esclavas que no hablaban griego. Ella señaló un punto a su espalda, una mesa que había en el extremo.

Había tanta gente en la carpa que tuvo que saltar varios cuerpos inertes para llegar al fondo. Al acercarse, observó un bidón de agua que tenía una docena de jarras en una hilera a un lado, sacos llenos de raíces, con un fuerte olor a tierra, y un estante de hierbas secas que mecía la brisa al soplar por un faldón abierto en la lona. Había como una docena de mujeres sentadas a una mesa larga. Unas molían las hierbas, otras extendían una pomada oscura de aspecto verduzco en cuadrados de tela de lino. He allí una isla de aplicada labor en calma, aunque, contra las rocas del promontorio en el que se alzaba, golpeará la alta marea del dolor y la sangre. Fue al estante y escogió ramos de hierbas secas, unos tallos de cilantro fresco y tomillo, se sentó y empezó a molerlo. Encima de la mesa, a intervalos, vio cuencos de agua, miel, leche y vino, todo al alcance de la mano. Había que limpiar la herida y vendarla, darle a beber a Eurípilo una dosis de calmante, y entonces volver con Aquiles, si era posible, antes de que empezara a echar espuma por la boca. No tuvo tiempo de pensar lo que le había propuesto Néstor, pero puede que fuera mejor así. Pues, si se hubiera puesto a pensarlo, ya se habría echado atrás hacía rato.

Como lo único que quería era acabar cuanto antes, no reconoció al principio a la chica sentada enfrente. Pero luego fue a coger una jarra de leche, alzó la vista al otro lado de la mesa y allí la vio. Era Briseida.

—¿Qué demonios haces tú aquí?

—Trabajo aquí.

Comoquiera que ella había levantado la cabeza, vio que tenía el labio partido; también moratones en la cara y el cuello. Eran marcas que no estaban allí la noche de antes, cuando Odiseo alzó el velo.

—¿Cómo estás?

—Bien. Sigo viva.

—Acabo de ver a Macaón.

—Sí, dicen que entró herido. ¿Cómo está?

—No ha salido malparado. Es una herida superficial y limpia, por lo que he podido ver. —Hacía lo posible por no mirarle los moratones—. Como paciente, es pésimo...

Ella sonrió.

—Ya me lo imagino. —Levantó una mano y se tocó el labio.

Luego trabajaron en silencio. Cuando terminó de moler las hierbas, Patroclo dijo:

—¿Me puedes traer un poco de vinagre?

Con sumo cuidado, pasó las hierbas molidas al cuenco, echó leche y miel, machacó unas raíces con el pulpejo de la mano y lo mezcló todo bien, luego le añadió vino y sal. Era consciente de que ella no le quitaba la vista de encima. No le hacía falta a Patroclo fijarse para ver las venas rojas que le surcaban el blanco de los ojos, y las marcas de los dedos que tenía en la piel del cuello, que se le notarían aún más en unas horas.

—¿Para quién es?

—Para un amigo al que me acabo de encontrar. Bueno, es casi primo, creo. No lo sé, me pierdo con los parentescos.

—Si quieres, le llevo un emplasto también.

Al volver no le costó tanto abrirse paso pegado a la pared de la tienda, y notó cómo la lona gruesa y manchada le iba dando en la espalda. A Eurípilo lo encontró blanco, sin fuerzas, aunque parecía que el torniquete funcionaba, al menos (apenas le salía un reguerito de sangre). Le dio las gracias al pelirrojo, que agradeció la oportunidad de salir de allí y poder cuidar de su propia herida, y empezó a darle de beber, a poquitos, el brebaje a Eurípilo. Ya casi no salía sangre. No se atrevía a raspar los coágulos que se habían formado, pero es que había que limpiar aquella herida... Ojalá Macaón estuviera allí para aconsejarle. Al final, pensó que lo prioritario era limpiarla. Había visto morir de gangrena a demasiados hombres. No había nada peor; ni siquiera la peste.

Briseida se le acercó por detrás.

—¿Te puedo ayudar?

—Podrías empezar por lavarlo.

Volvió a levantar la copa y le vertió unas gotas más a Eurípilo en la boca. Era una labor lenta y paciente —como se atragantaba con el brebaje, tenía que dejar de beber cada pocos sorbos—. Briseida empezó a lavarle la pierna, con movimientos certeros y nada bruscos que cubrían parte de la superficie ensangrentada. De vez en cuando, se agachaba para inspeccionar la herida con cuidado. Apretaba los bordes con los dedos, palpaba con delicadeza, escuchaba la piel. Patroclo tenía la pregunta en la punta de la lengua, y ella dijo:

—Sí, me parece que es una herida limpia.

Al oírla, fue como si Eurípilo sacara fuerzas de flaqueza, y se tragó de golpe lo que quedaba del brebaje. Patroclo le limpió la boca al amigo y

depositó su cabeza en la manta con cuidado.

—Ya verás cómo te sientes mejor ahora.

Eurípilo ya estaba empezando a dejar la vista en blanco. Pasados unos segundos, cayó dormido.

Patroclo se volvió al instante para encarar a Briseida.

—¿Tú estás segura de que era limpia?

—Hasta donde yo alcanzo a saber, sí, lo era.

Lo acompañó a la entrada. Hubo un momento en que tuvieron que echarse a un lado para dejar paso a cuatro hombres que portaban una camilla. Se quedaron los dos frente a frente, sin saber qué decir. Sin poder decirse nada, más bien. Él alargó la mano y le tocó la cara con dulzura.

—¿A cuento de qué han venido estos golpes?

—Al parecer, no me esforcé en que Aquiles me quisiera de vuelta. Y es cierto que no lo hice. Debería haber mentido.

Él dijo que no con la cabeza.

—No siempre va a ser así.

—Ah, pues yo pensaba que sí.

—No, te lo digo de verdad. Las cosas cambian. Y, si no, pues entonces tú haces que cambien de una puta vez.

—Así habla un hombre.

—Tendrás tu oportunidad, un día. Y, cuando la tengas, agárrala con las dos manos.

—Odiseo dijo que Aquiles se refirió a mí como su «mujer».

—Lo hizo. Yo estaba allí.

Ella alzó los hombros con indiferencia.

—A lo mejor por eso también me he ganado esto.

Y así se separaron. A unos cien metros, él se volvió y la vio a la puerta de la tienda, con la mano alzada, observando cómo se alejaba él.

Aquiles lo esperaba en los escalones de la cabaña y, nada más llegar, le soltó:

—¿Se puede saber dónde has estado?

Patroclo no tenía ahora ni el tiempo ni la paciencia para aquello, y entró en la cabaña sin detenerse, volvió la cabeza por encima del hombro y dijo:

—Macaón está herido.

—¿Es grave?

—No, grave no es. Néstor se encarga de cuidarlo.

Aquiles lo siguió dentro.

—¿Y tanto has tardado en enterarte?

Patroclo cogió una silla, se sentó y enterró la cara entre las manos.

—¿Qué pasa?

—Nada, ¿qué iba a pasar?

—Pues algo pasa, porque no sueles volver dando voces como una nenita.

Patroclo se pasó el pulpejo de la mano por la mejilla.

—No estoy dando voces.

—Pues lo parece. Ay, mami, mami, dame un besito de cura sana...

«No aguanto más». Patroclo se levantó de la silla de un salto, rodeó con las manos el cuello de Aquiles y apretó los pulgares a la altura de la laringe, con todas sus fuerzas. La cara de Aquiles adquirió un tono amoratado y se le saltaron las lágrimas... Alzó las manos para asir las muñecas de Patroclo, pero en ese instante, sin oponer mayor resistencia, las dejó inertes en el aire, como si nada, mientras Patroclo hacía un esfuerzo por controlarse delante de la mirada serena del amigo. Al final, le entró como un temblor y empujó a Aquiles para apartarlo de sí. En el silencio que se creó, Aquiles se llevó la mano al cuello, tosió, tragó saliva varias veces y por fin consiguió hablar.

—Se me había olvidado que tienes un carácter de todos los demonios.

Las palabras quitaban hierro al asunto, pero las pronunció con voz ronca, y le habían salido unas venitas rojas en el blanco de los ojos.

Patroclo se sentó.

—Macaón está fuera de peligro.

—Me alegro.

Sucedió otro silencio.

—Y eso nos lleva a la pregunta: ¿por qué lloras?

—Porque no soy de piedra, aunque tú sí, al parecer.

Aquiles respiró hondo.

—¿Cómo...?

—No, Aquiles, de «cómo» nada. Escúchame por una vez en tu vida. ¡Escúchame! Vengo del hospital y está abarrotado, casi ni puede pasarse entre las camas. Van a montar otra tienda porque no para de ingresar gente. En el camino de vuelta, oía los vítores de los troyanos. Y esta noche, mientras ellos asan la carne en las hogueras, nosotros estaremos incinerando a los nuestros. Y sabes que tú podrías detenerlo.

—¿Qué quieres que haga?

—¡Que luches!

—Sabes que no puedo.

—Lo que no sé es cómo puedes vivir sin que te recuerde la conciencia; ni cómo puedes dormir.

—No fui yo el que empezó. Aga...

—Anda, venga ya, no empieces...

—Sí, ya sé que me lo has oído decir antes. Pero eso no quiere decir que no sea cierto.

—Y, quieres que se te recuerde por eso, ¿no? Como el hombre que se quedó sentado en su cabaña, con un mohín, mientras sus camaradas morían en combate. ¿Estás seguro?

—No puedo hacerlo.

—Pues déjame a mí.

—¡¿A ti?!

—¿Por qué no? ¿Tan inverosímil te parece?

Aquiles negó con la cabeza.

—No, claro que no.

—¿O es que crees que no me seguirían los hombres?

—Sé que te seguirían.

—¿Entonces qué?

Aquiles guardó silencio, casi se lo oía pensar.

—Si me pongo tu armadura, pensarán que eres tú. Me refiero a los troyanos. —Patroclo esperó—. Yo creo que me valdría, bueno, más o menos.

Recibió la mirada que lo calibraba. Y ser de ese modo objeto de valoración, cuando lo era siempre de puro afecto, dejó helado a Patroclo. Hasta el punto que tuvo que hacer un esfuerzo para seguir.

—A lo mejor, con eso, logramos hacer que retrocedan.

—Sí, pero ¡a costa de convertirte en blanco perfecto!

—Ya lo sé, pero...

—Un blanco perfecto no para cualquiera, sino para el mejor que tienen: nada menos que Héctor.

—Estás diciendo que soy poca cosa.

—No, yo no digo que seas poca cosa. Pero tampoco eres yo.

Sucedió un silencio, lleno de desánimo.

—Me da igual lo que me pase.

—Ya, pero ¡a mí no! —Sin poder estarse quieto, Aquiles iba de un lado para otro por la sala, hasta que se paró delante de Patroclo—. A lo mejor funciona.

—A lo mejor, no; seguro. Sé que funcionará. En cuanto vean la armadura, no se pararán a ver quién está dentro...

—Vale. —Aquiles se dejó caer en una silla. Parecía que le hubiera entrado flato de repente, como el que recibe un puñetazo en el estómago—. Pero con condiciones. La primera, que, en cuanto se retiren de los barcos, te detengas. No me importa si vamos ganando o no; tú te detienes y punto. Y, la segunda, que no te enfrentes a Héctor.

—Pero no voy a salir huyendo de él...

—¡Que no te enfrentes a Héctor! ¡¿Estamos?! —Silencio—. A ver, es lo que hay; el trato es ese.

—Vale, de acuerdo. —Patroclo se levantó y respiró hondo. Sentía que se le venían las paredes encima. Tenía que salir, moverse, hacer cosas... pero sabía que debía quedarse donde estaba—. ¿Cuándo se lo decimos a los hombres?

—Antes de la cena, cuando aún se tengan en pie. ¿Quieres que convoquemos una sesión de planificación para ver la estrategia?

—Qué va, la estrategia es salir de la trinchera y luchar como leones. —De pronto, Patroclo soltó una carcajada—. Estoy deseando decírselo. Costará sujetarlos. Llevan semanas haciendo barrera como los toros.

Aquiles lo miraba, con cierta tristeza.

—¿Sabes? Soñé que juntos tomaríamos Troya.

—¿Cómo, tú y yo, los dos solos?

—¿Por qué no?

—Pues creo que es evidente por qué no.

—Será para ti.

Aquiles se reía de sí mismo, o algo parecido.

—O sea que, en este sueño tuyo, todos los demás están muertos.

—Sí, supongo que sí.

—¿Tus propios hombres? ¿Absolutamente todos?

Aquiles se encogió de hombros, con cierta indiferencia.

—¿Sabes que eres un monstruo?

—Sí, de alguna extraña manera, lo sé. —Le echó los brazos encima a Patroclo—. Anda, ven, vamos a comer.

Habían cambiado las reglas. Antes, no hace mucho tiempo, las mujeres de Agamenón tenían restringida la salida de las cabañas; ahora, había que echarse fuera y animar al ejército aqueo, de camino al campo de batalla.

Una hora antes del alba, no quedaba nadie en los telares —hasta las que estábamos en las carpas del hospital teníamos que ir—. Yo demoraba hasta el último minuto el momento de acudir a regañadientes a la explanada en la que formaba el ejército. No comprendía a qué venía aquella insistencia de Agamenón en tenernos allí presentes, con el poco ánimo que podían dar unas cuantas voces mustias, a lo sumo. Aunque me di cuenta de que aquel día, los hombres, lanza en ristre, desfilaban delante de las mujeres y arrancaban un apoyo más entusiasta.

Pero es que aquel día todo fue diferente. Se extendió por el campamento la noticia de que Aquiles había cedido, de que por fin iba a entrar en combate. Yo no me lo creí. Había oído la negativa tajante que le dio a Agamenón, pese al empeño de este en agasajarlo. ¿Qué podía haber pasado entre tanto para que cambiara de opinión? A no ser, claro está, que hubiera habido otra oferta en secreto... Un trato. Y, si lo había habido, ¿me incluía a mí? Habría sido la última en enterarme.

Miré a mi alrededor, con intención de sondear cómo estaban los ánimos. El rumor de que Aquiles había echado pelillos a la mar e iba a volver al combate no bastó para levantar los corazones en el hospital. A buenas horas, era lo que decía todo el mundo, aunque se trataba, en todo caso, de heridos. Pero, cuando salí del hospital, comprobé que todo era alivio y regocijo.

Y eso se palpaba sobre todo en el recinto de Aquiles. No tuve más remedio que ir, crucé las puertas, tocada con un velo que me cubría la cabeza y los hombros. Yo sabía que Ritsa me cubriría en el hospital todo el tiempo que le fuera posible. Los mirmidones ya estaban armados hasta los dientes y daban vueltas por la explanada en la que tenían que formar. Estaban inquietos, como una manada de lobos que ha olido la sangre. Detrás de ellos, en los establos, vi que los mozos cepillaban los caballos de Aquiles hasta que les brillaba el pelo. Y, cuando Aquiles en persona salió de la cabaña y se encaramó a la proa del barco para hablar, un rugido de aprobación salió de todas las gargantas, aunque a los hombres tuvo que extrañarles, como a mí, verlo allí de pie erguido, él solo, sin armas. ¿Por qué no iba armado si todos

los demás lo estaban? Y a Patroclo no se lo veía por ninguna parte, aunque ya debía de estar en la cuadriga, con las riendas enrolladas en la muñeca.

Entonces, cuando Aquiles acabó de hablar, se abrió la puerta de la cabaña... y salió Aquiles. Todo el mundo enmudeció; allí donde esperábamos el estruendo de los vítores, lo que cuajó fue un espeso silencio. No creo que a los hombres les sorprendiera tanto como a mí —ellos tenían que saber lo que se tramaba—. Pero aquel momento, cuando las dos versiones de Aquiles se encontraron cara a cara, fue espeluznante, como si hubiera pasado una sombra que ocultara el sol. Eso sí, el ruido que no habían hecho entonces lo hicieron luego con creces: soltaron vivas, patearon el suelo, golpearon los escudos con las espadas, retumbaron los tambores y resonaron las flautas y trompetas... sin embargo la primera reacción fue de miedo, ese miedo cervical que siente la gente en presencia de lo misterioso. De pie delante de él, a todas luces idéntico a Aquiles, Patroclo era su doble en vida, la réplica de un hombre que aparece para anunciar su muerte. Aquiles se percató de ello, yo sé que sí, porque vi cómo le mudaba la expresión de la cara, pero enseguida se recuperó. De hecho, fue el primero en prorrumper en vítores y subir luego raudo los escalones para abrazar a Patroclo.

Cruzaron juntos la explanada y la multitud se apartaba para dejarlos pasar. Patroclo era clavado a Aquiles hasta en los andares. Puede que tuviera que caminar así a causa de la armadura, que le habían hecho a medida a Aquiles, al fin y al cabo; o a lo mejor es que imitaba sus movimientos, aunque yo creo que era algo que iba más allá de ambas cosas: se había convertido en Aquiles. ¿No es a eso a lo que más puede aspirar el amor? No ya al intercambio de dos mentes libres, sino a acabar los dos fundidos en uno, indivisible. Recuerdo la noche que los vi en la playa, cuando seguí a Patroclo. Eso fue lo que vislumbré entonces.

Automedonte, que asumía ahora el papel de Patroclo como auriga, se dispuso a tener pronta la cuadriga para que subiera Patroclo de un salto. Siguió otra breve conversación, para lo que Patroclo tuvo que agacharse un poco, y Aquiles alzar otro poco la vista; Automedonte sacudió las riendas contra el cuello de los caballos, y la cuadriga empezó a moverse. Repicaron los tambores, el aire se llenó del bramido de las trompetas; los hombres llevaban el paso y golpeaban la espada contra el escudo, todos a la vez, y la falange fue avanzando despacio. Los mirmidones serían los primeros en atacar, porque estaban descansados y porque todos sabían que Aquiles les metería el miedo en el cuerpo a las huestes troyanas. Ya me estaba imaginando cómo cundiría la consternación, la alarma, cuando Príamo, desde

las murallas, y Héctor, en el campo de batalla, reconocieran el brillo de ese casco coronado de un penacho de crin de caballo que ondeaba al viento. Héctor no era ningún cobarde, no se amilanaría, llegaría a golpe de espada, abriéndose paso hasta ese casco. Y cualquier guerrero troyano que quisiera labrarse una reputación, o que buscara defenderla, haría lo posible por adelantársele. Gloria inmortal aguardaba al hombre que matara a Aquiles.

Pero no era Aquiles quien vestía la armadura, sino Patroclo. Aquella mañana supe lo que era tener el corazón dividido. No me atrevía a rezar porque no sabía qué pedir a los dioses.

Cuando los tambores y el golpeteo contra los escudos se desvanecieron a lo lejos, un silencio estremecedor se apoderó del campamento. Ifis, que también había visto la partida de Patroclo, me invitó a tomar un cuenco de vino, pero dije que no, que tenía que volver. Y me puse en camino inmediatamente, a paso vivo entre dos hileras de cabañas; no obstante, en cuanto supe que no había nadie mirando, empecé a andar más despacio.

Solo quería estar sola unos minutos para disfrutar de aquel silencio. Sin tener a nadie gimiendo, ni pidiendo agua a gritos; que no se oyera nada, como mucho, los goznes de alguna puerta abierta o el chillido de las gaviotas que volaban en círculos por encima de mi cabeza. Todos los caminos estaban desiertos. Los hombres se habían ido, las mujeres estaban en las cabañas, donde había empezado el traqueteo de los telares. Cerré los ojos un instante, presté oídos al rasgueo constante del viento en los aparejos de los barcos — ese ruido que me recordaba una mente abocada a su propia desesperación, y que tanto odiaba desde que estaba allí—, y, cuando volví a abrirlos, lo tenía delante.

Él no me había visto. Ocupaba una esquina entre dos hileras de barracones y miraba tierra adentro, al campo de batalla. Era la primera vez, desde que oí su grito de guerra rebotado contra las murallas de Lirneso, que me pareció vulnerable. Di un paso atrás, busqué el abrigo de las sombras. Pensé en qué sentiría sabiéndose el único hombre ileso que quedaba en el campamento. Porque no había nadie más, todos se habían ido, hasta los más mayores, que solían quedarse a guardar los barcos. Permanecí inmóvil, sin atreverme a respirar apenas, y, al cabo, se alejó en dirección a su cabaña.

Liberada de la opresión que constituía su sola presencia, llegué hasta la playa, y allí me quité las sandalias con sendos puntapiés y fui vagando por la arena, abriéndome camino entre los montones de algas secas, levantando al pasar nubes de moscas diminutas. Cada pocos pasos, me agachaba para recoger la concha de una navaja, la cápsula rota de los huevos de una raya, un

ala casi entera de gaviota: todo el detritus que el mar vierte en la costa. Rara vez cogía un guijarro, porque ninguno era tan bonito como la piedra verde y filosa que encontré la primera noche en el campamento. Tan absorta estaba en mi deambular que no sabía por dónde andaba, hasta que noté de repente un escalofrío, alcé la vista y vi cómo se erguía sobre mí el primero de la larga hilera de barcos, y me di de bruces con los percebes grises que tenía incrustados en el casco. Quise arrancar uno del costado de la nave con las uñas, pero estaban como clavados a la madera. Reinaba la sombra más densa entre los barcos, un olor malsano a aguas profundas y verdes que se hacía insoportable pasados unos segundos. Empecé a caminar más deprisa para alejarme de aquel hedor, entonces, al llegar a la proa, lo vi venir por el otro lado, a toda prisa.

Casi chocamos. Él se apartó justo a tiempo, con un paso atrás. Vi la palidez que le había cubierto de repente el rostro, y al principio no supe a qué atribuirlo. Pero entonces comprendí que, con aquella luz cenagosa y casi submarina, me había confundido con Tetis. Aunque tampoco sabía muy bien por qué un encuentro con su madre podía causar aquel efecto en él. Lo que sí sé es que el susto le provocó la cólera, pero nada nuevo había en ello, porque las emociones de Aquiles eran solo variaciones sobre ese único sentimiento.

—Tú —dijo—. ¿Se puede saber qué estás haciendo aquí?

Di unos pasos para alejarme de él y respondí:

—He venido a despedirlos. —Sabía que lo podía la ira, pero tenía que preguntar—: No le pasará nada, ¿no?

—Nada, si hace lo que le tengo dicho.

—Fue impresionante; todos pensaban que eras tú.

—Debería ser yo.

Vi que la ira no había cedido en él. Intenté pasar de largo, pero me cogió el brazo, y noté que me clavaba las uñas en la piel.

—Ojalá no te hubieran traído nunca —dijo, sin levantar la voz—. Ojalá te hubieras muerto aquel día en Lirneso.

Me sujetó contra el costado del barco. Alcé los brazos para taparme la cara, pero no me hizo nada, solo cogió el extremo de una escalera de cuerda y trepó a cubierta con unos cuantos pasos vigorosos. Confiada en que ya se había ido, salí corriendo a las cabañas. Cuando volví la cabeza, lo vi en la proa del barco; la alta figura recortada contra las nubes grises. No me miraba, sino que tenía la vista fija más allá de mí, en el campo de batalla.

Me embargaba la sensación de haber escapado de algo, bajé los ojos y no paré de correr hasta que no llegué al hospital, con Ritsa, donde me encontraba

a salvo.

Aquiles aparta de su mente el encuentro con la joven y concentra toda la atención en el campo de batalla. Tiene el sol justo en lo alto de la cabeza, un punto duro y blanco, como la punta de una lanza, que le taladra el cráneo. No para de quitarse el sudor que le pica en los ojos. Sigue con la vista las evoluciones del penacho de su propio casco, desaparece de la vista a veces entre los bultos de hombres, aferrados los unos a los otros en pleno combate, y está empezando a perder los nervios de tanto mirar con fijeza, sin un parpadeo, a una figura lejana indistinguible de sí mismo.

A los pies de la proa del barco, el recinto aparece desierto (las mujeres charlan, encerradas en los cobertizos que albergan los telares; los perros, reducidos a una lengua rosácea que no para de acezar, al más puro abandono, sestean a la sombra de las cabañas). Tiene una jarra de agua al lado, pero está caliente y sabe salobre, por mucho que la chica que la trajo jurase que la acababa de sacar del pozo. Da un trago, se enjuaga la boca y la escupe en la cubierta. Se desconcentra a la mínima en ese esfuerzo de concentración. Vuelve a fijar la vista en el campo de batalla; al principio, le cuesta dar con el casco y se tensa de pies a cabeza, esperando lo peor. Pero allí está, ¡albricias! Patroclo se abre camino a mandoble entre las huestes troyanas, derecho a las murallas de Troya y su encuentro inevitable con Héctor. «Pero ¿qué hace?». Los barcos llevan por lo menos media hora fuera de peligro. «¡Vuélvete ya!».

Se da cuenta de que lo ha dicho en alto. Mira a un lado y a otro, pero no hay nada, la cubierta, el campamento, están vacíos; nadie lo oye y, aun así, ese silencio henchido de calor y afrenta le hace ser todavía más precavido. «Bah, a tomar por...». Grita a voz en cuello: «Date la vuelta, ¡hostia puta!, no me seas gilipollas».

Arrecia el combate y crece el número de guerreros que rodean el casco. No puede con el sufrimiento de tener que verlo todo desde allí, pero es que tampoco soporta la idea de quedarse en la cabaña, enfurruñado, sin saber qué está pasando. Lleva cuatro horas al sol, con la cabeza descubierta; cuatro horas que ya son cinco, y allí sigue...

No le cuesta mucho, al principio, hacer como que no pasa nada, que todo va bien; hasta que, de repente, se ve dentro del casco, siente que la cabeza le rebota contra los remaches de bronce debajo de la lluvia de mandobles de una espada enemiga. Ve el cielo negro un instante, y ya está otra vez de pie y a la

carrera, ve las puertas de Troya y suelta su gran grito de guerra. Nota a los pies la masa que forman los guerreros heridos, como si el suelo estuviera lleno de gusanos. Entonces, visible entre una muralla humana de espaldas enfrascadas en plena lucha, aparece Héctor. Pero le pesa tanto el escudo que casi le arranca de cuajo el brazo que lo sostiene, no para de sudar y nota el cuerpo pegajoso, y al ir a asir la lanza, los dedos se le escurren y...

Aquiles se limpia con la mano el sudor de los ojos, endereza los hombros, vuelve la cabeza a ambos lados, concentra toda la atención en el detalle: la jarra de agua que tiene a los pies, la veta exacta de la madera del tablón que pisa. Tiene que conectarse otra vez con lo que lo rodea, volver al mundo real, ajustar la vista a un campo de visión que vaya más allá del enmarcado por las carrilleras del casco.

Poco a poco, va respirando a su ritmo normal, pero sigue como fuera de sí mismo. No hace más que mirarse las manos, a hurtadillas, y le parecen de otra persona. ¿Cómo van a ser así de grandes? Sujeta el pretil cada vez con más fuerza, combate a pulso esa ilusión óptica que le embarga la mente; hasta que, poco a poco, vuelve a tener las mismas manos de siempre. Aunque se lo ve afectado, eso sin duda. Le hace falta echar un trago de agua fría, pero fría de verdad, no este caldo cenagoso; o, mejor aún, una copa de vino frío. Baja por la escalera de cuerda con una sensación de debilidad que no recuerda haber tenido nunca, al final, da un salto para ganar el suelo. Le vendrán bien unos minutos a cubierto del sol inclemente, para volver a ser el mismo de siempre.

«Volver a ser el mismo de siempre». Se da cuenta de lo raro que suena esa expresión, como si no la hubiera oído antes. Aunque le va que ni al pelo. Porque lleva todo el día sin ser él mismo, desde que se despertó con el alba y vio a Patroclo de pie, desnudo, delante del espejo de bronce. Ya tenía el pelo atado y la trenza gruesa y larga que le recorría la espalda parecía una segunda espina dorsal.

Al ver que algo se movía en el espejo, volvió la cabeza y le sonrió.

—¿Has dormido algo? —preguntó Aquiles.

—Al final, sí.

—¿He roncado?

—¿A qué te refieres con que si has roncado? No te habrías dado cuenta, con lo que bebiste anoche.

—No bebí tanto.

Y es verdad. Nunca come en exceso, ni bebe en exceso tampoco... y no perdona ni una mañana salir a correr por la bahía con la armadura puesta, de

pies a cabeza. Lo adornan todo tipo de pequeñas virtudes, y un único vicio, pero que es... ¡colosal!

—¿Cómo te sientes? —añadió.

Patroclo volvió a encarar el espejo.

—Estoy bien.

Un golpecito en la puerta anunció a Alcimo, que traía en la mano unas espinilleras tan relucientes que casi hacían daño a la vista. Aquiles se dio la vuelta en la cama y quedó con las piernas colgando, para decirle a Alcimo que sus servicios no eran necesarios, que ya le ayudaría él a Patroclo a ponerse la armadura. Lo dijo con autoridad, como si nadie más que él supiera adaptar su armadura al cuerpo de otro; aunque jamás habría imaginado que pudiera haber otro que llevara puesta su armadura. Lo cierto era que tenía que estar con Patroclo a solas esos escasos minutos.

En silencio y con movimientos rápidos, lo ayudó a abrocharse la coraza. No había manera de adaptar el gozne al cuerpo, por lo menos las correas sí pudo atarlas. Eso sí, tuvieron que intentarlo una docena de veces, hasta que lograron cubrir esa parte clave de la axila derecha.

—Ya está, ¿cómo te queda?

Patroclo hizo ademán una vez más de abrir el brazo.

—Bien.

—Toma, pruébate el casco.

Sin dejar de mirarse en el espejo, Patroclo bajó el casco con cuidado hasta que se lo encajó en la cabeza, ajustó las carrilleras, y solo entonces apartó la vista de su propia imagen y la fijó en Aquiles. Sumada la cresta de bronce al penacho de crin de caballo, medía de repente treinta centímetros más. Casi no se le veía la cara, con la frente y la nariz tapadas; y las mandíbulas, debajo de la protuberancia de las carrilleras.

—¿Qué te parece? ¿Tú crees que pensarán que soy tú?

—Dios, claro que sí: hasta yo mismo lo creo.

Según lo dijo, Aquiles se echó a reír, pero era consciente de que le temblaba la voz. Apartó la vista y la fijó en las partes de la armadura que seguían en el suelo: hombreras, guardabrazos, gola, espinilleras... Hizo como que frotaba con una gamuza una mancha en una de las espinilleras. Apartaba la pieza para mirarla mejor, luego le echaba el aliento y seguía frotando. Con cada pasada, aparecía de nuevo su cara en el reflejo, y el metal les confería a los rasgos un aspecto animal.

—¿Quieres mi lanza?

—No, llevaré la mía; en la lanza no van a fijarse. Sobre todo si se la he clavado. —Volvió a mirarse en la placa de bronce. Parecía como hechizado por su propio reflejo; ¿o era que miraba el reflejo de Aquiles?—. Lo que sí que me llevo es tu espada.

Fue por ella Aquiles, pero entonces, en vez de dársela, empezó a blandirla en el aire, acercándose cada vez más a Patroclo. Brillaba la hoja con tal rapidez que era como si esgrimiera media docena de espadas. Patroclo no dio ni un paso atrás, aunque sí se lo notaba sorprendido, y Aquiles vio un asomo de miedo en sus ojos. Al final, bajó la espada, entre risas, y se la tendió, mas tampoco entonces la acabó entregando. Lo que hizo fue apuntar con ella a la garganta desprotegida de Patroclo. Estaba muy afilada y podría cortarle con solo apoyarla en la piel. El pulso en la mano de Aquiles le transmitía un temblor a la punta.

—¿Recuerdas lo que te dije? Por muy bien que vaya el combate, te das la vuelta en cuanto logréis tener a salvo los barcos. Y no te enfrentes a Héctor. Héctor es mío.

—Está bien. —Patroclo esbozó una sonrisa, aunque se veía a las claras que estaba deseando que Aquiles levantara la punta—. Que ya he dicho que está bien.

Pasó un demorado instante en el que no apartaron los dos la vista uno del otro. Entonces, con exagerada reverencia, Aquiles le entregó la espada.

—Y acuérdate: ¡te espero para comer!

Patroclo se echó a reír, aunque no estaba prestando atención, porque lo que quería era irse. El mero hecho de llevar la armadura de Aquiles había operado un cambio en él, y en la relación que tenían ambos. Ahora era su igual, o eso le parecía al menos. Rezumaba más confianza en sí mismo, y eso le salía en el andar, en los gestos, hasta en una mayor altivez de la cabeza —resultaba del todo convincente—.

—¿Sabes? —dijo Aquiles—. Empiezo a pensar que a lo mejor esto funciona.

Patroclo ya estaba otra vez abriendo el brazo derecho, solo que, esta vez, con la espada en la mano.

—Funcionará.

—¿Estás seguro de que te vale?

—Me está bien.

—Deja ya de decir que todo está bien.

Patroclo lo abrazó.

—Porque lo está.

—Primero quiero hablarles a los hombres.

Patroclo salió al salón, aún a oscuras, pero se quedó parado en el vano de la puerta. Allí se abrazaron otra vez, a solas, un abrazo más íntimo que el que se darían después; aunque, incluso al abrazarlo en la privacidad de su cabaña, Aquiles notó la tensión en los hombros de Patroclo, las ganas que tenía de salir para el frente.

Aquiles lo zarandeó.

—Solo te pido que vuelvas.

Y entonces, con la sonrisa pegada a los labios, salió a la luz cegadora.

Horas más tarde, cuando vuelve de la luz a la penumbra de la sala, se detiene un momento para acostumbrar la vista. Es entonces cuando va a la tina que hay en un rincón del fondo y mete la cabeza dentro, pasa los dedos por el pelo sudado, y no la saca hasta que le empiezan a doler los pulmones. Chorrea el agua por su piel como un reguero de perlas grises, le entra un temblor que a duras penas domina. Se ha quemado de tanto estar al sol, aunque respira ahora aliviado: por lo menos tiene la mente despejada.

Aliviado pero furioso. «Date la vuelta en cuanto estén a salvo los barcos. No sigas hasta llegar a las puertas. Ni te enfrentes a Héctor. Héctor es mío». No se podía ser más claro. Y hay que reconocer que Patroclo había evitado a Héctor, por ahora al menos. Sin embargo lo demás se lo había saltado a la torera. Aquiles va de un lado para otro por la sala, a patada limpia con lo que se interpone en su camino, y prácticamente todo le estorba, cómo no le va a estorbar; solo los perros, que ya lo conocen, salen afuera con sigilo. No es que no comprenda a Patroclo, ni los motivos que habrá tenido para desobedecer sus órdenes. Y es que, en el fragor de la contienda, hay una especie de calma en la que el tiempo se detiene y el griterío y el clamor desaparecen, se le ven las venas rojas en el blanco de los ojos al enemigo, y entonces sabes, no es que lo creas o lo esperes, no, es que sabes que no vas a fallar. No se dan muy a menudo esos momentos. El resto del tiempo, el noventa y cinco por ciento del tiempo, la guerra es una molienda, tediosa y sangrienta, en la que se juntan a partes iguales el terror y el aburrimiento, hasta que vuelve otra vez ese instante fulgurante en que el estruendo de la batalla se desvanece y el cuerpo hace de pararrayos entre la tierra y el cielo.

No hay quien pueda parar y darse la vuelta en estado semejante. Y sospecha que Patroclo lleva toda la mañana en ese estado, o en algo que se le parece bastante.

«Y, sin embargo...». Órdenes son órdenes, y hay que obedecerlas. Claro, lo felicitará, le dará una palmada en la espalda delante de los hombres, escanciará para él una copa del mejor vino que tenga, le cortará las mejores tajadas en la cena, cantará a su gloria, dando gracias a los dioses... todo eso y más. Pero luego, cuando estén solos, ya le pondrá en su sitio al muy cabrón. Porque tiene que hacerlo; eso no se lo puede pasar por alto. Como es lógico, esperará a pillarlo a solas y entonces le dirá (¿qué va a decirle entonces?).

De repente, Aquiles se para y fija la vista en el espejo de bronce, donde su rostro, la imagen de su rostro que el metal le devuelve, no muestra ira en absoluto, sino solo miedo; el miedo a no volver a ver a Patroclo. Eso lo parte en dos. Se revuelca en la cama, allí donde las sábanas guardan el olor de la piel de Patroclo, y dice su nombre en alto, una y otra vez, como un conjuro para alejarlo de todo mal. «Patroclo». Y lo vuelve a decir, más alto esta vez: «¡Patroclo!».

En el campo de batalla, Patroclo oye que Aquiles dice su nombre y, por un instante, pierde la concentración. Es un segundo, pero con eso basta, porque tiene a Héctor encima mismo. Intenta alzar la espada de Aquiles pero ya es tarde. Héctor le clava la lanza en el costado con todas sus ganas, parece mentira lo fácil que le entra, y súbitamente, Patroclo está en el suelo, revolcándose, como boquea un pez en un charco cuando este se está secando. Lo rodean las figuras oscuras de los guerreros troyanos, le tapan la luz. «¡Aquiles!», grita. Y otra vez, cuando ya la sangre le sale a borbotones y su espíritu va buscando la negrura: «¡Aquiles...!».

A apenas dos kilómetros de distancia, Aquiles alza la cabeza. Por un instante, juraría haber oído a Patroclo decir su nombre. ¿Patroclo? Pero no, no puede ser. Aunque era una voz de hombre, y es raro, ya que todos los hombres están luchando. En el campamento solo quedan las mujeres. De repente cae en la cuenta de eso, y se apodera de él un rencor muy hondo.

Sabe de quién era la voz, pero le da miedo abandonarse a pensar qué querrá eso decir. Así que se convence de que habrá sido una gaviota, que gritan como los seres humanos a veces, parece mentira...

Busca con la mirada las vigas del techo, intenta rezar, aunque lo suyo no son las plegarias, porque es hijo de su madre y bastante sabe ya de los dioses; o sea que, pasado el primer amago, ceja en el intento. No sirve de nada

quedarse allí sentado. Ya es hora de volver al barco, y eso que, como sigan avanzando a esa velocidad, los perderá de vista enseguida.

No ha llegado ni a la puerta y vuelve a oír que lo llaman por su nombre, y esta vez no hay lugar a dudas. ¡O sea que han vuelto! De una u otra forma, a saber cómo, ¡han vuelto!

Abre la puerta de par en par, sale a la terraza, espera ver el cercado abarrotado de hombres y caballos, pero allí no hay nadie. Solo el silencio y una puerta que bate en sus goznes, en algún punto en la lejanía.

Ya de vuelta en el barco, a ver qué está pasando. A medio subir por la escalera de cuerda, se detiene: algo le llama la atención. Un movimiento. Entonces lo ve: viene una cuadriga a todo galope, los caballos se acercan, rodeados de polvo. De alguna extraña manera —y es consciente de ello de golpe— tiene que evitar que la cuadriga llegue hasta donde él se encuentra. Porque, cuando llegue, van a darle la noticia más dura que habrá oído nunca. Y procura detenerla con toda su fuerza de voluntad; sin embargo, por mucho poder que tenga, no puede con el correr del tiempo, con el fluir del aire.

Respira hondo, se descuelga hasta el suelo y acude caminando a ese punto en el centro en el que ha de esperar la mala nueva. No se mueve nada en las cabañas que lo rodean. No sopla nada de viento.

El sol blanco. Las sombras, afiladas, negras. El silencio.

Llevaba todo ese día sentada en el banco, moliendo hierbas, y el fragor de la batalla, clamoroso al principio, fue alejándose hasta que, a media tarde, ya solo nos llegaba un ruido metálico amortiguado por la distancia. Llegó al hospital un reguero de heridos, ninguno de gravedad, y traían buenas noticias; buenas para los griegos. Habían obligado a los troyanos a retroceder; Patroclo y los mirmidones estaban a las puertas de Troya. Hasta cabía esperar que la ciudad cayera esa noche.

La buena nueva se extendió rápidamente de tienda en tienda, y enseguida todos los que no estaban heridos de gravedad empezaron a reír y a cantar. Sonaron cánticos militares, canciones nostálgicas de la madre y el hogar, canciones románticas de la esposa y la novia y, poco a poco, según iba avanzando el día, canciones que hablaban de Elena.

*Los ojos, el pelo, las tetas, los labios
que fletaron a cientos los barcos...*

Todos estaban convencidos de que Menelao, su marido, el hermano de Agamenón, la mataría cuando la tuviera otra vez en su poder —eso había dicho él, muchas veces—. Algunos pensaban que menudo desperdicio: fóllatela primero, y luego la matas.

*Fóllatela de pie,
fóllatela en el suelo,
córtale el cuello y fóllatela muriendo.
Cuando, muerta ya, de ella hablen,
desentiérrala y fóllate su cadáver.*

Cantaban hasta quedar roncos, pedían jarros de vino más fuerte que nosotras no podíamos darles, siguiendo lo estipulado por Macaón. Luego, cesaron los cantos. Yo iba repartiendo jarras de agua; hacía un calor sofocante dentro de la carpa, y el hedor de la sangre seca en los vendajes y en las sábanas era como una barrera física que había que atravesar para llegar a ellos. Según declinaba la tarde, el ruido de la batalla iba creciendo por momentos. Los hombres no paraban de mirarse unos a otros. ¿Por qué? ¿Es

que habían repelido a los aqueos? Al rato, hubo una afluencia mayor de heridos, y trajeron la última y funesta noticia: Patroclo había muerto a manos de Héctor. La contienda se dirimía ahora en la disputa por su cadáver. Los troyanos querían arrastrarlo dentro de las murallas de Troya; los griegos se hacían fuertes sobre su cuerpo a mandoble limpio. Un hombre dijo que había visto a Héctor tirar de las piernas de Patroclo, mientras Automedonte y Alcimo se aferraban a los brazos. «Yo pensé que iban a partirlo en dos».

«¡Muerto!». No me lo podía creer, aunque supe, desde el mismo instante en que lo vi salir de la cabaña con la armadura de Aquiles, que su muerte le pondría el colofón al día. Creía que tenía que ir a ver a Ifis, porque podía mejor con su pena que con la mía; pero no vi manera de escaparme del hospital, ahora que los heridos entraban en tal número.

O sea que no estaba presente cuando le dieron la noticia a Aquiles, pero Ifis sí, y lo vio y lo oyó todo desde el vano de una puerta en los barracones de las mujeres. Antíloco, el hijo de Néstor, aquel muchacho que veneraba a Aquiles, fue el que le dijo que Patroclo había muerto. Nada más oír aquellas palabras, Aquiles soltó un grito tremendo y se tiró al suelo, hundió las manos en la arena sucia y empezó a echarse puñados en la cara y el pelo. Antíloco tuvo miedo de que tomara la daga y se degollara allí mismo, y le sujetó las muñecas. Al oír los gritos, las mujeres salieron en tropel de las cabañas y rodearon a quien tanto poder tenía, tendido ahora en el suelo, impotente.

Se levantó de pronto un fuerte viento. Ifis dijo que había salido de la nada, y silbaba debajo de las puertas, sacudía las crines y las colas de los caballos, formaba remolinos, derviches de arena que desaparecían con la misma rapidez que habían aparecido. Se oscureció el cielo; densos nubarrones negros apagaron el sol.

Antíloco miraba a unos y a otros.

—¿Qué está pasando?

Entonces la vieron. Vino del mar, cruzó la playa bañada en una luz plateada, tormentosa y gris, que le daba un brillo metálico a la cara y al pelo. Un susurro recorrió el gentío: «Tetis».

Saltó aquel nombre de boca en boca, y todos dieron en el acto un paso atrás. Los había que hincaban la rodilla en tierra, rozaban la arena mojada con la frente; otros encogían el cuerpo en el vano de la puerta, o corrían a refugiarse en las cabañas y cerraban de un portazo a sus espaldas. Todos querían a toda costa salir de allí, no tener que presenciar por nada del mundo aquel encuentro. Hasta Antíloco soltó las muñecas de Aquiles y buscó a gatas la sombra de una cabaña.

La precedía el silencio. Los que no estaban todavía a cubierto se tapaban los ojos, apartaban la mirada, dejaban a la diosa a solas con su hijo.

«¿Qué te pasa?
 ¿Qué tienes?
 ¿Dónde te duele?».

Lo que siempre preguntan las madres. Lo que le preguntaba cuando volvía a casa con un rasguño en la rodilla o con un chichón en la cabeza. Era como si el más mínimo roce le recordara a la madre que el hijo era mortal. Y a él le encantaba. Claro que bebía los vientos por la preocupación constante de su madre, cuando le susurraba aquello de «cura sana»; pero le molestaba también, pues, ¿a ver qué madre empieza a penar ya por su hijo desde el mismo instante en el que viene al mundo? Lo saturó desde pequeño la pena de su madre. Crecía fuerte y sano, por lo menos el tiempo que ella vivió con él, pero eso no valía para nada. Porque en nada hallaba ella consuelo por haber dado a luz a un mortal.

«¿Qué te pasa?».

Ese tono lastimero, el olor a pescado en las yemas de sus dedos cuando toma la cabeza del hijo entre ambas manos. Eso hace que a él le salga a borbotones: la muerte de Patroclo, lo culpable que se siente, porque nada de eso tenía que haber ocurrido. Él era quien tenía que haber llevado esa armadura puesta; porque, hasta en ese preciso instante, son hombres menos versados que él en el arte de la guerra los que tienen que batirse para evitar que Héctor arrastre el cuerpo de Patroclo puertas adentro de la amurallada Troya. Otros son los que están muriendo para salvar al amigo de la mutilación y el deshonor, mientras él está aquí, como un peso muerto en la mullida y verde tierra.

Pero ya basta. Eso es pasado ya, no puede cambiarse. Ahora, lo único que importa es dar con Héctor y matarlo.

«Pero es que, si matas a Héctor, tú morirás inmediatamente después».

—¿Crees que me importa? Para mí lo único por lo que merece la pena vivir es la idea de matarlo. Cuando él esté muerto, que venga cuanto antes mi propia muerte.

«No puedes luchar sin armadura».

—¿Por qué no, si voy a morir de todas formas?

Pero ella tiene razón, claro que la tiene. Sin armadura no vivirá ni para llegar hasta donde está Héctor.

«No entres en lid todavía. Mañana, al alba, te traeré una armadura digna de un dios».

Y, entonces, ella encamina sus pasos de vuelta al mar, entra en él, la engulle una ola que embiste, queda su pelo negro, abierto como una cola en el agua, permanece allí un instante, y luego desaparece.

Él espera la punzada de dolor que le causa siempre su pérdida y que tan bien conoce, mas no la siente esta vez; puede que la agonía de haber perdido a Patroclo se haya tragado otras penas que no son tan hondas.

En las horas que siguen, lo que sobre todo siente es entumecimiento. Una sensación física. Mira la mano que descansa en el tablero de la mesa y no sabe dónde acaba la carne y dónde empieza la madera. Una y otra vez, medio que se imagina, o es un delirio quizá, el momento en el que le clavará la espada a Héctor en la garganta. Hace un esfuerzo por volver al presente, sacude la cabeza como un buey aturdido. Siempre ha tenido buena memoria, desde que era pequeño, pero, en lo poco que le queda de vida, no recordará nada de esas horas que sucedieron a la muerte de Patroclo.

Sin armadura es como un caracol sin concha. Completamente inútil. Pero le parece entonces que a lo mejor hay algo que sí puede hacer. Así que se encarama al parapeto que domina la trinchera, recorta allí una figura prominente contra el cielo, profiere su terrible grito de guerra, que resuena por todo el campo de batalla y llega a las mismísimas puertas de Troya. Lo oyen las mujeres, que interrumpen la labor en el telar, y los heridos se miran unos a otros en las carpas del hospital, con renovada esperanza; y Briseida, que muele hierbas, sentada a la alargada mesa, recuerda la primera vez que oyó ese grito, el día que cayó Lirneso.

En el campo de batalla, los aqueos que luchan por salvar el cadáver de Patroclo reconocen el grito y a él vuelven la cabeza. ¿Qué ven? ¿A un hombre alto subido a un parapeto, con el pelo iluminado por la luz dorada del atardecer? Por supuesto que no. Ven a la diosa Atenea, que le rodea los hombros con la luminiscencia de su égida; ven llamas de diez metros que le salen de lo alto de la cabeza. No ha quedado constancia de lo que vieron los troyanos. A los vencidos, los aplasta la historia, desaparecen, y, con ellos, sus relatos. Aquiles grita tres veces, y tres veces los troyanos retroceden, y ya en

la última, les da tiempo a los griegos a tirar del cuerpo de Patroclo, a arrebatárselo de las manos y llevarlo de vuelta al campamento.

Por lo menos ahora, ya tiene un quehacer: puede lavar el cuerpo, el pobre cuerpo derrengado, atravesado por tantas espadas que casi es un milagro que se mantenga entero; puede ungirle las heridas. Alguien le ata la mandíbula con una tira de tela, y lo horroriza eso pues hace que Patroclo parezca todavía más muerto, sin embargo no dice nada. Sabe que así ha de hacerse. Coge a Patroclo en brazos y lo mece, siente su postrer y cálido aliento en el pecho y en el vientre, aunque tenga ya fríos los brazos y las piernas. Llega un sacerdote y entona unas plegarias; las mujeres lloran y se dan golpes en el pecho; los amigos intentan abrazar a Aquiles, pero él los rechaza. Nada sirve de ayuda ya.

Cuando no puede soportarlo más, baja andando al mar; pero, quizá por primera vez en su vida, no se mete derecho. Atesora la mugre que lo cubre. No se lavará, tampoco peinará sus cabellos —ni siquiera piensa enterrar a Patroclo— hasta que no vea a Héctor muerto a sus pies.

Esa noche la pasa con Patroclo, acurrucado contra uno de los costados del cuerpo que yace tendido en el lecho, rígido y frío.

No sería aún ni el alba, cuando estaba ya levantado y esperaba en la playa. Lo que le quema en los ojos no es cansancio, ni siente como hambre el dolor, pegado por dentro a las costillas. Ahora las cosas son así. Va de un lado para otro por la playa. Ella llega tarde a veces, incluso muy tarde, y otras, ni siquiera sabe si va a venir. A veces, cuando era pequeño, ella le prometía que acudiría y luego no se presentaba. A lo mejor es esta una de esas veces.

Pero entonces aparece de súbito, sale del mar con paso firme, le trae su armadura, nueva y reluciente. Colgado de uno de los esbeltos brazos, pende un escudo que, ese mismo día, unas horas más tarde, Alcimo y Automedonte, ambos vigorosos guerreros, casi no podrán ni levantar del suelo. Por no ofenderla, hace como que admira el escudo y todas las piezas, aunque en realidad apenas si las ve. Le hace falta esa armadura para acudir al campo de batalla, ya está. Para él no tiene más significado que ese. Ella lo abraza, entre sollozos, y él hace un esfuerzo por responder a la presión que ella ejerce con sus brazos, aunque, la verdad sea dicha, está deseando quitársela de encima. De nada le valen ya lloros de mujeres; ni siquiera los de una diosa.

La guerra. Y Héctor. Eso es lo único que le importa. No cejará hasta que no vea muerto a Héctor.

Lo oí antes siquiera de verlo, el grito de guerra resonó por todo el campamento mientras iba por la playa llamando a los hombres a la guerra.

Los heridos se miraban los unos a los otros en las camas sudorosas, y no hubo manera de detener a quienes podían andar —se levantaron y fueron cojeando hasta la explanada—. Me escabullí por la abertura de la lona, en la parte de atrás de la carpa, y fui corriendo hasta el mar, donde ya se habían reunido cientos de hombres para ver a Aquiles, que iba a su encuentro. Lucía el sol, el viento le alzaba la gran melena, y sí que era verdad que por un instante parecía que tuviera la cabeza en llamas.

Al poco rato, todo el campamento se había reunido en la explanada. Fueron todos, hasta los que solían quedarse atrás para guardar los barcos. Odiseo, herido una vez más, esta en la pierna, entró cojeando, apoyado en la lanza, a modo de aparatosa muleta. El último en llegar fue Agamenón, con el brazo herido en cabestrillo. Cuando entró, los embargó a todos un profundo silencio.

Uno de sus heraldos, al verme detrás de las otras mujeres, y puede que, siguiendo órdenes, me agarró del brazo y tiró de mí para llevarme a primera línea. Allí me quedé, temblando en el viento frío del alba, mientras me miraba las sandalias, para no pensar en todos los ojos que tenía clavados en mí. Llegó el relincho cercano de un caballo. Y entendí de pronto qué estaba pasando: Agamenón hacía acopio, en el escaso tiempo que tenía, de todos los bienes que le había prometido a Aquiles. Había que mantener todavía esa promesa, aunque todos sabían que Aquiles habría entrado en combate de todas formas.

Me esforcé por no oír lo que decían, algo del todo imposible, a no ser que me tapara los oídos. Como eran hombres educados en el ejercicio de la oratoria desde la infancia, les alcanzaba la voz para llegar a todos los rincones del ágora, sin esfuerzo aparente. Me aventuré como pude a mirar atrás y vi a Hecamede alzar una mano desde los escalones de la cabaña de Néstor. Pero no me atreví a devolverle el saludo. Casi no me atrevía ni a respirar. Estaba en las garras de Agamenón.

Aquiles se levantó y ocupó el centro del ruedo. Dijo que le daba vergüenza haberse peleado por una chica con su querido camarada Agamenón, y haber llegado casi a las manos nada menos que por una troyana, igual que dos marineros borrachos en un bar. Ojalá hubiera muerto la chica

cuando tomaron la ciudad, ojalá le hubiera caído una flecha perdida que acabara con su vida. Cuánta pena y cuánto sufrimiento se habrían ahorrado los griegos. Y cuántos hombres valientes, muertos ya, seguirían vivos...

Me echaba a mí la culpa de lo de Patroclo.

Ahí fue cuando supe que no cabía la más mínima esperanza.

Pero ya estaba bien de lamentos, siguió diciendo Aquiles. Eso pertenecía al pasado. Ahora estaba listo y más que listo para luchar; y esta vez no pararía hasta que no trajera al campamento la cabeza de Héctor en la punta de la lanza.

Hubo una explosión de júbilo. Todos se pusieron de pie y empezaron a gritar. A Agamenón le costó hacerse oír; y lo que dijo casi ni merecía la pena oírlo. Fue una diatriba errática para justificarse, seguida de la enumeración de los bienes que seguía dispuesto a depositar a los pies de Aquiles. Aunque ahora, estaba claro, no hiciera falta aquello. Miré a Aquiles y vi cómo se impacientaba mientras Agamenón desgranaba la lista. Cuando, por fin, dejó de hablar, la respuesta de Aquiles fue meridiana. Todo aquello que Agamenón le había prometido se lo podían entregar ahora, o más tarde, o se lo podían ahorrar, eso dependía de Agamenón mismo. No podía haber sido más claro: él no estaba hablando de cosas; las cosas no le importaban.

Pensé que ya estaría, que ahí acabaría todo y podría irme, pero entonces se levantó Odiseo y le recordó a Agamenón su promesa de jurar solemnemente que en ningún momento me había tocado. Y Aquiles tenía todo el derecho del mundo, expuso, a saber que no había habido en ello agravio alguno. En su forma de utilizarlas, las palabras de Odiseo rezumaban cierta piedad; incluso algo de mojigatería. Había que pararse a mirarlo para ver el brillo malicioso que tenía en los ojos.

Siguió un prolongado silencio, entonces noté clavados en mí todos los ojos que había en la explanada. Agamenón se puso en pie con un resoplido. Pues claro, haría ese juramento, no faltaba más, ¿por qué no iba a hacerlo? Trajeron un verraco a rastras hasta el ágora. No paraba de chillar, y cuando percibí, por el tufo, que el animal estaba cagándose de miedo, cerré los ojos. Agamenón entonó una plegaria a Zeus y a todos los dioses, cortó la garganta del bicho y juró que jamás había yacido conmigo «como yacen mujeres y hombres». Puede parecer absurdo, pero me entraron ganas de soltar una risita; porque era casi del todo cierto. Agamenón continuó diciendo que yo había vivido con las otras mujeres, en sus barracones, sin que me tocara un hilo de la ropa, y que pedía a los dioses que lo castigaran si estaba mintiendo.

La cara de Aquiles, cubierta de mugre, no delató expresión alguna. ¿Creyó a Agamenón? No tengo ni la menor idea. Quizá lo creyó. Cosa terrible es mentir bajo juramento, y puede que no creyera ni siquiera a Agamenón capaz de hacerlo, pero me parece que no le importaba gran cosa, la verdad. Patroclo estaba muerto. Lo demás le traía sin cuidado.

Una vez proferido el juramento, se cerraba el trato. Agamenón invitó a los otros reyes a un gran banquete en el que Aquiles y él se sentarían a comer como hermanos, como en los viejos tiempos. Mientras tanto, los mirmidones recogerían todos los bienes ofrecidos y los llevarían al recinto de Aquiles. Se pusieron en el acto manos a la obra. De los barracones que servían de almacén a Agamenón salieron trípodes, calderos, fardos de paño grueso y bordado, bandejas de oro y platos, y los cargaron en carros de mulas. Ofrecieron plegarias y libaciones a las estatuas de los dioses, entonces se oyó el chasquido del látigo de los arrieros, y la procesión se puso en marcha a paso lento. Abrían la comitiva cuatro garañones que iban haciendo cabriolas, seguidos de una hilera de carros cargados hasta los topes que avanzaban por el accidentado piso con sacudidas y traqueteos.

Yo cerraba la marcha, con las siete chicas de Lesbos y todas las otras cosas.

Lo primero que vi cuando regresé al recinto de Aquiles fue a Patroclo, de cuerpo presente, en unas andas allí dispuestas para exponer el féretro. Cuando salí de allí estaba vivo. Me puse de rodillas y sostuve sus pies fríos entre mis manos. Creo que me sentí en ese momento más sola y abandonada que nunca. Di rienda suelta a las lágrimas, y las otras mujeres, al oír mis lamentos, salieron corriendo de las cabañas y se unieron a mi planto.

Creo que estábamos todas, en cierto sentido, valiéndonos de la muerte de Patroclo como pretexto para llorar a nuestros seres queridos. Hecha un mar de lágrimas, me acordaba de mis hermanos. Hasta del tonto de Mines, mi pobre marido, que tan feliz habría sido, me parece a mí, con otra mujer. Lo que no quería era que aquella pena que sentíamos por Patroclo pareciera una farsa, o que no nos saliera de dentro. Mientras sostenía sus pies fríos entre mis manos, recordé aquella vez que me dijo que no llorase, y que, si era necesario, haría que Aquiles se casara conmigo.

No me cabe ninguna duda de que, en el campo de batalla, en pleno fragor de la contienda, era tan feroz como el resto o más; pero allí, en el campamento, siempre había sido amable con las cautivas y sus hijos.

«Sí, vale», oigo que dices. «Pero hay algo que no estás contando, ¿a que no? No es que “recuerdes” que prometió convencer a Aquiles para que se casara contigo si hiciera falta; es que ya te encargaste tú, bonita, de que todo el mundo lo recordara también. Sobre todo, Aquiles. Los deseos de un muerto pesan mucho en la memoria de los vivos, sobre todo si el muerto ha sido tan amado como Patroclo. Venga, ¡reconócelo! Tú querías apañarte la boda».

¡Cómo iba a ser eso! ¡Si Aquiles acababa de pregonar a los cuatro vientos que ojalá me hubiera muerto!

«Ya, ya; pero intentarlo sí que lo intentaste, ¿a que sí? ¿Cómo pudiste hacer algo así? Se trataba del mismo hombre que mató a tus hermanos, mató a tu marido, prendió fuego a tu ciudad, destruyó todo lo que alguna vez amaste... ¿y estabas dispuesta a casarte con él? No me entra en la cabeza cómo pudiste hacer algo así».

Pues puede que porque tú no has sido nunca esclava. Si quieres meterte conmigo, ¿por qué no me preguntas a qué viene contarlo todo como si hubiera

sido una experiencia que vivimos todas en común? «Nuestra» pena, «nuestros» seres queridos. No hubo «nuestro» que valga. Me arrodillé a los pies de Patroclo, sabiendo que había perdido a uno de los mejores amigos que había tenido nunca.

A veces, cuando no puedo dormir por la noche, discuto con las voces que oigo en mi cabeza.

El banquete en los aposentos de Agamenón duró hasta bien entrada la noche, pero Aquiles estaba de vuelta antes de que dieran las doce. Pasó aquella noche también con Patroclo, hecho un ovillo, sobre el suelo de madera sin desbastar, al lado del féretro.

Noté que los hombres se sentían un poco incómodos. A Patroclo había que haberlo incinerado ya; tenían que haber recogido las cenizas de su pira funeraria con un rastrillo y haberlas llevado a enterrar entre cánticos, plegarias y libaciones a los dioses. Los griegos —lo mismo que los troyanos— tenían la costumbre de celebrar la cremación antes del ocaso, al día siguiente a la muerte; pero, por alguna razón, Aquiles había decidido que las exequias de Patroclo tenían que esperar. A lo mejor es que albergaba la esperanza de que, después de matar a Héctor —y yo creo que jamás se le pasó por la cabeza que no fuera a matarlo—, el siguiente en morir sería él, y así lo podrían quemar con Patroclo, en la misma pira funeraria. Eso le habría encantado.

Ya estaba de pie antes del alba al día siguiente, y armado. La armadura nueva era un primor de forja, se le ajustaba tan bien al cuerpo que le permitía la misma libertad de movimientos que si llevara una túnica. Me crucé con él en el estrecho pasillo que mediaba entre sus aposentos y la sala, y tenía los ojos inyectados en sangre; aunque, por lo demás, se lo veía sereno, en la misma postura aerodinámica de un halcón unos segundos antes de impactar contra la presa.

Solo lo vi titubear en el momento de subir a la cuadriga. Al alzar la vista, vio allí a Automedonte, en el puesto que Patroclo había ocupado tantos años, y dio un paso atrás sin querer. Aunque se recuperó en el acto. Automedonte le tendió la mano, pero Aquiles hizo caso omiso de aquel gesto, saltó a la cuadriga sin ayuda de nadie y se volvió para recoger el escudo que le acercaba un Alcimo abrumado por el peso.

Entonces, Aquiles soltó su gran grito de guerra, sostuvo en alto la lanza y dio la señal de avance.

Comenzaba así el carrusel de muerte y aniquilación más estrepitoso de la guerra.

No os lo vais a creer, pero me sé de memoria los nombres de todos los guerreros que mató aquel día. Si queréis, os los recito, si creéis que puede servir para algo.

Pues..., no sé, a lo mejor de algo sí que sirve.

Ifitión. Cuando murió tenía dieciocho años. Aquiles lo mató con un tajo de la espada que le rajó la cabeza de arriba abajo y separó las dos mitades, una a cada lado, con la misma precisión con la que se parte en dos una nuez. Quedaron a plena vista las circunvoluciones cerebrales, él cayó al suelo, lo pisotearon las pezuñas de los caballos de Aquiles, y acabó incrustado en el barro por efecto de las ruedas de la cuadriga.

Y luego...

Demoleonte. Le tiró la lanza a la sien, atravesó la carrillera —porque aquella armadura no se podía ni comparar con la de Aquiles—, perforó el hueso temporal y le redujo el cerebro a pulpa.

Y luego...

Hipodamante. Intentó escapar y acabó con una lanza clavada entre los omóplatos. Cuando se dio la vuelta, ya estaban sin vida los ojos.

Y luego...

Polidoro. El hijo más joven de Príamo, de quince años, temprana edad para la lucha; pero, en los últimos meses y semanas de guerra, era normal mandar a los chicos menores de edad al campo de batalla. Lo derribó de otro lanzazo y, al igual que al anterior, por la espalda, aunque Polidoro no huía de nadie. Más bien al contrario, hay que decir. Luchaba con un alarde, cargaba contra las líneas griegas sin mirar a quién tenía detrás. Le salió la lanza de Aquiles por debajo del ombligo. Polidoro rompió a gritar y cayó de rodillas: se cogía los intestinos humeantes como el que coge agua con las manos.

Y luego...

Dríope. Una estocada al cuello que por poco no le arranca la cabeza.

Y luego...

Demuco. Le clavó la lanza en la rodilla izquierda. Y, cuando lo tenía a su merced, Aquiles lo remató con un mandoble de la espada en pleno cuello.

Y luego...

Laógono y Dárdano, hermanos. Se agarraban con todas sus fuerzas al borde de la cuadriga, pero Aquiles los sacó, como el que escarba bígamos con un alfiler. Después los mató, con gran tino y rapidez. A uno le clavó la lanza, y al otro, la espada.

Y luego...

Tros. Murió agarrado a las rodillas de Aquiles, suplicando que no lo matara. Aquiles le hincó la espada en la parte superior del abdomen, le infligió una herida tan profunda que el hígado se le salía por el agujero, y la sangre manó a borbotones, hasta formar un charco a sus pies.

Y luego...

Mulio. El lanzazo le entró por el oído con tanta fuerza que salió la punta por la otra oreja.

Y luego...

Equeclo. De un mandoble en la cabeza.

Y luego...

Deucalión. Un lanzazo le partió los tendones del codo. Quedó con el brazo diestro colgando en el costado, a la espera de que lo rematara. Aquiles blandió la espada, la cabeza de Deucalión salió volando, todavía enfundada en el casco, y él quedó desparrado en el barro. Rezumaba líquido la columna vertebral cercenada.

Y luego...

Pero os dais cuenta de cuál es el problema, ¿verdad? ¿Cómo diantre va una a sentir ni preocupación ni pena cuando le ponen delante una lista interminable de nombres anónimos?

Pasados los años, dondequiera que fuera, buscaba siempre a las mujeres troyanas, desperdigadas por toda la Hélade. Esa vieja flacucha con manchas de sol en las manos que sale arrastrando los pies a abrir la puerta cuando llaman a casa de su amo, ¿será verdad que es la reina Hécuba, quien, cuando era joven y bella, recién casada, abrió el baile en el palacio del rey Príamo? O esa chica del vestido ajado y mugriento que corre a sacar agua del pozo, ¿puede ser que sea esa una de las hijas de Príamo? Y la concubina entrada en años, que tapa con afeites las arrugas de la cara, ¿será verdad que es Andrómaca, quien hubo un día, cuando era la mujer de Héctor, que se asomaba toda orgullosa al campo de batalla desde las murallas de Troya con el bebé varón en brazos?

Conocí a muchas de ellas, mujeres del pueblo cuyos nombres no os sonarán mucho. Y por eso estoy en condiciones de contaros que los hermanos Laógono y Dárdano no es solo que fueran hermanos, sino que eran gemelos. De pequeños, Dárdano tardó mucho en hablar, y ni siquiera su madre entendía lo que decía.

—¿Qué dice? —le preguntaba la madre a Laógono acerca del hermano.

—Dice que quiere un trozo de pan —respondía Laógono.

—Tenéis que hacer que hable —decía la abuela de los niños—. Y que lo pida él solito.

—Pero es que yo estaba muy liada —me contó, años después, la madre—. De haberle hecho caso, me habría estado allí tres horas.

Y Dríope, al que su madre dio a luz en un parto que duró dos días.

—Al final mi vieja mandó a la comadrona abajo. Le dijo: «Anda, tómate una copa de vino, que ya me quedo yo con ella». Y, en cuanto la comadrona salió del cuarto, me quitó la colcha de encima y, Dios santo, yo no sé qué hizo, pero menudo alivio. A los diez minutos, nació. «Huy», va y dice la comadrona, «no creía yo que estuviera tan a puntito». Mi vieja sonrió y no dijo nada.

Y luego estaba Mulio, al que le salió por la oreja la lanza de Aquiles.

—Seis meses tenía cuando echó a andar... que no gateó nunca, ni arrastró jamás el culo, nada de eso. Él llegó un día y se puso en pie. Yo lo cogía de las manos para que anduviera, y así iba, toda agachada, horas y horas, porque en cuanto se sentaba, ¡hija!, que no quería otra cosa que ponerse en pie otra vez. Acabé con la espalda molida.

O la madre de Ifitión, que se acordaba de la primera vez que el padre lo llevó con él a pescar, de la cara de concentración que ponía el niño para cebar el anzuelo con la mosca...

—Y es que, en cuanto pensaba que ya la había enganchado, se le caía otra vez. No me atrevía a reírme, pobrecillo. Pero, eso sí, él lo intentaba. Así era mi niño, de los que no se rinden.

Las más jóvenes ya tenían hijos de sus amos griegos, y seguro que también los querían (las mujeres somos así). Sin embargo, cuando yo hablaba con ellas, de los que se acordaban eran de sus hijos troyanos, los niños que habían muerto luchando por salvar Troya.

Y luego...

Rigmo. La lanza de Aquiles le atravesó el pecho, y le salían burbujas de sangre del pulmón perforado.

Y luego...

Areítoo. Aquiles lo mató ensartándolo por la espalda de un lanzazo, según tiraba de las riendas para dar la vuelta con la cuadriga. Cayó al suelo, y los caballos, desbocados, salieron a galope tendido, tirando de la cuadriga vacía, que daba botes contra el suelo lleno de rodadas.

Y luego...

Pero ya no importa quién fuera el próximo; se olvida de los hombres que va matando. Mientras arranca la lanza del cuerpo tendido, vuelve la cabeza para buscar al siguiente, y luego al siguiente. A ver, ¿por qué, de entre toda la matanza que le nubla la vista, iba a destacar por encima del resto la muerte de un hombre? Dice: «un hombre», pero sería más justo decir «un niño». Porque tiene pelusa en la barbilla, más que vello, y su presencia en el campo de batalla es prueba de la desesperación troyana, o del mismo deseo que tiene el púber de luchar y demostrar que es hombre. Sea como sea, allí sale, a gatas, del río.

Licaón, hijo de Príamo. A ese no podrá olvidarlo.

Ninguno de esos hombres tendrá exequias funerarias, ni fuego que lo purgue. No va a dejar de pelear para que los troyanos entierren a sus muertos, mientras Patroclo, insepulto, espera en el campamento griego. Tampoco toma prisioneros, ni ahora ni a partir de ahora. Mata a todo el que se cruza en su camino. Sucumben los cuerpos debajo de las ruedas de su cuadriga; revienta la sangre, la mierda y los sesos, y tiene la armadura cubierta de mugre. No se detiene, ni mira al suelo, no vuelve la vista atrás: no aparta la mirada del frente, azuza los caballos, adelante, siempre adelante, porque cada muerte lo acerca más a las puertas de Troya, lo acerca más a ese momento en el que luchará contra Héctor y acabará matándolo.

Sangre, mierda y sesos: y allí está él, el hijo de Peleo, mitad animal y mitad dios, encaminado a la gloria.

Cinco días, y apenas si durmió algo en ese tiempo. Costaba sostenerle la mirada, con aquellos ojos descajados por el llanto, y el rostro, cubierto de regueros de mugre seca, pálido y ojeroso.

Empezaba el día con una visita al féretro de Patroclo. Yo le desenrollaba el lienzo que le tapaba la cabeza y que le dejábamos muy apretado, para librarlo de las moscas, y luego daba un paso atrás, conteniendo las arcadas, al notar el olor a descomposición del cuerpo. «Quemadlo, por el amor de Dios», hubiera querido decir, y no era yo la única a quien se le pasaban esas palabras por la cabeza. Pero, al parecer, Aquiles no se percataba de los cambios que experimentaba el cuerpo de Patroclo. Antes de irse, se agachaba siempre y lo besaba en la boca, aunque los labios estaban cada vez más negros y consumidos. Costaba conseguir que tuviera la boca cerrada. Ni siquiera las tiras de tela que le rodeaban la cabeza servían de mucho. Cuando Aquiles ya se había ido, las lavanderas rodeaban el féretro, sin parar de hablar entre dientes, pero no me quedaba allí para oír lo que decían.

Después de cenar, Aquiles volvía al féretro de Patroclo; pero, por la noche, nadie tenía permiso para entrar con él en la cámara funeraria. Una vez, me pareció oírlo decir: «Todavía no», imagino que se refería a que Héctor seguía vivo. Alcimo esperaba fuera, al otro lado de la puerta entornada, miraba de vez en cuando y veía a Aquiles al pie de la losa de piedra, con la cabeza reclinada en el pecho de Patroclo. Una noche, muy tarde, soltó un gruñido que reverberó por toda la cámara, y Alcimo echó mano a la puerta.

Yo le sujeté el brazo y dije:

—Ni se te ocurra.

—No deberíamos dejarlo solo.

—Solo es como quiere estar.

Pasados unos instantes, asintió con la cabeza y dio un paso atrás.

Los troyanos luchaban ya justo debajo de las murallas de Troya. En cuanto los mirmidones salían en formación rumbo al campo de batalla, me subía a la proa de la nave de Aquiles para verlo. Allí estaba cuando, en la mañana del quinto día, consiguieron romper la línea troyana. Yo esperaba que se reagruparan, incluso en un momento tan delicado; pero abrieron las

gigantescas puertas, y los guerreros troyanos entraron dentro de las murallas. Príamo, asomado al parapeto, le hacía señas a Héctor para que se pusiera a salvo. Hasta Hécuba se abrió la túnica y mostró la arrugada ubre de anciana, suplicándole a su hijo que buscara refugio dentro, pero Héctor no dio un paso atrás. Al contrario, lo que le dio fue la espalda a la ciudad y al amparo que esta le brindaba, y echó a andar para enfrentarse a Aquiles, él solo.

No pude seguir mirando. Volví a la cabaña y les conté a las otras lo que había visto. Sabíamos que éramos testigos de los últimos días de Troya y que, cuando la ciudad cayera, caerían también las últimas esperanzas que albergábamos de ser liberadas. Y, aun así, seguía la rutina sin término en los telares, las lanzaderas en su ir y venir, el tapiz que crecía milímetro a milímetro, puede que porque a las mujeres les daba miedo parar, no fuera a ser que, si partían el hilo, se partiría también el mundo y las engulliría en su seno.

Pero, entonces, entre el traqueteo incesante de las lanzaderas, nos llegó un ruido muy distinto. Había que aguzar el oído para que fuera discernible, entre el cacareo de los telares; y, sin duda, algunas nos convencíamos de que eran gaviotas lo que oíamos —ese grito histérico, como un pequeño ladrido, que dan a veces—. Pero no, eran voces de mujeres, y no cesaban lo más mínimo. Poco a poco, uno por uno, fueron parando los telares, y, en el silencio que nos invadió, oímos el grito de lamento más alto que antes; y supimos que Héctor, el último y más aguerrido defensor de Troya, había muerto.

TERCERA PARTE

No supe qué podía ser al principio. Luego, por fin, Aquiles entró conduciendo él mismo la cuadriga, la metió en el corral de las caballerizas, y vi que traía algo atado atrás y que rebotaba contra el suelo lleno de rodadas; aunque pasaron por lo menos cinco minutos hasta que me di cuenta de que aquel guiñapo ensangrentado era Héctor. Los mirmidones se revolvían nerviosos, como un enjambre de moscones. Aquiles había matado a Héctor, pero ahí no quedaba la cosa; había arrastrado el cuerpo con la cuadriga alrededor de las murallas de Troya, y no una, sino tres veces, mientras Príamo, el padre de Héctor, lo miraba todo desde las murallas, asomado a aquel bulto de entrañas derramadas en que había quedado convertido su apuesto y vigoroso hijo.

He ahí el momento en el que los griegos ganaron la guerra. Y todo el mundo fue consciente de ello. Yo esperaba que se pusieran a cantar y bailar, pero Aquiles tenía otros planes: ordenó que llevaran el féretro de Patroclo al campo de instrucción, donde los mirmidones lo rodearon con sus cuadrigas. Formaban un círculo y cada vez iban más rápido. Se oía el resoplar de los caballos, los chasquidos de los látigos, y levantaban nubes de polvo con las vertiginosas ruedas... Hasta que no vio que los caballos y los hombres sudaban, exhaustos, Aquiles no bajó de la cuadriga. Fue entonces hasta el féretro y plantó ambas manos a los lados del pecho de Patroclo. «Héctor está muerto», le dijo. «He cumplido lo que te prometí. Ya puedes descansar en paz».

Después del tumulto de la batalla, fue aquel un momento lleno de solemnidad. Un profundo silencio cayó sobre los mirmidones y muchos se echaron a llorar.

Ahora bien, si Aquiles se conformaba con conmemorar su más excelsa victoria con renovado afán de duelo, no así Agamenón. Anunció un gran banquete en honor de Aquiles; no solo eso, sino que vino también en persona a buscarlo, para acompañarlo a su recinto, seguido de muchos de los otros reyes. Se bebió en abundancia, resonaban la risa y las palmadas en las espaldas ajenas, mientras paseaban de un lado para otro delante de la cabaña. Aquiles hizo un esfuerzo y les rio las gracias, pero parecía aturdido, como si no supiera quién era aquella gente, ni por qué tenía que hablar con ellos.

Se lo veía vacío por dentro, o eso me pareció a mí. Tanta carnicería, el tamaño descomunal de aquella venganza... A lo mejor se había convencido a sí mismo, de tanto anhelarlo, de que, si hacía todo eso —matar a Héctor, derrotar al ejército troyano, doblegar a Príamo—, Patroclo cumpliría su parte del trato y dejaría de estar muerto. Todos procuramos entablar pactos absurdos con los dioses, muchas veces, sin darnos cuenta. Y allí estaba Aquiles, con su parte cumplida, hasta la última promesa y, sin embargo, el cuerpo de Patroclo continuaba siendo solo eso, un cuerpo. Una ausencia.

Pero al banquete tenía que ir. Una «invitación» de Agamenón ostentaba rango de orden. Y, además, en teoría, eran amigos.

Cuando Aquiles y los reyes se fueron, los mirmidones dieron comienzo a su propia celebración. Ifis y yo no parábamos de sacar jarros de vino, hasta que Automedonte nos ordenó sin miramientos que buscáramos el abrigo de los barracones de las mujeres y nos dijo que candáramos las puertas. Sabía que se avecinaba una noche loca.

No pegué ojo. En parte, imagino, por el ruido, los vítores, los cánticos... pero también de pensar en Héctor, allí en el barro, mutilado y solo.

Pasado un rato, me levanté, escogí una sábana del lino más blanco, me tapé bien con el manto y fui, sin que me vieran, a las caballerizas. Pese a mi sigilo, los caballos sí que sintieron en el acto mi presencia. Uno soltó una coz contra la puerta del establo, otros empezaron a removerse, inquietos; vi cómo les brillaba el blanco de los ojos, entre las hileras de cabezas semovientes. El cadáver estaba en el suelo, en medio del corral, y tan desfigurado que no conservaba apenas la forma de un hombre. Saqué fuerzas de flaqueza y me acerqué. Aunque no llevaba lámpara, alcancé a ver lo suficiente, eché una mirada rápida y me sentí aliviada cuando logré apartar la vista. Extendí la sábana con cuidado, tapándole la cara destrozada, al pobre. Luego volví de puntillas y allí lo dejé, solo, bajo la indiferencia de las estrellas.

Más vino todavía; acompañadas del pataleo y los vítores, las copas se alzan una vez más.

*¿Por qué nacería tan bello?
 ¿Por qué tuvo que nacer?
 ¡No vale ni para tomar por culo!
 ¡No vale para nada, el muy cabrón!*

Los de las mesas circundantes golpean el tablero con copas y puños, pero los que se sientan a su lado llevan el ritmo literalmente en él —en su cuerpo—: le dan palmetazos en los brazos, en los hombros, en la cabeza, en los muslos...; en cualquier parte de su cuerpo que les quede al alcance. No se cansan de él, lo tocan constantemente, aunque le duela el cuerpo después del combate y tenga agujetas hasta en la raíz del cabello.

Y el banquete parece que no va a tener fin. Él se quiere ir a casa, o a lo que se hace pasar por su casa, ahora que Patroclo no está. Necesita sumirse en la oscuridad y en el silencio después de lo que ha pasado. Pero las jarras de vino fuerte no paran de pasar de mesa en mesa, y, cada pocos minutos, alguien se levanta y propone un brindis. Aquiles bebe y vuelve a beber, porque tiene que hacerlo, no le queda más remedio. Ve borrosas las caras sudorosas, sonrientes... Hay un chiste que circula por todas las mesas, los comensales no dejan de darse codazos, de susurrar... ¿A ver quién lo convence para que se dé un baño? A eso se reduce toda la gracia, al parecer. «¡Tú míralo! ¡Mira las pintas que tiene, mira ese pelo...!». Sonríe de mala gana, para dar a entender que no le importa, que no le molestan esos comentarios. Pero entonces se levanta, de repente. «Tengo que mear», dice, cuando le preguntan adónde va; y le llueven palmadas y enhorabuenas hasta que sale por la puerta. Lo rodean como avispones, le caen puñetazos cariñosos en los brazos y en el pecho. Todo esto le duele; y, en lo más hondo, donde debería reinar el júbilo y la risa, lo que hay es un pozo ciego.

Una vez fuera, se apoya en un pilar y ve el reguero que hace el pis entre las losas, a sus pies. Queda a la derecha el salón iluminado, pero sabe que no quiere volver ahí. Casi es la hora del alba, hostia puta, ¿no ha aguantado ya bastante? Además, están todos tan borrachos que ni lo echarán en falta. Así

que emprende el regreso a pie a su recinto, playa adelante. Las olas bullen inquietas a su paso, la respiración entrecortada del mar emula la suya propia. Tierra adentro, la curva que hace la bahía está salpicada de hogueras. Sabe que sería bienvenido en cualquier corro de esos y, sin embargo, jamás se ha sentido tan excluido y solo en la vida.

Agamenón, hace unos instantes, fingía que se dolía por la muerte de Patroclo... Cuando, en realidad, no cabía en sí de gozo, el muy cabrón, al ver cómo moría, porque sabía que eso haría que Aquiles se volviese a implicar en la contienda... Era lo único que lo habría llevado a hacerlo. No, esta noche, si a Aquiles le apetece estar con alguien, es con sus mirmidones, que por lo menos sienten como suya la pérdida. Pero entonces, según va acercándose a las naves, cae en la cuenta de que tampoco quiere estar con ellos. No, está mejor aquí, él solo... Puede que hasta se acueste en la playa. ¿Por qué no?, si ya lo ha hecho en otras ocasiones.

¿Unos largos antes? Al parecer, todo el mundo piensa que ya va siendo hora de que tome un baño. Puede que tengan razón. Se lleva los dedos a la cara y nota el hedor a escamas de pescado que tiene la sangre seca; luego levanta los brazos y se huele los sobacos. Ay, qué horror, sí que es verdad. Sin quitarse siquiera la ropa, entra derecho en el mar. Las olas le golpean los muslos, las ingles, el vientre, el pecho; con cada sacudida, el mar lo iza y lo deja caer, hasta que llega una ola más grande que el resto y le tapa la cabeza. Deja que tire para abajo de él; cada vez más abajo, a aquel mundo verde y silencioso que también es su mundo... o que podría serlo, si no fuera porque siente que le van a reventar los pulmones. Sale a flote y respira hondo con un jadeo, flota de espaldas, nota la deriva en el vaivén de la marea.

Las estrellas salpican el cielo, desaparecen a velocidad vertiginosa cuando el sol acumula luz y presencia en el límite del mundo. Está llorando. La sal de sus lágrimas se funde en un reguero con la sal del mar; también se mea, nota el calorcito contra la parte superior del muslo. Todo sale de él a chorros (la pena, el dolor, la pérdida) hasta que alcanza, por fin, una especie de paz hueca.

Vuelve a tierra firme, y el ruido que hacen sus pies contra los guijarros amortigua todos los otros ruidos. Siente que se bambolea. ¿Está borracho? ¿Será eso? A saber, porque no recuerda cuánto ha bebido, aunque sí sabe que no ha comido nada, y que algo le pasa, porque se nota... raro, como si lo estiraran, y la tensión lo fuera adelgazando. Da igual, pasará, sea lo que sea. Héctor está muerto, y eso es lo único que importa. Ya es historia. Lo repite con cada paso que da el pie derecho en los guijarros: «historia», «historia»,

«historia». Héctor está muerto; Troya no sobrevivirá sin Héctor... y el golpe de gracia de toda aquella guerra no lo ha dado otro que él.

Escarba en la conciencia para dar con un eco, por leve que sea, de los elogios que le han llovido por parte de los otros reyes, mas nada de eso ha perdurado en su memoria. Con haber matado a Héctor le vale. Lo supo en el preciso instante en el que lo aniquilaba. Habría querido comérselo, en realidad, y no puede decir eso de muchos de los hombres que ha matado, pero es la verdad. Querría haberle arrancado la garganta a Héctor a mordisco limpio. Por eso arrastró el cadáver tres veces alrededor de Troya, porque sabía que Príamo lo estaría viendo, y como pobre sustituto al hecho de notar en la lengua a qué sabía la carne de Héctor.

¡Dormir! Sentado, nota la sedosa arena en las yemas de los dedos, y luego, si hunde más la mano, cómo se compacta, fría y húmeda. Le escuecen los ojos, los párpados hacen que vea las estrellas cada vez que se cierran sobre el iris. Está lejos del campamento, y, aun así, le llega la ebriedad de los cánticos —los mirmidones, libres de todo cuidado, se atiborran de comida y de bebida alrededor de las hogueras—. Todavía está a tiempo de unirse a ellos; de beber hasta caer de culo, rodeado de hombres a los que quiere, de los que se fía. Y, si no, lo espera un lecho mullido, un fuego que crepita; habrá pan y aceitunas en la mesa, una cratera de vino listo para escanciar... Pero no estará Patroclo. No, será mejor quedarse aquí, notar el escozor de la sal en los labios cuarteados, y el diapasón dentro del pecho que emula, en su sístole y su diástole, el vaivén del mar.

Tumbado de espaldas, horada con los omóplatos un lecho en la arena. Los tallos negros del carrizo hienden el cielo, como las cuerdas de una lira rota; y le viene en el acto la imagen de esa lira suya que ya no podrá tocar más, que no ha tocado desde que murió Patroclo. No lo pienses, ¡no lo pienses! Parpadea unas cuantas veces, como un bebé crecido que no quiere dormirse, pero cae de repente en un sueño tan liviano y deshilachado como la luz del amanecer.

Pasados unos minutos, le dan náuseas, tiene la boca abierta de par en par, la lengua, seca, balbucea algo y se despierta. ¿O sigue dormido? Ve la ondulación de los guijarros, las matas de carrizos encima de su cabeza, pero el sueño sigue vigente. Patroclo se inclina sobre él, y no es la imagen fantasmagórica y decolorada de Patroclo, sino él mismo en carne y hueso, robusto y vigoroso, como había sido en vida. Solo que se le aparece cual un antagonista, hostil casi, como no lo había sido nunca en vida.

«Te estás olvidando de mí, Aquiles».

«No», intenta decir, pero no puede. No puede hablar. Ni moverse. Intenta extender la mano para tocar a Patroclo, pero tampoco le obedecen las manos.

«Jamás te olvidaste de mí mientras vivía, pero ahora sí».

Quiere decir: «¡Por ti, luché contra Héctor!».

«¡No me has dado ni sepultura! ¿Tú sabes lo que es notar cómo las moscas te ponen huevos en los ojos?».

¿Quién es el que está hablando? ¿Es esta... cosa arrodillada a su lado, esta imagen que guarda un parecido espeluznante con Patroclo, o solo son sus propios pensamientos? Pero es que es tan real Patroclo; hasta lleva la túnica que él vestía. Alto, fuerte... La luz muda de color, reflejada en su cara, según va saliendo el sol.

«Incinérame, Aquiles. Que los muertos no me dejen entrar, no consienten que cruce el río; dicen que ese no es mi sitio, pero es que este tampoco lo es. Entrega mi cuerpo al fuego, entierra mis huesos en la dorada urna que te dio tu madre. Cabemos los dos de sobra. Haz que yazgamos juntos muertos, como juntos yacimos en vida».

Hostia puta, «yacer juntos muertos», cuando lo que él quiere es estrechar ahora mismo a Patroclo. Vuelve a extender los brazos, pero las manos siguen sin obedecerle.

«¿Te acuerdas de cuando hacíamos planes los dos juntos después de la cena? No puedo pensar en ello ahora sin que se me llenen los ojos de lágrimas...».

«Pues lloremos juntos», le gustaría decir. «Aullemos como lobos por todo lo perdido».

Y, de repente, se sueltan las ataduras que lo han paralizado y lo han dejado mudo. Grita y le tiende las manos al hombre vivo que ve ante sí, pero el espíritu de Patroclo se le escurre entre los dedos y desaparece (da un gritito lastimero y se lo engulle la tierra).

No queda nada de él, nada en absoluto. Pero de que ha estado allí no cabe ninguna duda. Hasta el final de sus días, seguirá creyendo que Patroclo volvió de entre los muertos y le habló. Hinca las rodillas y, al instante, excava un agujero en la arena plateada, se abre camino a zarpazos en la capa oscura y húmeda que hay debajo. Luego, con ambas manos, a un ritmo frenético, eleva un túmulo funerario en miniatura, para conmemorar el punto en el que vio a Patroclo. Sabe que, una vez hayan incinerado el cuerpo, el espíritu no podrá volver.

Pero Héctor está muerto. Se aferra a ese logro sólido y real. Aunque, atrapado en este espacio liminar y ajeno, a mitad de camino entre la tierra y el

mar, entre la vida y la muerte, la verdad es que empieza a dudar. Porque, si Patroclo vive —y lo acaba de ver; acaba de oírlo hablar—, ¿cómo tener la certeza de que Héctor está muerto?

De eso se trata precisamente ahora: de ver a Héctor, mearse en lo que quede de él, y, luego, celebrar en honor de Patroclo unos juegos fúnebres dignos de un rey.

Vuelve despacio al campamento. La oscuridad va perdiendo consistencia a un ritmo vertiginoso, pero el banquete sigue, los hombres deambulan por el campamento con los ojos vidriosos y están tan borrachos que no reconocerían ni a su propia madre si la vieran. Se envuelve en el manto húmedo, pasa con sigilo entre las cabañas, busca el corral del establo. Solo detiene el paso cuando llega allí. El cadáver de Héctor yace en la tierra sucia, en el mismo punto en el que lo dejó; aunque lo han cubierto. Alguien lo ha tapado con una sábana. No le cabe en la cabeza que haya sido obra de ninguno de sus hombres, mas ¿quién si no? Una esclava no se atrevería.

Según se acerca, lo asalta un cúmulo de impresiones encontradas. Lo que dejó en el suelo era un saco de huesos rotos, pero el cuerpo que ahora yace debajo de la sábana tiene estatura y forma de hombre. Ve con sus propios ojos los cambios operados, pero el cerebro se niega a aceptarlos. Le han jugado una mala pasada, este no es el cuerpo de Héctor. No puede ser. Despacio, tan despacio que le da vergüenza ver el valor que hay que tener para hacerlo, se agacha y aparta la sábana.

Lo mira desde el suelo el rostro de Héctor, inmaculado, como si estuviera vivo. Tiene abiertos los ojos, pero, aparte de ese detalle, cabría pensar que está dormido, como si tal cosa, en palacio, echado en el lecho real, al lado de Andrómaca. Aquiles no puede apartar los ojos de los del cadáver. Arde en deseos de alargar la mano y cerrarle los párpados, para no tener que seguir mirando ese vacío inerte. Solo que cerrárselos sería señal de respeto. Y no lo hará —antes se los arrancaría de cuajo—. Lo que acaba haciendo, al final, no es ni lo uno ni lo otro: se pone derecho, solo eso; y busca con la mirada al culpable en el corral, como si estuviera allí escondido.

No hay nadie. Las caballerizas están desiertas, todo el mundo lo está celebrando al amor de alguna hoguera. Aunque, a decir verdad, se está comportando como un imbécil, porque no ha sido aquel un acto humano. Tiene que ser obra de los dioses, de quién si no. Vale, pues... ¡que les den por el culo a los dioses! Echa atrás la cabeza y grita a los cuatro vientos su desafío. Por todo el corral, los caballos sacuden la cabeza, estampan los cascos contra el suelo, se persiguen las sombras en el reflejo de las paredes...

Aquiles grita, una y otra vez. Es su grito de guerra lo que retumba en el corral. No va a dejar que lo derroten, ni siquiera los dioses. En cuanto amanezca, atará el cadáver de Héctor más fuerte todavía a la cuadriga y cruzará el campamento a todo galope, y esta vez no parará hasta partirle todos los huesos del cuerpo, todos y cada uno de los rasgos de la cara... No piensa consentir que le escatimen ni un ápice de su venganza, ni siquiera un dios.

Las mujeres no asisten a las cremaciones, así que yo no estaba allí cuando incineraron a Patroclo, aunque Alcimo me lo contó luego. Empezó a hablar atropelladamente. Se tragaba las palabras, como si le diera miedo pararse a pensar. Amaba a Aquiles, pero también lo temía, y me parece que, con el tiempo, acabó temiendo por él.

Aquiles mantuvo su palabra, hizo lo que le prometió a Patroclo. Degolló a doce jóvenes troyanos (les tiró de la cabeza y rebanó sus gargantas de un corte rápido y limpio, como si fueran cabras). También mató a los caballos de Patroclo y los arrojó al fuego, seguidos de sus perros favoritos, los dos que habían compartido con ellos la cabaña. Alcimo dijo que había tanta sangre que no sabía si la pira iba a arder, pero vaya si ardió al final.

Desde las cabañas de las mujeres, asomadas a los vanos de las puertas, vimos cómo las llamas y las chispas buscaban las alturas en el cielo de la noche. Rodeé con los brazos a Ifis, que estaba a mi lado, y la llevé dentro. Todo lo que preguntaba era que qué iba a ser de ella ahora. Y yo no sabía qué responder porque no tenía ni idea. Ifis se había portado muy bien conmigo cuando llegué al campamento. Lo menos que podía hacer ahora era pagarle con la misma moneda.

El tiempo que duraron los juegos fúnebres, las mujeres no parábamos, aunque no se nos viera —aderezábamos la comida y el vino, pero no servíamos las mesas—. Es costumbre entre los griegos que sean los jóvenes los que atiendan a sus mayores en ocasiones similares. En teoría, tampoco podíamos estar presentes en los juegos, aunque, de vez en cuando, salíamos de las cabañas a hurtadillas para ver algunas de las justas. Aquiles multiplicaba su presencia: hacía de juez de meta en las carreras, daba los premios, y lo hacía con un tacto que yo no le conocía, rápido, resolvía cualquier pequeña disputa antes de que llegara a más. Era como si se estuviera convirtiendo en Patroclo. Lo único que seguía siendo suyo eran los ojos, sus ojos de Aquiles, esa mirada ardiente que tan difícil era sostener.

La mayor parte del tiempo la pasé en los barracones de las mujeres, en el recinto de Aquiles. Había veces que invitaba a las otras mujeres que habían sido «premio» como yo, y compartíamos un plato de carne y un jarro de vino. Recuerdo que una de esas veces, cuando levanté la vista, vi a Ifis y a Tecmesa enfrascadas en plena conversación. Costaba imaginar dos personas más

opuestas: Ifis, tan pálida y delicada; Tecmesa, con la cara roja y sudorosa mientras atacaba un plato de cordero aderezado con hierbas. Era imposible dar con dos mujeres más distintas y, aun así, en un aspecto clave, eran muy parecidas: se habían acabado enamorando de sus captores. Eso hacía que me planteara a mí misma una pregunta incómoda. Porque —seré sincera— yo despreciaba a Tecmesa y, sin embargo, jamás se me habría ocurrido decir que sintiera lo mismo por Ifis. No sabía si desdeñaba a Tecmesa por puro prejuicio contra una mujer que muchas veces me miraba con condescendencia. Creo que no, pero todo podía ser. Lo que sí sabía era que Ifis me caía bien, que la quería, incluso, y a lo mejor me costaba menos comprender por qué había amado a Patroclo: yo también había acabado amándolo.

He dicho que Aquiles daba los premios; ah, y ¡menudos premios! Todo se quedaba corto cuando lo otorgaba en honor a Patroclo: armadura, trípodes, caballos, perros, mujeres..., Ifis. La convirtió en el primer premio de una carrera de cuadrigas. Nadie nos previno. Cuando Automedonte vino a buscarla, estábamos en una de las cabañas de las mujeres, zurciendo ropa. Ella se aferraba a mí, pero Automedonte le separó los dedos y la arrastró por el corral. Todas las mujeres salieron detrás de ella y se quedaron allí, a merced del viento frío que soplaba del mar, a la espera de ver quién sería su nuevo amo.

Fue una llegada trepidante. Todos los hombres prorrumpieron en gritos y vítores cuando Diomedes cruzó la línea de meta y se echó a reír, vencedor, mientras tiraba de las riendas para detener los caballos. Traía la cara cubierta del polvo de la pista, saltó de la cuadriga y cruzó la explanada para saludar a Aquiles, quien señaló a Ifis como el premio que le había correspondido. Diomedes ladeó la cabeza de la joven a derecha y a izquierda, justo como Aquiles había hecho conmigo, luego asintió, satisfecho, y se volvió para abrazar a Aquiles. Así estuvieron un rato, el uno con las manos apoyadas en los hombros del otro, sin parar de hablar y reír, mientras, detrás de ellos, uno de los edecanes de Diomedes tomaba a Ifis del brazo y la sacaba fuera de allí.

La multitud se iba abriendo a su paso, y entonces ella giró la cabeza y fijó la vista en mí, una última vez, con la agonía dibujada en los ojos; luego desapareció.

La carrera de cuadrigas puso punto final a los juegos fúnebres; los capitanes y los reyes se fueron, y Aquiles volvió a presidir la mesa, él solo.

Hubo un tiempo en el que yo seguía con los ojos cada uno de sus movimientos, veía cómo le cambiaba la expresión de la cara; pero ahora le tenía miedo. Estaba delante de un hombre que había dicho dos veces que mejor me querría muerta, una, a la cara; y la otra, en presencia de todo el ejército. No creía que fuera a matarme, pero sí pensé que me vendería a algún tratante de esclavos. Hacía tiempo ya que había perdido para él toda importancia como premio de honor. Así que iba con la cabeza gacha por las mesas y llenaba las copas, una detrás de otra, hasta que podía escapar e irme a la cama.

A los hombres se los veía cariacontecidos; la misma pena de Aquiles empañaba aquel encuentro. A mí, él pena no me daba ninguna. Y aunque sí penaba por Patroclo; era una aflicción curada a base de amargura. Era cierto que había sido un hombre bueno, que a mí me había tratado bien, pero lo habían incinerado con todos los honores del hijo de un rey. Mientras que a mis hermanos los habían dejado pudrirse a la intemperie.

Ya he dicho que evitaba mirar a Aquiles, pero era consciente en todo momento de su presencia, sentado a la mesa que un día compartiera con Patroclo, en aquel salón abarrotado, rodeado de hombres que lo adoraban, completamente solo.

Igual que yo. Con la muerte de Patroclo y la partida de Ifis, estaba más sola que nunca. Hasta el mismo instante en que se llevaron a Ifis, yo habría dicho que estaba inmunizada contra toda pérdida, sin embargo estaba claro que no, porque la echaba de menos horros. Me llevaba bien con casi todas las mujeres que vivían en el recinto de Aquiles, pero con nadie más tenía una relación tan estrecha, ni quería tenerla. Lo que hacía era ocupar mi sitio en el telar, escanciar el vino en la cena, arrastrar los pies por toda la extensión de la playa, poner cara de circunstancias, no esperar nada ya de la vida. Acabada la cena, volvía a la cabaña de las mujeres, ocupaba la cama que había compartido con Ifis y me tapaba la cabeza con las mantas.

Entonces —calculo que habrían pasado cuatro o cinco noches después de los juegos fúnebres—, acabó aquel tiempo de funesta calma. A la hora de la cena, nada más servir la primera ronda, Automedonte hizo señas para que me acercara a él y me dijo que Aquiles mandaba llamarme esa noche.

Me empezaron a temblar las piernas. No sabía si tenía que seguir escanciando, o debía dejar la jarra y acudir en el acto. Automedonte no me dio indicación alguna y se marchó, sin más. Como no sabía qué hacer, seguí

sirviendo vino hasta que acabó la cena y abandoné con sigilo el salón. Me peiné los cabellos, me mordí los labios, me pellizqué ambas mejillas y fui a sentarme al pequeño cuarto en el que me depositaron la noche que llegué al campamento. Recuerdo que entonces pasé la mano por la colcha de lana, recorrí el bordado con las yemas de los dedos, como si aquella huida por bucles y espiras me llevara a no tener que pensar ni sentir nunca más. Luego entró Patroclo y me dio una copa de vino. Y la noche siguiente, y casi todas a partir de aquella, Ifis había estado allí conmigo.

Ahora no tenía con quién consolarme. Tiritaba, sentada en la cama, hasta que oí voces afuera, en el pasillo —Automedonte y Alcimo iban a tomarse una última copa de vino con Aquiles—. Miré por una grieta de la puerta y vi vacía la silla de Patroclo. No estaban los perros, y eso me sorprendió, porque solía verlos tendidos al lado del fuego; pero entonces me acordé de que Aquiles los había sacrificado en la pira de Patroclo. Ay, me imaginé la escena. Seguro que los llamó, dándose golpes en los muslos, diciendo: «¡Toma, chico! ¡Toma!». Y se acercaban a él, arrastrándose por el suelo, sin dejar de mover la cola, relamiéndose, nerviosos; conscientes de que algo malo iba a pasar, pero obligados a acudir a su llamada de todas formas. Puede que, después de todo, Ifis tuviera que dar gracias; porque a ella la ofrecieron como primer premio de una carrera de cuadrigas, pero a los perros les cortó el gaznate.

Cesó por fin la conversación en la habitación de al lado. Automedonte y Alcimo se despidieron hasta el día siguiente. Un largo silencio sucedió a su partida, o, al menos a mí, me pareció largo. Luego, oí pesados pasos acercándose a la puerta. Muy despacio, Aquiles la abrió, y la rendija de luz fue ensanchándose hasta cubrir el suelo del cuarto. Me miró y señaló sus aposentos con un movimiento de la cabeza.

Lo seguí dentro, me senté todo lo lejos que pude de él. La silla vacía de Patroclo dominaba la habitación. Comparado con aquella ausencia clamorosa, hasta Aquiles resultaba un ser de poca sustancia. La lira estaba guardada, como una crisálida, arrojada en un paño aceitado, encima de la mesa, al lado de la silla que ocupaba él, pero no la cogió. No lo había oído tocar desde que volví a su recinto.

El silencio me oprimía el pecho y me dejaba sin respiración. Cuando ya no pude resistirlo más, dije:

—¿Por qué no la tocas?

—Imposible. No podría.

En la cama, a oscuras, la lira era yo. Me sobó, chupó mis pechos como si intentara recordar qué lo había excitado tanto de mí. Así estuvo varios minutos, luego me montó y quiso meterme la polla floja dentro. Yo bajé una mano, apreté y acaricié, con la idea de ayudar, mas no ayudé, sino que lo puse todo peor. Me daba miedo pensar lo que podría acarrear el fracaso; no para él, ¡para mí! Cuando quedó claro que no iba a pasar nada, soltó un gruñido y se volvió de espaldas. Me deslicé por el lecho y me metí su polla en la boca, chupándosela sin parar, como si acabara de descubrir una pera de lo más jugosa; pero, por más que lo intenté, siguió tan flácida como la de un bebé.

Pasado un rato, lo dejé por imposible y me eché de espaldas, a su lado. Sabía que cualquier cosa que dijera podía provocar su cólera, así que nada dije. De lo quieto que estaba, podría haber estado dormido, pero yo sabía que seguía despierto por cómo respiraba.

—¿Quieres que me vaya?

Por toda respuesta, se puso de lado y me dio la espalda. Salí del lecho con cuidado y busqué a tientas la ropa. Casi se había apagado el fuego, los candiles estaban en las últimas. Di con la túnica y me la puse, rápido, del revés, tal y como descubriría más tarde, y fui palpando la pared hasta encontrar la puerta. No sabía dónde había dejado las sandalias y me daba miedo seguir allí y ponerme a buscarlas. En la terraza, me quedé parada un momento, respiré largo y tendido. Volver a los barracones de las mujeres tan pronto dejaría a las claras delante de todas que había incurrido en su disfavor, si es que no lo sabían ya. Nadie haría sangre con eso, pero todas tomarían nota. Y sabía de al menos dos chicas que harían lo posible por ocupar mi puesto.

Me traía sin cuidado si otra chica se convertía en su favorita. Era solo que el mercado de esclavos se había vuelto una realidad más próxima, y eso sí que me preocupaba de veras. Me dije a mí misma que tampoco había estado tan mal la cosa. No me había pegado, ni pagó su frustración conmigo. Es más, no hizo nada de lo que podía muy bien haber hecho. Así que me rodeé el busto con los brazos, y así abrazada, me mecí de un lado para otro. Luego, cuando más o menos había logrado calmarme, eché a andar por la arena dura en dirección a los barracones de las mujeres, en plena noche, descalza.

No puede dormir. No puede comer, no puede dormir, no puede tocar la lira... y ahora, por lo que parece, ni follar puede... ¡Es un inútil! Se da la vuelta de un lado, luego del otro, tira de las mantas para taparse la barbilla, las aparta de nuevo, extiende los brazos y las piernas hasta que ocupa las cuatro esquinas de la cama, adopta la posición fetal, como un ovillo... y en ningún momento deja de pensar en Patroclo. Aunque no es pensar; es puro anhelo. La forma que tenía su cabeza, esa hendidura pequeña justo debajo del puente de la nariz, la sonrisa torcida, los anchos hombros, la cintura estrecha, el olor a galleta tostada que exudaba su piel. Lo bien que estaban juntos.

Ignoraba que la pena pudiera ser así, tan parecida al dolor físico. No para quieto. ¿No debería habersele pasado un poco ya? Hizo lo que le había prometido, mató a Héctor, les rebanó el cuello a doce jóvenes troyanos e hizo de sus cuerpos yesca para alimentar la pira funeraria de Patroclo. Pasó un rastrillo por las cenizas todavía calientes y recogió los huesos carbonizados del amigo, sin olvidar ni uno, hasta los huesecillos de las falanges y los más pequeños de los pies, y los enterró en una urna de oro lo bastante grande como para albergar sus propios huesos cuando llegue la hora, algo que ojalá no tarde mucho.

Comprende ahora lo que ha estado haciendo: buscándole las vueltas a la pena. Porque tanta y tan frenética actividad ocultaba la esperanza de que, si mantenía todo lo prometido, cesaría el dolor. Pero empieza a darse cuenta de que el dolor no conoce de rodeos. No hay manera de evitar la agonía, ni de que pase más aprisa. Lo tiene atrapado entre sus zarpas y no va a soltarlo hasta que no tenga bien aprendida la lección.

Cuando, por fin, logra quedarse dormido, cae de golpe en el mismo sueño de siempre, el sueño que tiene cada noche. Está en un túnel oscuro. Avanza a tientas, tropieza una y otra vez contra voluminosos bultos que apenas ve en la penumbra. Pisa uno y nota un vientre flojo debajo del pie. No ve lo que pisa, y no hay forma de saber si las caras son griegas o troyanas; y en un sitio así, un ámbito funerario como ese, horro de luz y de color, apenas si importa. Quiere pensar que está en el sótano de un palacio, puede que el palacio de Príamo. Eso vale tanto como decir que han tomado Troya y que, pese a lo mal que se lo ha puesto su madre siempre, ha vivido para verlo, para ser parte de esa victoria; y ahora está en este sótano, buscando a las mujeres que, muertas

de miedo, se han escondido aquí abajo. Sabe que están aquí, le parece oír, de vez en cuando, el frufú de una túnica; y también huele su miedo.

Hace lo imposible por creerlo a pies juntillas, aunque el pelo erizado de su cabeza le dice que esto es el Hades y que las formas que lo rodean son los bultos de los muertos.

Así que centra toda su atención en la vida que le bulle dentro del cuerpo: tensa los brazos, flexiona los músculos, respira hondo, más hondo, aunque le duela. Poco a poco, según va avanzando, clarean las tinieblas. Al cabo, hay luz suficiente, y logra ver el alcance de la desolación que lo rodea. Yacen los cadáveres a montones, como fardos de ropa vieja, hinchados los vestidos que los cubren. ¿Son troyanos o son griegos? Sigue sin tenerlo claro todavía. Se acerca para inspeccionarlos, aparta los pliegues de las capas y las mantas, sacude algunos hombros y brazos, incluso, intenta despertarlos, porque lo puede la soledad de aquí abajo, lo puede la soledad de ser el último entre los vivos. No halla respuesta. Lo miran las caras renegridas, los ojos, más vacíos que los de los peces muertos, en sus cuencas sin párpados. Ay, cuánta falta les hace el fuego a estos hombres, el poder purgativo del fuego, y, si pudiera, yesca les daría. Aqueos o troyanos, nadie se merece que lo dejen en este pudridero, insepulto y sin el duelo que merece. Entonces, según los toca con el dedo, uno se levanta y fija en él una mirada lastimera de reconocimiento...

«Amigo», dice.

Y sabe en el acto de quién se trata. Es Licaón, el hijo de Príamo. Ese al que no ha logrado quitarse de la cabeza.

«No te conozco», quiere decir, pero es el esfuerzo de mover los labios lo que lo despierta.

Se incorpora en el lecho y, sentado, mira a su alrededor con los ojos fuera de sus órbitas, horrorizado por si ha traído de vuelta a la vida a ese muerto viviente y pestilente. Deja caer la cabeza sobre la almohada, pero no sin antes haberse asegurado de que nada acecha entre las sombras. Huele el miedo que rezuma su sudor, tiene las ingles empapadas. Tiembla un instante, al pensar que puede que se haya meado encima, como le pasaba aquel invierno aciago que lo abandonó su madre. Pero no. Palpa la sábana que tiene debajo y no hay orín; es solo sudor. Retira un poco las mantas para que le dé el aire en la piel.

¿Por qué Licaón? Si ha matado a docenas de hombres desde la muerte de Patroclo, cientos desde que empezó la guerra, ¿por qué de entre toda esa carnicería, en ese mar de sangre, tenía que salir a flote precisamente ese hombre? Es la palabra esa, «amigo». Lo encolerizó en su día, y no se le ha borrado de la mente desde entonces. Lo cierto es que Licaón en sí no ofrecía

nada digno de recordar; más bien al contrario: parecía una rata ahogada la primera vez que lo vio, cuando salió del río a gatas, sin armadura —que se había quitado para no acabar en el fondo—. Venía el agua crecida y se llevaba con ganas todos los cadáveres que Aquiles arrojaba en ella, con un cacareo de espumas, según los recogía en su apresurado seno.

Aquellos escasos minutos fueron un respiro de la batalla para Aquiles, casi sin tiempo apenas para recobrar el aliento. Pero, largo o corto, el descanso tocó a su fin, y allí estaba aquello, lo que fuera, ese gusano, la larva esa, la rata ahogada que se hacía pasar por un hombre y no llevaba casco, ni escudo, ni lanza siquiera, porque se había deshecho de todo con tal de aferrarse, desesperado, a la vida. Subía, la cosa aquella, a cuatro patas por la orilla fangosa. Aquiles no dijo nada, se limitó a esperarlo, afilando su perfil de depredador más cruel, al acecho, dándole al pobre desgraciado tiempo para que lo reconociera y se echara a temblar.

Había que reconocerle a Licaón el mérito de que no echara a correr, aunque tampoco tenía adónde ir, atrapado entre el río, detrás de él, y Aquiles, delante de él. Lo que hizo la cosa aquella fue correr hasta él, agarrarse a las rodillas del pelida y suplicar que le perdonara la vida. Dijo que para nada era el hermano de Héctor, de verdad que no, aunque bueno, sí, se podía decir que sí, hermano de padre, pero de otra madre, y, además, a Héctor... pues ¡casi ni lo conocía! Y no había tenido nada que ver con la muerte de Patroclo. Ten piedad, Aquiles. Piensa en lo que haría tu amigo, ese amigo tuyo tan bueno, amable, valiente y delicado.

Esa palabra.

Pues muérete, amiguito, dijo él. ¿A qué viene tanto remilgo? Patroclo está muerto y era mil veces mejor que tú y más hombre.

Levantó la espada, la clavó en aquella garganta joven y tersa, justo encima de la clavícula, y le metió la espada hasta la empuñadura. Licaón cayó de bruces, y la sangre roja le salió a borbotones, hasta formar un charco en el cieno. Todavía se debatía entre espasmos cuando Aquiles lo cogió de un tobillo y lo tiró al río. Y allí quedó flotando unos minutos, con la cota hinchada de agua, hasta que la corriente lo cogió y se lo llevó de allí. Aquiles siguió mirando el cauce desde la orilla, vio cómo el cuerpo desaparecía. Los peces se cebarían en la grasa reluciente del riñón antes de que llegara al mar. Sin ritos funerarios ni purificación del fuego. No había piedad ya para los troyanos.

¡Y ahora sueña con el muy cabrón todas las noches! ¿Por qué, hostia puta, por qué —ya que, según parece, tiene que sufrir el suplicio de pasar las

noches entre los muertos— no le toca soñar con Patroclo? Se zafa de las mantas, toma impulso para ponerse en pie, todo lo alto que es, y da unos pasos sigilosos hasta el espejo, donde se queda mirando un rato largo ese reflejo; mientras, en la habitación que ha dejado a sus espaldas, el espíritu de Patroclo va ganando presencia. Lo nota en el ambiente, pero ni se molesta en darse la vuelta, pues sabe que no habrá nada allí, como tantas otras veces que ha sufrido ya ese desencanto. Por lo menos, nada que ver; y, sobre todo, ningún cuerpo vivo y cálido al que abrazarse.

Se acerca más a su reflejo, tanto que empaña el espejo con el aliento.

«Pues muérete, amiguito. ¿A qué viene tanto remilgo? Patroclo está muerto y era mil veces mejor que tú y más hombre».

Nada ni nadie responde. Derrotado, vuelve a la cama dando trompicones. Huy, sí, Aquiles, el de los pies ligeros, quien un tiempo —se diría— estaba hecho de aire y fuego, ahora va a trompicones. Arrastra los pies. Torpemente. Avanza con dificultad. Tiene en el cuerpo el plomo de los muertos, y es eso lo que lastra sus pasos en la tierra.

La del alba debe de ser ya. Se convence de que no va a dormir más, coge la túnica y sale de la cabaña, derecho a las caballerizas, donde yace Héctor, bocabajo entre la bosta. Nadie osa taparlo, ni regalarlo con señal alguna de respeto. Aquel pequeño acto de rebeldía que pasó por echarle encima una sábana no ha vuelto a repetirse. Aquiles avanza por el corral, le pesan los pies, se le escurren los dedos dentro de las sandalias. Tiene el aire ese frío de antes del alba, pero su cuerpo sigue pegajoso por el sudor. Casi no parece humano, ni siquiera a sus propios ojos, así que no le sorprende ver que los caballos se mueven, inquietos, en los establos.

Prueba a respirar largo y tendido. ¿Por qué le duelen los pulmones al inhalar el aire? ¿Será que han decidido echar el cierre una semana o dos antes que él? ¿O será que le están saliendo agallas como a los peces? Eso dicen los hombres a sus espaldas. Que si agallas, que si pies de palmípedo... A ver, ¿qué esperas, si tu madre es una diosa del mar? De hecho, sí que tiene membranas entre los dedos de los pies, como los de su madre. Pero mientras que a ella se le transparenta ese pliegue de piel, en su caso, es solo algo grueso y amarillento, y se avergüenza de ello. He ahí otra cosa de él que solo sabía Patroclo: que le da vergüenza de los pies que tiene. Fue mucho de él lo que se llevó la pira funeraria con Patroclo, porque lo que ya no se comparte deja de parecer real, y puede que incluso deje de serlo.

Según se acerca, los mozos de cuadra levantan la cabeza, carraspean, asienten con respeto, aunque no hay ni un ápice de servilismo en sus miradas.

Así son los mirmidones; se los conoce en el mundo entero por su coraje, sentido del deber y ciega obediencia. Vale, lo del valor y el sentido del deber se ve a la legua... Pero ¿eso de la obediencia ciega? De eso olvídate. La sangre real no los impresiona —ni siquiera la divina— y hay que ganarse su respeto. Él sabe que se lo ha ganado una y mil veces en los últimos nueve años, sin embargo, últimamente los ha notado..., no diría que retraídos, pero sí un poco cautelosos. Y no es la ira de Aquiles lo que les preocupa —porque los hombres que son tan taciturnos por fuera suelen albergar la ira dentro—, no. Es lo rencoroso que puede ser Aquiles. Seguro que, si les preguntaran, lo que dirían sería: «Vale, te quitó a tu chica, tu premio de honor, te ha insultado... ¡pues entonces, me cago en la hostia, vámonos a casa!». No han comprendido nunca por qué los retuvo aquí, en esta mierda de playa, tocándose las narices todo el día, como si fueran abuelitas, mientras, a apenas un kilómetro, luchaban y morían hombres que hasta hace poco eran camaradas suyos.

Pero eso ya es historia, y deberían haberlo olvidado a estas alturas. Y quizá lo hayan olvidado. Puede que lo que les cueste tanto tragar es eso que lo ven hacer cada mañana.

Posa la mano en la guarnición del carro. Allí dentro, Patroclo combatió muchos años, con las riendas enrolladas en la muñeca. Lo asalta cada mañana el mismo recuerdo; cada mañana, nota la misma punzada de dolor, tan aguda que le corta la respiración. Aunque el instinto de ocultar cualquier señal de debilidad sea connatural a él, como una segunda piel. Así rodea la cuadriga, observa cada detalle, se agacha a veces para mirar debajo del bastidor del carro. Cuando termina la batalla de cada día, la cuadriga acumula tanta sangre y mugre que se atascan las ruedas. Y los mozos son unos vagos, y evitan, si pueden, limpiarlo a fondo. Huy, a los caballos sí que los cuidan bien: no cenan ellos si no les han dado antes su pienso y su forraje. Pero les importa bien poco darse un salto hasta la playa y llenar los cubos con agua de mar, aunque saben que, pasados los años, la sal corroe hasta el metal más puro. No hace más que decírselo: el agua, que sea del pozo. ¡Que no sea agua de mar! Hincado de rodillas, se lame el dedo, lo pasa por uno de los ejes y lo lleva luego a la boca. Pero no, está bien limpio.

Vuelve a la posición erecta y nota que está agotado. Como si le hubieran chupado toda la energía. ¿Podrá faltar esta mañana? ¿Podrá ausentarse, aunque solo sea hoy, volver a la cama y conciliar el sueño? Pero no, la cólera le bulle dentro, esa ira que no conoce sosiego alguno, aunque él tenga que

procurar apaciguarla a toda costa, como un mendigo, lleno de pústulas, que no para de rascarse hasta que se hace sangre y sigue sin saber dónde le pica.

No le miran los hombres; apartan los ojos de él. Se muestran ocupados todo el tiempo que está allí. Llevan cubos de agua, le sacan el lustre al metal, lo frotan con un paño, le echan el aliento, buscan el brillo perfecto, y lo vuelven a frotar. Están nerviosos pues notan que está observándolos; yerran la tarea, porque notan que está observándolos. Por eso, hace un esfuerzo y se da la vuelta. Nadie lo mira a la cara ya, como si su dolor les diera miedo. ¿Miedo de qué? ¿De que algún día tengan que soportar un dolor así? ¿O de que nunca puedan soportarlo, porque el dolor cale tan hondo como el amor cuyo sitio ocupa en el alma?

Cuando les da la espalda, trabajan mucho más rápido. Así que abandona definitivamente el corral, los deja a su labor y, cuando vuelve, diez minutos más tarde, han concluido la tarea. Las guarniciones de bronce están relucientes, y a los caballos les brilla el pelo. Los hombres aguardan, tensos, a que lo inspeccione todo. Esperan, a lo sumo, un gesto seco de la cabeza, un gruñido de aprobación; pero los sorprende con una sonrisa de oreja a oreja, una mirada que les busca los ojos; les sorprende que les dé las gracias, uno por uno, antes de tomar las riendas. Ellos asienten, dicen algo entre dientes y se retiran, caminando de espaldas. Así procede todo el mundo cuando se aleja de su presencia; lo llevan haciendo desde que tenía diecisiete años. Puede que sea un homenaje al poder que ejerce en el campo de batalla; o el miedo a su ira, o alguna razón más oscura que no quiere ni saber cuál es. Lo que hace es apoyar la frente contra el hocico del caballo, notar en la piel el aliento cálido del animal. Y ese contacto con una criatura no humana hace que casi se sienta humano otra vez.

Ahora toca ocuparse de Héctor. Tiene todavía atados los tobillos, bien sujetos, al eje de las ruedas. Comprueba los nudos, tira de ellos para tensarlos más, y solo entonces le da la vuelta al cadáver de una patada. La noche anterior, dejó entre la inmundicia del corral un amasijo sanguinolento de huesos rotos. Y esta mañana, una vez más, Héctor parece que esté durmiendo, sereno y calmo, lleno de paz (ese sueño que se le niega a Aquiles, una noche detrás de otra). Qué ganas tiene de echar atrás la cabeza y ponerse a aullar. Pero lo que hace es subir a la cuadriga y llevar los caballos de las riendas por todo el corral. El cadáver de Héctor va dando botes detrás de él contra las rodadas secas que surcan el suelo. Primero lo arrastra despacio, luego acelera, cuando sale de las caballerizas, entra en el recinto, se aleja de la playa a toda

velocidad, del campo de batalla, sube por el camino de piedra que lleva al promontorio en el que incineran a los muertos.

Qué alto subían las llamas la noche que quemó a Patroclo, cómo bullía y salpicaba la sangre de los cautivos troyanos contra los leños encendidos. Le había prometido doce jóvenes a Patroclo, y doce le sacrificó (hombres jóvenes y fuertes, el orgullo de sus familias, pero muy pasivos en la hora última, resignados, como acuden a veces los toros al sacrificio).

En el último momento, justo antes de prenderle fuego, se cortó él mismo el pelo, entró con la espada a mansalva en las espesas trenzas y se las enredó a Patroclo entre los dedos. Antes de soltar amarras rumbo a Troya, había jurado no cortarse el pelo hasta que no volviera a casa. Y en aquel postrer adiós, en el promontorio barrido por el viento, vio cómo las guedejas se retorcían, abrasadas, derretidas casi, antes de desaparecer con una crepitación de llamas azuladas. Había roto la promesa que le hizo a su padre de que regresaría con el pelo largo, y abandonaba así toda esperanza de volverlo a ver. Ya lo había dicho su madre: inmediatamente después de Héctor, iba él. Lo presente. Sabe que no va a volver a casa. Quedan unos días, semanas a lo sumo; y luego... nada.

No se ve la urna debajo del gran promontorio que los mirmidones levantaron para Patroclo, aunque él la tiene muy presente y diáfana en la memoria, igual que el día que metió sus huesos, uno a uno, dentro. Los huesos de los nudillos, que le recordaron los juegos de dados que compartían de niños; los largos fémures, que evocaban otros recuerdos en las noches de verano en esta misma playa, hace ocho años, la primera vez que arribaron a las costas de Troya; y, por último, el cráneo. Pasó las yemas chamuscadas de los dedos por toda la calavera, rodeó con ellos las cuencas oculares, vacías, recordó la carne, recordó el pelo.

Ahora, suelta un potente grito, sacude las riendas contra el espinazo de los caballos y rodea la tumba a todo galope.

Abajo, en el campamento, los que están sacando brillo a la armadura interrumpen la tarea y levantan la cabeza; los mozos de las cuadras se miran los unos a los otros, piensan en qué estado vendrán los caballos cuando regresen. Mientras piensan en eso, no piensan en nada más temible, y eso ayuda. Una y otra vez, el grito de Aquiles retumba por todo el campamento, mientras lleva a los caballos sudorosos, cada vez más rápido, dando vueltas y más vueltas al túmulo funerario.

Cuando vuelve, el cadáver de Héctor ha quedado reducido a una masa informe de color rojo, salpicada de huesos astillados. Tiene la cara desollada,

es imposible reconocerlo. Aquiles baja de un salto, le tira las riendas a un mozo que no abre ni la boca y gana a grandes zancadas el pasadizo estrecho que lleva de los establos a su cabaña. Briseida viene hasta él; y, al verla, se lleva un susto, porque se parece a Tetis en la media luz. Huele el miedo en ella y ve cómo se pega todo lo que puede a la pared para dejarlo pasar.

Cuando está en sus aposentos, vuelve al espejo. Ahora se mira cada mañana —es parte de una nueva rutina—. Aquiles sabe qué va a ver, pero necesita verlo, para demostrarse a sí mismo que no tiene miedo. El metal brillante le devuelve las heridas que él acaba de infligirle a Héctor, como sombras de su misma piel. ¿Por eso no lo miran los mozos cuando acuden corriendo a sujetarle las riendas?

Solo que entonces se desplaza un poco a su derecha, alzan el vuelo las sombras y vuelve a ser su misma cara de siempre la que lo mira. Son un efecto óptico esas marcas en la piel, pero las ve todas las mañanas y todas las noches, y cuesta creer que no sean reales.

Se echa a temblar y sale a que le dé el sol. Mira desde los escalones de la terraza el campamento que lo rodea, que empieza a despertarse. Los fuegos están encendidos, le están preparando ya la cena de esta noche. Muelen las hierbas para aderezar la carne que va a comer. Resuena el traqueteo de los telares, mientras le tejen la ropa que le viste, las mantas que cubren su cama. Dando la vuelta a la esquina, en el corral de las caballerizas, los mozos le están cepillando los caballos y sacándole brillo a la cuadriga, y pronto llegará Alcimo, para darle los últimos toques a su armadura. Todo lo que ve lo tiene sometido a su control.

Pero cada mañana, hay una fuerza que lo empuja a subir con el carro a la tumba de Patroclo y rodearla, una y otra vez, a ultrajar el cadáver de Héctor, y, al hacerlo, en un proceso que comprende perfectamente, a atraer sobre sí la deshonra. Y no tiene ni idea de cómo detener nada de todo ello.

Después de aquella noche tan desastrosa, no esperaba que Aquiles me volviera a llamar, pero me llamó. Apenas pasadas dos noches, de hecho.

Entró en sus aposentos, después de no haber probado la cena casi, y pidió más vino; pero se quedó sentado mirando el fuego, sin beber de la copa que le escancié. Automedonte y Alcimo carraspearon, se movían inquietos en sus asientos. La silla vacía de Patroclo seguía dominando toda la estancia.

Aquiles les dejó que se fueran antes de tiempo, aunque a mí me dijo que me quedara. Yo temía la noche que se avecinaba y me senté en la cama, a esperar. Pero cuando, finalmente, se levantó, no fue para desvestirse, sino que cogió unas tijeras de un cofre labrado que había en un rincón. Le dio la vuelta a la silla y la arrastró hasta el espejo, me entregó las tijeras y sostuvo en alto las puntas destrozadas de sus cabellos. «Toma», dijo. «A ver si puedes arreglarlo».

No me lo esperaba. Cogí las tijeras y busqué con la mirada algo que ponerle sobre los hombros. Como había dejado en el suelo, al pie de la cama, la cota que llevaba debajo de la armadura, le eché eso por encima. Luego, cogí un mechón de cabello entre los dedos y empecé a cortárselo. Era una sensación extraña, la de tocarlo así; en cierto sentido, más íntima que el sexo. Me sentía incómoda, pero, después de titubear unos instantes, acabé dejándole el pelo bastante bien. Las tijeras estaban afiladas, y eso ayudaba. Muy pero que muy afiladas. Le metí las manos en el cabello para comprobar que no tenía trasquilones y, de repente, sin previo aviso, lo vi en el suelo, rodeado de un charco de sangre, con las tijeras clavadas en el cuello. La visión —si es que era eso— hizo que me detuviera, y quedé allí de pie, con ganas de vomitar. Cuando levanté la cabeza, vi que no me quitaba ojo.

—Hazlo —ordenó—. ¿Qué te detiene?

Nos miramos o, más bien, se miró nuestra imagen en el espejo. Hubiera querido decir: «Me detienen tus amados mirmidones, que me torturarían hasta morir si lo hiciera». Pero comprendí que cualquier cosa que dijera podía volverse contra mí, así que bajé la cabeza y seguí cortando; y esta vez puse cuidado en no parar hasta que no acabé del todo.

Desde aquel día, él siempre pedía que me quedara después de la cena, aunque nunca me pidió que pasara la noche con él. Digo «pedir» por pura costumbre, porque «pedir» no era la palabra.

Automedonte y Alcimo solían estar allí también, aunque los despachaba enseguida. En algún momento entre su partida y la hora de irse a la cama, cogía una antorcha y me decía a mí que cogiera otra y lo acompañara a ver el cadáver de Héctor, vencido entre la porquería del suelo. Lo que solía hacer era darle la vuelta con el pie, y, cuando lo tenía de espaldas, le acercaba la antorcha a la cara y se la examinaba. Habían pasado doce horas desde la última vez que lo llevó a rastras alrededor de la tumba de Patroclo, pero los rasgos habían vuelto a la cara, sin que le faltara ni uno. Hasta los ojos quedaban dentro de las cuencas, y él le alzaba siempre los párpados para asegurarse. Cuando se ponía derecho otra vez —y era este el momento que yo más temía—, las heridas que le había infligido a Héctor las tenía estampadas en su propio rostro.

Había veces que acababa ahí la cosa. Otras, comprobaba que la cuerda estaba firme entre los tobillos de Héctor y la cuadriga, y salía arrastrándolo una vez más, dando vueltas a la tumba de Patroclo en plena noche. Aquellas noches, yo buscaba cobijo en los aposentos, atenta a cualquier ruido que indicara su regreso, sumida en un estado de terror absoluto, aunque no es que temiera por mí, era solo la falta de humanidad que veía en él lo que temía. Me inspiraba... iba a decir pena y terror. Pero jamás sentí pena por él. Pena era un sentimiento que no casaba con Aquiles, no la inspiraba y tampoco la sentía. Pero pánico sí. Y yo no era la única. Automedonte y Alcimo, que lo querían y habrían hecho todo lo posible por ayudarlo de haber estado en su mano, le tenían hasta más miedo que yo.

Pero estaban atrapados, igual que él, en una espiral de odio y venganza sin fin. Y, si ni siquiera ellos, que jugaban con ventaja, podían salir de ahí, ¿qué esperanza me quedaba a mí?

Se sienta cada noche él solo a la mesa que solía compartir con Patroclo. La hora de la cena es un suplicio para todos, porque nadie puede comer hasta que no coma él, y él ha perdido por completo el apetito. No obstante, hace lo que puede, se obliga a masticar a mandíbula batiente, fingiendo las ganas, aunque no siempre puede tragar lo que mastica. Lo que hace es escupir con disimulo las bolitas de carne ensalivada en la palma de la mano y esconderlas debajo del borde del plato. Alcimo y Automedonte son los que lo atienden y toman luego una copa con él, aunque los nota cada vez más nerviosos según avanza la velada. Sin duda, lo que quieren es quitárselo de encima, volver con sus amigos a tomar más copas, o acostarse con su chica favorita. ¿Tendrá cada uno su chica favorita? No tiene ni idea. Patroclo seguro que estaba al tanto de eso.

En cuanto sirven el último plato, les hace gestos a Automedonte y a Alcimo para que se vayan. Lo pone nervioso tenerlos tan encima todo el rato, aunque, para ser sinceros, no hay nada que reprocharle a ninguno de los dos; el único defecto que tienen, aunque es grande y sin remedio para él, es que no son Patroclo. Sobre todo, Alcimo es un chico guapo, de buen corazón, leal, valiente, para más inri, y buen guerrero. Puede que sea un poco tonto, pero nada que no pueda curar el tiempo. Automedonte es distinto: alto, fibroso, un auriga de primera, pero, con esos labios tan finos, da como cosa mirarlo, le falta gracia y le sobra sentido del deber. Estaba allí cuando murió Patroclo. Fue él, y no Aquiles, el que sostuvo al moribundo entre sus brazos; él, y no Aquiles, vio cómo entregaba su postrer aliento. Él, y no Aquiles, combatió contra los troyanos que querían llevarse a Troya el cadáver de Patroclo. Y, por ello, Aquiles le tiene que estar eternamente agradecido a Automedonte y no puede permitirse que sospeche, ni siquiera por un segundo, todo el rencor que le guarda. «¿Por qué tuvo que ser él y no yo?», se pregunta, una y otra vez, como si, de tanto preguntarlo, fuera a hallar un día una respuesta distinta y pudiera liberarse, al fin, del peso de la culpa.

Alcimo y Automedonte son los que le hacen compañía ahora. Gracias a ellos, nunca está solo; y, precisamente porque no son Patroclo, nunca está tan solo como cuando está con ellos.

Se agarra a los brazos labrados del sillón —acabados en sendas cabezas de pantera, finamente bruñidos—, hace lo imposible por sacudirse el torpor,

levantarse de la mesa y darle así permiso a todo el mundo para retirarse. Sin embargo, justo cuando va a levantarse, ve que hay un revuelo en el otro extremo de la sala —ni siquiera es un tumulto, solo un pequeño alboroto—. Han abierto la puerta que da a la terraza, y entra una corriente de aire nocturno. Parpadean las antorchas, el humo se estremece, nota el aire frío en los párpados... y entonces, de repente, ve que viene hasta él un anciano de pelo blanco, apoyado en un báculo, pero erguido. «Mi padre», piensa. Aunque escapa a su magín por qué su padre iba a arriesgarse a hacer la travesía por mar para venir a verlo —jamás lo había hecho antes—. Además, cuando lo tiene más cerca, salta a la vista que aquel anciano no se parece en nada a Peleo.

Es como si nadie más se hubiera percatado de su presencia, y eso le da un extraño cariz a ese momento, lo hace casi extraordinario, más allá del orden aparente de las cosas.

El anciano tarda en llegar a su lado. No cabe ninguna duda de a quién ha venido a ver, porque no aparta los ojos de Aquiles. Debe de ser un labrador, alguien del pueblo llano, a juzgar por el paño áspero de la túnica que viste y el báculo sin desbastar que le sirve de apoyo, aunque es cierto que no camina como un campesino. Aquiles empieza a albergar en la mente la oscura sospecha de quién pueda ser, pero apenas si llega a eso, porque sería todavía menos probable que la no anunciada llegada de su padre. No, no es que fuera poco probable, es que sería imposible.

El hombre llega hasta donde está él, lo tiene a apenas un metro; y luego, con un crujido en las articulaciones que delata la artrosis, se pone de hinojos y le agarra a Aquiles las rodillas, en la postura del suplicante. Por un momento, nada se mueve, aunque dos o tres de los hombres intercambian miradas de asombro. Y, entonces, le habla el anciano a la cara, sin alzar la voz, como si no hubiera nadie más presente, solo Aquiles y él, nadie más en el mundo, quizá. Aquiles nota que se le eriza el pelo de la nuca, recién rapado. Le parece que está viendo esta escena desde algún punto del futuro lejano, inimaginable. Se ve a sí mismo en un sillón que es como un trono, con un hombre de pelo blanco, hincado de rodillas a sus pies. Helos aquí, fijados en el tiempo, no ya ahora, sino por los siglos de los siglos.

Una voz lo trae de nuevo al presente con una sacudida.

—Aquiles. —El viejo tiene la respiración entrecortada, como si solo decir ese nombre ya lo dejara sin fuerzas—. Aquiles.

Lo llama por su nombre, sin más; no antepone título alguno. Por mucho que lo tenga arrodillado a sus pies, en indigna postura, está asumiendo cierta

igualdad en el trato. Nota que cierra las manos en sendos puños, pero es solo un impulso; no se siente amenazado. Aquiles sabe que podría destazarlo con las manos, como el que parte entre los dedos un pollo que se ha pasado al fuego. Y, sin embargo, tiene bastante miedo...

—Príamo.

Susurra el nombre, para que no lo oigan los hombres que están cerca, y es el mero hecho de decirlo lo que cuaja en su cabeza con la contundencia de lo consumado y le provoca en el acto un acceso de ira.

—¿Cómo cojones has entrado?

Ya tiene a los ayudas de cámara en pie, a su lado. Todas las caras reflejan culpa y consternación. Siguen sin saber quién es; solo saben que no debería estar allí. No tendría que haber entrado en el recinto con tal libertad y, mucho menos, haber accedido por su propio pie al salón, haber llegado hasta Aquiles sin obstáculo, tan cerca de él que lo puede tocar, tan cerca, si nos ponemos así, que podría hasta matarlo...

Aquiles levanta una mano, y ellos, a regañadientes, con un gruñido parecido al de los perros cuando rodean a su presa, se retiran.

Príamo está llorando ahora. Un llanto convulso y silencioso le llena las mejillas de lágrimas que la barba blanca engulle.

—Aquiles.

—No hace falta que lo repitas, ya sé quién soy. —¿De veras lo sabe? Porque esta intrusión lo ha descolocado tanto que no está tan seguro—. Te he hecho una pregunta: ¿Cómo has entrado?

—No lo sé; imagino que he sido guiado.

—¿Por un dios?

—Me parece que sí.

—¡Ya! ¿Me lo tengo que creer? ¿No habrás sobornado a la guardia?

—No, nada de eso. —Príamo lo dice como sorprendido de que se le pudiera pasar algo así por la cabeza—. Al entrar, oí lo que dijiste.

—No dije nada.

—Sí lo dijiste. Dijiste: «Padre».

Aquiles se estruja los sesos, pero tiene la mente en blanco. Sí que pensó lo de «padre», pero está casi seguro de que no lo dijo en alto; y el hecho de que Príamo le haya leído el pensamiento acentúa la extrañeza de este encuentro.

—Tu padre tiene que ser ya muy mayor. No creo que sea mucho más joven que yo.

—Él no es como tú. Él está... fuerte.

—Llevas nada menos que nueve años fuera de casa, Aquiles... Cuando vuelvas, lo hallarás cambiado.

«No voy a volver».

Tiene que hacer un esfuerzo para no decirlo en alto. Y qué raro, porque no lo hace por tener delante la presencia de aquel viejo, que es su enemigo, sino por las caras que los rodean, enrojecidas, sudorosas a la luz de las antorchas, las caras de los que son sus amigos. A quienes no se atreve a decirles la verdad es a ellos.

—Te echará de menos. Aunque, al menos, él tiene el consuelo de saber que estás vivo... Mi hijo está muerto.

Aquiles se remueve en el asiento.

—¿Qué es lo que quieres?

—Quiero a Héctor. Quiero llevarme a casa el cadáver de mi hijo.

Caen las palabras como piedras en un pozo tan profundo que uno podría pasarse toda la vida esperando a que impacten en el agua. Aquiles no lo hace aposta. Si pudiera, hablaría.

—He traído un rescate. —Se nota que Príamo emplea toda la fuerza que puede contra el muro que le pone delante un Aquiles silencioso—. Puedes ir a verlo tú mismo (está afuera, en un carro...) o manda a alguno de tus hombres... —Príamo mira en derredor, al corro de caras hostiles, y, por un instante, le flaquea la voz. Pero entonces, levanta la cabeza—. Dame a mi hijo, Aquiles. Piensa en tu padre, que es ya viejo, como yo. Haz honor a los dioses.

Silencio aún.

—Tienes un hijo, Aquiles. ¿De qué edad?

—De quince años.

—O sea que casi ha cumplido ya la edad de combatir.

—Todavía no. Está en casa, con su abuelo materno.

—Seguro que está deseando venir a Troya. A luchar al lado de su padre, a probar su valor... Pronto vendrá. ¿Cómo te sentirías, Aquiles, si fuera tu propio hijo muerto, insepulto, el que yaciera dentro de mis murallas?

Aquiles niega con la cabeza. Príamo se aferra a sus rodillas con más fuerza, le clava los dedos.

—Hago lo que ningún hombre ha hecho nunca antes: besarle las manos al hombre que mató a mi hijo.

Aquiles nota el roce de los labios finos y secos en el dorso de la mano, y la sensación le provoca en el acto un ataque de cólera. Lo que quiere es arremeter contra este saco de huesos y mandarlo a la otra punta de la sala de

un empujón. Le tiembla todo el cuerpo, no hay ni un músculo que no se le tense, pero logra tener las manos quietas. Eso sí, cuando agacha la cabeza y fija la vista en ellas, no las reconoce. Ya eran grandes antes, como corresponde a las manos de un guerrero, avezadas, desde pequeño, en el manejo de la espada y la lanza, pero es imposible que hayan sido siempre así de grandes. Recuerda que le pasó lo mismo el día que murió Patroclo. Prueba a flexionar los dedos, pero eso lo pone todo peor. Está cada uña enmarcada entre dos cutículas rojas. Es sangre que no sale por mucho que la frote.

Vuelve a sentir entonces que las manos son suyas. Aparta a Príamo con ellas, pero con delicadeza, y nota el filo de las clavículas del anciano debajo de la túnica. Entonces se tapa la cara y llora por su padre y por Patroclo, por los vivos y los muertos. Y Príamo, aferrado todavía al brazo del sillón de Aquiles, llora por Héctor, y por todos sus otros hijos, muertos en esta guerra interminable.

Están cerca estos hombres, tan cerca que se tocan casi, pero su pena es paralela, no compartida.

Los que los rodean no paran de pie, tosen, inquietos. Ya saben todos quién es el viejo, aunque no acaban de creérselo. Automedonte va hasta la puerta, convencido de que va a hallar un contingente de guerreros troyanos allí apostados, porque es imposible que Príamo haya venido desarmado y solo. ¿Cómo va a llevar el rey de Troya él solo un carro al abrigo de la noche hasta las mismas entrañas del campamento aqueo? ¿Así, sin bandera blanca, sin tener garantías ni derecho de paso? No, no es posible; por lo menos habrá traído una guardia con él...

Pero vuelve dentro a los pocos instantes, diciendo que no con la cabeza. Allí afuera no hay nadie; solo un carro de mulas, con la carga tapada por una lona.

Se estrecha el corro de los que rodean a Aquiles, pero él le hace señas a Automedonte para que no les deje acercarse más. Al instante, Automedonte abre los brazos y los empuja a todos; y lo mismo hace Alcimo, clavado al suelo hasta ese mismo instante, con la boca floja del susto. De tal manera que, entre los dos, hacen sitio para Aquiles y Príamo. Los demás quedan reducidos a un círculo de caras murmurantes, y la luz de las antorchas proyecta sus sombras sobre el techo y las paredes, pero sigue sin ser suficiente. Aquiles remeda con ambas manos el gesto de empujar a la gente. Automedonte rompe inmediatamente el corro y empieza a echarlos.

—No pasa nada —dice una y otra vez, mientras los conduce, como al ganado, a la puerta—. Ya veis que no pasa nada...

Los hay que se hacen los remolones y miran por encima del hombro, sin dar crédito todavía a sus ojos, pero Automedonte recurre a la persuasión y a las manos para empujarlos más allá del umbral. Afuera, según se van dispersando, llegan voces que preguntan:

—¿Será él?

Y otras aun:

—Sí, pero menos mal, ¿no? Porque podía haber entrado con un cuchillo.

—Y a lo mejor lo lleva todavía encima. Nadie lo ha cacheado al cabrón del viejo.

—¿Qué cojones hacían los centinelas?

—Los habrán sobornado.

Poco a poco, las voces se pierden en la noche.

Reina el silencio en la sala, y Aquiles tiende la mano y levanta con cuidado a Príamo, hasta que lo tiene de pie, delante de él. A Príamo le han sonado las rodillas cuando se esforzaba por levantarse; luego sonrío, como hacen los viejos, que aceptan pesarosos la pequeña humillación.

Aquiles le acerca una silla.

—Venga, siéntate. Y pierde todo cuidado, que te podrás llevar a tu hijo. Aunque eso será mañana. Esta noche no.

Pero Príamo no quiere sentarse ni atado. Ha llegado de repente al límite de su aguante y está fuera de control, irascible, como un niño pequeño al que se le ha pasado la hora de irse a la cama. Quiere ver el cuerpo de Héctor, y lo quiere ver ahora, no mañana. ¡Ahora mismo! Quiere tocarlo, arrojárselo en lo que sea que encuentre a modo de sudario y llevarlo a casa. Le quiere dar a la madre de Héctor el único consuelo que le queda: preparar el cadáver de su hijo para la incineración. Le sube la sangre a las mejillas, está eufórico, se vuelve hasta temerario, porque ha sobrevivido, ha entrado en el campamento enemigo, derecho a la sala de Aquiles y ha sobrevivido; cosa esta que no esperaba, y es que, sí, las leyes de hospitalidad son sagradas, pero a él no se le aplican; es un intruso, no un invitado. Y, aunque hubiera sido un invitado, ¿qué son las leyes de hospitalidad para un hombre como Aquiles, que ha roto todas las leyes escritas sobre la faz de la tierra?

En su fuero interno, Príamo teme que el cadáver de Héctor haga tiempo ya que sea pasto de los perros, y que Aquiles lo esté toreando a él, a Príamo, a saber con qué cruel propósito. Así que no piensa sentarse, de ninguna manera. ¿Cómo va a sentarse a charlar con el verdugo de su hijo, mientras, en algún

rincón de ese mismo recinto, yace el cuerpo de Héctor, ultrajado, como poco, y puede que reducido a un montón de huesos rodeado de perros que se lamen? «¡No, no y no!».

—No me pidas que me sienta, Aquiles, cuando mi hijo está ahí fuera, insepulto. Devorado por los perros, según temo.

Es la primera vez que la irascibilidad le confiere a su voz la condición que realmente tiene, la de un viejo achacoso.

El ataque de ira es fulminante.

—¡Que te he dicho que te sientes! —A Aquiles se le marca una vena en la sien, como si tuviera un gusano debajo de la piel—. Si se lo hubiera dado a los perros, no tendrías nada que llevarte a casa. Y habría tenido todo el derecho del mundo a hacerlo, porque ese era el fin que Héctor tenía previsto para Patroclo. Y, lo que es más: tú le habrías consentido hacerlo. No me digas que no; sé que se lo habrías permitido.

Hasta los dos jóvenes que forman, al parecer, la guardia personal de Aquiles dan un paso atrás. Príamo se deja caer en la silla, sin parar de temblar. Mientras, Aquiles pasea inquieto por la sala, se golpea una mano con el puño cerrado, hace por mantener la compostura, poco a poco, tomándose su tiempo. Por fin, deja su deambular y mira a Príamo, allí sentado.

—Ven, vamos a mis aposentos a tomar una copa. Tendremos más intimidad, porque aquí puede entrar cualquiera. —Esboza una sonrisa inesperada—. Tú eres buena prueba de ello, ¿no?

Pasan a las dependencias personales de Aquiles, que es quien abre paso. El fuego allí está encendido, como siempre; hay una jarra de vino lista para escanciar, platos con higos cortados en rodajas, queso, pan y miel, encima de la mesa.

—Siéntate —dice Aquiles.

Príamo se sienta sin dejar de temblar y, sin saberlo, ha ocupado el sitio de Aquiles.

—¡Briseida! —Aquiles lo grita a voz en cuello. Y, luego, le dice a Automedonte—: Dile que traiga vino más añejo. Esto es pipí de virgen. —Se vuelve a Príamo—. ¿Tomarás una copa de vino?

Príamo se oprime la boca con una mano para detener el temblor de los labios. Parece un viejo amedrentado. Pero eso es solo lo que se ve. Por dentro, por donde importa, es indómito. Aquiles ve a las claras las dos cosas: el miedo y el valor, y Príamo se gana así el mayor de sus respetos.

Alcimo y Automedonte siguen revoloteando por allí.

—Ya podéis iros —dice Aquiles—. Que no me va a pasar nada.

A Automedonte se le escapa el gesto de decir que no con la cabeza.

—Ah, y que no digan nada los hombres. Me da igual lo que tengáis que hacer, ¡pero que no se vayan de la lengua! Lo que menos nos conviene es que se sepa esto en todo el campamento.

Automedonte hace una reverencia a regañadientes y se retira de espaldas. Lo sigue Alcimo, con la boca abierta y los ojos fijos en Príamo.

Príamo mira las llamas, no mueve ni un músculo, como un ratón que ha caído en las garras de un gato. Piensa: «En fin, ¿qué es lo peor que me puede pasar?». No en vano, va a morir muy pronto. Independientemente de la guerra, le quedan... Bueno, ¿quién sabe? Está casi en las últimas. ¿Y no sería mejor morir ahora, dejar que Aquiles le diera la puntilla, y no tener que soportar semanas de mayor tormento? Pero es que quiere vivir, volver a besar a Hécuba y decirle que ha traído al hijo de vuelta a casa.

Entra una chica con un jarro de vino en la mano, duda un instante en el vano de la puerta, porque está claro que no sabe a quién tiene que servir primero. Aquiles le dice por señas que sirva a Príamo. Cuando las dos copas están llenas, la chica se retira, en silencio; desaparece entre las sombras, sin que le haya pasado desapercibido a Príamo lo bella que es. Incluso aquí, al final de sus días, delante de su enemigo, no puede evitar pararse a pensar lo que sería volver a sentirse joven y estrechar precisamente a esa chica entre sus brazos...

Aquiles toma asiento y le da un sorbo al vino, pero se muestra inquieto y vuelve a ponerse de pie.

—Tengo que ausentarme un minuto. Si necesitas algo, llama a Briseida. Enseguida vuelvo.

«Ese nombre me suena», piensa Príamo. Está convencido de que la ha visto antes, porque no es el tipo de chica que uno olvida fácilmente; sin embargo, por más que se esfuerza, no recuerda dónde.

—¿Quiere más vino, señor? —pregunta ella.

Y él piensa: «Sí, ¿por qué no?».

Aquiles vuelve a los pocos minutos. A lo mejor ha ido a comprobar que el rescate sea como tiene que ser; algo así. Va derecho al fuego y se frota las manos.

—Les he dicho que traigan comida.

—No tengo hambre.

—No, pero algo sí vas a comer... ¿Cuánto hace que no pruebas bocado?

Aquiles busca a Briseida con la mirada, pero ella se le ha adelantado: ya está poniendo la mesa.

Automedonte y Alcimo trajeron las bandejas de carne asada, las dejaron en la mesa, y Aquiles les dijo que se retiraran. Me di cuenta de que Automedonte estaba furioso, eso saltaba a la vista. Él era el primer ayuda de cámara de Aquiles, le correspondía servir a un invitado de la realeza, y debió de parecerle intolerable que fuera yo la que ocupara su sitio. Le habría dado igual, porque Aquiles se encargó de servir a Príamo, escogió las tajadas de carne más jugosas y las pasó con destreza a su plato.

Yo había dejado un candil encima de la mesa, y la luz le arrancaba brillos dorados a la vajilla. Normalmente, cuando agasajaba a un rey, Aquiles vestía alguna de las túnicas más lujosas que tenía, ricamente bordadas; pero aquella noche se puso la más basta y sosa que halló, con la clara intención de no quedar por encima de su invitado. A mí me habría encantado poder formarme una imagen de Aquiles que rayara en la brutalidad, sin ningún rasgo de civilidad ni gracia en el trato, pero él nunca fue así.

Dejé otro jarro de vino en la mesa, a la altura de su codo, y me retiré a un rincón en la penumbra.

Primer problema: Príamo no tenía cuchillo. Enseguida remediado; porque Aquiles limpió su daga con un paño de lino y se la ofreció, mientras yo buscaba a toda prisa algo para él. Sí, ya sé que puede parecer un detalle sin importancia, pero esa minucia lo cambió todo. A Aquiles se le mudó la expresión de la cara. Sabía que Príamo no venía armado, no traía espada ni lanza, ni tenía apostada a la puerta a una partida de guerreros troyanos. Pero es que entrar en las dependencias de su peor enemigo sin una mísera daga... Nadie salía de casa sin cuchillo, ni siquiera un esclavo. Aquiles olía a la legua el valor en el combate, pero nunca antes se había topado con esta clase de valor. Y, como era competitivo hasta decir basta, rayando en la locura, yo sé qué se le pasaba por la cabeza en ese preciso instante: «¿Sería yo capaz de tanto? ¿Sería capaz de hacer lo que ha hecho Príamo?».

Aquiles comió con apetito, teniendo en cuenta que era la segunda cena de la noche, pero es que casi no probó bocado en la anterior. Le corrían por las muñecas los jugos y la sangre, según cortaba la carne y arrancaba tiras con la boca. Príamo picó algún trozo, aunque no dejó plato sin probar, y alabó en todos el aderezo. Pero se le notó el alivio cuando, cumplidos sus deberes como invitado, pudo apartar de delante de sí el plato.

No oí mucho de lo que dijeron, porque hablaron más bien poco; se contentaban con mirarse, como dos amantes, o una madre y su bebé recién nacido. Por lo general, cuando un hombre le dirigía a otro una mirada sin pestañear, podía haber en ello cierta amenaza, pero ninguno se mostró incómodo al notar clavados en él los ojos del otro. Era su primer encuentro. Nueve años atrás, cuando Aquiles vino a Troya, Príamo ya estaba mayor para combatir. Veía al aqueo en el campo de batalla casi a diario; y con toda certeza, de vez en cuando, Aquiles levantaría la vista y se toparía con la figura de un anciano de pelo blanco que lo miraba desde lo alto de las murallas. No le habría costado mucho deducir que tenía que ser Príamo. Pero lo crucial era que no se habían puesto a prueba el uno al otro en combate, y puede que un escrutinio tan prolongado viniera a sustituir aquel enfrentamiento. Aunque yo creo que calaba más hondo. Era como si ocuparan ambos los dos extremos de un túnel en el tiempo —Príamo veía al joven guerrero que una vez fue; Aquiles, al reverenciado rey anciano que jamás sería—.

Estoy convencida de que Aquiles vivió aquella cena como un encuentro entre pares. Yo no lo vi así. Príamo llevaba más de cuarenta años al frente de una ciudad grande y próspera; Aquiles, a la cabeza de una manada de lobos. Pero eso hacía que fuera todavía más extraordinario verlos mojar el pan en el mismo plato. De hecho, todo en aquella velada parecía irreal, como de ensueño; e infinitamente frágil, como las burbujas que estallan cuando rompe una ola, que quedan un instante en el aire y desaparecen para siempre.

Ya al final de la cena, les llevé un plato de higos cortados, aderezados con un poco de miel, y me llenó de contento ver que Príamo comía algo. A lo mejor estaba ya tan achacoso que lo único que le hacía la boca agua era el dulce. Cuando creí que había acabado, le llevé un cuenco de agua templada aromatizada con limón y hierbas. Él se lavó los dedos y los secó en un paño fino.

Al acabar la cena, volvió a ocupar el sillón de Aquiles y se quedó allí sentado, sin apartar los ojos del vino. Nada había cambiado, y, otra vez, reinó entre los dos aquella calma tensa.

—Te lo pido por favor —imploró Príamo—. Ahora quiero ver a Héctor.

Vi que la mente de Aquiles le iba a toda velocidad. Estaría pensando en el cadáver de Héctor en el suelo duro del corral, desnudo, embadurnado de mierda de caballo. Si fuera eso lo que viera Príamo, a lo mejor se le volvía en ira todo el dolor, lo que avivaría a su vez la pena que sentía Aquiles por Patroclo y, de suyo, su propia ira. Era digno de ver el esfuerzo que hacía Aquiles por contenerse, sin parar de un lado para otro, tirando de las riendas,

como el que monta un caballo a medio domar. Debajo de su cortesía, y de algún ramalazo de algo que se parecía de lejos a la compasión, me pareció que estaba en un tris de matar a Príamo.

—Y lo verás —aseguró, de pie derecho—. Pero esta noche no. Mañana a primera hora. Te doy mi palabra.

Volvió a llenar la copa de Príamo y me indicó por señas que lo siguiera. Alcimo y Automedonte esperaban en la terraza. Yo les alumbré con la antorcha, y ellos descargaron el carro de Príamo y llevaron el rescate a los barracones que hacían las veces de almacén. Gran parte de la carga eran tejidos, ropa, y sábanas y colchas, el paño bordado que había hecho famosa a Troya. Aquiles apartó una túnica que llamaba la atención por lo delicada que era, para vestir el cuerpo de Héctor. Luego me dijo que le preparara un lecho a Príamo en la terraza, pero en la parte de atrás, donde no se lo viera desde la entrada, y que no le faltaran mantas ni nada para que estuviera cómodo.

—Toma lo que te haga falta —dijo—. Hasta las pieles de mi cama si quieres. No quiero que pase frío.

Fui a una de las cabañas del almacén y cogí pieles de buey para que sirvieran a modo de colchón. La piel de buey huele muy fuerte, por mucho que la hayan curtido, y, en circunstancias normales, habría salido de allí con las pieles a toda prisa. Pero necesitaba estar sola unos minutos. A mí también me había afectado la aparición repentina de Príamo en el salón de Aquiles, como a todos ellos. Me había quedado en blanco, pero, también, notaba que tenía los sentidos afilados. No se me iba de la cabeza la voz del anciano, sus súplicas a Aquiles, cómo le rogaba que recordara a su propio padre; y el silencio que siguió después, cuando inclinó la cabeza y le besó las manos.

«Hago lo que ningún hombre ha hecho nunca antes: besarle las manos al hombre que mató a mi hijo».

Oía esas palabras, rebotadas contra las paredes del almacén, rodeada por todas partes de la riqueza que Aquiles había saqueado de ciudades en llamas. Pensé: «Y yo hago lo que a tantas mujeres les han obligado a hacer antes que a mí. Me abro de piernas para el hombre que mató a mi marido y a mis hermanos».

Ese fue para mí el momento más abyecto; caí más bajo todavía que cuando desfilé por la explanada, medio desnuda, entre los aullidos de la muchedumbre. Fue un momento peor incluso que las horas que pasé en la cama de Agamenón; y, a pesar de todo, aquel momento de desesperación me volvió más decidida. Supe que tenía que aprovechar aquella oportunidad, por mínima que fuera. Tenía que escapar. Así que, casi al azar, escogí dos pieles

más y le pedí a Alcimo que las llevara a la cabaña de Aquiles. Eran pieles de primera calidad, fuertes y gruesas, y pesaban tanto que yo no podía con ellas.

No tardé en hacer la cama. Empléé para ello solo las mejores sábanas de lino, las almohadas más suaves, las mantas más abrigadas, y, por encima de todo ello, eché una colcha de lana púrpura, bordada con todo lujo de detalle, en hilo de oro y plata. Luego dejé una copa de aloeque bien diluido en una mesa, al lado de la cama; y un cubo a escasos metros, donde no se lo viera bien. De niña, ayudé a mi madre a cuidar de mi abuelo; conocía las rutinas de los viejos por la noche. Cuando acabé de hacer la cama, parecía talmente la de un rey, y ojalá que Príamo se sintiera así allí, rodeado de sus enemigos, pero sin que le faltaran los honores de la realeza.

Al volver a las dependencias de Aquiles, hallé a Príamo exhausto, después del peligroso viaje que había realizado, dando cabezazos delante de la copa de vino, aunque, al minuto, cuando volvió Aquiles, se sacudió la modorra de encima.

—Quiero ver a Héctor —volvió a decir Príamo, olvidando, al parecer, que ya lo había pedido antes.

—Mañana —respondió Aquiles—. Primero tienes que dormir.

Príamo se pasó una mano por los ojos.

—Sí, me vendrá bien acostarme.

Se despidió de Aquiles con un «Buenas noches» muy atento y logró ir hasta la puerta sin mayor tropiezo, pero, en cuanto salió a la terraza, empezó a tambalearse. Lo llevé hasta el rincón, y casi cayó de bruces en la cama. Se quedó un instante sentado en el borde, mientras acariciaba la colcha con las dos manos y valoraba la belleza de la tela. Entonces, soltó un suspirillo de satisfacción.

—Yo creo que no me ha hecho nunca más ilusión ver una cama en mi vida.

Le pregunté si necesitaba algo más. Entonces alzó la vista y dijo:

—¿No te conozco yo a ti?

—Nos conocimos, señor, pero hace mucho tiempo.

—¿Dónde?

—En Troya. Viví allí dos años. Elena me llevaba con ella a las murallas.

—¡Sí! Ya sabía yo que te había visto antes. Eres la amiguita de Elena. — Se le llenó la cara de contento, con el rubor de un viejo que reconoce a una figura del pasado—. En fin, ¿quién iba a pensar que te convertirías en toda una belleza?

—Ya no soy la amiga de Elena. Soy la esclava de Aquiles.

Le mudó la expresión de la cara.

—Sí, ya lo sé; llegó a mis oídos. Las mujeres sufren cuando cae una ciudad.

Yo sabía que estaba pensando en sus propias hijas, en que los conquistadores se las repartirían entre ellos cuando cayese Troya. Y Troya caería. Miré a aquel viejo frágil allí sentado, al que ya no le quedaba ningún hijo robusto para defenderlo, y supe que no había esperanza alguna.

Cuando volví dentro, vi a Aquiles de pie al lado de la mesa, con la vista fija en los platos vacíos y la mirada perdida, según me pareció. Se dio la vuelta al verme entrar.

—¿Ya está acostado?

—Sí.

—¿Duerme?

—Todavía no, pero no creo que tarde.

Daba golpecitos con los dedos en la mesa, absorto, sin duda, en sus pensamientos.

—Hay que ver, lo que ha hecho. ¿Te diste cuenta de que no tenía ni siquiera un cuchillo? —Dijo que no con la cabeza—. Venga, que hay que lavar el cadáver, y no tenemos mucho tiempo. Príamo debe salir de aquí antes del alba. Si lo encuentran, lo matarán.

Aquiles cogió una antorcha de su soporte, al lado de la puerta, y abrió camino hasta los establos; Automedonte y Alcimo nos seguían. Vi el cuerpo de Héctor, despatarrado en el suelo mugriento. Sí que era verdad que estaba sucio —no había ni un ápice en el cadáver libre de barro y mierda—, pero seguía teniendo la estatura y la forma de un hombre. Me eché a temblar de puro alivio. Porque había llegado a pensar que los dioses le gastarían una de las suyas a Aquiles, la última, y hallaría lo que, en circunstancias normales, tendría que haber quedado del cadáver después de casi una semana: un montón de grasa y huesos apenas unidos unos con otros.

Miró al suelo, asintió con un aciago movimiento de la cabeza, se puso de rodillas y metió las manos debajo del cadáver. No hizo falta decirle nada a Alcimo, que hincó la rodilla del lado opuesto e hizo exactamente lo mismo. Muy despacio, levantaron a Héctor hasta que quedó en pie, mientras Automedonte lo sujetaba por las piernas. Los caballos nos rodeaban por todas partes, piafaban y soltaban relinchos. Levanté la antorcha, y los tres hombres, así cargados, fueron arrastrando despacio los pies, hasta salir del corral y tomar el estrecho pasadizo que llevaba a la lavandería, la cabaña en la que se preparaba a los muertos para la incineración.

Cuando llegaron a la puerta, Automedonte cambió de posición, acunó la cabeza de Héctor entre las manos para que no se golpeará al atravesar el umbral. Casi me sube a la garganta un ataque de risa, de la forma más inesperada —había que ver el cuidado que estaban poniendo ahora, algo ridículo, después del ultraje al que Aquiles había sometido al cuerpo un día detrás de otro—. Los seguí dentro y encontré un soporte en la pared para la antorcha. Con un gruñido final, debido al esfuerzo, levantaron el cuerpo de Héctor hasta dejarlo en la losa de piedra y dieron un paso atrás.

Tenía a Aquiles justo enfrente, al otro lado de la losa, donde lo tuve hacía tres meses, cuando murió Mirón. Entonces, Aquiles se mostró reacio a salir, impuso su autoridad sobre las lavanderas, sus esclavas, que aguantaron el tipo, se reafirmaron sin decir palabra en su propia autoridad, el derecho que tenían a amortajar los cadáveres. Y fue sorprendente cómo, al final, sin abrir la boca, lo obligaron a retroceder. Yo sentía la difusa presencia de aquellas mujeres ahora, en el espacio que quedaba a mis espaldas, pero ya no me valía de nada su anónima autoridad.

Aquiles había empezado a quitar un pegote de paja que se le había pegado al cadáver de Héctor en la piel. Tenía que rascar con fuerza para quitárselo, y me puse toda tensa, pensando que acabaría arrancando tiras de piel del cadáver con la paja. Seguía pareciéndome un milagro lo bien que se conservaba el cuerpo de Héctor. Me incliné sobre la losa y lo olisqueé, pensando que hallaría el hedor funesto, rancio, a carne podrida que, una vez se almacena en la pituitaria, es imposible olvidar; pero no olía a nada parecido, sino solo al aroma penetrante de la lana húmeda que salía de los grandes calderos en los que se dejaba la ropa manchada de sangre para que se ablandara por la noche. Héctor estaba tendido, parecía que durmiera. Hasta el blanco de los ojos, que se le veía por los párpados entreabiertos, estaba límpido. Y, poco a poco, la nariz llevó al cerebro a creer la evidencia que tenía a plena vista.

Había durado demasiado aquel silencio. Aquiles miró al cadáver de la cabeza a los pies y chasqueó la lengua con gesto de repugnancia.

—¿Veis cómo me desafían los dioses?

«¿Que te desafían los dioses?».

Por un instante terrible, pensé que yo había llegado a pronunciar aquellas palabras en alto, pero claro que no. Caí en la cuenta, de repente, de que el silencio embargaba el campamento. Ya se habrían acostado los guerreros borrachos; los guardias se moverían por el parapeto de un lado a otro, para no quedarse dormidos, con la mirada perdida en la oscuridad semoviente, allí donde los tocones de los árboles toman forma de hombres y parece que se acercan... Tampoco donde estábamos se oía ruido alguno; solo nuestra respiración acompasada. Miré a Héctor, que estaba tan vivo, tan presente que casi invitaba a esperar verle el pecho subir y bajar al mismo ritmo que el mío.

De repente, Aquiles ordenó a Automedonte y Alcimo que abandonaran el lavadero. La sorpresa se reflejó en la cara de los dos jóvenes —algo más que la sorpresa, de hecho: estaban conmocionados—. Automedonte llegó incluso a darse la vuelta cuando llegó a la puerta, como para asegurarse de que Aquiles lo había dicho en serio. Yo había supuesto que saldrían los tres y me dejarían a mí la tarea, aunque no tenía ni idea de cómo iba a darle la vuelta al cuerpo yo sola. Pero Aquiles seguía al otro lado de la losa, enfrente de mí.

—Puedo ir a buscar a las mujeres... —dije.

—¿Y que se entere todo el campamento? De eso nada.

Dejó claro, con su presencia allí, que no se limitaría a cruzarse de brazos y quedarse mirando, así que llené dos cubos de agua y le di un trapo. Yo limpié el lado izquierdo del cuerpo, y Aquiles, el derecho. Según pasábamos la

mano, quedaban al descubierto tiras de piel blanca, casi como si trajéramos a Héctor de vuelta a la vida, como si lo estuviéramos creando. Pasado un rato, volví a llenar los cubos, encontré trapos más limpios y seguimos lavándolo, de arriba abajo y de un lado a otro, con una especie de baile silencioso alrededor de la losa. En un momento dado, mientras yo lavaba los pies de Héctor y frotaba el trapo entre sus dedos largos y derechos, Aquiles se centraba en sus manos, dedo a dedo, y metía la punta de la daga debajo de las uñas para escarbárselas. Como sabía que no sería capaz de lavarle la cara, cogí una jarra de agua y la eché por la cabeza del cadáver, metí los dedos entre los cabellos y desenredé marañas de pelo de los terrones de tierra que los apelmazaban. Recuerdo que tuve que echar ocho jarras de agua hasta que salió clara. Solo entonces me puse con el rostro. Quitó la porquería de los ojos de Héctor y de los agujeros de la nariz, le lavé los oídos, y di un paso atrás para contemplarlo. He allí el hombre que hubiera reinado en Troya, una vez muerto Príamo, con la carne arracimada y blanca como la de un bacalao muerto.

Tenía que hacer un esfuerzo para no llorar. Cuando noté que se me escapaban las lágrimas, me incliné como si estuviera aclarando el trapo. Al ponerme derecha otra vez, vi que Aquiles no me quitaba ojo.

—Sabes de sobra que no tengo por qué devolverlo.

Me dio un vuelco el corazón.

—Pero si ya has aceptado el rescate...

—No me refiero a Héctor. ¡Estoy hablando de Príamo!

Me daba miedo hablar; sentía pánico por Príamo y por mí misma. Si no dejaban volver a Príamo, yo...

—¿Cuánto crees que pagarían los troyanos por tener a su rey de vuelta?

Me limité a decir que no con la cabeza.

—¿A que lo darían todo, absolutamente todo? —añadió Aquiles.

—Pero ya tienes...

Esperó a que acabara la frase, y cuando vio que no seguía hablando, me animó a hacerlo.

—No, venga, dilo.

—Ya tienes el rescate de un rey. Por Héctor.

—No, pero no lo entiendes. Podría pedir a Elena, a cambio.

—¿¡A Elena!?

—Pues claro, ¿por qué no? Están deseando deshacerse de la puta esa.

Tenía razón; claro que tenía razón. Los troyanos cambiarían a Elena por Príamo con los ojos cerrados; no se lo pensarían dos veces, y, entonces... —

me iba la mente a toda velocidad—, si le devolvieran a Elena a su marido, no haría falta seguir luchando, no habría razón alguna para el saqueo de Troya... Se acabaría la guerra. ¡Se acabaría la guerra! Todo el mundo podría irse a casa. Bueno, todos menos yo y las otras esclavas. Pero los demás sí. Los ejércitos, los ejércitos se podrían ir a casa. Daba vértigo pensar en toda la gama de posibilidades (inmensa).

Pero entonces lo miré.

—No lo harás.

—Es mi huésped.

—Tú no lo has invitado.

—No, pero he aceptado su presencia debajo de mi techo.

Qué conversación más rara, pensaría alguien, nada menos que entre amo y esclava. Pero hay que recordar que nos rodeaba la oscuridad de la noche y que nuestro único testigo era un muerto.

Después de aquello, seguimos trabajando en silencio, aunque era un silencio cargado de significado.

Cuando hubo que sellar los orificios, Aquiles se apartó, me dejó hacerlo a mí sola. Hallé un paño fino de lino para rodearle con él la cabeza y fijar en su sitio la mandíbula, y me puse a buscar monedas para ponérselas a Héctor en los párpados. Aunque no las vi por ninguna parte, sí encontré un cuenco lleno de chinias de forma plana, que servían para idéntico propósito. Escogí dos —recuerdo que eran de un verdor azulado y pálido, con vetas blancas—, y noté la suave levedad de aquellas piedras. Mis hermanos tiraban cantos como esos para que rebotaran en el río, como seguro que habría hecho Héctor de pequeño. Le puse las piedras en los párpados y entonces, con cuidado, le levanté la cabeza —una se olvida siempre de lo mucho que pesa la cabeza de un ser humano; por muchas que haya levantado, siempre choca hacerlo—, y até una tira de tela que le tapaba los ojos y sujetaba a ellos las piedras. Entonces me retiré un poco. Héctor ya no estaba allí. Noté que, en cierto sentido, hasta aquel momento no había muerto.

Lo vestimos con la túnica que Aquiles había apartado, luego lo envolvimos en una sábana fina de lino. Entre las dos capas de tela, puse ramitas de tomillo y romero —quería que las mujeres que lo destaparan, su madre y su mujer, supieran que lo habían amortajado con cuidado y reverencia, que la preparación no había consistido solo en lavarlo a baldazos y echarle el sudario encima, como el que envuelve un fardo—. Finalmente, le puse en la cara un paño de lino de una finura que rozaba la transparencia.

Entonces, Aquiles lo levantó de la losa, y yo salí corriendo a abrir la puerta. Alcimo y Automedonte se pusieron a su lado en el acto, dispuestos a ayudar, pero Aquiles insistió en llevar a Héctor a la carreta sin ayuda de nadie, todo un alarde de fuerza incluso para él. Alcimo ganó la carreta de un salto para sujetar desde allí la cabeza y los hombros. Aquiles subió después de él y fue atando el cuerpo a los lados de la carreta con gruesas cintas de lana, para que no se escurriera ni diera bandazos de forma poco decorosa, cuando las ruedas traqueteasen por culpa de los baches. Los tres se habían quedado sin aliento cuando acabaron de sujetarlo.

Aquiles bajó de un brinco y dejó la mano apoyada en la puerta trasera del carro. Me pareció desolado, aunque fue una impresión debida más a su postura corporal que a la expresión facial, ya que no le veía la cara. Por fin, volvió la cabeza y le dijo a Automedonte: «Solo espero que Patroclo lo entienda».

Yo pensé, y quién sabe si no lo pensaría también Automedonte, que Patroclo no habría querido que ultrajara el cadáver de Héctor, eso para empezar. Fue la misericordia de los dioses, y nada más que eso, lo que evitó que Príamo se levantara por la mañana y hallara un montón de gusanos pululando por la carreta. Y entonces la pena y el horror que sentiría el anciano encenderían la cólera de Aquiles, y... ¿y en qué acabaría la cosa? Muy posiblemente, con el cadáver de Príamo haciendo compañía al de su hijo en el carro.

—Yo creo que nos hace falta una copa —propuso Aquiles.

Así que lo seguimos los tres hasta sus dependencias personales, donde me puse manos a la obra a mezclar cuencos de vino fuerte. Aquiles acabó el suyo en apenas unos segundos, cosa rara en él. Alcimo, que era joven y tenía buen saque, no apartaba la vista de las tajadas de cordero asado, frías ya, que quedaban en la bandeja.

—Venga, sírvete tú mismo —le animó Aquiles, y tomó de mis manos otra copa de vino. Luego, me preguntó—: ¿Dónde está la tuya?

Así que me serví una copa y tomé asiento en la cama. De vez en cuando, apenas discernibles del murmullo del mar en su vaivén, llegaban los ronquidos de Príamo. Fue un momento lleno de paz, y yo miraba el fuego, aunque notaba la cara entumecida. Acabaron el vino, Alcimo dio buena cuenta de la carne para el poco rato que estuvieron, Aquiles se puso en pie y los despidió hasta el día siguiente.

Me di cuenta de que ninguno de los dos salía de buena gana. Según lo verían ellos, estaban dejando a Aquiles solo en compañía de un troyano. Sí

que era verdad que se trataba de un viejo y que todo hacía indicar que estaba desarmado, pero no dejaba de ser un troyano.

—Ni siquiera tenía cuchillo —dijo Aquiles, con cara de cansancio—. Tuve que dejarle yo el mío para cenar.

—¿Y la chica? —preguntó Automedonte.

—Esta se queda.

No había irritación en el tono con que lo dijo, parecía más bien divertido, pero Automedonte sabía que no tenía que insistir. Alcimo me miró de soslayo al retirarse. Todavía tenía grasa en los labios, y le brillaban. Cuando volví a mirarlo, Aquiles sonreía. «Se creen que estás compinchada con Príamo», dijo. «Piensan que me vas a matar mientras duermo».

Estaba de buen ánimo, al parecer. Ya era cosa del pasado aquel instante de desolación, cuando dijo en alto que qué habría pensado de todo ello Patroclo. Y se movía con más presteza también. Me lo pareció antes, cuando bajó de la carreta de un salto y posó los pies en la tierra con el sigilo de un gato, pero pensé que habrían sido imaginaciones mías. Aquí, a la luz del fuego, el cambio era indudable. Lo vi quitarse las sandalias de sendos puntapiés — primero una, y luego la otra— y atraparlas al vuelo en el aire.

Tiraba de la túnica por encima de la cabeza, para quitársela. Yo también empecé a desvestirme porque estaba claro que me tenía que quedar. Era lo último que habría querido, para ser sincera. Debería estar afuera, hablando con Príamo, pero no había manera de evitar aquello. Me eché de espaldas y cerré los ojos, a la espera de que la cama se combara debajo de su peso. Rezaba por que se quedara dormido enseguida, pero tenía una energía dentro que jamás le había conocido. Y algo más. En algunos momentos noté cómo dudaba, inseguro, aunque él no era así nunca; más bien, con un estímulo que buscaba respuesta por mi parte. Cuando, por fin, cerró los ojos, empezó a respirar con respiraciones rápidas, ligeras y poco profundas. Y, lo que es peor, me había echado el brazo sobre el pecho y me tenía inmovilizada contra la cama con todo su peso. Noté cómo su sudor me enfriaba la piel, pero no podía osar moverme, todavía no.

Creo que debí de quedarme dormida, porque, cuando abrí los ojos y tuve conciencia de dónde estaba, miraba fijamente las sombras y me notaba aturdida, desorientada. Poco a poco, se disipó el sueño que me nublaba la mente, y recordé que Príamo estaba en la terraza —¡Príamo, aquí mismo!—, justo al otro lado de aquella puerta. Tenía que llegar a él. Agucé el oído desde el lecho. Cuando tuve la certeza de que Aquiles estaba dormido, solté una exhalación, me aplasté contra la cama e intenté escurrirme debajo del brazo, pero este pesaba demasiado. Me tenía inmovilizada con su abrazo.

Casi se habían apagado ya los candiles. Daba la impresión de que las sombras que arrojaban las últimas llamas parpadeantes acudían a los lados de la cama, y allí cebaban más sombras según iba declinando la luz. Miré la rendija debajo de la puerta y traté de hacerme una idea de cuánto quedaba para el alba.

El cuerpo de Aquiles estaba caliente y pesaba mucho. Moví con cuidado el muslo, y noté cómo mi piel se despegaba de la suya. Me notaba pegajosa. Llena de él. Cualquiera otra noche, habría estado deseando sentir las olas contra mi cuerpo conforme me adentraba en el mar, pero aquella noche no. Tenía la boca seca, me sabía mal, con el regusto amargo que queda después de haber bebido dos copas de vino fuerte. Hasta a Aquiles le olía el sudor a vino, pero es que había bebido más que yo.

Ladró un perro, afuera, en algún punto del campamento, o a lo mejor fue una zorra —siempre había zorras en la playa peinando la línea que dejaba el agua en la arena, buscando gaviotas muertas—, y el ruido debió de llegarle en sueños a Aquiles, porque murmuró algo, sin llegar a despertarse, y se dio la vuelta para el otro lado, alejándose de mí. Ya no tenía encima el peso de su brazo, pero ni siquiera entonces me atreví a escurrirme fuera de la cama. Todavía no; deja que vuelva a lo profundo de su sueño primero.

Aparté las mantas y miré mi cuerpo, tendida como estaba. Llevé las manos al vientre y pensé que aquella carne era mía por entero, una tupida malla de huesos, nervios y músculos que me pertenecía a mí, ¡y solo a mí! Por mucho que notara todavía el paso por allí de Aquiles, por mucho que me dolieran las caderas y los muslos. Se me puso carne de gallina con la corriente que entraba por debajo de la puerta, pero no volví a taparme. Tenía que sentir el frío, la conmoción del mundo afuera.

Con sumo cuidado, centímetro a centímetro, fui bajando por el lecho. No podía arriesgarme a saltar a gatas por encima de él. Con cada crujido que daba la cama, me quedaba quieta y aguzaba el oído. Hubo un momento en el que se movió y parecía que iba a despertarse, y me quedé paralizada varios minutos, temerosa hasta de que pudiera despertarlo con el pensamiento. Al tercer intento, llegué a los pies de la cama, y allí permanecí sentada un minuto, mientras retorció los dedos de los pies en la alfombra de piel de oveja. ¿Cuánto tiempo había dormido? ¿Diez minutos? ¿Media hora? Más bien poco. Con el oído atento, busqué ruidos, voces, cualquier cosa que pudiera delatar la hora que era; pero el campamento dormía, sumido en el más completo silencio. Hasta el mar estaba tan en calma que me costaba oírlo respirar. El fuego casi se había apagado, la leña había quedado reducida a tan solo un montón de madera renegrida salpicada de blanca ceniza. Cogí el manto y me lo eché por encima, bien ceñido al cuerpo. Aquiles dormía profundamente ahora, y se le movían los labios con un resoplido cada vez que exhalaba el aire. Muy despacio, atenta a cualquier movimiento que viniera de la cama, me puse en pie; y fue como si la posición erecta desatara el nudo que el miedo me había formado en el estómago. Porque ¿a santo de qué tanto miedo?, pensé. Si se despertaba y no me hallaba a su lado, siempre podía decir que me pareció oír que llamaba Príamo. No se iba a afear mi conducta por cuidar de un invitado de la realeza como él.

Levanté la aldaba y abrí un poco la puerta. Me dio en toda la cara el aire frío de la noche, y el ojo que tenía más cerca de la abertura de la puerta empezó a llorarme. Respiré hondo y salí afuera, poniendo buen cuidado en cerrar con la aldaba a mi espalda, en completo silencio. Era noche cerrada; no se movía un alma. Fui por el borde de la terraza. Sabía cuáles eran las tablas que sonaban, conocía cada una de ellas; había salido tantas veces de aquella guisa, huyendo para pasar unos instantes preciosos en el mar...

Príamo estaba dormido, estirado todo lo largo que era, y no se le movía ni un músculo del cuerpo. Ni siquiera tenía cruzados los tobillos, y parecía un cadáver encaramado a la pira funeraria, solo que daba pequeños resoplidos al respirar, con cierta placidez, como un caballo que tiene el hocico enterrado en el saco de pienso. Le sobresalían los pies, cimas gemelas, rodeadas de sendos pliegues del manto púrpura por los dos lados. Se parecía tanto a mi abuelo, así, dormido. Y sabía que no podía despertarlo de una sacudida; por eso fui a buscar un cuenco de agua tibia para que se lavara.

Había un fuego encendido siempre en la explanada, delante de la cabaña, para que Aquiles pudiera darse un baño caliente cada mañana. Aunque casi

siempre prefiriera ir a nadar, el baño tenía que estar listo por si acaso. Eché agua recién sacada del pozo en un cuenco de metal, lo arrimé a las brasas y me dispuse a esperar, en cuclillas. Debajo de la cabaña más cercana, veía las formas apelotonadas de esas mujeres que eran demasiado viejas, o demasiado feas, y no merecían compartir el lecho con nadie dentro. Todas las puertas estaban cerradas. Hasta los perros dormían, aunque sorprendí a alguna rata en su carrera de una cabaña a otra, arrastrando la desnuda cola por el suelo. Huy, sí, habían vuelto las ratas, aunque en número menor que antes. Aunque el agua tardó en calentarse, no me importó, pues necesitaba ese tiempo para pensar lo que tenía planeado decir. Entonces, oí pasos detrás de mí y me volví en el acto, esperando hallar a Aquiles, muerta de miedo; pero era Alcimo, seguido, justo detrás, de Automedonte. Ninguno habría pegado ojo sabiendo que Aquiles dormía en su cabaña con un troyano a apenas unos metros de distancia, aunque se tratase de un anciano y, en teoría, estuviera desarmado.

Alcimo se agachó y dijo algo, pero no lo entendí bien, del susto que tenía. Yo dije:

—Estoy preparando el agua para que se lave Príamo.

—¿Está despierto? —preguntó Automedonte.

—Sí. Bueno, no; me pareció oírlo...

—¿Y Aquiles?

—Dormido.

Alcimo adelantó el cuerpo, pasando por delante de mí, y metió un dedo en el cuenco.

—Ya está caliente.

Me protegí las manos con el manto para agarrar las asas, por si quemaba, levanté el cuenco del fuego y me dispuse a incorporarme.

—Ya lo llevo yo —dijo Alcimo.

Me lo quedé mirando. ¿Cómo iba a llevarle uno de los principales ayudas de cámara de Aquiles el agua a una esclava? No, a mí no, ¡por supuesto que a mí no! Era para Príamo, que, aunque enemigo —el enemigo por antonomasia—, seguía siendo rey, y había que tratarlo con los honores dignos de un invitado de la realeza. Pero entonces vi la expresión de la cara de Alcimo y pensé: «¡No, es para mí!».

Aquel ofrecimiento era un incordio. Yo tenía que estar a solas con Príamo, y no rodeada del revoloteo de los ayudas de cámara de Aquiles. A Alcimo a lo mejor podía convencerlo de que se retirara y me dejara a mí llevar el agua; pero Automedonte era harina de otro costal. De hecho, el que abrió camino fue él, con paso firme, derecho a la terraza, ojo avizor y en

perfecto estado como para pasar revista de instrucción siempre, ya hubiera pasado la noche en blanco, o dormido un sueño reparador y profundo.

Cuando llegó a los escalones, hice acopio de toda mi firmeza para decir: «Ya se lo llevo yo». Miré a Automedonte a los ojos. «A mí me conoce. Mi hermana está casada con un hijo suyo».

Automedonte parpadeó porque, por un instante, lo estaba obligando a verme como un ser humano, y creo que fue de verdad la primera vez que me vio así, como alguien que tenía una hermana; es más, una hermana que era nuera del rey Príamo. Dudó, luego asintió, y los dos se quedaron mirando mientras yo iba por la terraza. Y, más que verlos, los sentí sentarse en los escalones, esperando a que despertara Aquiles. Hubo un momento en que creí oírlo moverse dentro de la cabaña, y me paré para escuchar, pero no era más que una tabla que crujía, porque las paredes y los suelos soltaban crujidos a todas horas. De todos modos, fue muy angustiante. Tenía una pequeña oportunidad, y cada vez se empequeñecía más.

Príamo seguía tendido de espaldas, no había mudado la postura, aunque, al acercarme, noté cierta tensión en los pequeños músculos que rodean el ojo, algo que no había percibido antes. Por eso, no me sorprendió que, cuando llegaba a la altura de la cama, él abriera de repente los ojos. Habían perdido el azul intenso de antes, se los había velado la edad, y tenían un borde gris alrededor del iris que recordé haber visto también en los ojos de mi abuelo. Por un segundo, el miedo se reflejó en aquellos ojos. Luego me di cuenta de que no podía verme, y di un paso hasta él para quedar dentro del círculo de luz que proyectaba la lámpara. Se relajó en el acto. Habría creído que era Aquiles.

—Mi señor Príamo —susurré, poniendo el énfasis en lo de «señor»—, os he traído agua para que os lavéis.

—Bueno, querida, es un detalle por tu parte.

Apoyó el peso del cuerpo en un codo y se dio media vuelta. Empapé un paño en el agua tibia y se lo alcancé. Lo pasó por la cara, dentro de las orejas, y luego echó para atrás el pelo y frotó con el paño mojado hasta donde alcanzaba del cuello y el pecho. Me di cuenta —y eso me partió el alma, de puro amor y conmiseración hacia él— de que lo absorbía la tarea, como un niño pequeño la primera vez que dejan que se lave él solo. En aquellos escasos minutos, olvidó que había guerra, los nueve años aciagos; hasta la muerte de Héctor olvidó. Cayó todo de sus hombros, la vida entera dedicada a reinar en Troya, cincuenta años de feliz matrimonio, todo desapareció, se lo llevó un paño de apenas un palmo, caliente y húmedo. Al ver semejante

transformación en su persona, me salió de manera natural pasarle los dedos mojados por el pelo, apartárselo de la frente y meterle los mechones más rebeldes detrás de las orejas. Se me quedó mirando y, de repente, dijo:

—Sí, tú eres Briseida, ¿verdad? ¿La amiguita de Elena?

Vi cómo recomponía la figura, y, con ella, se le venía encima el peso del recuerdo. Atrás quedaba ya el niño libre de todo cuidado, sustituido por un anciano, un anciano que había visto y sufrido demasiado, pero que seguía siendo el rey. Se zafó de las mantas, recogió las piernas para sentarse en el borde de la cama, y ahí quedó un instante. Saltaba a la vista que le costaba ponerse de pie. Intentó estirar un par de veces las rodillas doloridas; entonces, le rodeé un brazo con el mío y le tomé la mano. Cuando ya estaba de pie derecho y parecía que se le había pasado un poco el dolor, no pude aguantarme más.

—Llevadme con vos —le pedí.

Se quedó pasmado.

—Mi hermana está en Troya. ¿La recordáis? Está casada con Leandro, y no me queda más familia que ella.

—Sí, me acuerdo. A tu marido lo mataron, ¿verdad?

—Y a mis hermanos, a los cuatro. Solo me queda ella.

—Lo siento.

—Aquiles mató a mis hermanos y ahora duermo en su cama.

—Pues entonces ya sabes lo que les ocurre a las mujeres cuando cae una ciudad. No pasa un solo día que no piense en ello. Miro a mis hijas... —Dijo que no con la cabeza, como si quisiera desembarazarse de las imágenes que lo asaltaban—. Menos mal que ya no viviré para verlo. Con suerte, ya estaré muerto entonces.

—¡Por favor, os lo ruego!

Me puso una mano en el hombro.

—Querida, se te nubla el entendimiento. Estoy seguro de que tu hermana te acogería, y de que estaría encantada de hacerlo... y Leandro también. Pero ¿luego qué? Unas semanas de libertad, hasta que caiga Troya, y vuelvas a ser una esclava... y puede que de un hombre peor que Aquiles.

—¿Peor?

—¿Por qué lo dices, es que no te trata bien?

—Mató a mi familia.

—¡Pero es que la guerra es eso! —Volvía a sacarme ahora la cabeza, Príamo, el rey alto, olvidada ya la flaqueza que requirió mi ayuda—. No, no puedo hacerlo. ¿Cómo crees que se sentiría Aquiles si le robara a su mujer?

Mi hijo Paris sedujo a Elena cuando estuvo de invitado en casa de su marido, y mira dónde nos ha llevado eso.

—Si sirve de algo, os diré que no creo que le importase.

—¿Estás segura? Se peleó con Agamenón por ti.

—Sí, pero eso fue solo por el orgullo herido.

—Y ¿esto no lo heriría en su orgullo? ¿Después de acogerme y aceptarme como huésped suyo? Podría haberme matado sin más. No, lo siento. —Negó también con la cabeza—. No puedo hacerlo.

Oí que algo se movía detrás de mí y volví la cabeza: era Aquiles, rodeado de sombras. Me dio un vuelco el corazón. ¿Cuánto tiempo llevaba allí?

—Ya veo que Briseida se está ocupando de ti.

Bastante tiempo debía de llevar.

—Sí, es muy amable.

Príamo me tocó la cara, dejó apoyada la palma de la mano en mi mejilla, con ternura, pero yo no podía mirarlo a los ojos.

—Es hora de partir —dijo Aquiles—. Pronto será de día, y no podemos arriesgarnos a que Agamenón te encuentre aquí.

—¿Qué crees que haría?

Aquiles se encogió de hombros.

—Mejor no saberlo.

—Pero ¿lucharías por mí?

—Pues claro que sí, lucharía. No hace falta que venga ningún troyano a decirme cuáles son mis deberes como anfitrión.

Príamo soltó el paño que tenía en la mano, y sonó un pequeño chapuzón, al caer en el agua del cuenco.

—Muy bien, ya estoy listo.

Aquiles estaba vestido y, además, armado: ambas manos descansaban en la empuñadura de su espada. No había ninguna duda de que iba en serio cuando dijo que estaría dispuesto a luchar. Como me daba miedo mirarlo a la cara, fijé la vista en sus manos, y me di cuenta de que Príamo también se las miraba. Aquiles dio un paso atrás, ciñó más ajustada la capa, y las manos desaparecieron entre los pliegues, esas manos terribles que habían acabado con la vida de tantos hombres. No creo que se avergonzara de ningún acto cometido con ellas; más bien, estaba orgulloso; pero no dejaban de traerle problemas, porque mediatizaban la percepción que la gente tenía de él de una forma que escapaba a su control.

Cogí la capa de Príamo y los seguí por la terraza. Yo ya era invisible; los lazos entre el anfitrión y su huésped, esos lazos que unen a los hombres,

habían salido reforzados. Pero entonces me di cuenta de lo apocado que parecía Príamo al andar. Aunque Aquiles le ofreció el brazo, Príamo lo apartó bruscamente, en uno de esos estallidos repentinos de ira que habían salpicado aquel encuentro. Ya se veía a Príamo arrepentido de haber rechazado el gesto de su anfitrión con aquella reacción involuntaria, y me pareció que hacía un verdadero esfuerzo por tomar del brazo a Aquiles... Sin embargo, ahora fue Aquiles el que se apartó y me indicó que lo ayudara yo. El anciano rey apoyó la mano en mi hombro y bajó con soltura los escalones; solo soltó una pequeña mueca de dolor al plantar los pies en el suelo. Aquiles se nos había adelantado y hablaba con Automedonte, quizá porque no quería que resaltara tanto la debilidad de Príamo frente a su propia fuerza si iban al mismo paso. Pensé en la sabiduría que mostró Príamo al apelar a Aquiles echando mano de la figura de su padre. El aqueo mostraba siempre mucho tacto y ternura en su trato con los viejos, y esa sensibilidad solo podía emanar del amor que le tenía a su propio padre.

Príamo se apoyaba en mí ahora con todo su peso. Era como si hubiera envejecido diez años en una sola noche, y hubiera pasado, en apenas unas horas, de una vigorosa senectud a la más pura fragilidad. Notaba cómo le latían las venas de la mano que apretaba entre la mía, igual que los latidos del corazón de un pajarillo que ha caído del nido, y una sabe que no sobrevivirá. Aquiles nos aguardaba. «Todo está listo», dijo. «Os acompañaré hasta la puerta».

Cuando llegamos al corral de las caballerizas, Automedonte y Alcimo ya estaban unciendo las mulas al carro. Noté que Príamo se echaba a temblar, al acercarnos. Hasta aquel momento había guardado la compostura, pero ahora que las mulas mordían el bocado y tintineaban las campanillas en los arneses, no pudo más y se fue derecho al carro.

Aquiles le hizo un gesto a Alcimo, este alzó la antorcha, y la luz alcanzó el cuerpo de Héctor. Levanté la gasa de lino para que Príamo pudiera ver la cara de su hijo. Al rey troyano le salió un ruidito de lo más hondo de la garganta, luego extendió como con miedo la mano y tocó el pelo de su hijo. «Ay, hijo mío, pobre hijo mío». Estaba llorando; llevó una mano a la boca para apretarse con ella los labios, pero no logró acallar los sollozos.

Esperamos hasta que, por fin, volvió la cabeza para mirar a Aquiles.

—¿Cuánto tardaréis en enterrarlo? —preguntó Aquiles.

Chocaba la brutalidad de aquella pregunta. Pero entonces comprendí que, al centrarse en los detalles prácticos, Aquiles había evitado lo que podría

haber acabado fácilmente en una confrontación. Era el dolor lo que los unía, pero lo que los separaba también.

—Pues... —Príamo se había quedado sin aliento: apoyado en un costado del carro, hacía lo posible por enlazar un pensamiento con otro—. Hay que andar un buen trecho hasta los bosques más cercanos para acarrear leña; cortasteis todos los árboles para hacer vuestras cabañas, y la gente tiene miedo de salir de las murallas... Nos hará falta un alto el fuego.

—Me aseguraré de que lo tengáis.

—Luego calculo que... ¿once días? Once días para los juegos fúnebres. Y luego, al duodécimo día, volveremos a luchar. Si no queda otro remedio...

Era casi una pregunta. «Y ¿por qué no?», pensé. «¿Por qué no?». Si Aquiles y él no tenían ningún problema en alcanzar un alto el fuego, ¿por qué no firmar la paz permanente...?

—Te acompañaré hasta la puerta —dijo Aquiles.

Contra todo pronóstico, Príamo esbozó una sonrisa, divertido.

—¿Estás seguro? Y ¿qué pensarán los centinelas? ¿Nada menos que el gran Aquiles, el divino Aquiles, escoltando la carreta de un labrador?

Aquiles alzó los hombros con indiferencia.

—No importa lo que piensen, lo que importa es que obedezcan. Pero tienes razón, y no queremos que parezca una guardia de honor. —Se volvió a Automedonte y Alcimo—. Quedaos aquí; esperadme en la cabaña.

—Creo que sería mejor que nos despidiéramos aquí —propuso Príamo.

—No. Sigues siendo mi invitado hasta que traspongas esa puerta. No nos haría ningún bien que te reconocieran.

Príamo asintió con la cabeza. Comprendí que no veía la hora de dejar de hablar y poder volver a ver la cara de Héctor.

—Pero, primero —dijo Aquiles—, nos tomaremos la última.

Era tan fina la pátina de civilidad que escondía la ira bullente por dentro que creí que Príamo iba a decir que no, pero consintió de buena gana; hasta aceptó el brazo de Aquiles en el camino de vuelta a la cabaña. Automedonte y Alcimo se miraron —estaba claro que aquel retraso los incomodaba, pero los siguieron—. A mí tampoco me cabía en la cabeza aquella demora, después de tanta saliva gastada para convencer a Príamo de que saliera cuanto antes del campamento, pero me venía bien. Nadie se dio cuenta de lo que hacía. Al principio, me quedé junto a la carreta, luego fui buscando el costado izquierdo, para que nadie me viera detrás de los tablones, en caso de que hubiera alguien mirando.

Noté el frescor que traía el viento del amanecer. Todas las antorchas clavadas en sus soportes alrededor del corral soltaron un parpadeo, para arder después con un fuego pálido. Apoyé la mano en la parte de atrás del carro y esperé hasta que se desvaneció el ruido de sus pasos. Era ahora o nunca; no volvería a tener una oportunidad como aquella. No había tiempo para pensar, ni para preguntarme si hacía lo que debía. En cuanto estuve segura de que no había nadie mirando, subí al carro y me eché al lado de Héctor, pegué bien el cuerpo a su costado frío. Le solté un poco la sábana para que los pliegues me taparan a mí también. Noté su cuerpo pegajoso contra la piel, y que los olores del tomillo y el romero no lograban mitigar el tufillo a descomposición. No había cambiado nada en su aspecto, pero mi nariz me decía que había empezado el proceso inevitable de putrefacción. No levanté la cabeza para ver si volvían, y pegué la cara con fuerza contra el brazo de Héctor, de tal manera que, al respirar, no moviera la sábana. Tan solo con que Príamo quisiera ver una vez más el cuerpo de su hijo —y ¿qué otra cosa cabía esperar que hiciera?—, se me caería el cielo encima, y quizá a él también, porque puede que no lo creyeran cuando afirmara que no sabía que me había metido allí.

Me puse toda tensa al oír los pasos que se acercaban de vuelta. Aquiles y Príamo hablaban en voz baja, no llegué a entender lo que decían. Pasado un rato, quedaron en silencio; y eso daba más miedo todavía que sus palabras. Me pareció oír que Príamo venía a ver el cuerpo de Héctor una vez más, pero entonces noté cómo se combaba el carro por su peso, cuando Príamo subió al pescante. Un tintineo de campanillas, la sacudida del cuero contra el lomo de una mula, y el carro echó a andar de un tirón. La carne fría de Héctor me daba en la mejilla.

Las ruedas traqueteaban sobre las rodadas que había en el corral; y es que, hasta en el camino, se notaba el zarandeo por culpa de los baches. Me agarré al cuerpo de Héctor, que permanecía firme gracias a las cintas que lo ataban a los tablones del carro. Me había enfriado, casi tanto como el cadáver, y se me agarrotaron los músculos a causa del miedo. Pero la mente me iba a toda velocidad: vi a mi hermana, a mi cuñado, el calor y la seguridad de su hogar; y, por encima de todo eso, el gran premio que era para mí la libertad. Yo, ser yo misma otra vez, una persona con una familia, amigos, un papel en la vida. Una mujer; no una cosa. ¿No merecía la pena arriesgar todo por ese premio, por muy breve que fuera el tiempo que tuviera para disfrutarlo?

Aunque, cuanto más lo pensaba, más locura me parecía aquella apuesta mía por ser libre. Si Príamo me descubría antes de que llegáramos a Troya, a lo mejor me echaba del carro, puede que incluso antes de llegar, a la altura del

mismísimo campo de batalla. De nada valdría el puñado de recuerdos nostálgicos que tuviera de una niña pequeña a la que le hacía trucos de magia. Por encima de eso, estaba el deber que tenía para con Aquiles por haber sido su anfitrión. No iba a comprometer ese alto el fuego de once días por mí.

E incluso si llegaba hasta Troya y lograba reunirme con mi hermana, ¿qué futuro me aguardaba? Unas semanas de felicidad, ensombrecida por el miedo; y, luego, tener que esconderme en otra fortaleza, rodeada de más mujeres aterrorizadas, a la espera de que la ciudad cayera. A la espera de que Agamenón diera suelta a miles de guerreros borrachos por las calles. Ya oí los planes que tenían para Troya, tanto él como Néstor. Matar a todos los hombres y niños —y eso incluía a mi cuñado—, clavarles una lanza a las embarazadas en pleno vientre, por si albergaban un hijo varón, y para el resto de mujeres: violaciones en grupo, palizas, la mutilación, la esclavitud. Unas cuantas mujeres, o más bien, unas pocas chicas muy jóvenes, sobre todo de la realeza o de familias aristocráticas, acabarían repartidas entre los reyes; pero yo, que ya había sido esclava, no tendría esa condición. Puede que acabara viviendo como las mujeres del común de la tropa, que se pasan el día esquivando golpes, y de noche duermen debajo de las cabañas. O, peor todavía, volver a verme cara a cara con Aquiles y soportar los castigos que caían invariablemente sobre los esclavos descarriados. No aspiraba ni a la esperanza ni al perdón en ese caso, porque ya había visto lo vengativo que podía ser Aquiles...

«Príamo tiene razón», pensé. «Esto es una locura».

Cerré los ojos todo lo que pude y me puse a pensar. Estaba atrapada. Lo único que podía hacer era seguir tumbada al lado del cadáver de Héctor y esperar a que se detuviera el carro. Si es que se detenía... Siempre quedaba la posibilidad de que la guardia, al reconocer a Aquiles, lo dejara pasar sin más. Por lo general, no registraban los carros que salían del campamento.

Por fin, cesó el traqueteo. Había notado en todo momento la presencia de Aquiles, caminando al lado del carro, pero ahora me llegó como el vacío de él, y, unos minutos más tarde, lo oí hablar con los centinelas. Tintineó el arnés de las mulas. Príamo soltó un suspiro y una tos, debido a la tensión, supuse. Yo también tenía ganas de toser. Desesperada, me puse a pensar en el sabor de los limones, para reunir saliva en la boca, poder tragar y aplacar así el picor de mi garganta. Oí cómo Aquiles reía con los de la guardia.

La carreta reemprendería la marcha en cualquier momento. Tenía que ser ahora. Me zafé de la sábana, fui reptando hasta el borde del carro y bajé. Eché a andar en cuanto mis pies tocaron en suelo: tenía frío, miedo, estaba mojada,

desesperada, me olía la piel a la piel de Héctor... Notaba la mirada de Aquiles clavada en la espalda, pero no me atreví a mirar atrás para comprobar si me estaba viendo. El instinto me decía que echara a correr, pero sabía que llamaría demasiado la atención, así que me limité a arrojarme bien con el manto y caminar con paso rápido pero seguro. No miraba por dónde iba, no hacía más que tropezar con el bajo de la túnica. A cada paso, esperaba oír mi nombre.

El campamento se estaba despertando: los hombres, borrachos la noche anterior, daban bostezos y pedían comida a gritos; las mujeres llevaban brazadas de yesca para reavivar los fuegos. El viento del amanecer me desordenaba los faldones y el pelo. Fui derecha a un corro de mujeres e hice todo lo posible por confundirme con ellas, hasta cogí un cubo vacío y lo llevé de la mano, volcada de un lado, haciendo como que estaba lleno. Finalmente, hice acopio de valor para mirar atrás y me di cuenta de que me podía haber ahorrado aquella actuación, porque el carro de Príamo ya atravesaba las puertas, dando tumbos. Aquiles seguía allí, viendo cómo se alejaba, con una mano alzada, a modo de saludo final; luego dio la vuelta y fue caminando a paso vivo en dirección a su cabaña.

Solo entonces me atreví a respirar hondo. Le di unos cuantos minutos de ventaja y luego lo seguí, con la mente ocupada en un montón de tareas domésticas. Habría que calentar el agua para que se bañara. Hablé con las mujeres encargadas de prepararle el baño, y luego entré en la cabaña. Estaba sentado a la mesa, con la mirada perdida, pero levantó la cabeza cuando entré. Yo diría que parecía sorprendido de verme allí.

—¿Quieres comer algo? —pregunté.

Asintió y se quedó allí sentado, en silencio, mientras le preparaba el pan, las aceitunas y un queso blanco de cabra desmigado que hacían en Lirneso. Aquel olor me llevaba siempre a mi infancia. Era el queso preferido de mi madre; lo comía con los albaricoques pequeños y duros que daba el árbol de detrás de nuestra casa. Aparté unas migas, me las llevé a la boca, y el sabor amargo y fuerte me trajo el recuerdo de ella. Las lágrimas asomaban a mis ojos, pero no me permití a mí misma ni un asomo de llanto. Dejé la bandeja en la mesa delante de Aquiles y di un paso atrás.

Tenía hambre, al parecer: partía trozos de pan que mojaba en aceite, pinchaba lascas de queso con la punta de la daga y se las echaba a la boca. Escancié aloque en una copa y la dejé al lado de su plato.

Entonces dijo, como quitándole importancia, aunque sí la tenía:

—¿Por qué has vuelto?

O sea que me había descubierto. Se me secó la boca. Y pensé: «No. Él cree que fui al barracón de las mujeres y pregunta por qué he vuelto sin esperar a ser llamada». Entonces me volví para mirarlo y vi que era verdad lo primero. Que me había descubierto. Por un instante, se me quedó la mente en blanco de puro susto, pero entonces pensé: «Si sabías que estaba en el carro, ¿por qué no me detuviste?».

Con voz muy queda, dije:

—No lo sé.

Empujó la bandeja de pan y queso hasta mí. Pensé que había acabado, y fui a recogerlo, pero me detuve. «Estaba ofreciéndome comida». No era lo que se dice una invitación cortés; se limitó a apuntarme al pecho y, luego, señaló una silla. Así que me senté, de cara a él, y comimos y bebimos juntos.

Dije que no sabía porque no se me ocurría nada más que decir. Todo aquello de la caída de Troya y la consiguiente y renovada esclavitud, y tener que echarme a la cara a Aquiles otra vez..., todo era cierto. Pero eso ya lo sabía antes de montarme en el carro. Fue otra cosa lo que hizo que me volviera, algo con lo que no acababa yo de dar. A lo mejor era que sentía que este era mi sitio ahora, solo eso, que mi vida tenía que transcurrir aquí y solamente aquí.

Comimos y bebimos en silencio, pero noté que el ambiente era distinto. Había intentado escapar, pero, fuera por la razón que fuera, me había dado la vuelta. Él sabía que yo iba en el carro y también, fuera por la razón que fuera, estaba dispuesto a dejar que me marchara. O sea que, en puridad, ya no éramos amo y esclava, uno enfrente del otro. Había también algo de voluntad por parte de ambos de estar allí. ¿O no lo había? No lo sé, puede que gran parte de ello se debiera a las ganas que yo tenía de que así fuera; y jamás pensé, ni por un segundo, que nada de eso se le pasara a él por la cabeza.

De repente, echó el plato a un lado y se levantó.

—Tengo que ver a Agamenón.

—No se habrá levantado todavía.

Me miró, divertido.

—Pues no; es verdad.

Así que tomó asiento de nuevo y nos acabamos el vino.

Después de nueve largos años de sangre y guerra, estos once días de paz, resplandecientes.

Lo recuerdo como un tiempo extraño, un tiempo fuera del tiempo, algo parecido a vivir en el hueco de la ola que rompe. Fueron todos días marcados por los gritos y vítores que se oían dentro de las murallas de Troya, cuando un guerrero ganaba una carrera y recibía su premio de los mermados almacenes de Príamo, aunque ninguno de ellos fuera a gozar ese galardón mucho tiempo.

Al segundo día, Áyax vino a cenar, y trajo consigo a Tecmesa y al hijo pequeño de ambos. Las mujeres nos sentamos en la terraza, a comer de una bandeja los dulces que tanto le gustaban a Tecmesa; aunque sería más justo decir que ella comía y yo miraba. El niño jugaba con un caballo de madera que le había labrado el padre, y acompañaba el galope del caballito por la terraza con un chasquido de la lengua. Haciendo de visera con las manos, yo miraba a Aquiles y a Áyax, que jugaban a los dados, sentados a una mesa en mitad del trozo de tierra que rodeaba la cabaña. Reían, se gastaban bromas el uno al otro, con ese desenfado de dos camaradas que se conocen desde hace tiempo; entre audibles gruñidos y palmetazos en la frente cuando los dados no caían del lado propio. Cada gesto parecía un poco exagerado, como si estuvieran representando que jugaban los dados.

De repente, Áyax se puso en pie de un salto. Pensé que había visto a alguien dentro de la cabaña, y seguí sus ojos con la mirada, pero no vi a nadie, y, cuando volví a mirar, Áyax estaba en el suelo, se agarraba las rodillas, hundía entre ellas el mentón, y hendían el aire sus lamentos, como los de un recién nacido. Aquiles seguía sentado, inmutable, dejando que se le pasara el ataque; hasta que, por fin, Áyax se pudo controlar y volvió a sentarse. Ninguno dijo nada, se limitaron a seguir con la partida como si tal cosa. Todo ocurrió en menos de diez minutos, ni uno más.

Tecmesa, que había hecho amago de levantarse, volvió a tomar asiento y cogió otro cuadradito de frutos secos bañados en miel.

—No está dormido —me explicó—. Tiene unas pesadillas horribles; la otra noche soñó que se lo comía una araña, oía el ruido que hacía al mover las mandíbulas y todo. Se levantó dando gritos. Ah, y como se me ocurra preguntarle que qué le pasa...

—¿Se niega a contártelo?

—¡Huy, pero en redondo! En teoría, me tengo que aguantar y no puedo decir nada, y, como saque el tema, me suelta siempre: «Las mujeres están más guapas calladas».

A todas las mujeres que he conocido les han inculcado ese dicho desde pequeñas. Nos quedamos las dos mirando la terraza, allí sentadas, y de repente, rompimos a reír, las dos a la vez; a reír no, a dar gritos y chillidos, que casi nos faltaba el aliento, hasta que, por fin, los hombres volvieron la cabeza y se nos quedaron mirando. Tecmesa se metió el bajo de la túnica en la boca porque, si no, no podía parar de reír. Acabó la risa como empezó, de golpe. Nos quedamos limpiándonos los mocos y las lágrimas con el dorso de la mano. Tomé la bandeja y le ofrecí otro trozo... De puertas para afuera, habíamos vuelto a ser las mismas de siempre, aparte del hipo subversivo que nos daba de vez en cuando; pero había cambiado algo. Nunca me había caído bien Tecmesa, pero, a partir de aquella risa compartida, nos hicimos amigas.

Yo dije:

—¿Cuántas semanas tienen que pasar para saber que estás embarazada?

Se me quedó mirando.

—Depende, porque, lo que es yo, lo supe en el acto (no paraba de vomitar desde el primer día), pero, ya sabes..., cada una es un mundo. Hay mujeres que dicen que no lo saben hasta que no se ponen de parto, aunque yo no me explico cómo no van a saberlo. A ver, incluso aunque sigas teniendo el periodo, si notas un cabezazo en la vejiga cada cinco minutos, eso algo querrá decir. —Puso todo el cuidado del mundo en hablar en términos generales, pero en ningún momento dejó de mirarme con cara de astuta—. ¿Es de él?

—Sí —contesté.

—¿Estás segura?

—Sí.

—¿No será de Agamenón?

—Imposible. Acuérdate de lo de «por donde amargan los pepinos».

No cabía en sí de gozo; se alegraba por mí más que yo misma.

Las sombras se iban alargando. En apenas unos instantes, los hombres dejarían la partida y entrarían a cenar, pero, en aquellos últimos minutos, con la demora del sol en el pliegue del horizonte, nadie se movió. Áyax le había dado la vuelta a la silla y miraba al niño, que bajaba los escalones de la terraza justo en aquel momento y gritaba:

—¡Mírame, mamá! ¡Mírame!

Pero entonces me di cuenta de que los ojos de Áyax estaban completamente en blanco, y me eché a temblar. Aquiles se removió en el

asiento; hacía lo imposible por distraer a Áyax con otra copa, otra partida, cualquier cosa, pero aquella mirada vacante persistía y atravesaba la cabaña, el corral de las caballerizas, dejaba atrás el campo de batalla, llamaba a las puertas de Troya y más allá. No miraba a nada concreto, no miraba a nada. Quizá solo fuera la nada lo que lo sumía en su seno.

Después de la cena, fue el tiempo de la música y el vino en los aposentos de Aquiles. Alcimo tocó la lira, Automedonte demostró ser un talentoso flautista, aunque, cuando quiso cantar, recordaba tanto a un ternero recién separado de la madre que le pidieron que no siguiera. Todas las canciones hablaban de lo mismo: de batallas, de las hazañas de los grandes varones. Se trataba de las canciones que tan caras le eran a Aquiles, las canciones que lo habían hecho quien era. No lo había visto ninguna noche tan contento desde que murió Patroclo.

Más tarde, aquella misma noche, el niño se puso pesado. Tecmesa lo tomó en brazos y lo llevó fuera; lo acunó, cantándole hasta que se quedó dormido, sin parar de ir de un lado para otro con el niño en brazos, aunque pesaba lo suyo. Era una nana que yo había oído de niña. Mi madre se la cantaba a mi hermano pequeño, conmigo al lado, cuando me dejaba, por unos instantes preciosos, volver a ser un bebé. Tecmesa siguió cantando, y los hombres fueron acallando sus voces y se pusieron a escuchar. Tenía la voz dulce. Yo miraba a aquellos guerreros endurecidos por la contienda, que escuchaban a una esclava cantar una nana troyana para dormir a un niño griego. Y, de repente, comprendí algo, o quizá solo lo atisbé, porque no creo que lo entendiera hasta mucho tiempo después. Pensé: «Sobreviviremos, en nuestras canciones, en nuestros relatos. No lograrán olvidarse de nosotros. Pasarán décadas después de que muera el último guerrero que luchó en Troya, y sus hijos varones seguirán recordando las canciones que les cantaban sus madres troyanas. Poblaremos sus sueños, y sus peores pesadillas también».

Acabó la canción, con un arrullo final de Tecmesa y el suspiro de satisfacción que dio el niño dormido.

—Bueno —dijo Áyax, y se dio sendos manotazos en los muslos—, pues va a ser hora de irse.

Aquiles y él se fundieron en un abrazo largo y tendido, pero no dijeron nada; y luego salimos juntos a la terraza, a ver cómo la pequeña familia de tres desaparecía en la noche.

Volví adentro con Aquiles, y tomamos asiento al amor del fuego. El poco tiempo pasado desde la visita de Príamo había venido a confirmar la impresión que yo tenía de que algo había cambiado entre nosotros. Aquiles ya no mandaba a llamarme, sino que daba por sentado que yo estaría allí. Pensé mucho en aquella noche. Echando la vista atrás, era como si yo hubiera querido escapar del campamento, pero también de la historia de Aquiles, y hubiera fracasado. Porque, que nadie se llame a engaño: esta historia era su historia, la de su cólera, su dolor, su propia historia. Yo también sentía ira, sentía dolor, pero, de alguna manera, eso no importaba. Y allí estaba una vez más, esperando a que Aquiles decidiera cuándo había que irse a la cama, atrapada todavía, inserta dentro de su historia, y, sin embargo, sin papel alguno que desempeñar en ella.

Aunque puede que eso fuera a cambiar. Miré el fuego y supe que tenía que contárselo. No sé qué me impedía hacerlo. Todas las otras mujeres no hacían más que decirme: «Venga, cuéntaselo, joder. ¿Se puede saber a qué esperas?». Era aquel mi salvoconducto a una vida segura, o a la vida más segura a la que podía aspirar. Recuerdo lo que dijo Ritsa al hablar de Criseida: que, si le daba un hijo varón a Agamenón, ya tendría la vida resuelta. Y, aun así, me mordía la lengua, porque sabía que, desde el mismo instante en que aquellas palabras salieran de mi boca, me volvería a cambiar la vida. Sería la madre, la futura madre de un niño mitad troyano y mitad griego. Las viejas lealtades, las viejas certezas —las pocas que me quedaban— desaparecerían una vez más. Así que seguí sentada al amor del fuego, dándole sorbitos al vino, y no dije nada.

Tuvo que luchar a brazo partido para lograr el alto el fuego que quería Príamo. La negociación fue compleja y llevó mucho tiempo, porque tenía que convencer a Agamenón, pero también al resto de reyes. Y es que, de hecho, era muy difícil contrarrestar las voces que pedían no cejar en el asalto, ahora que Troya estaba herida de muerte con la aniquilación de Héctor. Pero, de alguna manera, al final, logró convencerlos. Patroclo habría estado orgulloso de él. Hasta Odiseo, que le puso trabas en cada momento del proceso, dijo: «Vaya, menuda sorpresa. Algún día, a lo mejor, hacemos un diplomático de ti».

Aquiles se limitó a reír y negar con la cabeza.

Porque la expresión «algún día» no tenía razón de ser para él.

Baja cada mañana a la playa, mira el mar desde la franja de arena seca y aguza la vista para distinguir la presencia de su madre entre las olas.

Al principio, solo ve una mancha oscura entre la gasa blanca de neblina, pero entonces, cuando ella se acerca, vadeando el agua en los bajíos, descubre el brillo plateado de su piel. Es un momento que anhela y teme a partes iguales, porque cada encuentro es un adiós que se prolonga. Está harto de esto, quiere que acabe ya. Lleva toda la vida saturado de las lágrimas de su madre. Así que, cuando por fin desaparece en una ola que rompe, él siente un alivio muy íntimo. La neblina que trae con ella empieza a dispersarse, y queda el mar, extendido delante de él, una fina transparencia reluciente, como esa primera película de piel en la herida que sutura.

Para cuando quiere volver a la cabaña, el sol ha fulminado los últimos flecos de niebla, y el campamento despierta, bullicioso. Hay una mujer, de rodillas junto a una hoguera. Sopla la cara interna de un leño y aviva la llama con un puñado de hierba seca. Los caballos resoplan, tienen medio hocico metido en los sacos de pienso, y los hombres se agachan, les pasan con ternura la callosa mano por la pata, levantan la pezuña y revisan que no tengan chinias incrustadas. Nada nuevo, nada que sea especial; lleva nueve años viéndolo, cada mañana, pero nunca lo ha visto con tanta nitidez; no lo ha amado nunca hasta ahora como hay que amarlo.

Cada mañana, Alcimo se sienta en los escalones de la terraza a sacarle brillo a la armadura. Hay veces que Aquiles coge un paño y lo ayuda en la tarea, haciendo caso omiso de la cara de susto que pone Automedonte. Porque el gran Aquiles, el divino Aquiles no debe rebajarse nunca a sacarle brillo a su propia armadura. Pero él disfruta con la tarea, con el vigoroso ritmo que le imprime a cada pasada, lo que cuesta arrancar una mota de suciedad especialmente insidiosa y el premio resultante, de una sencillez abrumadora: ver cómo brilla el bronce. Cuando su madre le trajo esta armadura casi ni la miró, de tantas ganas que tenía de dar con Héctor y matarlo. Ahora, tiene todo el tiempo del mundo para fijarse en la belleza del escudo, que tiene tallados rebaños de bueyes pastando en la ribera de un río, jóvenes de ambos sexos que bailan en corro, el Sol, la Luna y las estrellas, la tierra y el cielo, un litigio entre dos partes, un banquete de bodas... Aunque no deja de preguntarse qué habrá querido decirle su madre al hacerle ese regalo. Es el escudo más hermoso del mundo, el más resistente y mejor acabado, pero no puede salvarlo. Su muerte está fijada por los dioses. Solo le sirve, cada mañana, para recordarle la plenitud de una vida que está a punto de perder.

Piensa mucho en su madre mientras le saca brillo al escudo. De alguna manera, aquí, en lo postrero de la vida, lo más normal es querer volver al principio, cerrar el círculo si a uno le es dado hacerlo. Cuando era pequeño y lo dejaban trasnochar un poco en el salón, acabada la cena, cuando se le cerraban los párpados y tenía que hacer grandes esfuerzos para no abandonarse al sueño, miraba a su madre y veía lo inflamados que tenía los ojos. «Es el fuego», solía decir ella. «El humo». Pero él sabía que eso no era. Había noches que hasta le costaba respirar; y le salían grietas en la piel — primero, en las comisuras de la boca, y luego, esas grietas se hacían cada vez más marcadas y empezaban a supurar—. Al poco tiempo, ella desaparecía, y quedaba él solo, dando vueltas por la playa, apático y privado de su presencia; hasta que volvía con él, lo alzaba en brazos y le daba besos, y ya no tenía empañados los ojos, le brillaba la piel, y su pelo reluciente olía a sal.

Pero los días malos eran cada vez más numerosos. Muchas veces, el padre extendía la mano y le acariciaba un brazo; y ella siempre se dejaba hacer, jamás lo apartaba de él, aunque, acurrucado al lado de su madre, Aquiles notara la violencia del rechazo reprimido. Era una mujer llena de ira, su madre, de la cólera que sentía por los dioses que la habían condenado a compartir lecho con un mortal. Y cuánto odiaba el molde pegajoso del acoplamiento humano y el parto. Hasta dar de mamar al niño... Él se la imagina —aunque no sabe si es producto de la imaginación, o del recuerdo—

tensando todos los músculos del cuello, haciendo un esfuerzo por no apartar la boquita de anémona que le tira del pezón, que le chupa la leche, que le chupa la sangre y la esperanza y la vida, y la ata con lazos cada vez más férreos a la tierra. Ah, pero esa repulsión imaginada o recordada ha dejado huella en él, porque nunca ha disfrutado mucho del sexo, ya sea con hombre o con mujer. Alivio físico, sí... Pero nada más que eso. Hasta Patroclo tuvo que pagar un precio alto por ese placer que daba o recibía.

Su amor lo guarda todo para su padre, y toda su ternura. Es, por encima de todo, «el hijo de Peleo» —el nombre con el que se le ha conocido siempre en el Ejército; su título original, y siempre el más importante—. Aunque eso, en la esfera pública. Cuando está solo y, sobre todo, cuando acude al mar a primera hora, se sabe, sin remedio, el hijo de su madre. Lo abandonó cuando no tenía ni siete años, la edad en la que un niño sale de los aposentos de las mujeres e ingresa en el mundo de los hombres. A lo mejor por eso nunca acabó de hacer bien la transición; aunque, a los hombres que han luchado a su lado, les sorprendería oírlo decir eso. No es que lo diga, claro está. Es una falla, un punto débil, y ya se cuida él de tenerlo a buen recaudo. Solo por la noche, cuando se debate entre el sueño y la vigilia, siente que está otra vez sumido en la salmuera oscura del vientre de su madre; borrado ya, por fin, el gran error de la vida mortal.

Hasta el dolor que siente por la muerte de Patroclo es más llevadero según encara su propia muerte. Ya no siente como si se lo arrancaran, la agonía desgarradora de la amputación que era antes, sino una sensación casi de paz, igual que si Patroclo se le hubiera adelantado y lo esperara en la habitación de al lado. Habla a menudo de él, les cuenta a Alcimo y a Automedonte, que no tienen edad para recordar los primeros años de guerra, las batallas y las travesías de un tiempo que ya queda lejos. Pero, cuando está a solas con Briseida, vuelve a un tiempo anterior a las batallas, antes de Troya aún, a la niñez que compartió con Patroclo, de vuelta, de golpe, a aquel primer encuentro.

—No lo había visto nunca antes y, aun así, lo primero que pensé nada más verlo fue: «Yo a ti te conozco».

—Fue un golpe de suerte, ¿no? El que lo llevaran contigo.

—Para mí, sí lo fue. No sé si para él tuvo mucho de suerte. Porque, seamos sinceros, de no haberme conocido, lo más seguro es que viviera todavía.

—No creo que hubiera elegido vivir una vida muy distinta.

—No, pero ya lo habría elegido yo por él. —Aquiles se encogió de hombros—. Tenía mucha paciencia, se le habría dado bien el trabajo en el campo. O ser rey (dirimir los pleitos); habría estado en su salsa entre todo ese rollo tan tedioso.

Siempre que se queda a solas con Briseida, late entre ellos como la presencia de Patroclo; a veces, es tan palpable que cuesta no hablarle al amigo muerto. Nunca le ha preguntado a Briseida si ella también lo nota, porque sabe que sí. Desde el principio, ha sido así su relación —si es que se le puede llamar relación—: filtrada por el común amor que sentían por Patroclo.

Aquiles vive en el presente. Se acuerda del pasado, no sin cierta amargura, pero cada vez con menos resentimiento. Prácticamente nunca piensa en el futuro, porque no hay futuro. Sorprende lo poco que le ha costado aceptar eso. Su vida es como el vilano de un diente de león en la mano abierta, algo tan leve que la más mínima brisa se lo llevará volando. De algún sitio le viene esa aceptación de la muerte, propia de los viejos. Quizá se lo haya pegado Príamo. Sabe que no hay futuro, y la verdad es que no le importa.

Y entonces, una mañana, abre los ojos y ve que el lecho está vacío. Acostumbrado a ver ahí a Briseida siempre, se levanta y va a buscarla. La halla afuera, doblada en dos, vomitando en la arena.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—¿Cómo que nada? Algo tiene que ser...

—Que estoy embarazada.

Le lleva un instante asimilarlo. Dice:

—¿Estás segura? —Cree recordar haber oído alguna vez que una mujer no sabe si está embarazada hasta que no nota las patadas del feto. ¿Será verdad? Él de eso no entiende.

Ella lo mira a los ojos sin pestañear.

—Sí.

La cree. No es mujer de contar mentiras. Ni siquiera mintió con lo de que Agamenón no se había acostado con ella, cuando le habría convenido hacerlo. Y entonces, en cuestión de segundos, comprende que sí que cabe un margen para el futuro, aunque no sea un futuro del que él pueda ser parte; pero es un futuro, al fin y al cabo, y deberá tenerlo en cuenta.

La idea de esta vida incipiente se abre paso poco a poco en su conciencia. Y trae consigo un renovado miedo a la muerte. Despierta en plena noche, empapado de sudor, y se pregunta cómo será exactamente el final que lo

espera. No hay gran cosa que no sepa de la muerte en el campo de batalla. Ha visto lo peor, porque lo ha infligido de su propia mano. Y luego, cuando todo ha acabado, queda el tránsito, desnudo, inerme, por las manos de las mujeres... Aunque solo los dioses saben por qué le preocupa eso. No será porque vaya a estar presente, en el mejor sentido de la palabra.

Pero sí que lo preocupa en las largas noches a oscuras. Y luego, por la mañana, olvida los desvelos de la noche.

La lira lleva todo este tiempo envuelta en el paño aceitado, guardada en un cofre de madera de roble labrada. A veces la saca y roza las cuerdas, aunque acabe siempre por dejarla a un lado.

Pero entonces, una noche, cuando está a punto de acabar la tregua de once días, se sorprende a sí mismo pensando: «¿Cómo sé que no puedo hacerlo?». La verdad es que no lo sabe; que no lo sabrá hasta que no lo intente. Así que toma asiento, acuna el instrumento entre sus brazos y empieza por la melodía más sencilla que se sabe: una nana para dormir a un niño. La toca de cabo a rabo, varias veces, se pone en pie de un salto y va de arriba abajo por toda la estancia, tan nervioso que no puede parar quieto.

A partir de ese momento, no suelta la lira. La noche siguiente, en el salón, cuando han acabado de cenar, toca dúos con Alcimo. A una canción la sigue otra canción. Las letras son cada vez más obscenas, conforme avanza la velada, hasta que la risa los acaba pudiendo a todos. Luego, en sus aposentos, toca la música que más le gustaba de pequeño, canciones de batallas, travesías, aventuras, la gloriosa muerte de los héroes... Qué delicia poder tocar otra vez, y no tener que escuchar cómo tocan otros, con las manos vacías.

Briseida lo observa desde la cama. Es tarde, muy tarde.

—Me acabo de acordar de que tengo que hacer una cosa —dice Aquiles, y se levanta y sale al salón.

Cuando llega a los escalones de la terraza, llama a gritos a Alcimo, que viene a la carrera, todo pálido, sin aliento, con expresión de pánico en la cara porque cree que ha hecho algo malo, o que ha ocurrido alguna desgracia, como que Aquiles ha encontrado una mota de mugre en el escudo milagroso. Le sirve al chaval una copa, lo sienta —en el salón, porque no estaría bien hacerlo delante de Briseida— y busca las palabras para explicarse. Alcimo, al ver que no se ha metido en líos, siente tal alivio que lo único que es capaz de

hacer es mirar a Aquiles con los ojos fuera de las órbitas. Pero salta a la vista que no ha entendido ni una palabra.

—Si yo muero... —dice otra vez Aquiles.

Por lo menos eso sí que lo entiende, aunque, al principio, Alcimo no dice nada; solo aparta esas palabras con ambas manos, como si no hubiera oído nunca nada peor. «A ver, si yo puedo con ello, ¿no vas a poder tú?», piensa Aquiles, porque ya está empezando a perder la paciencia.

—Si yo muero... Y no digo que vaya a morir, solo que si... —Alcimo pone cara de pánico—. Mira, no es que haya tenido una premonición ni nada de eso. —No es una premonición; es que lo sabe—. Solo quiero dejar algunas cosas atadas de cara al futuro.

Alcimo lo mira con la boca abierta.

—Briseida está embarazada. —Vaya, menos mal que eso sí lo pilló—. Si yo muero, quiero que te cases con ella y que... —Levanta la mano en alto—. Si, solo si... Quiero que la lleves con mi padre. Quiero que el niño se críe en casa de mi padre. —Silencio—. ¿De acuerdo?

Alcimo, apesadumbrado, dice:

—Es un honor que no merezco.

—Pero ¿lo harás?

—Sí.

—¿Lo juras?

—Sí, por supuesto. Lo juro. —Y entonces añade—: ¿Lo sabe ella?

Aquiles dice que no con la cabeza.

—No, no hace falta contárselo todavía. Lo importante es que tú y yo estemos al tanto.

Le da las buenas noches y vuelve a sus aposentos, donde se encuentra Briseida, sentada en la cama, esperándolo. Tentado está, por un instante, de dejarse llevar y unirse a ella, pero ahora se apodera de él otro humor, más sombrío, según avanza la noche.

Así que se sienta al lado del fuego y toma la lira otra vez; recuerda que, antes de que muriera Patroclo, estaba trabajando en una melodía. Los últimos días que estuvieron juntos, la tocaba cada noche. No sabe si podrá volver a tocarla, ni siquiera ahora. Y sí que es cierto que, después de pulsar las primeras notas, acaba llorando. Pero, pasados unos minutos, vuelve a intentarlo y esta vez la toca hasta el final. Aunque la verdad es que no hay final. «Claro», recuerda ahora; «ese era el problema, ¿no?». Que nunca logró terminar la puta canción. Y Patroclo servía de poca ayuda cuando decía: «Pues no veo qué le puede faltar; a mí me suena bien».

La toca entera una vez más, consciente de que Briseida lo está observando, y consciente, también —¿cómo negar lo evidente, esa conciencia plena que tiene de ello?—, de que Patroclo está sentado en su silla, al lado del fuego. Porque el amigo muerto se ha aplacado bastante estos últimos días, la verdad es que desde que Aquiles empezó a tocar la lira, y ahora viene todas las noches. Es difícil no preguntarle lo que piensa; aunque sabe de sobra lo que piensa Patroclo. Siempre lo ha sabido. «Hostia puta, ¿es que no puedes tocar algo un poco más alegre que ese lamento de los cojones?».

Aquiles sonríe al recordarlo, toca la canción una vez más y vuelve a tropezar con las mismas notas, una secuencia que lo atormenta. Es la calma que sucede a la tempestad: gotas de lluvia al caer de una rama, con un reguero que salpica, en el río que pasa por debajo... «Vale, sí, pero ¿luego qué?».

Y, de repente, da con ello: nada, luego no viene nada, porque ya está, es el final, un final que llevaba todo este tiempo ahí, pero que él no había visto, ya que no estaba preparado para verlo. Quiere asegurarse, porque le parece como demasiado simple, como que estaba demasiado al alcance, y toca otra vez la canción, de principio a fin. No, es verdad; eso es; así termina. Mira a Briseida, al otro lado de la habitación.

—Ya está —dice, y les da unos golpecitos a las cuerdas, vibrantes todavía—. La acabé.

Las notas finales se desvanecieron y dieron paso al silencio. Aquiles envolvió otra vez la lira en el paño aceitado y la dejó tumbada encima de la mesa, con todo el cuidado del mundo. En esos escasos instantes, fue como si se hubiera parado el tiempo, como si la ola que nos unía en un único bucle no fuera a romperse nunca.

Vana ilusión, por supuesto. El futuro venía directo a nuestro encuentro. La vida que le quedaba a Aquiles se medía, no ya en semanas, sino en días.

La mañana del día que volvió a la guerra, Aquiles fue hasta los escalones de la terraza y llamó a Alcimo a gritos. El joven vino corriendo, como hacía siempre; tenía la redonda cara reluciente de sudor, y el pánico dibujado en ella. Yo seguía en la cama, royendo un trozo de pan seco. Ritsa me había dicho que, si consigues meterte algo entre pecho y espalda nada más despertar, antes incluso de mover la cabeza, no te dan arcadas al levantarte. La verdad es que no sirvió de mucho, pero algo sí que ayudaba, así que ahora me acostaba siempre con una corteza de pan debajo de la almohada. Fuera lo que fuera lo que Aquiles quería de Alcimo, no creía que tuviera nada que ver conmigo, así que tragué el último pedazo y me puse de lado despacio, dándoles la espalda.

En ese momento, se abrió la puerta, y entró un sacerdote. Así, sin avisar; sin más ceremonia que aquella. Dudo de que haya habido una novia peor vestida y más hecha unos zorros, recién salida del lecho de Aquiles, manga por hombro, envuelta en sábanas manchadas de semen, con migas en el pelo. Alcimo tenía manchas rojas en la cara y en el cuello y no paraba de lanzarme miradas angustiosas. ¿Acaso le había preguntado alguien si consentía en casarse conmigo? Cuando acabó la breve ceremonia, salió reculando de la habitación y me dejó a solas con Aquiles, que me dijo, con tono cortante: «Será para bien. Es buena persona». Y luego, puede que al ver que estaba conmovida, con más tacto, añadió: «Te tratará bien. Y cuidará del niño».

Horas más tarde, llega noticia de la muerte de Aquiles, y el fragor de su ausencia invade los vacíos aposentos.

Aquiles no habría estado de acuerdo con la muerte que se le acabó dando —una flecha entre los omóplatos, disparada por Paris, el marido de Elena, como venganza por la muerte de Héctor—. Hay una versión todavía más escabrosa de la historia: que la flecha estaba envenenada. Otros dicen que Paris lo alcanzó en el talón, la única parte de su cuerpo que era vulnerable y susceptible de ser herida. Y así, clavado al suelo, inerte, lo mataron a hachazos. En cualquiera de las dos versiones, lo que lo abatió fue un arma cobarde en manos de un cobarde. Así lo habría visto Aquiles, aunque imagino que le valdría de consuelo saber que moría imbatido en combate cuerpo a cuerpo.

El talón de Aquiles. De todas las leyendas que proliferaron en torno a su persona, esa era, con diferencia, la más tonta. Se supone que la madre, desesperada por hacerlo inmortal, lo sumergió en las aguas del Estigia; pero lo sostuvo por el talón, y eso lo convirtió en la única parte de su cuerpo que no era invulnerable a las heridas de los mortales. ¿Invulnerable a las heridas? ¡Si tenía el cuerpo lleno de cicatrices! Creedme, que yo lo sé bien.

Otra leyenda es la de que sus caballos eran inmortales, un regalo de los dioses para conmemorar el matrimonio de la madre con Peleo, un presente ofrecido para lavar la culpa —se podría decir así—. Al parecer, los caballos desaparecieron después de la muerte de Aquiles. A veces, pienso en ellos y me los imagino, paciando con pereza la hierba de algún prado, lejos del estruendo de la batalla, a cargo de algún mozo de cuadra al que no le dé mucho de sí la mollera y que no se sorprenda de por qué esos caballos nunca envejecen. Me gusta esa historia.

Pasé los primeros días después de la muerte Aquiles sentada en sus aposentos, oyendo los gritos de los espectadores que acudieron a los juegos fúnebres celebrados en su honor. La habitación estaba en calma, y dos sillas vacías se miraban, a ambos lados de la chimenea vacía. No me hacía falta darme la vuelta para notar el espejo de bronce a mi espalda, ni para sentir —como a veces sentimos— que una persona que no vemos nos está mirando. Existe la creencia de que los espejos son el umbral entre este mundo y el mundo de los muertos. Por eso los suelen tapar en el tiempo que media entre la muerte y la incineración. Más de una vez, estuve tentada de echarle una sábana por encima al espejo; porque, si alguna vez existió un espíritu que tuviera tanta fuerza como para hacer el viaje de regreso desde el Hades, ese

espíritu era el de Aquiles. Pero, al final, decidí dejar el espejo sin tapar. Porque, incluso si volviera, yo sabía que a mí no me iba a hacer daño.

La noche que, por fin, ardió Troya —tardaron tres días enteros de saqueos en sacar todo el botín—, Agamenón dio un banquete. Entre los invitados de honor estaba Pirro, el hijo de Aquiles, que fue quien mató a Príamo; o quien lo descuartizó, más bien. Había llegado al campamento deseoso de luchar junto a su padre —era el momento para el que llevaba toda la vida preparándose, desde que pudo levantar una espada con las manos—; sin embargo, cuando quiso llegar a Troya, Aquiles ya había muerto. Halló un túmulo funerario, una cabaña vacía, pero no un padre que lo recibiera en vida. En la cena, lo vi avanzar a trompicones por el salón, con su fresca y joven cara deformada por el alcohol y la conmoción. Pirro, que no dejaba de mirar a unos y a otros, hubiera dado un brazo por oír, de labios de aquellos hombres que habían conocido a su padre, que habían luchado a su lado, lo mucho que se parecía a Aquiles —«Huy, es clavadito a él. Te lo juro por los dioses, parece el mismo Aquiles redivivo...»—. Pero nadie dijo tal cosa.

Agamenón cogió una borrachera de órdago en el banquete y cayó de bruces dos veces encima de la mesa. La segunda vez, era como si, del golpe, se le hubiera soltado algo dentro de aquel cerebro aturdido. A Alcimo lo invitaron a sentarse en la mesa que presidía la sala, por haberlo hecho bien en el combate, sea lo que sea lo que se entienda por «hacerlo bien» en el saco de una ciudad. Desde allí, Alcimo oía al rey de los aqueos divagar con Odiseo. «Aquiles», repetía una y otra vez. «Aquiles».

—¿Qué pasa con Aquiles? —Odiseo también estaba borracho, pero no había perdido ni un ápice de su agudeza.

—¿Te acuerdas de aquella vez que os mandé a verlo?

—Sííí.

—Le prometí las veinte mujeres más bellas de Troya...

Odiseo esperaba más detalles.

—¿Sííí?

—Pues que habrá que dárselas, ¿no te das cuenta?

—Esto... pues no, la verdad es que no, porque está muerto. Y no le hacen falta veinte mujeres; hasta una sería un desperdicio.

Pero Agamenón seguía erre que erre: había que darle a Aquiles su parte. Como es lógico, lo que le pasaba era que tenía miedo; y quién podría echárselo en cara. Yo misma, sentada de espaldas al espejo de bronce, noté

toda la fuerza que Aquiles podía ejercer todavía. Pero el miedo de Agamenón iba más allá de lo razonable. Volcado encima de Odiseo, le zarandeaba el hombro. Fíjate la que armó Aquiles por esa chica. Una chica, y no quería seguir luchando porque se la habían quitado.

—Casi nos cuesta la puta guerra.

Odiseo dio un manotazo al aire, quitándole importancia.

—Ya, pero lo que se dice ahora no va a hacer que pierdas la guerra, ¿no? Has ganado.

—Eso no, pero ¿y si impide que volvamos a casa?

—La verdad es que no veo cómo. —Odiseo estaba ya deseando volver a ver a su mujer—. Lo único que hace falta es que cambie el viento. Y, luego, son tres días de viaje, ni uno más.

Sin embargo, poco a poco, según avanzaba la velada, a Agamenón el canguelo se le mudó en certeza. Había que darle una chica a Aquiles, y no valía cualquiera. Tenía que ser lo mejor de lo mejor, «la rosa entre las rosas».

Por eso escogieron para el sacrificio a Políxena, la hija virgen de Príamo, de quince años de edad. La recuerdo del tiempo que pasé en Troya: era una niñita robusta, con el cuerpo como el de esos ponis que se crían en las montañas, de pata corta y tupida melena de color castaño oscuro. Era la más joven de los numerosos hijos de Hécuba. Iba siempre corriendo a todas partes para no quedarse rezagada de sus hermanas, soltando a todas horas ese lamento característico de los hermanos pequeños en todas partes: «¡Esperadme! ¡Esperadme!».

Aquella noche me desperté cada dos por tres —no hacía más que pensar en ella—. Al amanecer, me arrastré fuera de la cama porque sentía que se colaba dentro algo del pavor que traía consigo el día. Pero lo que no esperaba era tener nada que ver con el destino de Políxena.

Antes del desayuno, la niña que hacía de mensajera de Hecamede vino a buscarme a todo correr. «Te manda llamar Hecamede», dijo, sin aliento. «Dice que si puedes venir ahora mismo». Pensé que a lo mejor había caído enferma; no se me ocurría otra cosa, así que no paré de correr hasta que no llegué a la cabaña de Néstor; correr, o algo que se le parecía, dado mi estado. Ya se me empezaba a notar el embarazo. No se podía decir que ninguno de los hombres con los que me crucé estuviera despierto; dormían la curda de la noche anterior, y la guardia del recinto de Néstor no iba a ser una excepción. Sin embargo, Néstor sí estaba levantado y vestido. Hecamede me hizo señas para que la siguiera, pasillo adelante.

—¿Te has enterado de lo de Políxena?

Asentí. No dije nada más —¿para qué?—. Nos quedamos allí de pie, en la media luz, mirándonos. Entonces, Hecamede añadió:

—Néstor quiere que yo vaya con ella. Dice que a su madre y a sus hermanas no las dejarán ir y que..., bueno, no va a ir ella sola. —Retorcía una esquina del velo con los dedos—. ¿Querrás acompañarme?

Me la quedé mirando. La vi completamente pálida, angustiada y muerta de miedo; y era una mujer que se había portado bien conmigo cuando más falta me hacía. Accedí:

—Sí, claro que te acompañaré.

Asintió con la cabeza. Luego se volvió y empezó a cargar con pastelitos de miel una bandeja que había encima de la mesa.

—No les han dado de comer.

Se le quebraba la voz, y buscaba en qué ocuparse para no tener que pensar. La ayudé a colocar los pasteles, y cuando acabó les dio las bandejas a dos criados de Néstor, para que las llevaran a la explanada. Yo tenía mis dudas de que aquellas mujeres fueran a probar siquiera alguno de aquellos pasteles, pero comprendí que Hecamede necesitaba concentrar su atención en algo. Acabamos de cargar una segunda hornada de pasteles y luego nos preparamos para aquello a lo que ya sabíamos que nos teníamos que enfrentar.

A las mujeres de la casa real —la viuda de Príamo, sus hijas y nueras— las retenían en el mismo cobertizo en el que me metieron a mí la noche de mi llegada al campamento. Estaba abarrotado hasta más no poder, en condiciones todavía peores que las que tuve que sufrir yo, y algunas mujeres que no cabían dentro estaban sentadas o tumbadas afuera, en la arena. Vi cabellos apelmazados, moratones en las caras, ojos inyectados en sangre, túnicas rotas... —hasta a sus propios familiares les habría costado reconocerlas—. A Elena le habían dado una cabaña para ella sola. Y puede que fuera mejor así, porque, de tener que pasar la noche con las troyanas, no creo que llegara a ver la luz del día. Menelao seguía diciendo que la iba a matar, aunque había cambiado de planes: ahora, iba a dejar que fueran sus paisanos los que la mataran, seguramente lapidada, pero solo cuando volviera a casa con ella. Nadie se creyó ni una palabra. Todos pensaban que ya se abriría camino ella hasta su cama una vez más, mucho antes de la vuelta.

Fuimos por entre los corros de mujeres; en uno de ellos, vimos cómo mamaba una niña de pecho; en otro, una niña de pocos años jugaba sin ganas en la arena. Las miraba a todas a la cara, por puro instinto, aunque ya no esperaba encontrar a mi hermana. La busqué entre las mujeres que condujeron

a la fuerza por el camino embarrado, del campo de batalla al campamento, entre caídas y resbalones, como se conduce el ganado al matadero. A las que caían, las obligaban a levantarse a base de golpes con el extremo romo de las lanzas. Vi que no había embarazadas entre ellas. Ni madres con niños pequeños de la mano. Agamenón había sido fiel a su palabra. Yo miraba cada cara, todas muertas de miedo, pero era ese miedo lo que las hacía indistinguibles. Me llevó un buen rato cerciorarme de que mi hermana no estaba entre ellas. Más tarde alguien me dijo que unas cuantas se tiraron desde la ciudadela cuando vieron entrar por las puertas el tropel de guerreros aqueos. Pese a no tener forma de saberlo, pensé en el acto que mi hermana habría sido una de ellas. A Yante le pegaba haber reaccionado así, cosa que a mí no.

Hallamos a Hécuba dentro del cobertizo. Tenía a Políxena arrodillada a sus pies. A su lado, estaba Andrómaca, la viuda de Héctor, con la mirada perdida. Una mujer que estaba a su lado me contó que Andrómaca le había tocado a Pirro, el hijo de Aquiles, el muchacho que mató a Príamo. La miré a la cara y vi que bien poco le importaba. No hacía ni una hora, Odiseo había cogido a su pequeñín de una de las regordetas piernas y lo había tirado desde las murallas de Troya. El único hijo que tenía estaba muerto, y aquella noche tendría que abrirse de piernas delante de su nuevo amo, un adolescente con granos en la cara, hijo del hombre que mató a su marido.

Según la miraba, volví a oír una vez más eso que llevaba meses oyendo: las últimas notas del lamento de Aquiles. Tenía aquellas palabras grabadas dentro de mi cabeza, no sabía muy bien cómo; más que una canción, parecía una infección, y me resultaba muy molesta. Sí que es cierto que la muerte de un hombre joven en el campo de batalla era algo trágico —yo había perdido a mis cuatro hermanos; no tenía que venir nadie a contármelo—. Era una tragedia digna de más de un lamento, pero lo que les había pasado a ellos no era lo peor que te podía pasar. Miré a Andrómaca, que tendría que vivir el resto de su cercenada vida como esclava, y pensé: «Nos hace falta un canto nuevo».

Nada peor podía pasarle ya a Andrómaca, pero allí estaba Políxena, a los pies de Hécuba, con quince años de edad y toda la vida por delante; y la muchacha lo que hacía era consolar a su madre, suplicándole que no penara por ella. «Mejor morir en el túmulo fúnebre de Aquiles», oí que le decía, «que vivir siendo una esclava».

Ay, la bravura de estas jóvenes.

Hecamede se abrió paso hasta ellas e intercambió unas breves palabras con Hécuba. Luego, fuimos a sentarnos en un rincón, donde no se nos viera. Todavía no hacíamos falta.

Cassandra, otra hija de Príamo, rodeaba a la multitud de mujeres con su vagabundear, hacía muecas, decía cosas entre dientes y soltaba algún que otro chillido. Creí que quizá alguna de sus parientes haría algo para disuadirla, pero hasta su propia familia se alejaba de ella, al parecer. Era una sacerdotisa virgen del templo de Apolo, el dios que la besó un día para darle el don de la profecía verdadera, y que luego, al ver que ella seguía negándose a tener relaciones sexuales con él, le escupió en la boca para asegurarse de que nadie creyera nunca lo que profetizara. Por inverosímil que pudiera parecer, Agamenón se había quedado con ella como premio. Los dioses sabrán por qué; a lo mejor creía que no había ofendido a Apolo lo suficiente. Era una mujer trastornada, que chirriaba con su sola presencia: tenía todavía atadas a los brazos las ínfulas de color escarlata del dios, aunque las flores de los collares que llevaba al cuello ya se habían marchitado; corría de un lado para otro entre las mujeres y empujaba sin miramientos a la que se interponía en su camino. Al final, se aferró a las faldas de su madre, y empezó a balbucear algo sobre redes y hachas, profetizando que Agamenón y ella morirían juntos, que, al elegirla a ella, había elegido la muerte. Nadie la creyó. Y así, sin parar de despotricar, dejó que se la llevaran a rastras, lo cual era un vivo ejemplo de cómo la maldición del dios la perseguía hasta el final.

Cuando pasaron por mi lado, oí que uno de los guardias decía:

—¡Su puta madre! A una como esta no la quiero yo en la cama ni atado.

—Ni de coña —dijo el otro—. Cualquiera se atreve a quedarse dormido.

Por estricto turno, a la siguiente que se llevaron fue a Andrómaca. El dolor había hecho mella en ella y casi ni se enteró, de lo aturdida que estaba, aunque para mí fue un momento duro, porque el que vino a por ella fue Alcimo. Supongo que entraba dentro de lo esperable —él había servido a Aquiles, y ahora servía al hijo de Aquiles—; era lógico que fuera el encargado de llevársela. Apenas había visto a Alcimo aquellos últimos días. A decir verdad, llevaba un tiempo evitándolo, en la medida en que me era posible. Tenía que pasarme el resto de mi vida con ese hombre, y no habría sido plato de buen gusto enterarme de lo que hizo en las horas finales de Troya. Ahora ya sabía algo: que fue el encargado de llevarse a Andrómaca.

La tomó del brazo y se paró al pasar a mi lado. Yo le susurré:

—¿Queda mucho para irnos?

—Todavía queda. Aún no se ha levantado nadie. —Señaló con la cabeza en dirección a Políxena—. Y está esa...

«Huy, sí», pensé. «Está esa».

Las horas pasaban lentas, unas detrás de otras, y el campamento aqueo fue volviendo a la vida en torno nuestro. Lo que había que decir se había dicho ya. La pena y el miedo habían dejado exhausto a todo el mundo. Querían que acabase todo cuanto antes, pero, a la vez, les daba vergüenza admitirlo, porque estos eran los últimos y preciosos minutos de la vida de Políxena.

—A lo mejor cambia de opinión —sugirió Hecamede.

Yo sabía que no iba a cambiar de opinión. A no ser, claro está, que se hubiera olvidado de lo que dijo; y cabía esperarlo también, dado lo borracho que estaba cuando lo dijo. Aunque, si ese era el caso, otros habría que se lo recordarían (Odiseo, por ejemplo, que había esgrimido argumentos de peso para matar al hijo de Héctor). Y, además, Agamenón le tenía verdadero pánico a Aquiles; puede que un pánico más acusado ahora que estaba muerto que cuando aún vivía. Vivo, todavía podía uno sobornar al cabronazo de Aquiles, o intentarlo, al menos. Y es que la muerte de Políxena tenía algo de soborno, según me parecía a mí. Así que Agamenón lo llevaría a cabo de todas todas. Haría lo que fuera con tal de que ese espíritu turbulento no saliera de debajo de la tierra.

Era ya pasado el mediodía cuando vinieron a por ella. Eran dos, y quisieron agarrar a Políxena de los brazos y llevársela, pero Hécuba se interpuso y les plantó cara, mirándolos a los ojos, primero a uno y luego al otro, hasta que, ya fuera por puro miedo o por vergüenza, bajaron la mirada. Aunque vestía una túnica arrugada y manchada de barro, seguía siendo Hécuba, la reina. De todas formas, la verdad fue que no hizo falta recurrir a la fuerza: Políxena iba de buena gana. Llevaba una túnica blanca que había sido de Casandra; el pelo se lo habían cepillado y atado en trenzas, y parecía todavía más joven de lo que era, aunque se la veía serena, y le dio un último abrazo a su madre y a sus hermanas. Hecamede y yo tomamos posición, una a cada lado de ella, y despacio, precedidas de los guardias, fuimos con paso quedo hasta la puerta.

Según salíamos, oímos el aullido de Hécuba, como el de una loba que acaba de ver cómo le matan los lobeznos. Políxena hizo amago de volverse, y uno de los hombres la cogió del brazo de mala manera. Me paré delante de él y le reprendí: «Tampoco hace falta tratarla así». Y, para mi sorpresa, he de decir que la soltó.

El camino al promontorio era cuesta arriba. Nos pusimos un paso detrás de ella, prontas al quite, por si le flaqueaba el paso. No se me iba de la cabeza la imagen de la niña achaparrada que corría detrás de las hermanas mayores: «¡Esperadme!».

Un ejército entero la esperaba ahora.

Fue de un tirón hasta los pies del túmulo funerario, donde aguardaba Agamenón, flanqueado por Pirro. Este último era el favorito del rey porque había matado a Príamo, y había sido agraciado con el honor de sacrificar a la chica en la tumba de su padre; aunque cabe preguntarse qué honores puede haber merecido un adolescente por matar a hachazos a un viejo indefenso. Cuando los vio allí de pie, a Políxena le flaqueó el ánimo.

Néstor dio un paso al frente, le susurró algo a Hecamede y le puso en la mano unas tijeras. Luego, sin mirarme a los ojos, me dio a mí un cuchillo. Hecamede empezó a cortarle las trenzas a la chica, sin poder controlar el temblor de las manos; además, las tijeras no estaban bien afiladas, y la hoja no hacía más que trabarse en los gruesos mechones de pelo. Así que tuvimos que ponernos a deshacerle las trenzas, peliaguda labor cuando el sol da de pleno y hay miles de guerreros mirando. Por fin, le cayó hasta la cintura el pelo, como un ofidio, todo lo largo que lo tenía, y rizado, de la presión de las trenzas. Nos apañamos para cortárselo como pudimos, llenándonos las manos de grandes mechones; aunque, para cuando quisimos acabar, yo tenía la boca seca, y temblaba casi tanto como la misma Políxena. Tragué saliva para que no me dieran arcadas. Recuerdo las sombras negras, proyectadas sobre la hollada tierra, los rayos candentes del sol en la nuca, con un calor sofocante. Y entonces, sin previo aviso, Políxena se levantó, dio como pudo unos pasos al frente y empezó a hablar. Consternación general. Quizá pensarán que lo iba a maldecir a todos —y la maldición que profiere una persona cuando está a punto de morir siempre tiene mucho poder—, porque apenas si le dio tiempo a decir el nombre de Agamenón, cuando un guardia se abalanzó sobre ella y la sujetó, mientras otro la amordazaba con una cinta de paño negro que le ató muy prieta a la altura de la nuca. Le trabaron los brazos a la espalda, por las muñecas. Rapada y maniatada de esta guisa, sin poder hablar, empezó a dar gritos que le salían de lo más hondo de la garganta, con ese ruido que hacen a veces los toros antes del sacrificio.

Justo delante de nosotros, en dos largas hileras, a espaldas de Agamenón, los sacerdotes, vestidos de rojo y negro, empezaron a cantar himnos a los dioses.

Arrastraron a Políxena a la fuerza, la arrimaron a la sombra del túmulo funerario y, allí, la hincaron de rodillas. Pirro, a quien la ocasión le venía demasiado grande y mostraba señales de mareo, dio un paso adelante y empezó a gritar el nombre de su padre: «¡Aquiles! ¡Aquiles!». Y luego, con la voz quebrada: «¡Padre!». Me pareció que era la voz de un niño al que le da miedo la oscuridad. Agarró a Políxena del poco pelo que le quedaba, le echó la cabeza para atrás y levantó el cuchillo.

Fue un corte limpio y rápido. Si he de ser sincera, creo que estaba muerta antes de caer al suelo. O, al menos, albergo esa esperanza, aunque tuvimos que presenciar todavía las sacudidas y espasmos del cuerpo, después de muerto.

Ahí concluyó la ceremonia. Todo el mundo, incluido Agamenón —puede que él más que nadie—, estaba como loco por partir. De todas formas, ahora que lo pienso, no creo que lo afectase mucho la muerte de Políxena. Se trataba de un hombre que había sacrificado a su propia hija para que los vientos le fueran favorables en la travesía hasta Troya. Lo miré, según se daba la vuelta y emprendía el regreso a su recinto, y vi a un hombre que no había aprendido nada ni olvidado nada, un cobarde sin dignidad, honor ni respeto. Imagino que lo vi tal y como lo veía Aquiles.

Hecamede y yo nos echamos a un lado, a la espera de que se dispersaran los hombres, y luego bajamos juntas del promontorio. No hablamos gran cosa. Yo creo que nos aguantábamos las dos, dispuestas «a no sentir», costara lo que costara. Hubo un momento en que nos paramos y echamos la vista atrás, a la ciudad ardiendo. Una gran bola de humo negro, festoneado de chorros de llamas anaranjadas y rojas, subía hasta el cielo, encima de la ciudadela. Los temblores eran más fuertes ahora que cuando vi morir a Políxena. ¿Por qué no aparté la vista? No me hubiera costado nada dejar la mirada perdida, o clavarla en el suelo, y no ver el preciso instante de su muerte. Pero quería decir que la había acompañado hasta el final. Quería dar fe de ello.

Nos paramos al pie del promontorio. Podríamos haber vuelto a la cabaña de Néstor, saquear sus bodegas y pasar el resto del día emborrachándonos a conciencia. No creo que nadie nos lo hubiera echado en cara. Pero, en vez de eso, sin que hiciera falta siquiera ponernos de acuerdo, volvimos al cobertizo en el que tenían encerradas a las troyanas. Hacía todavía más calor que antes, y olía peor (a ese olor a hembra propio de madres lactantes y chicas con la menstruación). Hécula parecía aturdida. Nos arrodillamos delante de ella y le contamos lo valiente que había sido su hija en su hora última, y lo rápida y

limpia que fue su muerte. Dijo que sí con la cabeza, mientras retorció entre las manos un pliegue de tela en el regazo. Cuánto entendió de lo que le dijimos yo no sabría precisarlo. Una de las mujeres quiso convencerla de que bebiera, pero Hécuba mojó los labios y apartó la copa.

Llevaba casi una hora dentro del cobertizo abarrotado y me estaba mareando, así que tuve que salir a la explanada. Hasta el aire olía a tiznado y sabía a polvo. A lo lejos, las largas hileras de barcos negros rielaban en el calor del día. Vi que un hombre salía de la calima y venía caminando hasta mí, como una figura difusa. Era Alcimo. Traía un escudo enorme y reluciente que no era suyo, y, en el hueco del otro codo, lo que, a primera vista, se diría que era un fardo de trapos. Al acercarse más, vi que era un niño muerto. Reculé; pensé que tenía que correr adentro y avisarlas, porque me di cuenta al instante de que era el hijo de Héctor —no veía quién iba a ser si no—. Sin embargo, me quedé esperando a Alcimo, al lado de la puerta.

Allí estábamos los dos, con aquel niño muerto en medio, hombre y mujer, griego y troyana, y me contó lo que había pasado. Al echarse a la cara a Pirro —el chico que era su amo ahora—, Andrómaca se hincó de rodillas y le suplicó que no consintiera que el cadáver de su hijo se pudriera al pie de las murallas de Troya, que dejara que lo enterraran al lado de Héctor, acunado en el escudo de su padre. Era mucho lo que pedía. No era tanto el entierro —que les llevaría una hora a una pareja de hombres— como el hecho de cederle el escudo. Era el escudo que Aquiles le arrebató a Héctor el día que lo mató, y puede que fuese lo más valioso que Pirro había heredado de su padre. El escudo de Héctor ocuparía un lugar de honor en el palacio de Peleo, entonces y para las generaciones venideras.

Hay que hacerle justicia a Pirro, porque accedió, aunque no quiso dejar que fuera la propia Andrómaca la que preparara al niño para el entierro. Debía embarcar con él inmediatamente, porque tenía intención de zarpar en cuanto mudara el viento.

—Y... aquí lo traigo —dijo Alcimo—. Lo he lavado en el río según subía, porque ellas no tendrán tiempo de hacerlo.

Se puso de rodillas, depositó el cuerpecillo en el hueco del escudo y lo metió en el cobertizo.

Al principio, nadie le prestó la menor atención —no era más que otro aqueo que se abría camino entre las troyanas—, pero, entonces, alguna se dio cuenta de lo que llevaba. Pasó la noticia de boca en boca y, con la misma, los primeros plañidos. Fue creciendo el estruendo, hasta que alcanzó una especie

de clímax, y luego cesó gradualmente, cuando Alcimo depositó la carga a los pies de Hécuba.

A esta la pilló completamente de sorpresa. Sabía, como es lógico, que su nieto estaba muerto, pero una cosa era saberlo, y otra muy distinta, ver el cuerpo tendido a sus pies, con los bracitos y las piernecitas rotas, y una brecha en la cabeza que dejaba ver los sesos. Cayó de rodillas al lado del escudo y empezó a tocar el cadáver con manos nerviosas. Hubo un momento en que parecía que lo iba a tomar en brazos, pero dio un paso atrás y lo dejó donde estaba, en la oquedad que formaba el escudo del padre de la criatura. Por momentos, pensé que no sabía a quién estaba llorando. Lo llamó «hijo» más de una vez, como si creyera que tenía delante a Héctor, Héctor, tal y como era cuando lo sostuvo en brazos por primera vez.

Alcimo susurró:

—Yo me voy a cavar la tumba. Estamos ya casi listos para zarpar. Agamenón solo espera a que cambie el viento. Sé que es duro, pero tienen que salir de aquí.

Hecamede cruzó la explanada a la carrera para traer un paño de lino limpio de la cabaña de Néstor, y las dos juntas ayudamos a amortajar al niño. Un par de mujeres sacaron alguna joya barata que habían logrado salvar al saqueo —lo demás se lo habían arrancado del cuello los guardias—, y se lo pusimos al bebé, para que pareciera, aunque fuera de lejos, un entierro de la realeza.

Hécuba ya estaba más calmada cuando acabamos, aunque la angustiaba ver la herida que tenía el niño en el cráneo.

—No puedo tapárselo —repetía todo el rato.

Hecamede dobló en dos un paño para cubrirle la cabeza, pero daba igual. Hécuba no hacía más que decir:

—No puedo tapárselo, no puedo tapárselo. —Apretujaba los pliegues de la túnica entre las manos y dirigía a unas y a otras una mirada perdida—. No puedo tapárselo.

«No», pensé yo. «Ninguna podemos».

De repente, se sentó en el suelo, como si hubiera caído en la cuenta de que ya daba igual, y dijo que habíamos hecho lo que estaba en nuestra mano y teníamos que dejar al niño, que ya Héctor se ocuparía de él en el otro mundo. Todas lanzamos un suspiro de alivio al ver cómo accedía a separarse del cadáver. Hasta aquel momento, no me di cuenta de que estaba conteniendo mi respiración.

Alcimo volvió con Automedonte, que le había ayudado a cavar la tumba, y los dos juntos se llevaron el cuerpecillo.

Hécuba siguió en la misma posición, se mecía, y frotaba las manos vacías contra los muslos.

—A ellos no les importa —sostuvo, refiriéndose a los muertos—. No les importa si el funeral es grande o no. Eso es solo para los vivos. A los muertos no les importa.

Luego quedó callada. Todas callamos, aunque la cosa cambió en cuanto volvieron Alcimo y Automedonte.

—Tenéis que salir de aquí ya —le dijo Automedonte a Hécuba, con voz alta y clara, como si pensara que estaba sorda o demente—. Odiseo va a zarpar.

Odiseo le había matado el nieto, y ella era ahora la esclava de Odiseo. Vi cómo dos mujeres la ayudaban a levantarse. Tenía un aspecto tan frágil, tan demacrado (como una hoja en invierno, cuando los temporales la han reducido a lo marchito de sus venas). De verdad pensé que no llegaría viva a los barcos. Eso esperaba, por su propio bien.

Llegaron más guardias, y no tuvieron ningún cuidado, ni consideración hacia la edad y la debilidad de las mujeres. Las hacinaron de malos modos en la explanada y las pusieron en formación, para poder distribuirlas en los barcos. Eché a andar en la dirección opuesta, decidida a ver por última vez el túmulo funerario, pero uno de los guardias interpuso la lanza, y tuve que dar marcha atrás.

—¡Oye, tú! —Oí que le dijeron al guardia—. ¿Qué te crees que estás haciendo? Esa es nada menos que la mujer de Alcimo. —Y el guardia bajó la lanza en el acto.

Así que gozaba de libertad para volver al túmulo funerario. Sabía que tenía que hacer una cosa más antes de irme. El cuerpo de Políxena estaba donde cayó. El viento le zarandeaba el manto blanco, el mismo viento que nos llevaría lejos de Troya. Me armé de valor y le di la vuelta. Parecía que tuviera dos bocas, con aquella herida tan profunda en la garganta, y las dos mudas.

«Las mujeres están más guapas calladas».

Despacio, porque el nudo que tenía en la nuca se le había enredado en el pelo, le solté la mordaza y se la quité de la boca. Me miraron sus ojos desde donde yacía, sin verme. Cuando acabé, los dientes me castañeteaban, y tuve que darme la vuelta. Miré desde lo alto y vi, debajo de mí, a lo lejos, columnas de hombres como hormigas negras que llevaban la carga, por las pasarelas, a los barcos. Las cabañas ya estarían vacías. Imaginé qué aspecto

tendría el campamento el próximo invierno, con el azote del viento en los cuartos vacíos. Para cuando llegara la primavera, esta o la siguiente, ya crecerían arbolitos en los desagües, en avanzadilla de un bosque que, algún día, reclamaría esa tierra como propia. Y, en la playa misma, nada quedaría, nada; solo algún que otro madero, de marfileña blanca, lavado por el sol. Y, aun así, seguirían en pie las torres de Troya, quebradas, renegridas.

Alcé la vista al túmulo funerario y quise decir adiós, a Patroclo, que siempre había sido amable conmigo, y a Aquiles. No pené por Aquiles entonces, ni lo hago ahora, pero pienso en él muchas veces —¿cómo no iba a hacerlo? Es el padre de mi primer hijo—. Pero me costó decirle adiós aquel día. Recordé cómo tomó mi barbilla en la mano, me volvió la cabeza a un lado y al otro, luego fue hasta el centro de la explanada, levantó los brazos y dijo: «Gracias, muchachos. Me vale la moza». Y también cómo volvió a tomarme de la barbilla, ya al final, y a volverme la cabeza cuando me dijo: «Es buena persona. Te tratará bien. Y cuidará del niño». Esa voz, siempre tan dominante, acalla todas las otras voces.

Pero de las que más me acuerdo es de las chicas. De Arianna, que me tendió la mano en lo alto de la ciudadela, antes de volverse y caer al vacío para encontrar una muerte segura. O de Políxena, apenas hace unas horas («Mejor morir en el túmulo fúnebre de Aquiles que vivir siendo una esclava»). Allí estaba yo, azotada por el viento frío; y me sentía de inferior calidad, plebeya y degradada, en comparación con su fiera pureza. Pero entonces sentí que mi bebé daba una patada. Apreté fuerte la mano contra el vientre y me alegré de haber elegido la vida.

Alcimo subía por el promontorio hasta donde yo me encontraba, sin parar de hacerme señas para que bajara cuanto antes. Obviamente, las naves estaban listas para zarpar. Eché un último vistazo al túmulo. En algún punto, bajo todas aquellas toneladas de tierra que los mirmidones habían erigido para rendir tributo a su general, caído en combate, Aquiles yace con Patroclo, sus huesos se confunden unos con otros en una urna de oro. El túmulo se veía desde el barco, hasta cuando ya había soltado amarras y bogaba mar adentro: la tierra roja, cocida por el sol. Y seguro que sigue allí, aunque lo corone ya la hierba verde.

Alcimo casi había llegado a lo alto del promontorio, y yo seguía sin dar con la manera de decir adiós. Pensé: «Imagina, imagínate, solo por un momento, por un único instante rescatado al paso de los siglos, que los escurridizos dioses cumplen su palabra y le otorgan a Aquiles la gloria eterna a cambio de su temprana muerte al pie de las murallas de Troya...». ¿Qué

pensará de nosotros la gente que viva en aquellos tiempos, lejanos hasta lo inimaginable? Una cosa sí que sé: que no querrán para sí una realidad recrudescida a base de esclavitud y conquista. No querrán oír hablar de las masacres de hombres y niños, de la esclavización de mujeres y niñas. No querrán saber que vivíamos en un campamento en el que los violadores campaban a sus anchas. No, mejor querrán que los solacen con algo menos fuerte, para empezar. ¿Una historia de amor, quizá? Tan solo espero que logren averiguar quiénes fueron los amantes.

Esta es la historia de Aquiles. La suya, no la mía. Y acaba en su tumba.

Alcimo ya está aquí, me tengo que ir. Alcimo, mi marido. Puede que sea un poco tonto, pero, como dijo Aquiles, es buena persona. Además, hay cosas peores que casarse con un tonto. Así que le doy la espalda al túmulo funerario y dejo que sea él el que me lleve hasta los barcos. Hubo una vez, no hace mucho tiempo, que no quise ser parte de la historia de Aquiles, estuve a punto de emprender la huida y fracasé. Ahora, mi propia historia puede comenzar.

NOTA DE LA AUTORA

Me gustaría dar las gracias a Clare Alexander, por los muchos años de ánimo y sabios consejos, primero como editora mía en Viking Penguin, y, últimamente, como mi agente en Aitken Alexander Asociados. Simon Prosser, de Hamish Hamilton, me ha apoyado en todo momento y ha sido un editor, tanto del texto como al frente de la editorial, de lo más entusiasta. No hay autor que cuente con un equipo mejor, y sé lo afortunada que soy.

Siento un agradecimiento especial por mi editora de mesa, Sarah Coward, que se las apaña siempre para ser meticulosa y al mismo tiempo tener mucho tacto.

Por último, me gustaría dar las gracias a mi hija, Anna Barker, por ser mi primera lectora, tan objetiva que casi da miedo.



PAT BARKER (Thornaby-on-Tees, Inglaterra, 1943) se inició en la escritura en 1982 tras participar en un taller impartido por la distinguida novelista Angela Carter. Desde entonces ha publicado quince novelas —entre las que cabe destacar su famosa trilogía sobre la Primera Guerra Mundial— que la han convertido en uno de los referentes inexcusables de la narrativa británica contemporánea. Su obra, traducida a varios idiomas, ha sido merecedora de numerosos galardones, incluido el premio Booker en 1995.

ÍNDICE

Primera parte

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

Segunda parte

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

Tercera parte

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

Nota de la autora

Sobre la autora